



P E N G U I N



C L Á S I C O S

JUANA MANUELA GORRITI

Sueños y realidades

Prólogo de MARIANA ENRIQUEZ

Juana Manuela Gorriti

Sueños y realidades

Prólogo de MARIANA ENRIQUEZ

Edición revisada por ALEJANDRA LAERA

NOTA PRELIMINAR

En 1865 y en Buenos Aires, se reunió por primera vez en volumen un conjunto amplio y variado de relatos de Juana Manuela Gorriti, que hasta el momento se habían dado a conocer por separado, muchos de ellos en la prensa de Lima, ciudad donde residía la autora desde hacía casi veinte años. La edición fue realizada por la Imprenta de Mayo de Carlos Casavalle y estuvo a cargo de Vicente Quesada, amigo de Gorriti e impulsor de las relaciones culturales entre el Río de la Plata y otros países latinoamericanos.

Este emprendimiento, por el cual la producción dispersa se difundió como obra reunida, tuvo la particularidad de llevarse a cabo por entregas bisemanales y por suscripción, tal como lo expone el "Prospecto" firmado por Casavalle que le sirve de presentación, y cuyos epígrafes legitiman definitivamente tanto a Gorriti como a *Sueños y realidades*. En cuanto al proceso de composición, los volúmenes se armaron con las sucesivas entregas de los relatos ya disponibles en la prensa local más aquellos que Quesada recibía desde Lima de la propia Gorriti, quien colaboró en el proyecto desde el comienzo y eligió el título bajo el cual se reuniría su obra. Las demoras en los envíos explican ciertos desajustes entre el índice anunciado en el Prospecto y el definitivo. En cuanto a las condiciones de publicación, se llevó adelante una campaña de suscripción, algo frecuente por entonces, aunque en este caso el pago anticipado no era necesariamente previo al lanzamiento de la obra sino que podía realizarse a medida que se publicaban las entregas que la iban componiendo. Se trató de una campaña explícitamente orientada a un público femenino, lo que permite verificar su identificación ya en esos años en la Argentina, junto con su potencial interés en una narrativa novelesca y romántica como la de Gorriti. La larga lista de suscriptores incluida al final de los volúmenes les pone nombre propio, a modo de reconocimiento, a lectoras y lectores, y muestra la paridad entre mujeres y hombres en Buenos Aires, donde se concentró la mayoría del público que contribuyó con la publicación y, de ese modo, también con la autora, a quien correspondían las ganancias una vez cubiertos los gastos. En resumen, una vez finalizada la publicación parcial era posible acceder al libro por dos vías: o bien encuadernando los volúmenes tras haber recibido las entregas por suscripción, o bien adquiriendo directamente el libro completo en las librerías. De ahí que la primera edición de *Sueños y realidades* de 1865 conste de estas dos instancias de publicación.

El libro, además, estaba anunciado como una publicación de lujo que

buscaba consagrar a su autora: se abría con un retrato autografiado de Juana Manuela Gorriti, e incorporaba al final una serie de juicios críticos sobre su obra, que eran mayormente extractos de la prensa periódica, encabezados por una breve nota de Quesada a los lectores. Con este mismo propósito, la autora era presentada por medio de una tan extensa como convencional biografía firmada por el escritor colombiano José Torres Caicedo, quien dos años antes la había dado a conocer en *La Revista de Buenos Aires*, dirigida por el mismo Quesada y editada también por Casavalle, y que unos años después aparecería en el tercer volumen de sus *Ensayos biográficos y de crítica literaria*, publicados en París y dedicados a escritores latinoamericanos: Gorriti era allí la única mujer.

La operación inaugural que hace posible *Sueños y realidades* exhibe toda la primera etapa de la construcción de la figura de Juana Manuela Gorriti como autora en un sentido fuerte: el emprendimiento editorial, el reconocimiento de los pares y de la crítica, el interés del público en general y de un sector en particular, la colaboración de la propia escritora en el proyecto, su retrato y su firma que la identifican como autora junto con su elogiosa biografía, la valoración simbólica y económica de su producción. Pero, sobre todo, *Sueños y realidades*, con sus más de veinte cuentos y novelas breves, exhibe la relación de Gorriti con la literatura: su dedicación constante y prolífica a la escritura, su profesionalismo, la búsqueda de un registro y un tono propios, la apuesta narrativa que combina ficción y evocación. Todo ello confluye en el despliegue de una imaginación versátil en la que lo sentimental y lo gótico, el melodrama y la leyenda, lo grandioso y lo pequeño se entrelazan, y lo hacen para narrar historias de enfrentamientos y revelaciones, inventar argumentos a veces intrincados y a veces muy simples, crear protagonistas femeninas que casi siempre luchan en un mundo de hombres o rediseñan la domesticidad. En definitiva: para versionar, desde la perspectiva peculiar de una mujer que se asumió escritora en el siglo XIX, el pasado personal, familiar, nacional.

ALEJANDRA LAERA*

* Alejandra Laera es profesora titular de Literatura Argentina en la Universidad de Buenos Aires e investigadora independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Es autora de *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres* (2004) y *Ficciones del dinero. Argentina 1890-2000* (2014).

PRÓLOGO

No se conoce con exactitud el año de su nacimiento. Algunos historiadores señalan el 15 junio de 1816, año de la Independencia. Otros apuntan el mismo día, pero del año 1818. Se sabe el lugar: Rosario de la Frontera, Salta. En cualquier caso, Juana Manuela Gorriti era muy joven cuando debió partir al exilio. Una niña. Once o trece años, no más. Su prestigiosa familia de patriotas y guerreros tuvo que dejar el país poco después de que el caudillo federal Juan Facundo Quiroga atacara la ciudad de San Miguel de Tucumán en 1831.

El día de la partida, Juana Manuela se dio cuenta de que su vida cambiaría por completo. Debía dejar Los Horcones, la hacienda-fuerte militar donde vivían, y la biblioteca de la familia, una de las más importantes de la época, donde aprendió a leer a los clásicos y a los románticos. Ella había estudiado en casa: a los seis años, la llevaron a Salta para que ingresara en una escuela-convento, pero no pudo soportar el encierro, se enfermó, tuvo que volver y terminó su primera educación en familia. Antes del viaje, Juana Manuela entró a la habitación de sus hermanos y salió vestida de varón. El disfraz fue un gesto simbólico de gran lucidez, una máscara de supervivencia y un signo de rebeldía. Así vestida, durante la marcha hacia Bolivia que emprendió la familia, liderada por su padre, pudo mezclarse entre los soldados, escuchar planes y estrategias, asistir a cómo José Ignacio de Gorriti les prohibía a sus subordinados cualquier violencia o atropello contra los pueblos que iban cruzando, una disciplina no tan común en aquella guerra y, por cierto, en ninguna guerra, ni en las del siglo XIX ni en las actuales.

José Ignacio de Gorriti, su padre, era abogado, militar, político. Se había casado con la muy inteligente Feliciano Zuviría. Gorriti era un unitario moderado, con una formación política marcada por la lucha por la Independencia. Antes de la guerra civil entre unitarios y federales que lo condujo al exilio, Gorriti participó como lugarteniente de Martín Miguel de Güemes, apoyó la campaña del general José de San Martín en defensa de la causa emancipadora y fue uno de los hombres que firmó el acta de Declaración de la Independencia argentina en 1816; poco después, se desempeñó como gobernador de Salta.

Juana Manuela admiraba a su padre y lo consideraba un representante de la patria que había luchado contra los realistas y la monarquía española; la patria que todavía no se desangraba en una guerra civil brutal, con bandos fanatizados, acciones crueles y líderes con frecuencia impiadosos. “El destino, por uno de sus caprichos, quiso que desde la cuna y durante los mejores años de la juventud, un elemento absorbente, acervo, destructivo, envolviera mi vida... la política”,

escribió en *Perfiles*, su libro de 1892, casi al final de su vida. No renegaba: simplemente describía. Desde muy joven, Juana Manuela Gorriti se hizo cargo de su posición, su historia y el rol que jugaba la política en su vida. Y daría cuenta de sus opiniones, en su literatura y en intervenciones públicas hasta su muerte. Nunca dejó de escribir. Ni en el exilio, ni en la tristeza, ni en la vejez.

El exilio de los Gorriti los envió a Tarija, en Bolivia. Ahí vivieron de la venta de lo que pudieron llevar, especialmente la platería: habían perdido casi todas sus posesiones en pago de compensaciones de guerra. También los ayudaron amigos generosos, que les dieron su hospitalidad.

En Tarija, Juana Manuela conoció al capitán Manuel Isidoro Belzú, un boliviano que, con los años, sería caudillo y presidente de su país. Ella tenía alrededor de 15 años cuando se casaron, en 1833. Y fue un matrimonio complicado, política y personalmente. Tuvieron dos hijas, Edelmira y Mercedes, pero la pareja no funcionaba. Vivieron en La Paz, en Sucre, en Oruro. Juana Manuela participaba de tertulias en todas estas ciudades. Al cabo de unos años, Belzú organizó una primera rebelión para tomar el poder en Bolivia, que fue derrotada: tuvo que exiliarse en Perú. Juana Manuela lo siguió, pero cuando él volvió a las armas, decidió quedarse en Lima. Estuvieron juntos durante nueve años. Él, además, le era infiel: tenían peleas permanentes. Juana Manuela se instaló con sus hijas en Lima en 1848: ese mismo año, Belzú logró ser presidente de Bolivia. Y quiso que sus hijas vivieran con él. Así lo cuenta Juana Manuela en *Lo íntimo* (1889): “Por ese tiempo, el general Belzú, elevado al mando supremo en Bolivia, pidió otra vez a sus hijas. Entonces, por una parte la exigüidad de los goces que en mi precaria situación podía dar a mis hijas, por otra la espléndida existencia que el padre prometía para ellas, decidieron a la pobre madre. Púsose, como vulgarmente se dice, una piedra sobre el corazón, y se dio a la tarea dolorosa de hacer nacer en sus hijas el deseo de reunirse a su padre, es decir, de separarse de ellas”.

Fue difícil: Mercedes volvió con su madre, porque no soportó la separación, y vivieron juntas hasta su casamiento con el diplomático José Vicente Dorado; la hija se convirtió con el tiempo en una de las poetas más importantes de Bolivia en el siglo XIX, conocida como Mercedes Belzú de Dorado. Pero a su otra hija, Edelmira, recién pudo volver a verla cuando murió, asesinado, el presidente Belzú.

En Lima, Juana Manuela inició su vida de escritora profesional y de mujer interesada en los debates públicos. Estaba sola: era cabeza de familia y consideraba fundamental su independencia económica y, por extensión, la de todas las mujeres. Decidió, además, dejar atrás su apellido de casada, un poco porque la separación

fue de común acuerdo y otro poco porque el nombre Belzú desataba demasiadas discusiones políticas. En la ciudad, que amaba, vivía en una casa modesta a la que le sacó provecho bien pronto. Primero, creó un colegio de Primeras Letras para niños, donde también se educaron varias decenas de niñas y señoritas. La escuela ocupaba el ala derecha de una casa en la calle Jesús María y, en 1860, inauguró en ese mismo salón veladas literarias, pioneras desde todo punto de vista. Eran tertulias semanales a las que asistían escritores, intelectuales, periodistas, políticos, pensadores y científicos de la época. Se hablaba de literatura, de cómo podía ayudar al progreso social y de los cambios necesarios para el futuro en el Perú y en la flamante América independiente. Juana Manuela invitaba mujeres, por supuesto, y también invitaba a sus hijos, porque sabía que algunas contarían con nana que pudiese cuidarlos, pero no todas, y ella pretendía la mayor amplitud posible dentro del mundo en el que se movía. Así, las tertulias incluían la lectura de composiciones infantiles de los hijos de las asistentes y, al inicio, charlas exclusivamente femeninas. Ella preparaba cuidadosamente el programa de cada reunión y también la comida y bebida que se ofrecía a los invitados.

Su actividad como mujer preocupada por las cuestiones públicas no se limitaba a su proyecto educativo ni a las tertulias: fundó el periódico *La Alborada de Lima* con el poeta Numa Pompilio Yona. Desde ahí militaba por los derechos de las mujeres, especialmente el derecho a la educación, en el que creía firmemente, como su padre, como Domingo Faustino Sarmiento, como Juana Manso. En *Lo íntimo*, escribía: “Decid a las mujeres: ilustráos cual lo hacen los hombres, estudiad, adquirid los conocimientos necesarios para usar de vuestros derechos, que nadie os contesta; y que cuando los queráis tomar, estén en vuestra mano”.

La patria con los otros

En 1848, durante su primer año en Lima, editó su novela corta *La quena*, que en 1865 se incluye en el volumen *Sueños y realidades* —antes, en 1845, se había publicado por entregas, en una revista—. Es posible que la haya escrito a los 18 años y es llamativa porque, tan joven, hace una operación de relectura del romanticismo y el gótico europeos notable. La historia transcurre en Lima y desde el principio la fusión de elementos resulta sorprendente. La primera escena encuentra a Rosa y Hernán, amantes jóvenes que hablan en secreto a través de la reja de la ventana. Él tiene que contarle un secreto: es verdad, su padre es el marqués de Camporeal, pero su madre no es una mujer castellana, sino una mujer india. Y no lo cuenta con vergüenza. Todo lo contrario. Espera el rechazo porque sabe que el padre de Rosa está lejos de aceptar a los indígenas como iguales —además, quiere que su hija forme pareja con un amigo suyo, de apellido Ramírez—

, pero Hernán, personalmente, está lleno de orgullo. Le dice a su enamorada, en la noche de la ciudad: “¿Quieres saber quién es este Hernán a quien conociste en aquella corrida de toros sentado al lado del virrey? Este Hernán de Camporeal, educado con los hijos de los grandes de España, es el descendiente de esa raza proscrita que vosotros, sobre todo tu padre, miráis con tanto desprecio, después de haberla destronado y de haberos engrandecido con sus riquezas; el que te ama a ti [...] es el hijo de una india; es un desventurado que nada posee en el mundo, aunque su pie huella quizá los tesoros que sus padres confiaron a las entrañas de la tierra para sustraerlos a la sanguinaria codicia de sus tiranos”. Rosa, la enamorada, no se horroriza. No tiene una reacción racista ni discriminatoria, ni siquiera decepcionada. Incluso se puede decir que, al conocer el origen mestizo de Hernán, el joven le gusta todavía más: “¡Yo lo había presentido! ¿De dónde venía esa emoción profunda que aun antes de conocerte sentía yo al solo nombre de Manco Capac o de Atahualpa? Se hubiera dicho que, entre mi corazón y el sepulcro olvidado de esos héroes, mediaba una fibra palpitante, por la cual el calor juvenil de mi sangre comunicaba con sus heladas cenizas”. Así, establecida la complicidad entre los jóvenes enamorados, Hernán le cuenta a Rosa la historia de su madre y de su familia indígena, que es el segundo relato de *La quena*.

La madre, María, es una princesa inca que se enamora de un noble español, Fernando. Ella lo espera en el Cuzco; él cumple tareas en Buenos Aires. Cuando vuelve y la encuentra con un hijo, cambia de planes: ya no vivirán en el Cuzco, parten a Lima. En la ciudad, María enferma; Fernando y su hijo se van a Madrid. Ella los seguirá, después, con mucho sufrimiento, para contarle a Hernán el secreto de su pueblo: los tesoros subterráneos del Cuzco, una ciudad bajo tierra llena de oro y tumbas de antiguos reyes, cadáveres de gobernantes en un sueño eterno. La madre india, en Madrid, le dice al hijo que las profecías hablan de un libertador que vivió “entre los enemigos” y le hace un pedido. “Prométeme que lo serás y no emplearás el odio que pide la sangre de sus amos, sino la ilustración que los haga iguales”.

Hernán vuelve a América con esta misión. El amor de Rosa le complica los planes. Y luego *La quena* también se complica y se convierte en una novela gótica llena de intrigas, falsas muertes, judíos astrólogos que, en redomas, ofrecen elixires alquímicos, bóvedas, espectros, curas neuróticos, esposos malvados y algún vampiro. Antes, sin embargo, es necesario notar que quien acelera la trama, gracias a una traición, es Francisca, la esclava negra de la joven Rosa. Ramírez, el favorito del padre, es quien la compra, dándole dinero. Pero ella no es una villana: Juana Manuela Gorriti no piensa que los negros sean ni inferiores ni dados a la pereza o la maldad, como la mayoría de sus contemporáneos (y estamos hablando de

intelectuales y escritores contemporáneos, que asociaban a los afroamericanos, sobre todo, con la perfidia y con la militancia en las filas federales). Si la esclava traiciona, lo hace para comprar su libertad. Ese es su objetivo. Y, lo más impresionante, es que en su monólogo, Francisca anhela su patria. Gorriti le da esa dignidad: es una ciudadana de otro país, del que ha sido arrancada. “¡África, hermosa patria mía, que guardas en tu seno de fuego los dos únicos objetos de mi amor! Voy a ser libre, y pronto podré besar tu amada ribera”. Y les dice a los blancos, en este caso a sus amos: “¡Vosotros no tuvisteis piedad de mí, yo no la tengo de vosotros!”.

La quena es entretenida y dramática, romántica, llena de peripecias, exagerada. Y es una operación típica de Gorriti: respetuosa del género, que le encantaba —leía tanto a Virgilio como a los novelones franceses, y con el mismo placer—, se permite infiltrar sus ideas sobre una América mestiza, donde todos los ciudadanos debían tener los mismos derechos. Para ella, Lima era el modelo a seguir en la construcción de América; no Europa (adonde, por otra parte, nunca viajó). Creía que la capital peruana tenía la combinación de culturas y tradiciones ideal, que debía ser imitada. Su búsqueda de una identidad nacional es diferente a la de casi todos los varones literatos de la época: no alaba solo lo extranjerizante o europeo, ni continúa con la imposición de una cultura hegemónica. Tuvo mucho que ver con esta búsqueda su amistad con Ricardo Palma y el hecho de vivir en Lima, que le permitía otra perspectiva. En su respeto y exaltación de la cultura inca, incluso se la puede llamar (y algunos críticos lo hacen) la primera escritora indigenista.

Otra diferencia clara es la que establece respecto a los negros, como puede verse en el ejemplo de la esclava Francisca, pero no solamente. En muchos textos de época, los esclavos parecen estar predestinados a la traición; y, de hecho, Francisca traiciona a Rosa. Pero Gorriti encuentra una explicación. Lo hace porque quiere ser libre. No hay nada “malo” en ella. Ha sido secuestrada, sometida e injustamente manipulada, y el gobierno no tiene planes para ella ni para las otras personas en su misma condición. Es una desposeída.

En otro sentido pero con igual eficacia, Juana Manuela Gorriti vuelve al tema de la negritud y la indiferencia —o la crueldad— de las familias aristocráticas en “El ángel caído”. Los conflictos, como en *La quena*, son varios, pero el principal es la situación de Andrés, un niño negro que la condesa Peña-Blanca le saca a su madre para criarlo ella, en su casa. El chico es simpático y gracioso, y la condesa se divierte: lo llama “su juguete, su monito”. Andrés, sin embargo, crece. Y, ya mayor, se enamora primero de la condesa, después de su hija, Manuelita Peña-Blanca y

luego de su sobrina, Carmen Montelar. Entonces, el joven se vuelve una presencia inapropiada: ya no puede codearse con los jóvenes de la alta sociedad. Sus compañeros de infancia, sin embargo, no lo reconocen como uno de ellos. La trama se resuelve con intrigas y crímenes, pero el conflicto profundo es identitario. El joven se crió en la aristocracia, pero en la adolescencia es apartado porque su presencia no es aceptada socialmente. Andrés es “arrojado de aquella dorada región por la inflexible ley de las preocupaciones sociales” y “volvía henchido de odio y de rabia al círculo estrecho de su mísera esfera, para llevar allí una existencia desesperada”. Sus mundos se derrumban y él entra en un espiral de locura, pero la “culpa” está del lado de la clase alta. Juana Manuela Gorriti rara vez exalta a la aristocracia y, con frecuencia, como en este caso, los pone como ejemplo de la injusticia. Lejos de buscar el bienestar de los menos favorecidos, casi un deber dada su condición de privilegio, profundizan la desigualdad. La idea subyacente es que se debe considerar a Andrés un ciudadano, no un subalterno. Se lo debe integrar. Estos no son temas menores, aunque aparezcan en cuentos de género: son cuestiones centrales para pensar en el futuro de las naciones americanas. En *El ajuar de la patria*, una recopilación de textos sobre Gorriti editada por Feminaria en 1993, Cristina Iglesia escribe: “Sin duda la mayor audacia de Gorriti consiste en postularse como escritora patriota y narrar desde allí la leyenda nacional. Escribe sobre ‘cuestiones de hombres’ y, al hacerlo, entabla con los escritores una disputa. Toda su obra puede leerse como la voluntad de sostener este desafío”.

Juana Manuela Gorriti permaneció varios años en Lima y su vida en la ciudad fue cualquier cosa menos convencional. Tuvo tres hijos extramatrimoniales, Clorinda, Julio y un hijo varón que murió en la infancia. No quería decir quiénes eran los padres. Sus colegas siempre respetaron sus amoríos y la respetaron como a una par: es un lugar insólito, el de una mujer transgresora a quien no se la censuraba, en aquella época. La admiración también tenía que ver con sus acciones. En 1865, cuando su ex esposo fue asesinado en La Paz, ella entró al Palacio Quemado a reclamar su cuerpo, que había sido ultrajado. Juana Manuela escribe: “El 27 de marzo de 1865... Belzú, mi marido, el hombre que enlutó mi destino entero, vencedor de un combate en el que el pueblo derrotó al ejército, fue asesinado por el general que mandaba este. Vinieron a decirme que Belzú había caído atravesadas las sienas de un balazo, y yo corrí en medio del combate; llegué hasta donde yacía el desventurado ya cadáver, lo levanté en mis brazos y en ellos lo llevé a casa: ¡a ese hogar que él había abandonado tanto tiempo hacía! Con mis manos lavé su ensangrentado cuerpo, y acostándolo en su lecho mortuorio, lo velé y no me aparté de él hasta que lo coloqué en la tumba. La misión de la esposa parecía ya acabada; mas he aquí el pueblo que me rodea y me pide más: me pide que lo vengue. Sí: lo vengaré con una noble y bella venganza, haciendo triunfar la

causa del pueblo que era la suya". Juana Manuela, a quien llamaban "Mamay" (a Belzú sus seguidores lo habían apodado "Tata"), intentó liderar una revuelta, pero fracasó: volvió a Lima, clandestina, para no ser atrapada. Poco después, en 1866, durante el ataque realista a la ciudad, curó y evacuó a los soldados locales. Por su coraje le dieron un diploma y una "linda joya, que es una estrella de rayos en esmalte y centro de oro con un castillo y esta leyenda en torno: Dos de mayo de 1866. Y en el reverso, también un castillo con esta otra: 50 cañones contra 300", según escribe en *Lo íntimo*.

Ella decía que la política había atravesado su vida pero se podría decir que, en realidad, la marcó la guerra.

Las damas oscuras

Juana Manuela Gorriti narra la guerra civil entre unitarios y federales en muchísimos relatos y, en casi todos, la mujer es protagonista. De diferentes maneras. Es la víctima de la violencia de los hombres, pero también la que posibilita la esperanza; es una figura espectral que recorre los campos de muertos en una tierra arrasada; es la novia capaz de amar por sobre la ideología y la diferencia.

Los relatos se inscriben en un gótico tardío, donde los monstruos no son espectrales, sino bien palpables. La Mazorca (que ella escribe "Mas-horca", algo frecuente en la época porque así lo escribían los unitarios) es una encarnación del monstruo, que es Rosas, pero también es la crueldad ciega de la tortura y el fanatismo. Las mujeres deambulan como almas en pena porque lo son y, en muchos casos, están locas. Escribe y explica Cristina Iglesia: "Gorriti es la voz de la locura de la guerra en la literatura argentina del siglo XIX porque convoca en su escritura a todos los fantasmas de la patria: indios desposeídos, mujeres arrasadas, padres e hijos enfrentados a muerte, incestos, adulterios. No hay familia posible. No hay tregua en su escritura. Su pacto final con la modernidad es tramposo porque obliga a repensar el terreno inestable sobre el que se construye. En esta marca de inestabilidad reside la mayor eficacia de su producción".

"El guante negro" es, en este sentido, un relato emblemático, apasionado y terrible. El clima con el que se inicia está lleno de misterio. Wenceslao, un joven federal, yace herido y recibe la visita de la poderosa Manuelita Rosas, que no es una villana ni una caprichosa ni una tirana en miniatura: la hija del dictador viene como amiga preocupada y vulnerable, que le deja ver a Wenceslao, sin pedir nada a cambio, que tiene sentimientos hacia él. Antes de irse, le regala un guante negro

de tul, como obvia prenda de su amor. Wenceslao sufre: quiere y aprecia a Manuelita pero le duele que ella esté enamorada. Él ama a otra. Una mujer misteriosa, hija de un unitario brutalmente asesinado, que también lo visita en secreto y tiene el don de la clarividencia. Así aparece: se llama Isabel. “La puerta se abrió, dejando ver la campiña alumbrada por los rayos de la luna, y dando paso a una figura blanca, vaporosa y aérea como las Willis de las baladas alemanas. Era una joven envuelta en un largo peinador blanco y con la cabeza cubierta con un velo de gasa. La estatura era algo elevada; su larga y suelta cabellera, brillante y negra como el azabache, descendía en sombrías ondas hasta tocar el suelo; sus rasgados ojos negros de anchas pupilas, tenían esa larga y profunda mirada que se atribuye a aquellos que leen el porvenir”. Isabel percibe la presencia anterior de Manuelita y se ofende, se enloquece: los celos le hacen decir “he deseado que se prolonguen tus sufrimientos por toda la eternidad”. Pide algo terrible cuando encuentra el guante de la hija del poderoso: que, para resarcirla, Wenceslao se una a los unitarios. Él dice que prefiere morir y tiene razón: lo espera la muerte. Isabel se reúne con su amado en el campo de batalla y es ahí donde su figura, extraña desde el principio —sin apellido, sin historia, etérea y fantasmal— toma dimensiones míticas y espectrales. “Es fama que todas las veces que el tirano de Buenos Aires iba a decretar alguna de esas sangrientas ejecuciones, alguna de esas horribles carnicerías que la desolaron, se aparecía en las altas horas de la noche una mujer de aspecto extraño que, cubierta de un largo sudario y con los cabellos esparcidos al capricho de los vientos, daba vuelta tres veces en derredor de la ciudad, cantando con voz lúgubre las sombrías notas del *De profundis*”. Isabel ya es un mito, un presagio, una leyenda, una dama de blanco gótica que viene a recordar la muerte. Las mujeres son almas sin paz porque es la única forma de ser posible.

No todos los fantasmas son pasivos, como el de Isabel, que recorre los campos. Aurelia, la protagonista de *El pozo de Yocci*, por ejemplo, muere asesinada por su celoso esposo, Aguilar, al defender el honor de su difunta madre. Lo va a buscar, muerta, mujer espectro, y lo lleva con ella al pozo donde la arrojó. “Aguilar, mudo de terror quiso huir, pero de repente se sintió envuelto en el velo azulado del fantasma. Unos labios yertos ahogaron en su boca un grito de espanto y un helado abrazo estrechó su cuerpo, que rodó, precipitado en la negra oscuridad del pozo”. Aguilar es un mazorquero, violento, experto en aplicar dolor a otros cuerpos. Pero no puede usar las armas de este mundo contra lo sobrenatural y el fantasma de su mujer lo vence. La violencia contra la mujer está presente de una manera abrumadora en los textos de Gorriti: en general mueren esposas —la madre de Wenceslao, a manos de su marido, cuando ella intenta proteger a su hijo, entre muchas otras—, pero también mueren hijas. El varón monopoliza la violencia, en la guerra y en el hogar.

Hay que tener en cuenta que Juana Manuela Gorriti venía de una familia unitaria y creía que la dictadura de Rosas era dañina y brutal. Pero a veces escribe contra su ideología: trata de decir que la crueldad y la locura no son exclusivas de un bando y que ese intento de demonizar al otro sin más es parte del problema. En “La hija del mashorquero” presenta una relación muy compleja: la de Clemencia con su padre, Roque Alma-Negra, verdugo de la Mazorca. Roque es un asesino impiadoso pero tiene debilidad por su hija. Ella se horroriza cuando él le dice cosas como esta, para justificarse: “¿No sabes que los salvajes unitarios no tienen corazón como nosotros, que amamos y aborrecemos con igual violencia?”. De noche, la joven asiste a las víctimas de su padre, especialmente a las viudas y a los niños pequeños. Después de enterarse de un complot para matar a Roque, Clemencia se entrega, en una especie de sacrificio. Su padre, creyéndola otra persona, la asesina. Esta vez, sin embargo, la mujer que intenta ponerle fin al fratricidio consigue su objetivo: en las últimas líneas del cuento, sin explicarnos cómo, Juana Manuela Gorriti señala que Alma-Negra logró reformarse. Y si un asesino así lo logra, parece decir, cualquiera —todos— pueden hacerlo.

Clemencia encarna la función que, según Gorriti, era la de las mujeres en este contexto. No creía que debieran ser el ángel del hogar, la que desde el espacio privado ayuda a la educación y al futuro. Juana Manuela había conocido a Juana Azurduy, más tarde la perfilaría; recordaba los años de la lucha por la independencia, cuando las mujeres no estaban confinadas en sus casas. Para ella el rol de la mujer no es el de la educadora civilizada: es un rol político. La mujer, como integrante de una comunidad más amplia, es capaz de trascender los bandos, crear vínculos y proponer salidas pacíficas. Por eso, también, hace una relectura particular del gótico: la casa es, para ella, como para la literatura gótica, una prisión femenina. Por eso sus mujeres quieren escaparse y lo hacen. Isabel, espectral; Clemencia, en la noche, como una presencia angelical pero práctica; Laura, la protagonista de *Peregrinaciones de un alma triste*, viajando por Sudamérica.

“La novia del muerto” es, en esta línea, uno de sus relatos más importantes. Reescritura o reinterpretación, con un punto de vista totalmente distinto, del capítulo “Guerra Social: Ciudadela” de *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento, la protagonista es Vital, la joven hija de un guerrero federal, que vive encerrada. Pasa los días leyendo novelas en una casa de las afueras de Tucumán (como Amalia, la protagonista de la novela de José Mármol, solo que Amalia es unitaria), en un jardín que tiene “tupidas lianas”, lejos de la ciudad en disputa. Como todas, está enamorada del guapo unitario Horacio, a quien ve como un héroe romántico. En Juana Manuela Gorriti, los romances como el de Romeo y Julieta no solo son posibles e imaginables, sino que resultan casi una línea dentro de sus relatos, como

si juzgara la imposibilidad de esta unión la verdadera tragedia nacional. Vital y Horacio se casan en secreto, pero él debe ir a la batalla antes de la primera noche juntos. Vital lo espera. Alguien toca en la ventana de la casa esa noche de angustia: ella cree que es su esposo, y le abre. Descubrirá, al otro día, cuando encuentre a Horacio muerto en el campo de batalla, que fue ultrajada y nada menos que por un cura. La guerra, la violación, la imposibilidad de creer en las instituciones: Vital se vuelve loca y termina vagabundeando por las quintas tucumanas, un espectro real, Bertha Mason de *Jane Eyre* escapada de su casa, la encarnación de la irracionalidad que gobierna en el país.

Los años finales

En 1878, Juana Manuela Gorriti volvió a Buenos Aires. La esposa del presidente Avellaneda le tramitó una modesta pensión vitalicia en reconocimiento a las acciones de su padre, pero para cobrarla no podía moverse de la Argentina. Ella, aunque extrañaba Lima y a sus amigos, no se quedó quieta: organizó sus veladas literarias, fundó el periódico *La Alborada del Plata* y fue recibida con respeto y honores. También escribió y compiló uno de sus libros más raros (para la época) y más importantes: *Cocina ecléctica* (1890). Es un recetario con platos de toda América y también de algunos países europeos. Cada una de las 250 recetas incluidas aparece con título y firma de la mujer que la ofrece, o directamente se bautizan con sus nombres, como "El hallazgo de Elenita". La intención de *Cocina ecléctica* es, en primer lugar, invitar a participar a un grupo enorme de mujeres, que comparten su autoría, mujeres de distintas clases sociales: algunas incluso eligen usar su apodo, como Chinga, que prefiere ser conocida por esa forma familiar. Escriben Josefina Iriarte y Claudia Torre en *El ajuar de la patria*: "Las recetas están en relación metonímica con los lugares de donde vienen y que alguna vez fueron la patria. Así 'Pachamanca' es Miraflores, 'Ensalada de paltas' es Chíncha, 'Helado de Espuma' es Oruro, las 'Humitas' son Salta y su hija Mercedes. Comer una 'Pachamanca' junto al mar en Miraflores es comerse el paisaje de ese lugar querido, es hacerlo parte propia, es internarlo en el cuerpo". Una vez más, Gorriti expone su ideario con un planteo de avanzada: la gastronomía es memoria colectiva y es comunidad. Y es la comunidad de las mujeres, que lidera la formación de la unidad nacional, la que recupera este saber para decir que el mestizaje, los diferentes sabores, la variedad, son aspectos que deben ser amados y aceptados: lo diferente enriquece, enaltece y también puede nutrir y satisfacer.

Cocina ecléctica se publicó dos años antes de la muerte de Juana Manuela Gorriti. Ella murió en Buenos Aires, en 1892. Fue enterrada en el Cementerio de la Recoleta pero, en 2006, sus restos fueron trasladados a Salta y ubicados en el

Panteón de las Glorias del Norte, en la catedral de la ciudad. Su obra, ignorada durante casi un siglo, por fin es considerada como precursora e importante, una literatura que buscaba entretener y traficar ideas, que pensaba una patria en igualdad.

MARIANA ENRIQUEZ*

* Mariana Enriquez nació en 1973 en Buenos Aires. Es licenciada en Periodismo y Comunicación Social, trabaja como subeditora del suplemento Radar del diario *Página/12* y es docente de periodismo narrativo en la Universidad Nacional de La Plata. Publicó las novelas *Bajar es lo peor* (1995), *Cómo desaparecer completamente* (2004) y *Este es el mar* (2017), los libros de cuentos *Los peligros de fumar en la cama* (2009), *Cuando hablábamos con los muertos* (2013) y *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016), la nouvelle *Chicos que vuelven* (2010), los relatos de viajes *Alguien camina sobre tu tumba. Mis viajes a cementerios* (2013), el perfil *La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo* (2014). Su obra *Las cosas que perdimos en el fuego* fue traducido a 22 idiomas y recibió el premio Ciutat de Barcelona a mejor obra en lengua castellana. Ha publicado relatos en medios como *Granta*, *The New Yorker* y *Electric Literature*.

Sueños y realidades

Los textos de los dos volúmenes que componen este libro corresponden a la edición de 1865, a cargo de Vicente Quesada para la Imprenta de Mayo. Se ha actualizado y normalizado la ortografía y la puntuación, y se han corregido erratas; las notas al pie pertenecen al original.

PROSPECTO

Ruego a usted que la edición con que va a honrarme

tenga por título Sueños y realidades.

Carta de la señora Gorriti al doctor Quesada

*Doña Juana Manuela Gorriti, brillante escritora argentina,
digna como tal bajo algunos aspectos de colocarse
al lado de George Sand...*

B. MITRE, *Belgrano y Güemes*

"Las constantes ternuras del céfiro son para esas mujeres; y si algo acaricia con amor, es, sin duda, los rizos perfumados que rodean sus bellas facciones."

*Si Stahl hubiera visto a la señora Gorriti y si hubiera leído sus obras,
habría exclamado: "¡He ahí una de las mujeres de que hablo!"*

*Belleza de cuerpo, nobleza de sentimientos, elevación de ideas, bondad de corazón,
prendas del alma, gracia en el decir y talento para contar; eso, más que eso: las decepciones
y las lágrimas forman la aureola que brilla sobre la inspirada frente de esta literata
americana.*

JOSÉ MARÍA TORRES CAICEDO

El merecido crédito del que goza la autora de estas novelas nos exime de recomendar al público su adquisición. El nombre de la señora Gorriti es una garantía del mérito real de esta publicación: por eso hemos querido citar el juicio del general Mitre que la compara a Jorge Sand y el del señor Torres Caicedo, en las palabras que sirven de epígrafe al prospecto.

Esta edición constará de las siguientes novelas y escritos:

La quena.

El guante negro.

Gubi Amaya. Historia de un salteador.

Un drama en el Adriático.

Fragmentos del álbum de una peregrina.

El ángel caído.

La hija del mazorquero (leyenda histórica).

Una apuesta.

El lucero del manantial.

Una noche de agonía. Episodio de la guerra civil argentina en 1841.

Si haces mal, no esperes bien.

Quien escucha su mal oye. Confidencia de una confidencia.

Una hora de coquetería.

El ramillete de la velada.

Una redondilla.

Güemes. Recuerdos de la infancia.

El general Vidal.

Además de estas novelas y estudios, esperamos *La novia del muerto*, *El pozo del Yocci*, *El tesoro de los incas*, y una serie de narraciones con el título *Bajo de un sauce*. Estas novelas formarán parte de la edición si llegan a tiempo, de otro modo nos comprometemos a publicar otro volumen, bajo las mismas condiciones para nuestros suscriptores.

La primera novela de la presente edición será *La quena*; se repartirán dos entregas semanales de 15 páginas en el mismo formato de este prospecto y, sucesivamente, todas las demás, a tres pesos cada una. Llevará una carátula cada tomo, y su índice general. Antes de terminar el primer volumen, daremos la biografía de la señora de Gorriti y los documentos relativos a esta publicación.

La quena fue publicada en 1845 y los literatos del Pacífico la leyeron con

encanto, según el señor Torres Caicedo. Es una de esas leyendas populares conmovedoras y tiernas.

Los argumentos de todas las novelas son americanos, y muchos puramente argentinos, como *La hija del mazorquero*, *El guante negro*, *El lucero del manantial* o *Una noche de agonía*.

La prensa nacional y americana ha hecho los más cumplidos elogios a esta escritora, cuyas novelas han aparecido en revistas o publicaciones periódicas: ahora van a formar una obra, perfectamente impresa y esmeradamente corregida.

La simpática y seductora escritora ha sufrido persecuciones e injusticias, y las decepciones y las lágrimas, como dice el señor Torres Caicedo, forman la aureola que brilla sobre su inspirada frente. Este es un título más para que sus compatriotas la protejan.

“Cuando el viento de la desgracia asoló su hogar y el dolor marchitó las mejillas de aquella mujer —ha dicho *La Revista de Buenos Aires*—, surgió la inspiración, y es en el seno del pesar profundo y del amargo llanto que esas novelas han sido concebidas.”

El primer volumen contendrá el retrato de la señora Gorriti y un facsímil de su letra.

Al emprender una edición costosa como la presente, contamos especialmente con la protección de las señoras y señoritas, pues es al bello sexo a quien la ofrecemos, seguros de que protegerán a la distinguida argentina que ha sabido conquistarse un puesto elevado en las letras americanas. La gloria de la señora Gorriti es gloria argentina, y es el bello sexo el que debe estimular su talento y laboriosidad. Por esta causa, publicaremos con preferencia la nómina de todas las señoras o señoritas que se suscriban, como una prueba del interés que han tomado por recompensar el verdadero mérito; como un estímulo a las pocas argentinas que se dedican a las letras, y como un homenaje a la nobleza y la bondad de la mujer en nuestro país, dispuesta siempre a proteger el talento.

Hemos celebrado un contrato para esta publicación por el cual la señora Gorriti recibe la mitad de la edición. Si esta no le produce lucro, le producirá al menos honra y gloria, porque la colección de sus novelas es un monumento levantado a su celebridad.

El doctor Quesada se ha encargado generosamente de la dirección de esta

edición, como amigo y representante de la señora Gorriti, la que se reserva la propiedad de sus obras y prohíbe otra edición sin su previo consentimiento.

La suscripción queda abierta en Buenos Aires en la Imprenta de Mayo, calle Moreno núm. 241, y en las principales librerías. En el interior de la república, en casa de los agentes, que más tarde señalaremos.

EDITOR CARLOS CASAVALLE

Volumen I

LA QUENA

I

La cita

Las doce de la noche acababan de sonar en el reloj de la catedral de Lima. Sus calles estaban lóbregas y desiertas como las avenidas de un cementerio; sus casas, tan llenas de luz y de vida en las primeras horas de la noche, tenían entonces un aspecto sombrío y siniestro; y la bella ciudad dormía sepultada en profundo silencio, interrumpido solo a largos intervalos por los sonidos melancólicos de la vihuela de algún amante, o por el lejano murmullo del mar que la brisa de la noche traía mezclado con el perfume de los naranjos que forman embalsamados bosques al otro lado de las murallas.

Un hombre embozado en una ancha capa apareció a lo lejos entre las tinieblas. Adelantose rápidamente, mirando con precaución en torno suyo, y deteniéndose delante de una de las rejas doradas de un palacio, paseó suavemente sus dedos por la celosía de alambre.

La celosía se entreabrió.

— ¿Hernán? — dijo una voz dulce y armoniosa como las cuerdas de una lira. Y al mismo tiempo apareció el bellissimo rostro de una joven engastado en negros y largos rizos sembrados de jazmines y aromas.

— ¡Rosa! Amada mía, no temas, soy yo — respondió con apasionado acento el embozado, estrechando contra su pecho la mano blanca y fina que la joven le alargaba.

— ¡Oh! ¡Cuánto has tardado esta noche! — dijo ella suspirando—. Yo contaba los segundos por los latidos de mi corazón; pero eran estos tan precipitados que me parece haber vivido siglos desde las once.

Y abriendo enteramente la celosía, se puso de rodillas en el antepecho de la ventana para mirar de más cerca a su amante, cruzando por fuera de la reja dos brazos torneados y blancos como el alabastro, con esa mezcla de infantil confianza y de gracia voluptuosa peculiar solo a nuestras vírgenes americanas, a quienes la influencia de nuestro ardiente sol, sin quitarles nada de la inocencia adorable de la

niñez, les dá con todos sus refinamientos las seducciones de la mujer.

Aquel a quien ella llamaba Hernán contemplaba en un éxtasis doloroso el rostro encantador que casi tocaba al suyo.

—¡Rosa! ¡Adorada mía! —le dijo—. Nunca te vi tan hermosa como en este momento; nunca tus ojos han resplandecido con tan divino fuego, ni tu dulce voz ha tenido jamás sonidos tan mágicos para mi corazón.

—Y sin embargo vas a alejarte de mí, a abandonarme a las persecuciones insoportables de ese odioso Ramírez, que escudado con la aprobación de mi padre, de quien es amigo y colega, me considera insolentemente como su propiedad futura, sin contar para nada con mi voluntad. Pero yo les haré conocer la energía de esa voluntad con que no cuentan; y si tú me abandonas en la lucha terrible que voy a sostener, mi valor no me abandonará al menos. Guarda, pues, ese fatal secreto que rehúsas confiar a tu amante, y que, puesto que te prohíbe el pedir a mi padre el corazón que su hija le ha dado, será quizá algún vínculo que le liga a otra...

La voz de la bella joven que había tomado el acento firme de un adolescente, descendió a estas palabras a un diapasón dulcísimo, perdiéndose en un largo sollozo.

—¡Rosa! ¡Ángel mío! No aumentes con tus lágrimas la horrible amargura que inunda mi corazón. ¡Ay! Yo dilataba el momento de destrozarte el tuyo con el peso de mi secreto, pero pues ha llegado la hora... ¡Sea!...

¿Quieres saber quién es este Hernán a quien conociste en aquella corrida de toros sentado al lado del virrey? Este Hernán de Camporeal, educado con los hijos de los grandes de España, es el descendiente de esa raza proscrita que vosotros, sobre todo tu padre, miráis con tanto desprecio, después de haberla destronado y de haberos engrandecido con sus riquezas; el que te ama a ti, hija del orgulloso oidor Osorio, el que prefieres al poderoso y magnífico oidor Ramírez, es el hijo de una india; es un desventurado que nada posee en el mundo, aunque su pie huella quizá los tesoros que sus padres confiaron a las entrañas de la tierra para sustraerlos a la sanguinaria codicia de sus tiranos.

Hernán se interrumpió, fijando en su amada una mirada penetrante, como si quisiera leer en el fondo de su alma. Pero ella había cruzado las manos sobre su pecho y lo contemplaba extasiada.

—¡Qué escucho! —exclamó—. ¡Hernán, el elegido de mi corazón, es un hijo de los incas! ¡Oh! ¡Yo lo había sentido! ¿De dónde venía esa emoción profunda que aun antes de conocerte sentía yo al solo nombre de Manco Capac o de Atahualpa? Se hubiera dicho que, entre mi corazón y el sepulcro olvidado de esos héroes, mediaba una fibra palpitante, por la cual el calor juvenil de mi sangre comunicaba con sus heladas cenizas. Entonces yo atribuía ese sentimiento extraño a las vehementes simpatías de la juventud, aun por seres desaparecidos después de siglos; pero era el presentimiento de mi amor. Mas dime, Hernán, aunque mi padre mire con desprecio el linaje de tu madre, ¿en qué perjudica esto a nuestro amor, pues que el noble conde de Camporeal la hizo española dándole su nombre?

La altiva frente de Hernán palideció a estas palabras.

—¡Oh! ¡Santa madre mía! —exclamó elevando al cielo una mirada de amor infinito—. Ese nombre que te rehusaron, por noble que sea, todavía no era digno de ti: él no podía aumentar el brillo de la aureola de virtudes, de honor y de heroísmo que rodeaba tu frente. ¡No! Rosa, mi madre no llevó nunca ese nombre: una atroz injusticia le privó de él. ¡Oh! Si eso hubiera sido lo único que le robó... Escucha su historia, amada mía, cuyo corazón es el único digno de comprenderla, tú, a quien ella me ha enviado del cielo para reemplazarla en la tierra.

II

La madre

Mi más lejano recuerdo me representa un día muy pequeño, sentado a los pies de mi madre, que era una joven alta, de maravillosa hermosura, con largos y rasgados ojos negros...

—¡Como los tuyos! —murmuró Rosa con acento que revelaba una inmensa pasión, y pasando sus lindos dedos por las largas pestañas de Hernán.

—Con una boca —continuó este— pequeña y de labios encarnados, por los que sin cesar erraba una dulce y melancólica sonrisa, dejando ver dos iguales filas de dientes de un blanco de nieve azulado. Su hermosa frente, de la que descendían cuatro trenzas de cabellos, tan largos que descansaban en el suelo, estaba adornada de una banda de púrpura, única insignia, con que la veneración fanática del pueblo distingue a las hijas de los antiguos reyes del Perú.

Nos hallábamos en el Cuzco, en una casita cuyos muros habían pertenecido a construcciones anteriores a la conquista. El sol brillaba en un cielo sin nubes, y

uno de sus rayos, pasando por una ventana, venía a morir a nuestros pies.

Mi madre hilaba con aire triste y meditabundo, interrumpiéndose solo para bajar su mano sobre mi frente y acariciarme. Yo jugaba recostado en su rodilla, ya con su rueca cuyo curso detenía, ya con los átomos del sol que perseguía procurando encerrarlos en mi mano.

—¡María! ¡Hija mía! ¿Estás ahí? —preguntó una voz cascada desde la puerta.

—Entrad, cacique —respondió mi madre levantándose para recibir a un anciano indio, de cabellos blancos y rostro venerable—. Venid, mi buen padre adoptivo. Mi corazón está hoy muy triste. —El anciano miró a mi madre con dolorosa ternura.

—Sí, muy triste —repitió ella, contestando a esa mirada—. Funestos presagios me anuncian una desgracia. ¿Cuál? ¡Lo ignoro! Anoche mismo un sueño extraño y angustioso me ha llenado de terror. ¡Oh, vos, a quien Dios revela su misterioso sentido, escuchad, y decidme lo que debo temer!

Me hallaba con mi hijo sobre mis rodillas en un jardín delicioso, tan bello, que en comparación suya nuestras fértiles quebradas son áridos desiertos. Me rodeaban árboles de toda especie, cargados de hermosos frutos; innumerables, variadas y bellísimas flores me embriagaban con su penetrante aroma; y sin embargo de que todo allí respiraba alegría, yo estaba triste, y una dolorosa inquietud me hacía estrechar a mi hijo contra mi corazón.

De repente vi delante de mí a un hombre de formas colosales, un gigante vestido de verdes juncos, y cuyas facciones, ¡cosa extraña!, tenían la movilidad de la imagen que vemos reflejarse en el agua agitada.

—¡El mar! —murmuró el indio.

—El espanto que me causó aquella aparición produjo en mí un efecto inaudito. Mis miembros se entorpecieron, mi lengua, como clavada al paladar, no pudo articular un solo grito, y de todo mi ser material, mis ojos solos quedaron con vida, mis ojos que vieron al gigante aprovechándose de mi postración, tomar a mi hijo por el cuello, arrancarle de mis brazos a pesar de sus gritos, y alejarse con él hacia una llanura sin límites, donde desapareció.

—¡El mar! —repitió el cacique.

—El dolor que desgarró mi corazón me despertó. Mi cuerpo agitado de horribles convulsiones estaba cubierto de un sudor helado; mis sienes latían como si fueran a romperse; pero abriendo mis ojos vi a mi hijo dormido en mis brazos, abracelo estrechamente, y todos mis terrores se disiparon, reemplazándolos un gozo inmenso, imposible de ser comprendido sino por una madre que haya perdido a su hijo.

Y tomándome en sus brazos me llenó de besos y de lágrimas.

El anciano, después de haber quedado largo rato pensativo, preguntó con inquietud a mi madre:

—¿Dónde está él ahora?

—Fue —respondió ella— a desempeñar en Buenos Aires una de las misiones con que vino a América, y han pasado dos años sin que yo tenga noticias tuyas. ¡Ay, padre mío!, ¿es de mi amado Fernando, de mi bello conde de Camporeal, de quien me hablan mis funestos sueños y esos mil incidentes de mal agüero que se multiplican en torno mío?

—¿Con que amas mucho a ese español? —preguntó el indio con amargura.

—¡Sí, lo amo! —respondió mi madre con acento apasionado—. Mi corazón, mi alma, todo mi ser le pertenece; y para aumentar su felicidad habría querido que Dios doblara cada una de sus facultades.

El indio fijó en mi madre una mirada de tierna y dolorosa compasión, murmurando tristemente. ¡Ella también, como sus abuelos, debía caer en los lazos que esa raza impía tiende a nuestros sencillos y afectuosos corazones!

En vano sería, desventurada hija del Cuzco, que yo te descubriese el sombrío porvenir que leo en este momento sobre tu frente y la de tu hijo, porque nadie puede huir de su destino, y además la voz del amor, dulce y sonora, cubriría la voz trémula, aunque inspirada, del anciano. Pero es necesario interponer tu conciencia entre nuestro secreto y la debilidad apasionada de un corazón de mujer.

El cacique se levantó, y dirigiéndose a mi madre con ademán majestuoso y voz solemne:

—Nieta de Atahualpa —exclamó—, ¿juras sobre la cabeza de tu hijo, y por la sangre de tu abuelo, que ni el amor, ni el odio, ni las caricias, ni las torturas

podrán forzar tu labio a descubrir a nuestros tiranos el secreto que tu padre te legó en su lecho de muerte?

—¡Lo juro! —respondió ella con acento firme, pasando una mano sobre mi cabeza y extendiendo la otra hacia el sol—. ¡Oh!, padre mío, aquella que, sentada sobre los inmensos tesoros de nuestros antepasados, ha tiritado de frío y languidecido de hambre y de fatiga para que la pequeña partícula de oro que debía fortalecerla no fuera al poder de los que nos han desheredado, no necesita de juramentos para callar.

La severa majestad del cacique desapareció de sus ojos; lágrimas paternas rodaron en ellos.

—¡Lo sé, hija mía! —respondió—, pero la voz del amor es más poderosa que el hambre, el frío y la fatiga. ¡He cumplido mi deber! —Y fijando en el vacío una mirada profunda que parecía penetrar la inmensidad del porvenir exclamó—: Vendrá un día en que la ciencia de los hombres descubra esos tesoros; pero entonces ellos serán libres e iguales, y los harán servir a la dicha de la humanidad. El reinado de las preocupaciones y del despotismo habrá pasado, y el genio solo dominará el mundo, ya erija por solio la frente de un europeo, ya la de un indio. Entre tanto, hija mía, cúmplase en ti lo que Dios ha dispuesto —dijo, y llevándose a sus ojos su mano seca y arrugada para enjugar una lágrima que corría por su mejilla venerable, se alejó con paso lento.

Mi madre quedó largo tiempo inmóvil, con la frente apoyada en mi cabeza.

Un ruido de pasos precipitados la distrajo de la profunda meditación en que la dejaron las palabras del anciano. Un caballero alto y apuesto, de rostro hermoso o imponente, entró haciendo resonar sus espuelas en el umbral de nuestra puerta.

—¡Camporeal! —exclamó mi madre, corriendo conmigo en los brazos, a arrojarse en los del extranjero.

—¡María! —respondió él estrechándonos a ambos contra su pecho adornado de cruces—. ¿Es este mi hijo?

—¡Nuestro hijo! —dijo ella con acento tímido.

—¡Oh! ¡Qué bello es mi hijo! —continuó él, sin advertir al parecer la rectificación de la pobre madre; y tomándome en sus brazos, a pesar de mi esquiva resistencia, me dijo con gran volubilidad—: Hernán, querido mío, serás un

arrogante gentilhomme de cámara algún día. ¡Las reinas te disputarán a sus damas! Entre tanto, es necesario que vengas conmigo a Lima.

—¡A Lima! —exclamó mi madre, que a las primeras palabras del conde había sentido helarse el gozo en su corazón y se había alejado con los ojos bajos y la frente inclinada—. ¡Ah, Fernando! ¡No era eso lo que me habías prometido! ¿Un caballero español falta así a su palabra?

—María —respondió el conde—, las promesas que se hacen a una mujer, sobre todo a la madre de nuestro hijo, no son como las que median entre los hombres: se hallan en la línea de aquellas que nos hacemos a nosotros mismos, están sujetas a circunstancias imprevistas; y si me amas, y amáis a vuestro hijo, debéis comprender que ni él ni yo podemos encerrar nuestro destino en el círculo estrecho de un país perdido entre desiertos, solo porque un día os hice una necia promesa. Por lo demás —añadió en tono resuelto—, mi hijo, y vos si queréis, partiréis mañana conmigo. ¡Adiós!

Mi madre no exhaló su dolor en quejas y exclamaciones: como todas las almas tiernas, lo reconcentró todo en su corazón. Cerró su casa, hizo en la puerta una cruz en señal de despedida, y conmigo en los brazos, fue a pasar el día entero sobre las alturas que dominan la ciudad, repitiendo entre lágrimas silenciosas estas palabras que el cacique había dicho en la mañana: ¡el amor es más fuerte que todo! Y como la hija de Jephthe miraba desde la cima de los montes la patria que iba a dejar, y la lloraba.

Partimos.

III

El rapto

Al llegar a Lima, el pesar, la fatiga, y quizá tristes presentimientos que se alzaban en el corazón de mi madre, le causaron una violenta enfermedad. Una fiebre ardiente se apoderó de ella, un delirio terrible extravió su razón creciendo hasta el frenesí cuando me alejaban un momento de su lado. Su sueño del Cuzco se le representaba incensantemente causándole espantosos terrores. Entonces me estrechaba contra su pecho hasta ahogarme, dando furiosos gritos, a los que sucedía una postración mortal.

Una noche que había caído en ese entorpecimiento letárgico, del que solo sus ojos no participaban, velando abiertos y atentos como dos centinelas, yo estaba

acostado a su lado y posaba mis manos frescas sobre su frente ardiente. El silencio que reinaba en torno nuestro y la inmovilidad de mi actitud comenzaban a adormecerme, cuando vi abrirse la puerta y entrar un hombre alto, envuelto en una larga capa negra, y con el sombrero caído sobre su frente.

A su vista, los grandes ojos de mi madre se dilataron más todavía; sus miembros inertes se estremecieron con una violenta convulsión; sus labios se agitaron en un esfuerzo de suprema angustia, y su lengua rompiendo las ligaduras de acero que la sujetaban articuló con un acento que nunca olvidaré:

—¡¡El gigante!!

Yo di un agudo grito, abrazándome estrechamente de su cuello, pero acercándose el embozado, puso una mano sobre mi boca, y separando con la otra los brazos tiesos e inanimados que rodeaban mi cuerpo, me arrebató como a un pobre pajarillo a quien roban de su nido; y envolviéndome en los pliegues de su capa, se alejó conmigo.

Después de inútiles esfuerzos para desprenderme de las manos que me retenían, la rabia, el dolor y el miedo me hicieron perder el conocimiento.

Cuando volví en mí me hallé solo, en un cuarto estrecho y bajo, acostado en un lecho de forma extraña. Un movimiento lento y uniforme hacía oscilar todos los objetos que me rodeaban; un ruido sordo, semejante a la caída lejana de un torrente, era lo único que interrumpía el profundo silencio que reinaba en aquella especie de sepulcro, en cuya bóveda agonizaba un farol ante la luz del día que comenzaba a venir.

Mi primer pensamiento fue para el miedo; el segundo para mi madre. Y llamándola con voz lamentable salté trabajosamente del lecho; corrí por todos lados buscando una puerta que no había, vi una escalera en el extremo del cuarto y la subí precipitadamente.

¡Qué espectáculo para mí, pobre niño, cuyos pies no habían traspasado el radio que abrazaba la mirada de mi madre!

La tierra de los vivientes había desaparecido con sus montañas y sus prados, sus árboles y sus poblaciones. Una inmensa llanura azul se extendía ante mis ojos atónitos, perdiéndose entre las densas nieblas del cielo. ¡Oh! Nunca olvidaré la horrible pena que despedazó mi corazón en ese momento. El alma del niño siente más hondamente el dolor que la del hombre, porque carece de la razón,

esa ruda consoladora, que no pudiendo arrancar el dolor, lo hiela en nuestro corazón.

Volví mis miradas del horizonte a los objetos que me rodeaban.

El conde de Camporeal, mi padre, estaba delante de mí. A mis gritos desesperados contestaba él con caricias, pintándome la dicha de que iba a gozar en España, hacia la cual navegábamos. Pero ¡oh! si el alma del conde era susceptible de remordimientos, por grande que fuera el crimen que cometió arrebatando a un hijo de los brazos moribundos de su madre, ¡mayor fue todavía su castigo! A cada nombre tierno que me daba, respondía yo con el de mi madre, y me deshacía en llanto. Después del llanto vino un pesar sombrío y silencioso, acompañado de un sentimiento de repulsión hacia mi padre, que no han podido vencer después ni los años ni la razón.

Desembarcamos en Cádiz, y al llegar a Madrid mi padre me colocó en un colegio. Allí pasé tres años tan tristes, tan pálidos, que nunca quiero recordarlos, pues me hacen el efecto de una pesadilla. Mi vida exterior no se componía de juegos y de alegrías como la de los otros niños: la había consagrado toda al estudio, en el que hacía progresos asombrosos; progresos que no excitaban la envidia de mis compañeros, como sucede ordinariamente, porque no viendo en mí ni gozo ni orgullo por mis triunfos, me los perdonaban. Pero yo me sentía tan indiferente a su benevolencia, como lo habría sido a su hostilidad. Un solo sentimiento velaba en mi corazón bajo la forma de un dolor: ¡el recuerdo de mi madre! Desde que el sueño cerraba mis ojos volvía a ver la horrible escena que nos separó y sentía crecer, a pesar de mí, ese sentimiento de miedo rencoroso que mi padre había hecho nacer en mí. Así, cuando él venía a verme, o yo iba a su palacio, el momento más agradable para mí era el de la despedida. Él lo conocía: ¡cuántas nubes de pesar y de despecho vi pasar sobre su frente! Y sin embargo, pensando en el dolor de mi madre; representándomela sola, abandonada y llamando en vano a su hijo, sentía una satisfacción amarga y punzante del que yo le causaba a él.

Un día que sentado en el jardín procuraba sonreír a los juegos de mis compañeros que saltaban en torno mío, vi venir por las sombrías calles de árboles a una mujer de estatura esbelta, y el rostro cubierto con un largo velo. Parecía agitada de una conmoción profunda, y su pie, veloz como el de una sombra, no parecía tocar la tierra. Al llegar al sitio en que nos hallábamos paseó sobre nosotros una mirada rápida, y arrojando hacia atrás su velo, corrió a arrodillarse delante de mí, abrazándome estrechamente, y exclamando en la dulce y cariñosa lengua de mi madre:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡He hallado a mi hijo!

¡Era ella! Era mi madre que, abandonada, sola y moribunda en Lima, había hallado bastante fortaleza en su amor maternal para triunfar del abandono, del aislamiento y de la muerte, y atravesando distancias inmensurables y peligros infinitos para venir a ver a su hijo, estaba en aquel momento delante de mí de rodillas, llorando y riendo. A la vez, abrazándome convulsivamente y apartándome de sus brazos para contemplarme, repitiendo siempre con una voz llena de lágrimas:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡He recobrado a mi hijo! Cuando calmados los primeros transportes de mi gozo, pude contemplar a mi madre, me asombraron los estragos que el dolor había hecho en ella. De aquella belleza maravillosa que encantaba a cuantos la miraban, y que hacía que se la llamase Mama Oello, solo habían quedado sus largos y negros cabellos, y sus ojos, que hundiéndose en sus órbitas habíanse vuelto más grandes, embelleciéndose con ese tinte sombrío que deja para siempre el dolor.

Pero yo era muy niño para adivinar nada de funesto en el demudado rostro de mi madre, y enteramente entregado a la dicha de verla, de acariciarla, de escuchar el sonido de su voz y de recoger cada una de sus dulces palabras, no advertía que cada día traía más palidez en su frente y languidez a sus ojos; que su voz se apagaba como si se alejara hacia otro mundo, y que sus palabras cada vez más tristes adquirirían esa solemnidad del último adiós de un moribundo.

Un día vino al colegio, y después de haber hablado largo rato a solas con el rector, me llevó aparte.

—Hernán, amado hijo mío — me dijo —, hoy cumples diez años; y cuando se ha sufrido como nosotros, en esta edad comienza a madurar la razón. Además — continuó con voz conmovida —, yo no tengo tiempo para esperar a que la tuya se fortalezca, y es necesario que me apresure a depositar en tu pecho el secreto que mi padre legó al mío, así como mi abuelo se lo había legado a él. Escucha atentamente lo que voy a decirte, querido mío, y graba en tu memoria cada una de sus palabras.

IV

La ciudad subterránea

Velaba yo a mi padre moribundo en nuestra casa del Cuzco. Era de noche. Profundo silencio reinaba en nuestra pobre morada; ningún sacerdote había

querido abandonar las delicias del sueño para traer una palabra de consuelo a aquel que iba a dejar la tierra. Yo sola oraba llorando de rodillas a la cabecera del lecho de muerte, y a mis gemidos solo respondía el silbido del viento de la noche que gemía también entre la paja de nuestro techo.

De repente, el rostro de mi padre, ya desencajado e inmóvil pareció reanimarse por un supremo esfuerzo de voluntad; sus ojos brillaron con ese último resplandor de la vida que se apaga, y fijando en mí una mirada profunda exclamó:

—Hija mía, siento que el frío de la muerte invade mi cuerpo; y es necesario antes que llegue a mi corazón que te revele un secreto conocido solo a los descendientes de los incas, y transmitido del padre al hijo en esta hora suprema. Yo habría querido depositarlo en un pecho fuerte, capaz de resistir su inmenso peso; pero Dios, que te me ha dado por única heredera, te prestará, hija mía, la fortaleza necesaria para guardarlo. Escucha.

“Cuando los opresores de nuestra desgraciada patria la invadieron, trayendo ante sí el hierro y el fuego, sus sencillos hijos creyeron aplacar su furor poniendo a sus pies montes del funesto metal que codiciaban; pero muy luego conocieron que la feroz avaricia de aquellos hombres crecía con los tesoros que conquistaban, como crece el hambre del tigre con el número de presas que devora. Entonces los habitantes del interior, no habiendo sido sorprendidos como los de las costas, ocultaron todo el oro que poseían, sirviéndoles para ello los inmensos subterráneos que la prudencia de nuestros padres abrió bajo cada una de nuestras poblaciones. ¿Ves, hija mía, que nuestra ciudad es grande? Pues de igual dimensión es la ciudad subterránea que está a sus pies. ¿Ves cuántos millares de habitantes se agitan en las calles y plazas de la una? Pues mayor es el número de estatuas de oro que están guardadas en las tenebrosas galerías de la otra. Allí reposan tesoros tan inmensos que, si los alumbrara el sol, su brillo solo sería bastante para alumbrar el mundo. Este vasto receptáculo de riquezas tenía cien puertas, cuyas llaves y secretos poseían cientos de los más cercanos descendientes de nuestros reyes. Cada uno al morir los legaba a su hijo primogénito; y cuando el muerto no tenía sucesión, la llave era arrojada al lago que se halla en el centro del subterráneo, y la puerta cerrada. ¡Ay! De las cien llaves, noventa y ocho yacen en el fondo de las aguas; y dentro de pocos instantes, las dos que restan se hallarán una en las manos trémulas de un anciano, la otra en las débiles de una niña. Hija mía — continuó con una voz que se apagaba por instantes —, tú has visto que he vivido en la miseria y las privaciones, encargando nuestra subsistencia al trabajo de mis manos, al sudor de mi frente, sin que ni aun tus sufrimientos ni los de tu pobre madre me hayan inspirado jamás siquiera el pensamiento de extraer un solo grano

de ese oro destinado a restablecer el trono de nuestros padres, y la antigua gloria de nuestra patria. Imítame pues, amada María. En nombre de esa patria te pido que trabajes tú también; que seas sobria y fuerte; y que cuando seas madre enseñes a tus hijos esas dos tan grandes y para nosotros tan necesarias virtudes.

Entonces, su mano desfallecida desprendió de su cuello un cordón del que pendía una llave de forma extraña.

—Hija mía —me dijo—, escóndela en tu pecho y el secreto en el fondo de tu corazón. Confía solo en aquel que te muestre la otra... Y ahora, pobre huérfana, acerca tu frente para que la bese y te bendiga.

Yo me arrojé llorando sobre la mano ya fría de mi padre, mientras él extendía la otra sobre mi cabeza para bendecirme.

Cuando alcé los ojos, espantada del largo silencio que se había hecho en torno mío, el rostro de mi padre estaba inmóvil y su mirada fija en el vacío habíase vuelto turbia y vidriosa. Mientras yo besaba su mano, él había expirado.

Al otro lado del lecho estaba de rodillas y orando un anciano cacique amigo suyo, venerado entre los indios como un profeta cuyos oráculos eran infalibles.

—Hija mía —me dijo acercándose a mí—, ¿reconoces este objeto? —Y descubriendo su pecho me mostró una llave en todo semejante a la que mi padre me había dado. Yo se la presenté en silencio—. Está bien, hija mía —dijo él—. Ahora es necesario hacer a tu padre los últimos deberes llevando sus restos al lado de tu madre.

—¡Ay! —respondí llorando—, yo ignoro dónde fue sepultada mi pobre madre. Jamás quiso decírmelo mi padre por más que yo deseaba ir a orar sobre su tumba.

—Luego lo sabrás —replicó él.

Y cerrando piadosamente los ojos a su amigo, sentose a mi lado para velar su cadáver.

En la noche siguiente al sonar la última campanada de medianoche, el cacique se levantó con ademán solemne, cerró todas las puertas exteriores; y acercándose al cadáver que yacía expuesto sobre su lecho, alzolo en sus brazos con todos los lienzos en que estaba acostado, quedando desnudo el lecho de tierra

endurecida, en cuyo centro me mandó a hacer una excavación hasta descubrir una pequeña puerta que me ordenó abrir con mi llave. Obedecí, y apenas dio esta una vuelta en la cerradura, la puerta se abrió hacia afuera descubriendo un profundo subterráneo, en cuyas sombras iba a perderse una larga escalera de piedra.

El anciano apagó los cirios que habían ardido ante el cadáver, menos uno que me mandó a descender al subterráneo, siguiéndome él con su lúgubre carga.

Mi trémulo pie había contado cincuenta escalones, cuando un espectáculo extraño vino a herir mis ojos. La luz de mi hachón, en vez de perderse entre aquellas tinieblas, parecía reflejar en objetos que la centuplicaban. Volvime llena de miedo hacia mi compañero, pero él me hizo seña de continuar mi camino. Mientras más descendía, más vivos se hacían los resplandores que nos enviaba el fondo del subterráneo.

Toqué en fin la centésima piedra de la escalera. Entonces una visión maravillosa me deslumbró obligándome a apoyarme en el hombro del cacique.

Mis pies descansaban sobre masas enormes de oro que cubrían el suelo y las paredes de una inmensa galería prolongada en círculos interminables. Allí estaba amontonado el oro labrado en estatuas, altares, ídolos, vasos, frutos, flores, y el oro en su ser primitivo en anchas pepas y enormes trozos.

Yo me había detenido y contemplaba absorta el cuadro mágico que tenía a la vista; pero el anciano, impasible ante aquellas maravillas, marchó llevándome delante. Caminamos algún tiempo por aquella vía resplandeciente; y luego volviendo sobre la izquierda entramos en una vasta cueva. Allí vino a mezclarse el terror a mi admiración. A lo largo de aquella cueva extendíanse dos hileras de nichos de oro, y prolongándose hasta el fondo, concluían al pie de un ancho trono del mismo metal. El trono y casi todos los nichos estaban ocupados por cadáveres que parecían haber vivido la víspera, adornados los unos de brillantes vestiduras, cubiertos los otros con los harapos de nuestra actual miseria. El cacique se acercó a uno de los nichos vacíos y colocó en él a mi padre; y sin permitir que me arrodillase para besar sus pies, me llevó de la mano hasta la última grada del trono.

—Descendiente de Manco-Capac —me dijo—, saluda a tu abuelo.

Los ecos del subterráneo repitieron mil veces las palabras del anciano, cual si las voces de todos aquellos me intimaran esa orden. Prostername temblando y

mi labio tocó el pie del ilustre muerto. Entonces el cacique me presentó a todos nuestros antiguos reyes que, reunidos allí, dormían el sueño eterno, desde el hijo del sol, hasta el desventurado Atahualpa, cuyos sagrados restos recogidos secretamente por los indios, y depositados en el sepulcro de sus padres, terminaban aquella larga línea de grandezas aniquiladas. Después de los monarcas, veíanse a sus descendientes, formando un triste contraste sus miserables andrajos con los resplandecientes sarcófagos en que yacían.

Al volver sobre nuestros pasos, en el nicho cercano al que ocupaba mi padre, reconocí el cadáver de mi madre, tan poco desfigurado por los largos años de sepulcro como el día en que, niña aún, la vi expirar en mis brazos. Su vista renovó en mí el dolor de aquella doble pérdida; pero el anciano secó mis lágrimas con una severa mirada.

—Hija mía —me dijo—, tú y yo somos ahora los únicos guardianes de las reliquias de nuestros reyes y de sus inmensos tesoros. Para cumplir nuestra misión necesitamos valor; y tú comienzas haciendo a sus augustas sombras testigos de tu debilidad. Las lágrimas no son para seres cuyo destino es excepcional como el tuyo. Las últimas palabras de aquellos que lloras te han recomendado la fortaleza. Obedéceles pues, y sé fuerte con el dolor para serlo después contra la miseria y la persecución.

Enseguida tomó mi brazo y me llevó fuera del subterráneo cubriéndolo con la misma capa de tierra.

V

La maldición y la promesa

Cuando ocho años después te vi arrebatarse de mis brazos en aquella noche funesta, el exceso de mi dolor produjo una crisis que me salvó.

Entonces tuve miedo de entregarme a la desesperación que me habría conducido a la muerte, privándote de la vigilancia del amor maternal, ese genio de alas de fuego, tan poderoso que vuela de un polo a otro para llevar un socorro, o una caricia, sin que puedan detenerlo ni los mares, ni los desiertos. Quise vivir para volver a verte, y pensé, estremeciéndome de gozo y terror, que tenía un medio seguro, aunque terrible, de conseguirlo, ¡desobedecer la última voluntad de mi padre!

Volvíme a pie y sola por aquel mismo camino que pocos días antes me

había visto traerte en mis brazos. ¡Oh! ¡Cuánto sufrí! Cada piedra, cada accidente del terreno, despertaba en mi corazón recuerdos que lo desgarraban. Bajo esta roca me había detenido para que reposaras; sobre esa piedra me había sentado para dormirte; en aquella fuente apagué tu sed. ¡Oh! ¡Cuántas veces abrumada con tan dolorosas memorias pensé en la muerte, que da fin a todo! ¡Cuántas veces, pasando al borde de los precipicios, mi cuerpo se inclinó y mi pie se extendió sobre el vacío! Pero tu imagen se me aparecía siempre como un ángel de guarda para salvarme: tu imagen llenaba mi corazón, ocupaba mi alma, absorbía mi pensamiento, y me hacía insensible a todo lo que no eras tú. El amor maternal es una antorcha mágica cuya llama eclipsa para la madre todas las luces de la creación, para brillar ella sola en su horizonte.

Al llegar al Cuzco fui a encerrarme en mi casa abandonada; y rechazando el pánico terror que me asaltaba, levanté la gran capa de tierra que cubría la puerta del subterráneo y la abrí. Una ráfaga de aire húmedo y frío vino a azotar mi rostro, y me hizo retroceder espantada, pareciéndome que la mano helada de aquel cuya voluntad iba a desafiarme rechazaba, amenazándome con su maldición. Conocí que se debilitaba la fuerza que me había conducido allí y, como siempre, llamé en mi auxilio tu memoria, hijo mío: te me representé como en esa terrible noche, llorando, con los brazos tendidos hacia mí, llamándome en vano, y mis temores y remordimientos se desvanecieron. Descendí con pie seguro la húmeda escalera, y corriendo a la galería sepulcral, fui a prosternarme ante las cenizas de mis padres.

—¡Oh, tú, que me legaste la guarda de estos tesoros! —exclamé—. Tú sabes cuán religiosamente he obedecido tus últimas voluntades; tú sabes que he vivido pobre y oscura cubriendo de harapos mi juventud y belleza, cuando el amor me pedía que me elevara por medio del brillo de las riquezas a la altura del objeto que lo hizo nacer en mi corazón. La huérfana ha sufrido pacientemente el aislamiento y la miseria; la amante ha sobrellevado en silencio su humillación. ¡Pero, oh, padre mío! La madre no puede resignarse a perder a su hijo, ¡y yo quiero recobrar el mío! ¡Tened piedad de la pobre madre! Permitid que lleve conmigo un poco de ese oro que vence lo imposible, que debe restituirme a mi hijo, y que será para estos inmensos tesoros lo que una gota de agua es para el océano. Pero si no os apiadáis de mi dolor, si sois inexorable... ¡Padre, caiga vuestra maldición sobre mí, pues no puedo obedeceros!

Los ecos repitieron en todos los ámbitos del subterráneo: ¡maldición!, ¡maldición! Mas yo escuché impasible aquellas voces siniestras, alceme con resolución, tomé el oro necesario a mis designios, y saliendo del subterráneo y de la ciudad sin tomar ningún descanso, comencé la larga peregrinación que me ha

conducido cerca de ti. Pero la maldición paterna me ha seguido; pesa sobre mi cabeza, y como el fuego del cielo, consume mi existencia.

—Hernán, amado hijo mío, prométeme que mi crimen no será estéril; prométeme redimirlo con el bien que tú harás a nuestra nación.

—¡Hablad!, ¡mandad, madre mía! —exclamé regando con lágrimas los pies de mi madre.

—Escucha, hijo mío —dijo ella haciéndome sentar sobre sus rodillas—. Las profecías de nuestro país nos prometen un libertador que, habiendo vivido largo tiempo entre nuestros enemigos, y aprendido de ellos la ciencia de las conquistas, romperá las cadenas de nuestra patria, y le dará mayor gloria y felicidad.

Pométeme que tú serás ese libertador, y que para redimir a nuestros hermanos no emplearás el odio que pida la sangre de sus amos, sino la ilustración que los haga sus iguales, la ilustración, el más sublime y seguro medio de libertar los pueblos.

Ve, hijo mío, pues nada te liga ya a este suelo; porque tu padre, temiendo sin duda que la pobre india que confió en su fe hiciera valer los derechos de su hijo, se ha apresurado a dar su mano a otra, cuyos hijos serán dueños de tu nombre y de tus títulos.

Estas últimas palabras de mi madre pasaron casi desapercibidas para mí, pues las primeras habían despertado en mi corazón una fibra que hasta entonces no había palpitado. Apoderose de mí un extraño entusiasmo; una radiante visión atravesó mi mente. Pareciome ver al hombre de las profecías rodeado de una aureola resplandeciente, blandiendo con una mano una espada de fuego y arrojando con la otra en el abismo los signos de la esclavitud. Y con el corazón lleno de ardiente fe, hice a mi madre el juramento que me pedía.

Ella me abrazó muchas veces llorando; y habiendo desprendido de su pecho el cordón con la llave hereditaria, lo colocó en el mío diciéndome:

—¡Gracias, hijo mío, gracias! Cuando regreses a la patria, no vuelvas solo: lleva contigo lo que reste de tu madre: no la dejes en la tierra extranjera. Si el sol del destierro no tiene calor para los vivos, ¿cómo podría calentar las tumbas?...

Vinieron a interrumpirla. Era ya de noche e iban a cerrar las puertas.

Mi madre oyó este anuncio con profundo dolor. Estrechome largo tiempo entre sus brazos murmurando en voz baja palabras extrañas: su última plegaria quizá; y alzando sus manos sobre mi cabeza...

—¡Padre! —exclamó con voz apagada—. ¡Padre que estás en los cielos, a ti lo confío!

Y desapareció.

¡No volví a verla más! ¡Había venido en la agonía a darme su último adiós!...

Diez años he consagrado a la ciencia para cumplir su última voluntad; y a los veinte de mi edad venía con el corazón vacío de todo otro sentimiento que la memoria de mi madre, a cumplir la doble misión que me había dado; sepultar sus restos bajo el cielo de la patria, y libertar a mis hermanos sacándolos del abismo de ignorancia en que, por un odioso cálculo, los hundían cada día más sus tiranos. Pero mi madre me amaba mucho para hacerme esperar largo tiempo el premio de mi obediencia, y te me ha enviado a ti, ángel del cielo, para encantar la vida de su hijo, y que cuando este haya cumplido sus designios y cubiértose de gloria ante su pueblo y la España, seas tú su recompensa.

Un silbido prolongado interrumpió a Hernán.

—¡Dios mío! —exclamó Rosa—. Es Francisca, mi esclava favorita, la depositaria de nuestro secreto que me anuncia que mi padre se ha levantado ya. ¡La hora de la separación ha llegado, pero antes de alejarte, Hernán mío, perdona la injusticia con que he juzgado tu noble corazón! ¡Oh! Si Dios quiere que vuelva a verte y que sea tuya, como tú lo esperas, ¡cuántos tesoros de amor hallarás en mi corazón para indemnizar al tuyo de su pasado aislamiento! Yo seré tu amiga, tu hermana, tu madre, tu amante, tu esclava. Pero ¡ay! No sé qué sombrío presentimiento vela para mí el porvenir con un sudario, a través del cual solo entreveo las sombras de la muerte. No sé qué voz siniestra se alza en mi alma gritando: “¡Es necesario que uno de vosotros dos caiga! ¡Elige!”. ¡Oh, sea yo, sea yo la que muera! Yo, pobre flor de un día, cuya existencia es inútil en la tierra, y vive tú, para realizar tus sublimes designios... y también para llorarme. ¡Oh, si como tu madre pudiera dormir mi último sueño cerca de ti! ¡Hernán! Dime que, si mis presentimientos no me engañan, llevarás el despojo de la que amaste a cualquier sitio que habites; júrame identificarme con tu existencia, aunque la muerte haya arrebatado mi alma, y no sepultarme en esa tierra tan húmeda y fría, ¡donde no me

podrá llegar tu mirada!

Hernán pasó sus brazos a través de la reja y atrajo hacia sí a su amada.

—¡Rosa mía! —le dijo—. El dolor te extravía. Cesa de atormentar tu corazón y de despedazar el mío con tan lúgubres pensamientos. Mira tu rostro radiante de juventud y belleza; mira tus ojos tan llenos de encanto y de vida; siente tu pecho cómo palpita de savia y de amor, ¡y dime si es posible que la muerte se acerque a ti! ¡Ah! Déjame más bien embriagarme, en este corto instante que me queda para contemplarte, con la dulce idea de volver pronto ilustre, poderoso y digno en fin de ti, para obtener del orgullo el corazón que tu amor me ha dado. La voluntad del hombre es todopoderosa, y mientras tú me ames, ella realizará todo lo que yo le ordene. Y ahora, amada mía, ¿no concederás a tu prometido el primer favor de la esposa, para que saboree esa dicha en la amargura de la ausencia?

Los labios rojos y voluptuosos de la virgen se posaron a través de la reja sobre la boca ardorosa y anhelante del joven, y un largo y ardiente beso abrasó con su fuego la atmósfera que circundaba a los dos amantes.

Al mismo tiempo el silbido se repitió más fuerte y prolongado.

Un momento después la calle se hallaba enteramente solitaria, y sobre la ventana cerrada solo se oían los gorgoros de las palomas de Santa Rosa, que saludaban los primeros destellos de la aurora.

VI

La esclava

Seis meses después de la escena que acabamos de describir, en una noche semejante a la primera, un hombre también embozado, se detuvo delante de la misma reja. Como el otro, paseó también sus dedos sobre la celosía; pero cuando esta se abrió a aquel llamamiento, en vez del blanco, suave y adorable rostro de Rosa, la amante y bellísima novia de aquel afortunado Hernán de Campo real, se vieron brillar, rodeados de tinieblas, los ojos ardientes y los dientes blancos de una negra.

Como la blanca aparición de otro tiempo, esta también, inclinándose sobre la ventana, preguntó a media voz:

—Señor de Ramírez, ¿estáis ahí?

—Sí, Francisca. He venido a cumplir mi promesa, pues tu estratagema ha tenido un resultado superior a mis esperanzas.

—¿Qué decís, mi amo?

—La falta de las cartas que has interceptado tenía lleno de dolorosa inquietud el corazón del amante de Rosa: me escribe el espía que tengo cerca de él; pero la que le has escrito contándole la historia de infidelidad que tan astutamente forjaste ha cambiado esa inquietud en una desesperación tan terrible para él como saludable para mí.

—¿Se ha dado la muerte?

—Se ha hecho sacerdote.

—¿Sacerdote? —Yo esperaba otro desenlace, pensó la negra, pero tanto da. Yo no estaré ya aquí cuando ellos se las avendrán entre sí. Además, ese joven Camporeal no me inspiraba el odio que los otros blancos. Como a mí, algún gran dolor roía su corazón. Luego, dirigiéndose al embozado—: En fin, mi amo —le dijo—, he hecho no solo todo cuanto me habéis mandado, sino todo lo que mi celo por vuestro servicio me ha inspirado; y ya conoceréis por lo costoso de mis sacrificios, si este celo es grande. Figuraos si ha sido necesaria una ilimitada adhesión por vos, para resolverme a llevar al corazón de mi bella y buena ama el dolor más terrible que puede sentir el alma humana: la muerte del objeto amado. ¡Oh! Si al referirle esa lúgubre impostura la hubierais visto como yo...

—¡Basta, Francisca, basta! No me hables de su amor a ese hombre, porque me haces un mal horrible, y se lo harías a ella misma; pues sabes que, gracias a tu astucia, ha cedido al fin a la voluntad de su padre; va a ser mi esposa, y yo temería recordar con demasiada frecuencia que, si un ardid me ha dado su mano, su corazón es de otro quizá para siempre. ¡Oh! No quiero pensar en esto, porque haría sufrir mucho a esa mujer. Hablemos más bien de ti, Francisca. He aquí una muestra de mi agradecimiento —continuó desembozándose y presentando a la negra un inmenso bolsillo—. Con este oro podrás recobrar tu libertad y ser feliz donde quieras. ¡Adiós! —Y se alejó rápidamente.

La negra cerró la celosía, y estrechando convulsivamente contra su pecho el saco de oro, atravesó veloz los espaciosos salones, cruzó el patio, subió corriendo la escalera en espiral del mirador que coronaba el palacio, en cuyo último piso tenía su cuarto, y con los ojos dilatados y el pecho palpitante fue a caer de rodillas

delante de una lamparilla que ardía en un rincón, desatando con mano trémula la cuerda que liaba su tesoro. ¡Diez...!, ¡veinte...!, ¡cincuenta...!, ¡ciento...!, ¡doscientas! ¡Doscientas onzas de oro!

Sus ojos se cerraron como deslumbrados por el resplandor del oro, o de alguna halagüeña visión.

Luego extendió la mano sobre el dorado montón, y volvió a contar: ¡diez!, ¡veinte!, ¡treinta!

¡He ahí tu libertad Zifa o Francisca, como te llaman los blancos, desde que, haciéndote arrodillar en medio de tus doscientos compañeros encadenados, su sacerdote arrojó sobre tu frente ese nombre extraño que nada dice a tus recuerdos, quitándote el de Zifa, primera voz que tus hijos balbucearon en tus brazos!

Levantose precipitadamente, se abalanzó a una ventana, la abrió con violencia, y tendiendo sus brazos hacia un punto del inmenso horizonte que desde allí se descubría: ¡África!, exclamó, ¡hermosa patria mía, que guardas en tu seno de fuego los dos únicos objetos de mi amor! Voy a ser libre, y pronto podré besar tu amada ribera. ¡Aibar! ¡Leila! ¡Hijos adorados! ¡Mis hermosos pequeñitos gemelos! ¿Quién me hubiese dicho, cuando para ir a la fuente fatal de donde me arrebataron, os acosté dormidos en vuestra cuna de mimbres a la sombra de los palmeros de nuestra cabaña, que tantas veces he visto en sueños, quién me hubiese dicho que pasarían cinco años sin veros? Pero nuestra buena Fetiche se ha compadecido al fin de mi desesperación. Va a restituiros vuestra madre, y dentro de poco tiempo, llevando como antes uno de vosotros en cada uno de mis brazos, iré a cantar nuestra felicidad a los ecos del desierto, que la repetirán en las cavernas, regocijando el corazón de los leones, menos feroces que los blancos, que respondían a los gemidos desesperados de la madre con injurias y golpes, ahogando en su boca, por medio de la mordaza, aun el consuelo de pronunciar vuestros nombres.

Y los ojos de la negra, llenos de una expresión inefable de amor maternal, centellearon a estas palabras con un fuego sombrío; sus albos dientes se entrechocaron; hincháronse los músculos de su cuello; y con la mano extendida, semejante a un genio maléfico cerniéndose sobre aquel palacio y amenazándolo: ¡Blancos!, exclamó, ¡vosotros no tuvisteis piedad de mí; yo no la tengo de vosotros! Vosotros me arrebatasteis mi felicidad, yo la he rescatado vendiendo la vuestra. Por una madre restituida a sus hijos, dos amantes han sido hundidos en una inmensa desesperación, un padre, una esposa y un marido serán deshonorados. Y...

¿quién sabe? ¡Me salvo y me vengo! Salvarse y vengarse a la vez, ¡cuánta dicha!

¡Libertad! ¡Venganza! Yo os saludo. ¡Patria mía! ¡Hijos míos! ¡Hasta bien pronto!

Resonó en el aire un beso de fuego, y cerrándose bruscamente la ventana, el palacio quedó sepultado en profundas tinieblas.

VII

El regreso

Era una mañana ardiente de enero. El sol reinando solo en un cielo desierto y abrasado, enviaba sus rayos perpendiculares sobre la hermosa Lima, que destacándose graciosamente del delicioso oasis que la cerca, parecía mirar complacida a su radiante padre y sonreírle con coquetería.

En una de las últimas montañas que forman semicírculo en torno suyo, se había detenido a contemplarla un viajero.

Era un sacerdote joven y bello; pero en cuya frente había estampado el dolor su lúgubre huella. Con los brazos cruzados sobre el pecho, fijaba en la mágica ciudad una mirada que expresaba a la vez tristeza, y resignación.

—¡Dios mío! —dijo, elevando al cielo sus grandes y negros ojos—. ¡Bendito seáis por haber permitido que, al volver a ver estos sitios testigos de mis días felices, mi corazón haya permanecido fuerte, a pesar de la amargura de mis recuerdos! El amante engañado por su prometida, el corazón traicionado por un corazón que creyó tan puro y tan amante, recordó vuestro sublime llamamiento: “Venid a mí vosotros los que sufrís, que yo os consolaré” y corrió a refugiarse en vuestro seno, y vos habéis cumplido vuestra promesa, lo habéis consolado y fortalecido. ¡Acabad vuestra obra, Dios misericordioso! Cerrad mi alma a todo lo que no seáis vos, y perdonad, Dios mío, esta súplica, en memoria de una vida entera de dolor, dignaos aproximar el término de mi camino, tan penoso, aunque corto; llamadme pronto a vuestro cielo, donde mi pobre madre me espera, ¡hace tanto tiempo a los pies de la vuestra!

E inclinando la frente en señal de sumisión a la voluntad de Dios, descendió con lentitud la rápida pendiente de la montaña.

VIII

Sacrilegio

Los fieles acudían solícitos un domingo, en las primeras horas de la mañana, al sonido de las campanas que anunciaban la misa. El templo de Santo Domingo se hallaba ocupado por una inmensa concurrencia. Allí se veían reunidas las más nobles y bellas señoras de Lima, vestidas todas de esa saya tan envidiada de las mujeres del resto de la tierra; medio cubierto el rostro con el misterioso y seductor manto, a través de cuyos pliegues, como estrellas entre nubes, brillaban esos ojos que no tienen rivales en el mundo, y que deben conmover deliciosamente el corazón de Dios cuando se elevan hacia él en la oración. Cerca de la primera grada del altar se hallaba de rodillas una mujer joven y de una belleza tan extraordinaria que ninguna de las hermosuras que se hallaban en el templo podía comparársele. Pero su color de un blanco de ópalo era pálido como el de una muerta; sus rasgados y bellísimos ojos negros se alzaban al cielo con una expresión de dolor profundo y sin esperanza; su boca, adorablemente linda, parecía conservar la huella de los sollozos que la habían contraído; y hasta su vestido de rigoroso luto anunciaba uno de esos dolores inmensos, incurables, que se apoderan de nuestra existencia, estrechándola con su garra de hierro, y que no bastándoles el despedazar nuestro presente, extienden su ponzoñoso soplo, desde los más lejanos recuerdos de lo pasado hasta la eternidad de nuestro porvenir.

Aquella mujer parecía absorta en una muda plegaria; y al verla con las manos juntas sobre su pecho, sus ojos fijos en el cielo y rodeados de un círculo azulado, se la habría creído la estatua de María al pie de la cruz.

De repente sus labios se agitaron murmurando un nombre.

—¡Hernán! —dijo suspirando—. Si hallas tan bello el cielo que no quieras dejarlo un momento para venir a ver a la que amabas, muéstrateme al menos en sueños: mírete yo sonreirme en ese mundo fantástico e impalpable, el único en que ahora puedo verte. Y entre tanto, amado mío, une a la mía tu plegaria, pide a Dios que abrevie mi destierro en este mundo, tan triste y lóbrego desde que tú no lo habitas. ¡Oh! Si siquiera pudiera consagrarme toda entera a mi dolor, llorar, exhalar gritos desgarrantes, dar paso a los sollozos de que esté lleno mi corazón. ¡Pero no! Después de anonadarme el golpe horrible con que me hirió tu muerte, fue necesario que volviese a la vida para dar mi mano a otro, cuyo ojo vigilante espía mis lágrimas, cuenta mis suspiros, y después de hacerse dueño de mi ser material, pretende escalar el santuario de mis recuerdos, ¡donde se ha refugiado con tu imagen mi alma que es toda tuya!

Mientras ella oraba llorando; mientras sus ojos buscaban entre las nubes de incienso que se elevaban al cielo la sombra del habitante de otro mundo, cuyo recuerdo llenaba su corazón, un sacerdote joven, alto y pálido, revestido de los sagrados ornamentos, había ocupado el altar.

Su exterior manifestaba un profundo y religioso recogimiento, que contrastaba con el aire distraído y despilfarrado con que algunos frailes del convento celebraban al mismo tiempo el santo sacrificio.

Después de haber recitado con piadoso acento las palabras del rey profeta, volviose hacia el auditorio para dirigirle el fraternal saludo del apóstol.

Un doble grito resonó en las bóvedas del templo, ahogándolo los sonidos del órgano y los sagrados cánticos.

— ¡¡Vive!! — exclamó la mujer enlutada cayendo desmayada en los brazos de las esclavas que la rodeaban.

— ¡¡Me ama!! — dijo el sacerdote, apoyándose pálido y trémulo sobre el ara.

Y al acabarse el divino misterio, aquel que había comenzado a celebrarlo con un corazón puro y lleno de piedad llevaba consigo la conciencia de haberse hecho reo de la idolatría del pueblo; ¡¡¡porque el sacerdote había olvidado las sacrosantas palabras de la consagración!!!

IX

La redoma

En la noche de ese día, bajo los cimientos de una casa antigua, perdida entre las huertas del Cercado, dos hombres hablaban misteriosamente en un laboratorio subterráneo. El uno era un viejo de aspecto repugnante, y cuyo ojo de buitre, nariz encorvada, y delgados labios revelaban la degenerada raza de Jacob. Embozábbase el otro en una ancha capa, y cubría su rostro un antifaz.

La roja llama de un hornillo químico iluminaba la escena con su reflejo fantástico, y rodeaba de una aureola siniestra el grupo que se había formado por aquellos hombres. Quien los hubiese visto a esa hora en el fondo de aquella negra cueva, al sombrío resplandor de las llamas, los habría creído dos demonios concertando la perdición de un alma.

—¿Con que dices que este licor da la frialdad, la rigidez y la inmovilidad de la muerte? —decía el encubierto, mirando al trasluz una redomita de cristal llena de un líquido color de rubí.

—Sí, noble señor —respondió el viejo—. Es un poderoso narcótico extraído de las mágicas plantas del yemen, y del que bastan tres gotas para producir el efecto que decís.

—¿Sin ninguna de las condiciones necesarias a la conservación de la vida?

—Este licor maravilloso las contiene todas.

—Pesa bien tus palabras, maldito judío: pues por Dios vivo, que si me engañas, la hoja de mi daga sabrá alcanzarte a través de tus infames hechizos.

—Os juro por el Dios de Abraham, noble señor, que cuanto he dicho es la más pura verdad. Bajo la fría apariencia de la muerte ese divino elixir conserva la vida en todo su vigor, en cualquier sitio que se relegue a aquel que se someta a su influencia... Ya sea —añadió el viejo, fijando en el antifaz del encubierto una mirada de profunda malicia—, ya sea que un marido celoso, armado de un derecho deslealmente adquirido, pretenda guardar a su esposa en la tumba, ya hacerla morir para su patria y su antiguo amor, y devolverla a la vida bajo el ardiente cielo de las Filipinas.

Apenas pronunciadas estas palabras, el viejo se sintió asido por el cuello, y sobre su pecho vio brillar un puñal.

—¡Miserable! —gritó el embozado—. ¿Cómo lo sabes? Dilo, porque vas a morir.

—¡Eh! Noble señor, ¿mancharíais vuestras manos con la sangre de un judío? Si os conozco, ¿qué importa el que sepáis o no los medios que emplee para ello? Además, ¿no soy astrólogo? Pues bien, he hecho vuestro horóscopo; y en vez de ser mi asesino, vais a ser tres veces mi deudor. En primer lugar por el trabajo que me he tomado en consultar vuestro destino a las estrellas; después por ese fragmento del poder de Dios que encierra esta redoma; y finalmente por el sello de Salomón, concluyó el israelita, llevando el dedo a sus labios.

El del antifaz rechazó al viejo con un brutal empujón, arrojole un bolsillo de oro, guardó la redoma, recatose aun más bajo su embozo, y subiendo las espirales de una escalera de caracol, atravesó un huerto, y saltando una tapia tomó la calle y

se alejó con presurosos pasos.

Media hora después se detenía delante de un postigo secreto que daba entrada por la espalda a una casa de magnífica apariencia. Abriólo con una llave que traía consigo, cerrolo tras sí, y encendió luz. Hallábase en una cámara tapizada de seda y cubierta de colosos adornos.

El embozado arrojó su capa y se quitó el antifaz. Era un gentil y apuesto caballero; pero sus facciones duramente pronunciadas, y el ceñudo entrecejo que anublaba su semblante, revelaban un carácter impetuoso y una violenta emoción. Acercose a un bufete, dejó sobre él la bujía que había encendido, y sacando de su pecho la redoma del viejo habitante del subterráneo, contemplola largo espacio con sombría expresión. Después, fuese hacia una puerta, levantó la tapicería que la ocultaba, y entró en una suntuosa alcoba suavemente alumbrada por una lámpara de alabastro. En el centro de aquella alcoba, alzábase un lecho dorado y cubierto con cortinas de terciopelo color de grana, en cuyo oscuro fondo, bella y pálida como un fantástico ensueño, dormitaba una mujer, reclinada la cabeza sobre uno de sus brazos, y el pecho velado con sus negros cabellos. Tristes imágenes cruzaban, sin duda, su adormida mente; porque, de vez en cuando, un estremecimiento convulsivo recorría su cuerpo, su labio entreabierto murmuraba un gemido, y en sus largas pestañas brillaba una lágrima.

Al pie del lecho y sentada en un sillón, velaba, o más bien dormía profundamente, una esclava negra. Cerca de ella, al alcance de su mano, había un velador con varias preparaciones medicinales y una copa de oro que contenía una bebida.

El nocturno visitador se acercó al lecho con cauteloso paso, contempló un momento el bello rostro de la mujer dormida, y yendo hacia el velador, vertió en la copa de oro tres gotas del rojo licor de la redoma. Enseguida y después de asegurarse nuevamente del sueño de la dama y de la esclava, se alejó con la misma precaución con que había venido y desapareció tras la tapicería.

La mañana siguiente, la ciudad de Lima estaba consternada por un lamentable incidente. Una de las más bellas y distinguidas señoras de la corte del virrey, la esposa del oidor Ramírez, gobernador electo de las islas Filipinas, había muerto en la flor de su juventud y belleza. Su esposo, inconsolable, vestido de riguroso luto, arrastró el duelo en sus funerales y llevó su amor hasta donde se detienen todos los amores: descendió él mismo el cadáver de su mujer bajo la bóveda de la catedral, y la sepultó en una suntuosa tumba cuya llave se llevó en su

pecho.

X

Los dos encubiertos

Concluidas las plegarias de la noche y apagados los mil cirios del tabernáculo, el sacristán de la catedral, solo entre las sombras del vasto templo, ocupábase en cerrar las puertas. Sus tardos pasos habían ya recorrido la triple nave, y detenídose finalmente en el pórtico que se abre sobre el atrio de la plaza. Corría el cerrojo del último postigo, cuando una mano fría cayó sobre la suya, paralizó su acción y lo dejó inmóvil de terror.

—¡Jesús! Alma bendita, ¿qué me quieres? —exclamó espantado el sacristán; porque a la oscilante luz de la lejana lámpara había visto alzarse ante él un fantasma envuelto en un largo manto negro.

—¡Silencio! —dijo entre el lúgubre embozo con una voz imperiosa y breve. Y la misma helada mano arrastró al aterrado guardián desde el templo hasta la bóveda sepulcral. Allí se detuvo el fantasma y volviéndose al sacristán le señaló la puerta. Y entre los parasismos de su miedo el pobre bedel oyó decir con un acento del otro mundo: “¡Abre!”. Abrió, pues, la fúnebre puerta, y el fantasma descendió a la mansión de los muertos.

—¡Un vampiro! —exclamó el sacristán, y huyó poseído de un profundo horror. Pero al traspasar el umbral del templo, la poca fuerza que le restaba lo abandonó enteramente; y cayendo sobre sus rodillas quedose allí yerto, anonadado, y con el solo sentimiento de un inmenso miedo que, turbando progresivamente su cerebro, le representaba una larga procesión de espectros que pasaban y repasaban ante sus ojos, fijando en él torvas miradas. Entre aquellas fantásticas visiones dibujose de repente una más distinta y más horrible. El sacristán, con los cabellos erizados, lo vio avanzar a través de las sombrías arcadas, y pasando a su lado desaparecer tras las columnas del pórtico. Era el vampiro. Cubríalo siempre su ancho manto negro, y llevaba en sus brazos una forma blanca envuelta en largos velos que flotaban como nocturnas nieblas en torno del fantasma. A su vista, el sacristán cayó con el rostro en tierra; un sudor helado bañó su cuerpo y ya nada vio, nada oyó, sino de allí a largo tiempo las doce campanadas de medianoche, que sonaban sobre su cabeza. En el mismo momento una mano, y esta vez muy humana y recia, cogiéndolo por el brazo lo sacudió rudamente, y lo puso en pie; y un hombre embozado y, a pesar de la santidad del lugar, con el sombrero calado hasta los ojos, poniendo en su mano un bolsillo y sobre su pecho

un puñal, le dijo con una voz más siniestra que la del fantasma:

—Elige.

—¿Qué mandáis, señor? —contestó el pobre hombre, estrechando la más pesada de aquellas dos proposiciones.

—Silencio y obediencia —repuso el embozado, impeliéndolo ante sí. Y se encaminó también hacia el panteón subterráneo. Llegaron al umbral del lúgubre sitio.

—Escucha —dijo el incógnito—, todas las noches a esta hora, me esperarás aquí; y si eres puntual y discreto, recibirás cada vez tanto oro como te he dado esta noche. Pero si me faltas, o que tu labio deje escapar una sola palabra... Ya me entiendes. Abre ahora.

Y el embozado sacó debajo de su capa una linterna sorda, y como el otro, descendió también al lóbrego asilo de la muerte.

El sacristán, en quien las mundanas palabras del desconocido desvanecieron toda aprensión supersticiosa, comenzaba a recobrase completamente, cuando oyó una horrible imprecación; y a poco vio aparecer al embozado, que arrojándose a él exclamó balbuciente de furor:

—¡Miserable! Habla. ¿Quién ha entrado aquí?

—¡Piedad, señor! —gritó el sacristán aterrado ante la hoja del puñal que aquel hombre había alzado sobre su pecho.

—¡Silencio! ¿Quién ha entrado aquí?

—¡Ay! No es culpa mía, señor. Nada podemos contra los espíritus. Una sombra ha visitado los sepulcros, y ha desaparecido entre una multitud de espectros que poblaron el templo.

—¡Reconozco tu mano, infame judío! —murmuró el embozado, estrellando contra el suelo una redoma llena de un licor rojo—, pero yo sabré encontrarte. Y tú, su cómplice, tú, que dejas robar los muertos de sus sepulcros, he aquí el premio de tu crimen —dijo, y hundió tres veces su puñal en el seno del desventurado sacristán.

Al siguiente día el infeliz fue encontrado exánime y envuelto en su propia sangre al pie del altar.

Poco después de este trágico suceso, el futuro gobernador de Filipinas se embarcaba para la India seguido de una fastuosa comitiva, en una galera española que hacía el viaje expreso de real orden.

La viajera embarcación se dio a la vela y desapareció con las últimas luces del día. Pero algunos pescadores que, tendidas las redes, velaban recorriendo la ensenada del Chorrillo, vieron que la galera, abrigándose tras las rocas de San Lorenzo, echó al agua un bote, en el que se embarcó un hombre solo, y bogó hacia tierra.

XI

El romance

En uno de los fragosos senderos que se elevan serpeando sobre las nevadas alturas del Illahuaman, vagaba en las últimas horas de un día de primavera un hombre, al parecer incierto de su camino. Su paso, ora lento y vacilante, ora veloz y seguro, revelaba el combate de una voluntad enérgica contra la fatiga del cuerpo. Vestía la oscura túnica del peregrino, cubría su cabeza un capuchón, y rescataba su rostro bajo la negra tela de un antifaz.

Llegado a la cima de la montaña se detuvo y paseó por el ameno valle de Urubamba, tendido a sus pies, una profunda y ávida mirada.

—Helo allí —exclamó con acento de concentrado furor, tendiendo la mano hacia un punto del encantado panorama que se perdía en lontananza—. He allí ese palacio edificado sobre ruinas gentílicas, de que hablaba el horóscopo... Para algo había de servir tu diabólica ciencia, infernal judío. Prometiome la dicha y, en efecto, va a dármele... pero la dicha de un alma desesperada: ¡la venganza! ¡Sí, venganza! Cumplida, terrible y sin misericordia.

Y con ademán resuelto, el viajero prosiguió su interrumpida marcha, y desapareció luego entre los hondos barrancos que forman el descenso de la montaña.

Las últimas escarchas del invierno acababan de fundirse al tibio soplo de la primavera. En lugar suyo, los lirios y las perfumadas azucenas blanqueaban ya al borde arenoso de los arroyos; el junco y la viola se sonreían entre la yerba a la

sombra de los sauces; y en las sinuosidades de los peñascos, la *flor del aire* y el alhelí abrían sus silvestres pétalos a la brisa de la noche. Los floridos huertos exhalaban el acre perfume de sus retoños; y el blando susurro de sus frondas, mezclándose a los cantos del tordo, del ruiseñor y de la *tuya*, añadía un encanto más a la misteriosa magia de la postrera hora de la tarde.

En una de las caprichosas revueltas del valle, al cabo de una avenida de sauces y entre un bosque de seibas, cuyas flores color de escarlata contrastan con el verde oscuro de sus hojas, sobre una plataforma de antiguas ruinas, rodeado de sombra y de misterio, alzábase un palacio de árabe arquitectura. Rodeábanlo deliciosos jardines; y los aromas del azahar y del jazmín, de la rosa y del chirimoyo, embalsamaban la atmósfera de sus salones. Frescas fuentes halagaban el oído con el dulce murmullo de sus surtidores, saturando con una aura húmeda y perfumada el aliento de la noche. Bajo la verde bóveda de un pabellón de arrayanes y madreselvas, reclinada sobre almohadones de brocado, y las manos cruzadas sobre las cuerdas de un harpa de marfil, hallábase una mujer, bella como el rayo de luna que la envolvía. Cerca de ella, en la sombra, estaba sentado un hombre. Era el peregrino de negro antifaz. A su lado había una mesa cargada de frutas y de vinos.

—Reposad, santo peregrino —decía la dama con celeste sonrisa—, reposad y gustad los frutos de nuestros huertos... Pero hacedme la merced de descubrirlos, para contemplar vuestro rostro venerable.

—Deploro profundamente el no poder obedeceros, hermosa dama —respondió con humilde y recalada voz el peregrino—, pero semejante a un sello de maldición, llevo en mi frente una mancha que he jurado ocultar, hasta borrarla. Entre tanto, mi alimento es amargo, y no me es dado acercarme a vuestro banquete hospitalario.

—Guardad, pues, vuestro sagrado voto, pero al menos, mientras descansáis, escuchad mi canto.

Sus blancos dedos preludiaron una melodía suavísima, y luego, una voz angélica se elevó en el silencio de la noche cantando en la dulce lengua de los incas.

“Entre las riberas del bullicioso Rímac, y las azules ondas del océano, extiéndese un encantado valle, donde la primavera dormita perpetuamente en un lecho de flores. Cúbrela un cielo siempre azul; dándole sombra el naranjo y la vid, el plátano y la palmera; y el suelo que lo sustenta es un poderoso imán que atrae

desde los extremos del mundo las miradas y los corazones. Todo allí sonríe; la vida es un sueño delicioso, del que no querr ais despertar, ni aun para entrar al cielo.  S ! Porque all  como en el cielo habitan la belleza y el amor.

‐All  descienden a reposarse y renovar sus guirnaldas los  ngeles que viajan en el espacio; all  también el querube maldecido viene a encantar un momento la inmensidad de su dolor supremo. Y por eso las hijas de ese valle bienaventurado tienen la divina mirada de los  ngeles y la seducción irresistible de Luzbel. No las mir is, vosotros los que no quer is entregarles vuestra alma; porque ella se escaparía de vuestro pecho, para ir a arrojarse en la llama de sus ojos. La mujer reina all  con un poder absoluto; posee el imperio de los elementos, y es la reina de la creación.

‐Y, sin embargo, all  donde todo se inclina ante ellas, donde mandan como soberanas, y donde la felicidad es la atmósfera de su existencia, una mujer gemía o invocaba la muerte. Era joven y bella; la sangre de los conquistadores corría por sus venas, y el poder y la opulencia mecieron su dorada cuna.  Por qué apartaba su mirada de ese radioso horizonte? Vivía en una atmósfera de adoraciones, y era la esposa de un hombre que la idolatraba.  Por qué deseaba morir? Porque ella lo aborrecía, y su corazón, cerrado para él, tenía otro dueño. La hija de los godos amaba a un hijo del sol; y cuando el orgulloso Ibero encadenó su cuerpo, hacía largo tiempo que Chaska-Nauui Inca poseía su alma. Y por eso se agostaba y parecía como una flor arrancada de su tallo. Mientras ella dormitaba el sueño de su agonía, he aquí el  ngel de la muerte, que se acerca con una copa en la mano y le dice: —  Quieres morir? —Y el blanco labio de la moribunda se agitó con un sí ansioso, desesperado.

‐El  ngel vertió tres gotas de su copa sobre aquella palabra suprema; y la vida abandon  el cuerpo de aquella mujer, y se reconcentró toda en su corazón, que cesó de latir, y ardió como un hogar inmenso, en tanto que sus miembros quedaban yertos y helados, y su pupila fija, vidriosa y sin mirada. Y en los ámbitos de su pecho resonaban ecos extraños, repitiendo sollozos, gritos de dolor, fúnebres cánticos y golpes semejantes a los del martillo sobre la cubierta de un ataúd.

‐Después silencio... largo y sepulcral silencio.  D nde se hallaba?  Atravesaba los limbos de la eternidad? O más bien...  Horror!  Aquella fría y silenciosa lobreguez era la nada?  La nada en que iba a desvanecerse esa alma! Pero el eco de aquel pecho inmóvil se despierta, y remeda una voz melodiosa grave y triste; voz conocida y amada en otro tiempo, en otro mundo, quizá en el cielo. El acento querido resuena cada vez más dulce, cada vez más próximo. En la

profundidad del tenebroso horizonte, dibújense los contornos de una figura aérea y luminosa. No es el semblante ceñudo del ángel de la muerte, no: es el rostro bello, suave y melancólico de uno de esos espíritus de amor que vagan recogiendo en su seno las lágrimas de la tierra. La celeste aparición se acerca; su mano aparta el blanco sudario de la muerte, y su labio se posa sobre la frente helada del cadáver, que al divino contacto se estremece. El fuego de la vida, oculto en el fondo del corazón, se esparce y recorre sus venas en ardientes oleadas; sus pálidos labios se enrojecen; su pecho se agita en voluptuosos suspiros, y sus párpados se entreabren, derramando en torno una fulgurosa mirada.

“¿Dónde se halla? ¿En el cielo? ¡No! El cielo no tiene en sus tesoros la deliciosa embriaguez que arropa su alma. Bajo las doradas bóvedas de un encantado palacio perdido entre el follaje de una selva de vergeles, Chaska-Nauí la estrechaba entre sus brazos”...

—Sí —gritó el peregrino, alzándose de repente, y cambiando su humilde acento con el acento airado del terrible viajero del Illahuaman—. ¡Sí! —Bajo esas misteriosas cúpulas, a la sombra de esos callados vergeles, se entregaba ella a las delicias de un amor culpable, sin presentir la presencia de aquel que había encadenado su cuerpo, que la había escondido en la tumba, y que con un puñal en la mano y la venganza por guía, deslizose con la astucia silenciosa de la culebra entre los muros que la guardaban, y alzándose de repente ante ella le dijo—: Heme aquí. Tú has dado a otro tu alma, pero tu vida es mía, y vengo a tomarla.

El peregrino había arrojado su antifaz, y estaba allí de pie, implacable, terrible. La dama palideció ante aquella siniestra aparición; pero luego alzando al cielo sus hermosos ojos, rasgó los velos de su seno, y dijo con la expresión sublime de los que ceden a la fatalidad.

—He aquí mi corazón, herid.

Brilló en la sombra la hoja de un puñal y se hundió tres veces en aquel desnudo pecho. Y el blanco rayo de la luna que alumbraba a la bella moradora del encantado palacio alumbró ahora solo un cadáver ensangrentado.

XII

La quena

El viento de la tempestad había descendido. Su soplo destructor desembocando por las estrechas gargantas de una elevada cordillera, y barriendo

la seca yerba que hallaba a su paso, había ido entre torbellinos de granizo a estrellarse mugiendo furiosamente contra los muros de un pueblo de indios que se extendía al pie de las montañas. Torrentes de agua y de nieve habían anegado sus estrechas calles; y el estallido del trueno, repetido a lo infinito por los ecos de aquellas cumbres, había llevado el espanto bajo sus pacíficos techos. Mas la tempestad había pasado. Una noche lóbrega cubría las montañas, el pueblo y la llanura; y la doble oscuridad que nivelaba todos los objetos solo era interrumpida a largos intervalos por la luz amarillenta y fugaz de los lejanos relámpagos. La naturaleza entera parecía dormitar después de la terrible crisis que la había agitado; y todo lo que tenía vida sufría la reacción del miedo: reposaba.

Ningún ruido exterior revelaba la vida en aquel negro hacinamiento de edificios, y sin embargo en lo alto de uno de ellos se veía la luz brillando como un faro en aquel océano de tinieblas.

De repente una melodía extraña, dulce, desgarrante, y aterradora a la vez, se elevó de aquel sitio, atravesó los aires, llenó los ámbitos del valle, y fue a despertar los ecos de las montañas.

Era una música sublime, cuyos mágicos acentos, ora tiernos y apasionados como el adiós de un amante que se aleja, ora melancólicos y dolientes como los suspiros de la ausencia, ora sombríos y lúgubres como la voz del *de profundis*, remedaban, uno a uno, todos los gemidos que el amor o el dolor pueden arrancar al corazón humano. ¿Era una voz?, ¿era un instrumento? Ángel o demonio, ¿quién era el autor de esa melodía?

Era un hombre que, sentado a los pies de una mujer en un gabinete enlutado y alumbrado por una gran lámpara de plata, tañía un instrumento de forma extraña.

Aquel hombre vestido de negro, como todos los objetos que lo rodeaban, era de estatura alta y llena de distinción, de facciones bellas, aunque cubiertas de una palidez sepulcral. Sus grandes ojos negros de largas pestañas tenían el brillo de la juventud, aunque precoces, pero profundas arrugas la hubieran hecho desaparecer de su frente.

La mujer a cuyos pies se hallaba, envuelta en una túnica blanca, y recostada en un ancho diván, tenía medio cubierto el rostro con las ondas de su cabellera negra, que descendiendo a lo largo de los pliegues de su ropa llegaba hasta el suelo. Una de sus manos descansaba en su rodilla, y la otra sostenía su cabeza

reclinada sobre los cojines del diván.

Nada más plácidamente bello que el grupo que formaban la mujer vestida de blanco como la virgen que sube al lecho nupcial y el hombre que, puesto a sus pies y alzando hacia ella sus tan hermosos y apasionados ojos, parecía dirigirle todas las notas de aquella celeste armonía. Pero si algún ser viviente hubiera podido penetrar en ese sitio y mirar de cerca aquel grupo, habría sentido erizarse los cabellos sobre su cabeza y hubiera huido espantado; porque la larga cabellera de aquella mujer tenía una aridez metálica; sus manos de forma tan bella estaban secas; aquella alba túnica era un sudario; el rostro que el joven contemplaba había recibido hacía largo tiempo el horrible sello de la muerte, y el instrumento mismo, cuya voz tenía una tan divina melodía, era un despojo de la tumba, era el fémur de aquel esqueleto.

Conclusión

El tiempo que incesantemente extiende su guadaña sobre la creación para destruirla y renovarla, y más que todo, el terror supersticioso, hicieron de aquel pueblo un desierto. El viajero distingue apenas el sitio que ocupó en la árida llanura, por algunas ruinas ennegrecidas por las lluvias y los helados vientos de la cordillera. Pero ni los años, ni los omnipotentes rayos del Vaticano han podido borrar la memoria del amor infortunado y del extraño duelo del cura Camporeal, cuyos gemidos repite eternamente durante el silencio de las noches, en lo hondo de nuestros valles y en las plazas de nuestras ciudades la voz del instrumento que él consagró a su dolor, y al que los hijos del Perú dieron el nombre de *quena*, palabra que en la *quechua* antigua significa: pena de amor.

Si en la felicidad escucháis la voz de ese instrumento sentiréis esa dulce melancolía tan necesaria para templar lo que aquella tiene de demasiado deslumbrante y fatigosa para nuestra alma. Pero, oh, vosotros, los que lleváis en el corazón un gran dolor, ¡guardaos de escucharla!, porque para vosotros tendría un poder terrible, que como un espejo mágico os hará ver de nuevo todo lo lúgubre de vuestro pasado; develará a vuestros ojos la pálida imagen del siniestro porvenir, y el dolor se agrandará en vuestro pecho hasta romperlo.

EL GUANTE NEGRO

I

La prenda de amistad

Era una de esas deliciosas noches del país argentino. La luna bañaba con sus blancos rayos las encantadas riberas del Plata y hacía brillar entre la sombría verdura de los huertos y alamedas de las mil bellísimas quintas, y los palacios de campo que circundan Buenos Aires. Aunque la hora no era avanzada, todo estaba silencioso y desierto en derredor de la gran ciudad, y solo se oía el murmullo de las ondas del vecino río, y el silbido del viento entre las hojas de los sauces.

De repente vino a mezclarse a estos rumores de la naturaleza una voz humana, una divina voz de mujer, que elevándose suave y cautelosa del fondo de una de esas espesas avenidas de árboles, comenzó a cantar con indecible melodía aquella adorable música de Julieta y Romeo:

Sei pur tu che ancor rivedo?

El canto fue interrumpido por el ruido de un carruaje que se acercaba.

Una elegante berlina se detuvo al pie de la escalinata de una quinta. Un cazador vestido de lujosa librea abrió la portezuela y presentó la mano a una bella joven de talle esbelto y flexible, de mirada rápida e imperiosa, que saltando del estribo, ligera como un pájaro, subió las gradas de la escalinata, y entró en el vestíbulo.

A su vista, el portero que velaba en la primera antesala se inclinó profundamente.

—Amigo mío —le dijo ella, paseando en derredor su inquieta mirada—, ¿duerme su joven amo de usted?

—Mi amo está herido, señora, y...

—Lo sé, lo sé, y por eso estoy aquí. Condúzcame usted a su cuarto.

El portero hizo una reverencia, y guio a la joven por una galería abierta sobre un jardín interior, y deteniéndose delante de una puerta, iba a abrirla para anunciar a la dama, pero esta le apartó sonriendo, abrió ella misma la puerta,

atravesó corriendo un elegante salón, y entró en un dormitorio alumbrado por una lámpara de gas, y en cuyo fondo, entre dos manoplas de armas, había un lecho en donde estaba acostado un joven de bella y simpática fisonomía. Su frente alta y espaciosa llevaba el sello de la altivez y de la inteligencia, en sus grandes ojos negros sombreados por largas pestañas, había relámpagos que revelaban el choque de pasiones fuertes y encontradas. Sus brillantes cabellos caían en abultados bucles sobre su cuello, y un bigote negro y sedoso, capaz de matar de envidia a todos los leones del mundo, se retorció graciosamente sobre una boca que habría hecho palpitar a una mujer de miedo o de amor.

La joven corrió hacia él, y apartándose con una mano el velo de su linda cara...

—¡Wenceslao! —le dijo, presentándole la otra—. ¿No es cierto que he tardado mucho?

—¡Qué veo! ¡Manuelita, vos aquí!

—¿Me habéis llamado ingrata? ¡Oh! Es que, aunque moría de impaciencia y de deseo de venir a veros, no podía sustraerme un momento a las miradas de mi padre, y de esa inicua turba de pretendientes y aduladores que me rodean.

—¡Llamaros ingrata! ¡Yo! ¡Oh, no, Manuelita! Yo sé que habéis pensado en mí, y vuestros más ligeros recuerdos son tan preciosos para mi corazón que no creería poder pagarlos, ni aun dando por vos mi sangre y mi alma... Pero permitid que me convenza de que no es un sueño la dicha de veros aquí, a esta hora, así, inclinada sobre mi lecho.

Y quitando él mismo el guante de tul negro bordado de arabescos, que cubría la linda mano de la joven, imprimió en ella un beso que debió ser muy apasionado, porque Manuelita retiró vivamente su mano, sus ojos se bajaron al suelo, y una nube de rubor cubrió su alta frente.

—¡Lisonjero! —dijo ella, haciendo un esfuerzo para serenarse y sonreír—. ¿Qué hay de más natural que el que yo me encuentre aquí, a esta hora, así inclinada sobre vuestro lecho? Un mal caballero atacó mi honor, creyendo desacreditar así la administración de mi padre; como si la deshonra arrojada sobre la frente de una joven pudiera eclipsar el brillo de la estrella de Rosas el fuerte; vos tomasteis la defensa de vuestra amiga de infancia, desarmasteis a vuestro contrario y le obligasteis a desmentirse desde Montevideo; pero quedasteis herido, y es de

mi deber no solo el venir a veros, sino el ser vuestra enfermera. ¡Qué dulces habrían sido para mi corazón los cuidados que os prodigara! Pero me encadenan lejos de vos la necesidad que mi padre tiene de mí y el terror de ese mundo que se ha apoderado de mi vida para destrozarla, ¡como si no fuera aún bastante triste y contrariada! ¡Oh, Wenceslao! ¡Por qué no estamos aún con mi madre y la vuestra bajo las frescas sombras de Luján!

Y la hija del dictador elevó sus ojos al cielo para hacer quizá retroceder sus lágrimas, reclinando tristemente su linda cabeza sobre una de las columnas del lecho.

Wenceslao se incorporó sobre su almohada, y estrechando la mano de la joven sobre su pecho herido:

—¡Manuelita, hermosa flor nacida entre zarzas! —exclamó—. La sociedad que os posee no es digna de vos; no pudiendo comprenderos, os calumnia, pero si un hombre leal, decidido y enérgico puede algo contra la desgracia de vivir en un mundo que no os comprende, mandad, mi vida es vuestra; este corazón que palpita bajo vuestra mano está lleno de adhesión por vos. Confiaos a él, dadle su parte de vuestras penas.

Manuelita estrechó la mano del joven sonriendo melancólicamente.

—¡Ay, amigo mío! —le dijo—. El destino tan envidiado de Manuela Rosas la ha condenado a la soledad y aislamiento del corazón, alejando de ella uno a uno a todos sus amigos. Aquellos que no han emigrado se hallan en el ejército de Lavalle, ese implacable enemigo de mi padre; y aunque yo sé que ellos guardan una tierna memoria de mi amistad, el deber me ordena arrojar de mi corazón el recuerdo de la suya. Vos mismo, Wenceslao, el último y más querido de todos, muy poco tiempo estaréis cerca de mí; pronto dejaréis de ser edecán: he visto en el bufete de mi padre vuestro despacho de segundo jefe del regimiento que manda el coronel Ramírez, vuestro padre, y la orden para que marche al norte aquel regimiento.

—¿Qué decís? ¡Alejarme de... vos! Ausentarme de Buenos Aires. ¡Oh! —exclamó Wenceslao revelando en su acento un dolor misterioso.

La joven lo comprendió, levantose vivamente, y cubriendo su rostro con el velo...

—Adiós, Wenceslao —le dijo, extendiendo la mano sobre la cubierta de la cama, para buscar el guante que aquel habíale quitado—. Son las once y me queda

poco tiempo para llegar a Palermo antes que cierren las puertas... Pero... ¿qué he hecho de mi guante?

—Yo lo tengo —dijo Wenceslao, descubriendo su pecho y mostrando el guante sobre el corazón—. Manuelita, deseo conservarlo eternamente en memoria de esta noche. ¿Cómo queréis que lo guarde? ¿Como una conquista o como una prenda?

—Como prenda de amistad —respondió ella alzando con graciosa coquetería la extremidad de su velo, y enviando un beso a Wenceslao desde la puerta.

—¡Me ama! —dijo él cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Manuelita—. Me ama y yo podía ser su esposo, y realizar de este modo la dicha y prosperidad que sueño para mi patria hace tanto tiempo, si un amor fatal no hubiese venido a oscurecer con un soplo tempestuoso el brillante horizonte de ambición y de gloria que se abría para mí. ¡Isabel! ¡Isabel! ¡Por qué te conocí! ¡Por qué tu mirada y tu voz penetraron tan hondamente en mi corazón!

En aquel momento la voz que cantó en la alameda se hizo oír otra vez.

—¡Es su voz! ¡Es ella! —exclamó Wenceslao, incorporándose y oprimiendo el resorte de una puerta secreta que estaba a la cabecera de la cama.

II

El guante negro

La puerta se abrió, dejando ver la campiña alumbrada por los rayos de la luna, y dando paso a una figura blanca, vaporosa y aérea como las Willis de las baladas alemanas. Era una joven envuelta en un largo peinador blanco, y con la cabeza cubierta con un velo de gasa. La estatura era algo elevada; su larga y suelta cabellera, brillante y negra como el azabache, descendía en sombrías ondas hasta tocar el suelo; sus rasgados ojos negros de anchas pupilas tenían esa larga y profunda mirada que se atribuye a aquellos que leen en el porvenir.

Al verla, el recuerdo de Manuelita, y con él las ideas de gloria y ambición, huyeron de la imaginación de Wenceslao.

—¡Isabel! ¡Mi ángel hermoso, mi hada benéfica! —exclamó—. ¡Ya estás aquí! ¡Oh! Que mi madre perdone la ingratitud de su hijo; pero ¡cuánto bendigo su

ausencia que te obliga a venir como mi ángel guardián, entre las sombras y el silencio de la noche a curar con tus manos mi herida, e inundar mi corazón de delicias con la magia de tu mirada, de tu voz y de tu sonrisa. Pero... ¡tú estás pálida... trémula! ¡No tienes ni una caricia, ni una palabra de amor para el que te adora! ¡Isabel! ¿Qué pesar oscurece tu frente, amada mía?

—Nada ha cambiado en torno mío —respondió ella arrodillándose al pie del lecho, y obligando a Wenceslao a recostarse en su almohada—. Nada ha cambiado, el sol ha sido brillante; las flores me han enviado sus más suaves perfumes; los pajarillos me han hecho oír las melodías que han callado en mi arpa desde que tú sufres; las hermosas estrellas de nuestro cielo me sonríen como siempre; tú, a quien amo con idolatría, estás ahí, cerca de mí, y yo leo en tus ojos tu amor; y sin embargo ha habido en ese sol, en esos perfumes, en esas melodías, en la noche, en las estrellas y en tus ojos, ¡algo de lúgubre que pesa como plomo por sobre mi corazón!

“Escucha, Wenceslao. Cuando mi madre me llevaba en su seno, me oyó llorar una noche que velaba, pensando en el ser que iba a dar a luz. Una creencia de nuestro país, supersticiosa si quieres, enseña que cuando un niño llora en el vientre de su madre, si esta guarda el secreto, el niño poseerá el don de adivinación. Mi madre calló creyendo darme la dicha; ¡pobre madre! ¡Ella ignoraba qué funesto presente legaba al destino de su hija! Encadenada como todo lo que existe a ese orden eterno llamado fatalidad, siento llegar la desgracia, sin poder evitarla; conozco su aproximación en el aire, en la luz, en las sombras; pero ignoro de dónde viene, y el momento en que me herirá. Cuando mi padre cayó bajo los golpes de la Mashorca, esa asociación de caribes, ya había yo visto en sueños toda aquella escena. Cada uno de los infortunios de mi vida se ha revelado anticipadamente a mi corazón. Hoy, durante todo el día, me han perseguido las más espantosas alucinaciones; mi espíritu ha visto espectáculos horribles en los que el asesinato ejercía sus sangrientas funciones; he oído la voz de los celos, esa funesta enfermedad de mi alma, gritarme con acento lúgubre: ¡perfidia!, ¡traición! Ahora mismo, Wenceslao, al entrar en tu cuarto he sentido cerca de mí una sombra, un espíritu enemigo que me cerraba el paso, y que como la mano de una rival me rechazaba lejos de ti; y era tanto lo que sufría mi corazón que, al acercarme a tu lecho, al hallarte solo esperando la presencia y los cuidados de tu Isabel, he bendecido tus heridas que te entregan exclusivamente a mi amor, y he deseado que se prolonguen tus sufrimientos por toda una eternidad.

—Amada mía —respuso Wenceslao, besando con ardor las manos de la joven—, hay palabras que solo deben escucharse de rodillas; tales son las que

acabas de pronunciar. ¿Qué he hecho yo para merecer el amor de un ser tan hermoso y sublime como tú? Y cuando poseo esta dicha que me envidiarán los ángeles del cielo, ¿había de pagarla con la perfidia, en vez de una eterna adoración? ¡Oh, Isabel mía! Destierra esos insensatos temores como una injuria hecha a ti misma y a tu amor.

Hablando así Wenceslao era sincero, pues, como hemos dicho, sus ideas de ambición se habían desvanecido a la presencia de Isabel. La joven se sonrió con ternura, moviendo tristemente la cabeza.

En ese momento el reloj del salón dio las doce.

—¡Dios mío! —dijo Isabel—. Es medianoche, y yo no he pensado aún en curar tu herida.

Un terrible recuerdo brilló como un relámpago en la memoria de Wenceslao, que llevó vivamente las manos al pecho.

¡Era tarde! Isabel lo había descubierto para levantar el apósito de la herida.

Un profundo silencio reinó entonces en el cuarto. Wenceslao, inmóvil de confusión y terror, miraba a Isabel que, pálida como una muerta, tenía entre sus manos un guante negro que examinaba con mirada fija y devorante.

De repente sus grandes ojos se abrieron desmesuradamente; de su pecho se exhaló un grito ahogado, sus brazos se deslizaron inertes a lo largo de su cuerpo, sus pies vacilaron, y cayendo sobre sus rodillas, ocultó su frente en el suelo.

En la parte interior del guante, sobre la cinta que contiene el resorte, Isabel había leído el nombre de Manuela Rosas.

—¡Isabel! ¡Amada mía, dignate a escucharme un momento! ¡No me condenes sin oírme! —exclamó Wenceslao tendiendo los brazos para levantarla. Ella lo rechazó en silencio, volviendo a su primera actitud. Largo rato quedó así inmóvil, silenciosa e insensible a las súplicas de Wenceslao.

Después alzó su frente; pasó por ella la mano, como para avivar un recuerdo, y poniéndose en pie:

—¡Oh, padre mío! —exclamó, cruzando los brazos y elevando al cielo su profunda mirada—. Este golpe que hiere mi corazón es el castigo de la hija

culpable que, infiel a su juramento, dejaba vagar olvidada vuestra sangrienta sombra, cambiando impiamente vuestra venganza con el amor de un federal.

—¡Ah! Ha sido necesario que él me arroje de su corazón, para que vuelvan al mío el recuerdo de vuestra funesta muerte y el sentimiento de mi deber. Pero aún no es tarde, padre mío. El juramento que os hice bajo las negras bóvedas de vuestro calabozo no habrá sido hecho en vano: yo renuevo aquí el voto de consagrar la sombría existencia que me espera a vuestra venganza, y al triunfo de esa causa, ¡cuyo testimonio sellasteis con el martirio!

Y volviéndose hacia su amante, que la escuchaba consternado:

—¡Adiós, Wenceslao! —le dijo—. Esta es la última vez que pronuncio vuestro nombre, ese nombre que mi labio se complacía en repetir sin cesar porque resonaba en mi corazón como una deliciosa música. ¡Adiós para siempre! Amad en paz a esa Manuela Rosas cuyo gaje de amor lleváis sobre el corazón; y cuando penséis en Isabel, recordadla sin remordimientos, pues vuestra perfidia la ha conducido al camino del deber, al mismo tiempo que a vos al de los honores y la dicha.

Al escuchar este terrible sarcasmo, Wenceslao, que permanecía agobiado bajo el peso de una irremisible prueba, alzó con orgullo su pálido frente, y extendiendo la mano con un gesto de autoridad, dijo a la joven, que daba ya un paso hacia la puerta:

—¡Isabel! En nombre de tu padre, escúchame una palabra, ¡una sola!

Isabel volvió hacia él su pálido rostro.

—Todo se ha acabado entre nosotros —dijo ella con voz triste, pero firme—. Un abismo nos separa; en uno de sus bordes estáis vos con Manuela Rosas, en el otro Isabel y la sombra de su padre.

—¡Oh! ¡Isabel! ¿Rehúsas escucharme? Dígnate entonces a decir tú misma, amada mía, ¿qué podré hacer para convencerte de que ninguna otra imagen se ha acercado jamás al santuario que tienes en mi corazón? ¡Habla! Si es necesario descender al infierno para rescatar tu amor, allí bajaré.

Un profundo sollozo elevó el pecho de Isabel, que vacilante y trémula bajó los ojos para que Wenceslao no leyera en ellos su amor.

De repente su mirada cayó sobre el guante negro que estaba en el suelo. Un estremecimiento convulsivo recorrió su cuerpo, en sus negros ojos brilló un rayo de tremenda cólera, y uno de esos malos pensamientos, hijos de los celos, que convierten al ángel en demonio, surgió en su mente y mordió su corazón.

—Que muera para mi amor —murmuró—, ¡con tal de que se aleje para siempre de ella! —Y fijando en Wenceslao una mirada fascinadora—: Hay un sitio —le dijo—, desde donde podríais persuadirme de que lo que he visto esta noche ha sido solo un sueño, uno de esos malos sueños que bajan a torturar el corazón, pero ese sitio está... ¡entre las filas del ejército unitario!

Y desapareció entre las sombras que se extendían al otro lado de la puerta.

Wenceslao quedó un momento anonadado bajo el peso de aquellas terribles palabras. Los ojos se cerraron, su corazón cesó de latir, un sudor frío bañó sus sienes. Luego una desesperación inmensa invadió su corazón, sacudiéndolo con su terrible fuerza.

—¡La he perdido para siempre! —exclamó hiriendo su frente—. No me ama ya, ¡pues quiere mi deshonor! Quiere que abandone la causa que desde la niñez ha defendido mi espada, la causa de mi ilustre bienhechor... ¡la de la compañera de mi infancia! ¡Quiere que me haga un traidor, en fin! ¡Oh, Isabel! Jamás... jamás... Pero ¿qué haré en adelante de esta existencia vacía y silenciosa, que no iluminará ya tu amor? ¿Cómo atravesaré esas horas, esos días que encantaba tu presencia? Porque perderte a ti no es solo perder el corazón de una mujer: ¡es perder el aire, la luz, el cielo! ¡Oh, es mejor morir!

Y llevando a su pecho una mano homicida, arrancó el vendaje de su herida, y la desgarró.

La sangre, corriendo a borbotones sobre el lecho, adormeció poco a poco la desesperación que devastaba el alma de Wenceslao. Una niebla azul se extendió ante sus ojos, un rumor confuso invadió sus oídos, que cesaron de percibir los ruidos exteriores; el frío de la muerte comenzó a helar sus miembros, y en su corazón se difundió ese sentimiento de paz que debe hallarse al otro lado de la tumba, y que se pinta en el semblante de los cadáveres.

III

Una madre

De repente una voz dulce y suave vino a interrumpir el silencio de su agonía.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó entre sollozos—. Tú me has traído para salvarlo. ¡Wenceslao!

—¡Isabel! —murmuró la voz exánime del moribundo.

Al lado de aquel sangriento lecho se hallaba de rodillas una mujer de estatura elevada, de rostro dulce y bello, a pesar de la gran palidez que lo cubría. Se conocía que aquella alma había sentido mucho, y que la hoguera que ardía en su pecho había consumido su vida.

Reclinada la cabeza de Wenceslao sobre su pecho, lo rodeaba con sus brazos y se esforzaba en restañar la sangre que se escapaba de la herida, regando con sus lágrimas la frente del joven y llamándolo en voz baja y cariñosa.

—¡Ay! —dijo, cuando oyó en sus labios el nombre de Isabel—. ¡No me reconoce, él ama a otra, no importa! ¡Bendito sea el nombre que le vuelve a la vida! Dios mío, ¡restituídmelo! Y aunque me posponga a todas sus otras afecciones, pues yo sé que, aunque él ocupa toda mi alma, no soy yo quien debe ocupar la suya.

¿Quién era esa mujer, que amaba tanto, pero cuya santa abnegación era superior a los celos, ese poderoso demonio que ha hecho su infierno en el corazón humano?

Era una madre.

IV

La carta

Algunos días después, aquella misma mujer se paseaba sola, o más bien vagaba como una sombra bajo los elevados árboles del jardín de la quinta. Su frente estaba aun más pálida, y en sus miradas se pintaba una sombría inquietud.

—¡Dios mío! —decía—. ¿Cuál será el origen de ese pesar profundo, de esa espantosa cólera que se ha apoderado de mi esposo, desde que un espía del gobierno le entregó aquella carta? Ha murmurado el nombre de Wenceslao, acompañándolo de horribles imprecaciones. ¡Ay! ¿Qué desgracia amenaza todavía a mi idolatrado hijo? ¡Virgen Santísima! —Continuó besando un relicario que

contenía la imagen de María y los cabellos de Wenceslao—. Tú, que padeciste tanto en esta tierra de lágrimas, ¡ten piedad de los sufrimientos de una madre en memoria de tus propios sufrimientos! ¡Protege a mi hijo! Si hay algún peligro bajo sus pies, sálvalo, ¡como lo has hecho otra vez! Hazlo a él feliz, y dadme a mí toda su parte de los males de la vida...

Pero es imposible quedar en esta terrible incertidumbre que me hace padecer un siglo en cada instante. Esa carta debe estar ahí... en su bufete... Él no está allí... Se ha encerrado en el salón. ¡Si yo fuera a buscar esa carta! ¡Sí, iré! ¡Oh, Ramírez! ¡Perdón! No soy una esposa indiscreta que va a escudriñar los secretos de su marido: soy una madre que vela sobre el destino de su hijo.

Y atravesando las largas calles de árboles, cubiertas ya con las sombras de la noche, abrió una ventana baja, y mirando cautelosamente hacia dentro:

—¡Nadie! —murmuró—. ¡Nadie! Y entró en un cuarto ocupado por estantes de libros, panoplias de armas, y un bufete cargado de papeles, sobre el que se elevaba en un rico marco el retrato del general Belgrano.

La mirada de la madre reconoció, entre mil cartas, aquella que deseaba y temía leer, tomola con mano trémula y mirando la letra del sobre escrito:

—¡Dios mío! —dijo abriéndola—. Es de mi Wenceslao, es de mi hijo.

Un guante negro se deslizó de entre los pliegues de la carta, y cayó a los pies de la madre de Wenceslao, que dio un grito.

—¡Oh! ¿Por qué me ha causado tanto terror este objeto? ¡Se diría que es la mano de la muerte que viene a posarse sobre mi corazón!

Tendió una mirada en torno suyo y leyó:

“Isabel:

“El hombre a quien has puesto en la horrible alternativa de hacerse un traidor o de vivir sin ti, ese hombre fuerte, a quien sus compañeros llaman el león de los combates, ha sucumbido miserablemente en la lucha del amor con el deber. ¡Oh, vergüenza! Honor, deber, amistad, gratitud, todos los sentimientos nobles del corazón han callado ante la idea de perderte para siempre, de renunciar a la dicha de contemplar tu rostro, de arder bajo el fuego de tu mirada, de sentir el contacto de tu mano, de escuchar el sonido de tu voz.

“Tu amante, para quien el honor era la vida, llevará pronto sobre su frente el sello de la desertión, ese bautismo de oprobio, que la muerte misma no podrá borrar. El ejército de Lavalle se halla a dos jornadas de aquí, y el sol de mañana me verá en sus filas, volviendo mi espada envilecida contra la causa que tenía mis simpatías, contra mi protector, y contra mi mismo padre.

“En esta carta hallarás ese guante, origen de tantos dolores. Envíalo a Manuela Rosas, y hazla decir que el amigo de su infancia, el hombre en cuyo corazón había ella buscado un asilo contra la calumnia, no es ya digno de poseer ese don de la amistad, porque se ha hecho un traidor.

“¡Isabel! ¡Tú lo has querido! ¡Así sea!”.

La pobre madre no pudo leer las últimas palabras de esta carta. Un temblor convulsivo sacudió sus miembros; el hielo del espanto invadió su corazón; la carta se escapó de sus manos, sus rodillas se doblaron, y cayó en tierra como una masa inerte. Al volver en sí de su largo desmayo, su oído entorpecido todavía percibió dos voces que hablaban cerca de ella. La debilidad que embargaba sus miembros le impedía moverse, y permaneció oculta bajo los largos pliegues de la carpeta.

—¡Bracho! —decía el coronel Ramírez a su criado favorito, llamado así por haber nacido en el ardiente desierto de este nombre—. Aunque tengo en ti una confianza ilimitada, necesito que hagas un juramento.

Bracho saludó militarmente y respondió:

—¡Mandad, mi coronel! Vuestro antiguo soldado está pronto a obedeceros.

El coronel se acercó a él, y estrechando fuertemente su mano, puso la otra sobre su propio corazón, y le dijo con voz solemne:

—¡Bracho! Júrame por nuestros días de fatigas y de gloria, y por los immaculados laureles que durante treinta años hemos recogido juntos sobre los campos de batalla, que guardarás un silencio sepulcral sobre todo lo que va a pasar aquí.

El rostro bronceado y grave de Bracho se volvió más grave todavía; su mano respondió a la presión del coronel, y colocándole igualmente la otra sobre su pecho, respondió con voz firme.

—¡Yo lo juro!

—Bracho —continuó el coronel, señalando un azadón y una pala que estaban en el suelo—, toma esos instrumentos que te he mandado a traer, y abre en ese ángulo del cuarto un hoyo de siete pies de longitud y seis de profundidad.

Bracho, con esa sangre fría, unas veces admirable y otras espantosa, que caracteriza a los hijos de aquel suelo, desclavó una de las extremidades del tapiz y obedeció a su señor. Durante largo rato solo se oyó la respiración oprimida del coronel y los acompasados golpes del azadón de Bracho.

Un horrible presentimiento atravesó el alma de la madre que contuvo su aliento y escuchó.

Cuando el hoyo estuvo hecho, Bracho, apoyándose en el azadón se volvió hacia su jefe.

El coronel se acercó a la negra boca del hoyo, y midió con la vista su profundidad.

—¡Bracho! —dijo con una voz lúgubre que llevó un frío mortal al corazón de la madre—. Dentro de pocas horas ese abismo se cerrará sobre un cadáver. ¡Escucha! —prosiguió—. Hoy, en este mismo sitio, tendrán lugar el juicio y el castigo de un gran crimen, desconocido entre los soldados argentinos, y que todavía no ha manchado nuestros anales militares: ¡la traición! Ve ahora a la ciudad, busca en el cuartel de mi regimiento a su segundo jefe, y dale de mi parte la orden de venir inmediatamente a encontrarme aquí, recomendándole el mayor secreto sobre el lugar donde se dirige.

Bracho hizo un movimiento involuntario de dolorosa sorpresa al escuchar aquella orden. Vaciló y miró a su amo, como si quisiera hablarle; pero una severa mirada de este lo hizo obedecer en silencio.

V

Amor de madre

—¡Desertor! —exclamó el coronel, cuando quedó solo—. ¡Desertor! ¡Un soldado argentino, un Ramírez desertor! ¡Sombra de Belgrano! —continuó él con dolor, dirigiéndose al retrato de aquel héroe, sombra augusta de Belgrano—. ¿No os estremecéis de indignación al oír aliar con la infamia el nombre de vuestro amigo, repetido con honor en el detal de cien batallas? ¿No gemís de dolor, al ver deshonradas las cicatrices de vuestro antiguo compañero? Dishonradas no, gracias

al cielo, el crimen no ha sido consumado todavía; y esa tumba y este puñal lo sepultarán para siempre con el culpable.

Al ruido metálico que produjo el ancho puñal del coronel, al caer sobre la mesa, se estremecieron las entrañas de la pobre madre, que hasta entonces procuraba persuadirse de que todo aquello era un sueño. Su corazón sintió el frío del acero destinado al corazón de su hijo, y exhalando un grito desgarrador, alzóse de repente pálida como un espectro, a los ojos de su marido, que retrocedió espantado exclamando:

—¡Margarita! ¿Qué has venido a buscar aquí?

—¡Ramírez! —gritó ella, con acento lamentable—. ¡Por piedad! Dime que estoy loca, ¡y que son efecto de mi delirio las palabras atroces que te he oído pronunciar! ¡Ramírez! ¡Ramírez! En nombre del cielo, di que esa tumba, ese puñal, esa espantosa sentencia, son solo las alucinaciones de una horrible pesadilla que agita mi mente. ¡Di que no es cierto que tu quieras hacerte el asesino de mi hijo, de nuestro hijo!

—¡Tu hijo! ¡Nuestro hijo! —exclamó el coronel en una explosión de dolor y de indignación—. Ya no le tienes, desventurada mujer; el que fue nuestro hijo es un traidor, que subyugado por una pasión abandonaba el estandarte sagrado de la patria. Los momentos de su existencia están ya contados, y solo pertenece a mi justicia. ¡Margarita! Ve a orar por él, y olvida para siempre el nombre de tu hijo.

—¡Oh! —exclamó la madre con acento profundo y desgarrador—. ¡Que ore por él como por un difunto! ¡Que olvide el nombre de hijo, ese dulcísimo nombre, que hace veinte años es el objeto de mi existencia! ¿Quién lo ha dicho?, ¿quién?... ¡Oh, nadie!... Nadie. ¡Gracias al cielo, estoy loca!, ¡estoy loca!

Y la infeliz recorría el cuarto retorciendo sus brazos y comprimiendo con ambas manos la frente, como para hacer estallar la locura que invocaba.

La tremenda voz del honor ofendido que había sofocado la del amor paternal en el alma del coronel enmudeció ante aquella desesperación de madre. Ramírez sintió despedazarse el corazón y vacilar su terrible resolución. Tendió los brazos a su mujer y le dijo tristemente:

—Margarita, ¡pobre madre! ¡Ven a llorar en el seno de tu esposo, de tu amigo! ¡Yo también tengo necesidad de derramar lágrimas!

Pero de repente sus ojos encontraron la mirada de Belgrano, que destacándose fija y penetrante del fondo sombrío del cuadro, parecía echarle en cara su debilidad.

La vergüenza cubrió entonces de púrpura el rostro desencajado y lívido del coronel. Sus ojos despidieron llamas; y una ancha cicatriz, recuerdo de sus glorias, dibujándose pálida sobre el rubor de su frente, lo coronó como una aureola siniestra.

—No —exclamó, rechazando a su mujer, y yendo a colocarse ante el retrato de su antiguo jefe—. Aquel a quien visteis a vuestro lado arrastrar con serenidad la muerte entre la metralla de los combates no desmentirá su valor ante el cumplimiento de su deber, por terrible que este sea. Si este corazón se revela —continuó golpeando su pecho—, yo lo romperé; pero el honor se habrá salvado, ¡porque el culpable perecerá!

—¡Oh! —gritó la madre, lanzándose hacia su marido y apretando convulsivamente su brazo—. ¿Era verdad? ¿Mis oídos me engañaban? ¡Ramírez! ¡Ramírez! ¿Es cierto que ese horrible pensamiento que mi labio rehúsa expresar ha hallado lugar en tu alma? ¡Ah! —continuó, cayendo a los pies del coronel y abrazando sus rodillas—. Si necesitas sangre, ¡he aquí la mía! Toma ese puñal, abre una a una todas mis venas, martirízame, arráncame el corazón, sepúltame viva en esa ignorada tumba, pero ¡ten piedad de mi hijo! Respeta su vida, esa preciosa vida que recién comienza a florecer. ¡Oh, Ramírez! Si has olvidado que eres padre, acuérdate que eres hombre, compadécete de su juventud, de su belleza, de su porvenir, ese hermoso horizonte de promesas y esperanzas que tú quieres robarle. El crimen no ha sido sentido aún: todavía hay lugar para el arrepentimiento. ¿Con qué derecho quieres ser más severo que Dios, que siempre da tiempo al culpable para reconocer su falta?

La hora de debilidad había pasado para el coronel. Sus labios pálidos y severos sonrieron amarga y desdeñosamente.

—¡El arrepentimiento! —exclamó—. ¿Puede redimir un crimen que deshonra, aunque este solo haya existido en el pensamiento? ¡Margarita, tú sabes que no! Tú, que novia todavía, decíais a tu esposo, cuando sin guardias se hallaba en capilla bajo su palabra de honor, ¡Ramírez, muere, pero no te deshonres faltando a la palabra! ¡Nada puede borrar las manchas del honor!

—¡Ah! —respondió ella llorando—. Era esposa, ¡ahora soy madre! ¡Oh! Tú, a

quien una mujer llevó en su seno y alimentó con su sangre, en memoria suya ten piedad de la madre que te pide de rodillas la vida de su hijo.

Los pasos de algunos caballos resonaron en el patio de la quinta.

El coronel, tomando entonces violentamente a su esposa en sus brazos, procuró llevarla fuera del cuarto, pero ella se asió de uno de los pies del bufete, y los dedos finos y transparentes de aquella mujer se convirtieron en otros tantos resortes de acero en que se estrelló la fuerza del coronel.

—¡No! No me arrancarán de aquí —decía ella con voz ahogada—. Quiero librar a mi hijo de la muerte, ¡y a ti de un horrendo crimen! ¡Quiero interponer mi pecho entre el tuyo y los golpes de un asesino!

—¡Margarita! —exclamó con voz solemne—. ¡Quieres ver morir a tu hijo! ¡Sea! Lo verás morir, ¡porque juro que nada puede salvarlo!

A estas palabras los ojos de la madre centellearon como los de una leona herida, sus lágrimas se secaron de repente, y poniéndose en pie, pálida y terrible como la imagen de la fatalidad gritó acercándose a su marido:

—¡Ramírez! ¡Es cierto que nada puede salvar a mi hijo del horrible destino que le reservas!

—¡Nada! —respondió con firmeza el coronel.

—¡Nada! —replicó ella, con acento extraño—. ¡Nada, ni mis ruegos, ni mis lágrimas, ni la memoria de los días felices que nos ha dado en los veinte años de su existencia!

—¡Nada! —repitió él con voz lúgubre—. Soy un juez, he condenado a un criminal, y yo mismo ejecutaré la sentencia.

—¡Pues muere tú! —gritó la madre—. Muere tú, porque yo quiero que mi hijo viva, aunque sea sobre las ruinas del mundo.

Y arrebatando el puñal que estaba sobre la mesa, lo sepultó en el corazón de su esposo.

Al mismo tiempo se abrió la puerta, y un grito doloroso y aterrador resonó en el cuarto.

—¡Madre mía! ¡Qué hacéis! —exclamó Wenceslao, precipitándose sobre el cuerpo del coronel, que había caído muerto sin exhalar un suspiro.

La madre se volvió hacia él con la impasibilidad de la desesperación.

—Mi esposo había jurado matar a un traidor —dijo ella—. Ese traidor era mi hijo, ¡y yo he matado a mi esposo para salvar a mi hijo!

Al día siguiente, a la cabeza de su regimiento, Wenceslao, pálido, sombrío, y llevando en el corazón un triple duelo, marchaba a reunirse con el ejército del general Oribe.

El deber había interpuesto entre él y la felicidad un voto terrible. Sobre el cadáver ensangrentado de su padre, y en las manos de su madre moribunda, había jurado olvidar para siempre a Isabel.

VI

Quebracho Herrado

La noche del 28 de noviembre había extendido su sombra sobre el campo de ese nombre.

El sol de aquel día había visto el triunfo de Oribe, y la derrota del ejército unitario, que compuesto de guerreros tan generosos como valientes, aceptó la batalla con fuerzas inferiores y en un terreno desventajoso, antes que desamparar con una marcha forzada la emigración que le seguía. Pero la suerte recompensó mal el denuedo y la sublime abnegación de aquellos héroes, y coronó con el laurel de la victoria las sienes de sus enemigos, que quedaron dueños del campo.

Entonces se vio una escena espantosa, en que el pillaje, el asesinato y la violencia saciaron su horrible sed, en esa inmensa emigración compuesta de venerables ancianos, de hermosas vírgenes y de niños inocentes.

Más a aquella hora, el tumulto de las armas, los gritos de los combatientes y los gemidos de las víctimas habían cesado. La oscuridad velaba los lagos de sangre humana que inundaban la tierra; la brisa de la noche esparcía en el fúnebre campo el delicioso perfume de los vecinos bosques de aroma; la dulce luz de las estrellas, reflejando sobre el rostro de los cadáveres, daba a su actitud la apariencia de un dulce sueño: nada en fin revelaba allí un campo de batalla, si no era el profundo silencio que reinaba por todas partes, un silencio solo interrumpido por el

prolongado y lamentable canto del *coyuyu* que, oculto entre el negro ramaje de los algarrobos, parecía llorar el destino de aquellos héroes.

VII

La predicción

De repente el eco lejano de una voz dulce y triste hizo callar la lúgubre melodía del insecto. La voz se aproximaba entonando el último canto de Julieta:

Oh, sfortunato, attendimi!

Non mi lasciare arcor...

Una forma blanca, de forma vaporosa y vaga, se dibujó entre las tinieblas. El centinela avanzado del ejército vencedor, que vivaqueaba a algunos centenares de pasos, viéndola acercarse se santiguó y cerró los ojos, creyendo que era el alma de uno de aquellos muertos.

La sombra blanca entró en el recinto del campo de batalla. Era una mujer joven y bella, a pesar de la extrema extenuación de sus formas.

Sobre su larga túnica blanca se esparcía con admirable profusión una cabellera negra que, agitada por el viento de la noche, tenía la apariencia de un ancho velo de luto. La mirada de sus grandes ojos negros era vaga y extraña, cual si una sombra se interpusiera entre ella y los objetos exteriores; sus labios murmuraban alternativamente el canto de la Julieta, las plegarias de los difuntos y el nombre de Wenceslao, deteniéndose delante de los muertos.

—¡Lezica! —dijo, inclinándose sobre un cadáver y apartando suavemente los sedosos cabellos castaños que ocultaban un rostro joven cuya belleza había respetado la muerte—. ¡Lezica! Pobre niño que al ver la luz encontraste en torno tuyo el lujo y la riqueza. ¡Quién habría dicho a tu madre, cuando te mecía en cuna de oro y seda, que dormirías tu último sueño sobre el árido suelo de un desierto! Y cuando besaba tus bellos ojos azules, ¡cuán lejos estaría de imaginar que habían de ser de los buitres!

—¡Varela! —exclamó contemplando el rostro yerto e inmóvil de un hombre tendido a corta distancia, y anegado en su sangre—. Noble vástago de esa familia de cisnes que ha encantado con sus melodías las riberas del Plata. La muerte ha puesto su negro sello entre los laureles de vuestras frentes; porque he ahí que

mientras el chacal lame tu sangre generosa, mientras el tigre devora tu corazón donde ardieron sublimes inspiraciones, el puñal del asesino se prepara en la sombra para sofocar con un solo golpe el canto del poeta y el grito de la libertad del patriota. ¡Ay!, ¡ay! —Y comenzando de nuevo su fúnebre canto, prosiguió su camino.

El terreno por donde se dirigió estaba sembrado de centenares de cadáveres, y regado con arroyos de sangre, que mojaban los pies y el blanco ropaje de aquella fantástica peregrina. Se habría dicho que la espada del ángel exterminador había pasado por allí, o que la mano humana que había segado la vida de tantos hombres habría tenido que ejecutar una gran venganza o redimir una gran falta.

A lo lejos, y al cabo de aquella vía sangrienta, rodeado de cadáveres, de fusiles descargados, de lanzas y espadas rotas, yacía el cuerpo de un guerrero, cuyo noble y hermoso rostro conservaba aun después de la muerte una expresión de amenaza. Aunque todo indicaba que era él quien había hecho aquel estrago en las filas de sus enemigos, el acero de estos no había osado acercársele; pues aquel cuerpo esbelto y elegantemente vestido estaba ileso, una sola bala lo había muerto, atravesándole el corazón. Su mano estrechaba aún la guarnición de su espada, y el viento de la noche hacía ondear sobre su pecho esa terrible divisa roja, que contenía el retrato de Rosas, y la sentencia de muerte de los unitarios.

La extraña viajera se acercaba, paseando su mirada sobre los rostros sangrientos y mutilados de los muertos, y llamándolos con voz lúgubre:

—¡Mons! ¡Torres! ¡Bustillos!

—¡Wenceslao! ¡Wenceslao! —gritó en un transporte de gozo insensato, cayendo de rodillas, y abrazando el cadáver del bello guerrero—. ¡Heme aquí, amado mío! Llego tarde, pero es que tú habías dejado tu lecho perfumado de las orillas del Plata, para venir a recostarte en este suelo lejano, abrasado por el sol y mojado con la sangre.

Yo oí tu voz que me llamaba, y las tinieblas que de repente habían envuelto mi inteligencia se disiparon, la mirada de mi alma te mostró recostado en un lecho nupcial, tendiéndome los brazos y gritándome:

—¡Isabel, amada mía, esposa mía, ven! —Y yo rompí fuertes cadenas que sujetaban mis pies, y caminé largo tiempo guiada por la voz que me llamaba siempre—: ¡Isabel, Isabel! —Y heme aquí que llego cubierta con el blanco cendal de

la desposada para unirme a ti en un abrazo, ¡en un abrazo eterno!... Pero... ¡Oh, Dios! Su pecho está frío e inmóvil, sus labios pálidos y yertos, su mirada fija y velada por una sombra siniestra... ¡Ah! Es ese funesto talismán, ese funesto guante negro, cuya vista introduce el dolor en el corazón, y cuyo contacto trastornó mi ser.

Y reclinando sobre sus rodillas aquella cabeza inanimada, descubrió con mano presurosa el pecho del cadáver.

—¡Oh! —gritó, señalando una herida profunda, de forma circular y bordes negros—. ¡He ahí la mano de Manuela Rosas, que le ha destrozado el pecho para robarme su corazón! Hela allí que se acerca para disputármelo todavía, para arrojar otra vez entre él y yo, como un desafío a nuestro amor, ese guante negro que nos separó. ¡Atrás! —gritó alzándose, y extendiendo sus brazos sobre el cadáver—. ¡Atrás, mujer fatal para los que te aman! ¡Tu blanco velo de virgen está salpicado de sangre! ¡Sobre tu cabeza está suspendida una nube de lágrimas! ¡Aléjate! —continuó adelantándose, como para cerrar el paso al fantasma que le presentaba su imaginación—. ¡No lo toques! Porque el puñal de la Mashorca caerá sobre él... ¡Ah, no! ¡Es la sombra de mi padre que vaga gimiendo entre los despojos helados de sus compañeros! ¡Padre mío, no es este el último golpe que la mano de hierro del destino descargará sobre los defensores de la libertad! ¿Ves esos arroyos de sangre que corren por este campo? Así correrá por largo tiempo en toda la extensión de nuestro hermoso suelo. ¡Pero la tierra no puede absorberla! ¿Ves cómo se eleva al cielo, para hacer descender después, cual rocío benéfico, la clemencia de Dios? Mira allá, a lo lejos, en los límites del horizonte... ¿No ves un bizarro guerrero que se destaca de las filas del ejército federal? El mundo asombrado lo contempla también, porque es el héroe que levantará sobre sus hermanos encadenados el estandarte de la libertad; arrojará a la tiranía de su trono ensangrentado, y restituirá a la patria su antiguo esplendor y gloria.

Vuelve a dormir en la almohada de paz el sueño de la muerte, mientras mi esposo me estrecha entre sus brazos en nuestro lecho de bodas.

Y el silencio reinó otra vez en el campo; el *pampero* mezcló los perfumes de los aromas con las emanaciones mefíticas de la sangre; los algarrobos dejaron caer sus flores sobre el rostro desfigurado de los cadáveres, y el *coyuyo* volvió a comenzar su triste canto.

Es fama que todas las veces que el tirano de Buenos Aires iba a decretar alguna de esas sangrientas ejecuciones, alguna de esas horribles carnicerías que la desolaron, se aparecía en las altas horas de la noche una mujer de aspecto extraño

que, cubierta de un largo sudario, y con los cabellos esparcidos al capricho de los vientos, daba vuelta tres veces en derredor de la ciudad, cantando con voz lúgubre las sombrías notas del *De profundis*.

GUBI AMAYA

Historia de un salteador

I

Una ojeada a la patria

Era una tarde ardiente de octubre. El cielo estaba oscurecido hacia el este por densas y tempestuosas nubes, incesantemente surcadas por el rayo, y abrasado en el ocaso por los fuegos del sol poniente. La electricidad agitaba las hojas de los árboles, que se estremecían produciendo un rumor sordo, semejante al lejano murmullo del mar. El aire era cálido y sofocante. La cigarra oculta en las sinuosidades de los troncos hacía oír su chillido monótono; bandadas de pájaros de todos tamaños y matices, rozando con su ala veloz las copas de los árboles, huían de la tempestad que se acercaba con lúgubre majestad.

¡Cómo expresar lo que pasaba en mi alma, mientras sola y a pie atravesaba el bosque que en otro tiempo me vio pasar entre aquella brillante familia que, arrebatada del suelo natal por la borrasca de un infortunio inaudito, devorada en su flor por la muerte, quedaba ya solo reducida a cinco débiles vástagos, ¡arrojados a inmensas distancias los unos de los otros!

Todas las ideas que pueden atormentar la mente y destrozar el corazón pesaban sobre mí. Caminaba con la cabeza inclinada sobre el pecho, y absorta en los más dolorosos pensamientos, cuando alzando los ojos, vi clarear los árboles y conocí que llegaba al límite del bosque, y a la pradera que en forma de anfiteatro rodea la colina en cuya pendiente se eleva nuestra antigua morada.

Detúveme sobrecogida. Mi corazón dio saltos espantosos en mi pecho, y tuve miedo de mi soledad en ese momento supremo, como si fuesen a abrirse ante mí las puertas de la eternidad.

Después, bajo la influencia de una fascinación semejante a la que abre nuestros ojos cerrados al aspecto de un objeto doloroso, atravesé corriendo los últimos grupos de árboles...

Mis ojos se fijaron con una mirada profunda de indecible gozo, de indecible dolor, en aquel encantado panorama que, presente incesantemente a mi memoria, se desarrollaba en ese momento ante mí.

En ese, mi pequeño universo de otro tiempo, yo sola había cambiado: todo estaba como en el día, como en el instante en que lo dejé. Las colinas que costean la pradera por el norte se extendían siempre verdes, siempre floridas, pobladas de árboles y risueñas, como en el tiempo en que alegre y confiada en el destino las recorría yo saltando. Hacia el sur, el río seguía impasible y sonoro su límpido curso en el mismo lecho de arena y pintadas piedrecillas. Enfrente de mí, sobre la roca solitaria, alzábanse las ruinas del castillo jesuítico, cuya venerable torre, intacta aún y ennegrecida por los últimos rayos del sol, se dibujaba en el tempestuoso horizonte; y más abajo, en fin, en el suave declive de una colina, la linda casa que edificó mi padre, y que también albergó mi infancia, se mostró a mis ojos, blanca y resplandeciente como en otro tiempo, cuando volviendo del baño me detenía a contemplarla con la distraída mirada del dichoso.

Cada árbol, cada hoja, cada recodo del camino despertaba en mi alma un mundo de dolorosos recuerdos. De este algarrobo que ahora derrama sus flores sobre mi cabeza, había yo arrebatado un nido de pequeños pajarillos; y después que hube llorado toda la noche, pensando en el dolor de la madre, me había levantado al amanecer para restituírselos.

Aquel llano interminable a la vista conduce a Ortega. Allí íbamos con frecuencia; y en esa verde explanada hacíamos correr, caracolear y dar saltos a nuestros caballos alrededor del coche de nuestra madre, de cuyo fondo la oíamos dar gritos de miedo a cada nueva locura, exhortándonos inútilmente a tener juicio, e invitándonos a mis hermanas y a mí a encerrarnos en la insoportable monotonía de su carruaje. ¡Pobre madre! Ella no presentía entonces los verdaderos peligros que a lo lejos amenazaban ya a sus hijos; no percibió aún la negra nube de dolores y de lágrimas suspensa sobre esas risueñas cabezas. ¡Cuán misericordioso sois, Dios mío, velándonos el porvenir! Así, ella gozó largos días de dicha tranquila sobre las flores que ocultaban el abismo que nos ha devorado.

La tempestad entre tanto había comenzado a descargar con violencia, envolviendo en su lúgubre velo las colinas y el llano.

Pero ni las anchas gotas de agua que azotaban mi frente, ni la voz poderosa del huracán, ni el terrible estampido del trueno, nada era bastante a arrancar mi alma a su dolorosa contemplación. De pie e inmóvil, conteniendo con una mano los latidos de mi corazón, y apoyándome con la otra en el antiguo tronco, me había transportado en espíritu a los pasados tiempos, cuyas escenas, como reflejadas por un espejo mágico, se presentaban una a una a mi mente contristada. Volvía a ver a mi padre en medio de sus numerosos hijos en esa hermosa galería, donde

agrupados en torno suyo y ocultos entre los pliegues de su capa mirábamos con curiosidad mezclada de terror los torrentes de agua y las columnas de fuego con que las tempestades desgajaban los árboles del bosque. Volvía a oír los gritos de alegría con que saludábamos el primer soplo de viento, el primer rayo de sol que barría las nubes y hacía brillar las gotas de agua pendiente, como los diamantes de una diadema, de las verdes hojas de los árboles. Miraba las carreras y saltos con que cada uno de nosotros se apresuraba a acudir al jardín y a los prados, para ver cuántas flores se habían abierto, y si los pajaritos necesitaban de nuestra intervención para reformar sus nidos destruidos por el agua, y cuántos zorros había matado el rayo.

¡Ah! ¿Dónde estaba la brillante juventud que habitaba ese edén! ¡Tadeo! ¡Pedro! ¡Celestina! ¡Severa! ¡Julián! ¡Antonina! ¡Teresa! ¿Qué había sido de vosotros?

Y a cada uno de estos nombres, un eco lúgubre respondía en el fondo de mi corazón: preguntalo a la tumba.

De todos esos seres llenos de vida, cuyos corazones palpitaban de juventud y de esperanzas a las puertas de un inmenso y halagüeño porvenir, yo sola había vuelto con el mío desolado a llorar, como el profeta de las lamentaciones sobre las ruinas de lo pasado; y extranjera en la casa paterna que contemplaba, no me quedaba de la herencia de mis padres ni una piedra en que reposar mi cabeza. Todo había sido cambiado por el amargo pan de la tierra extranjera.

Una voz áspera y una vigorosa mano que se posó en mi hombro me volvieron a mí misma. Un hombre de cincuenta años, alto y fuerte, de tez morena y encendida, de cabellos grises, ojos negros y espesas y crecidas cejas, se hallaba a mi lado.

—Caballero —me dijo, engañado por mi vestido—, ¿gustáis de mojaros, o queréis hacerme un insulto?

—¡Yo, señor! —respondí asustada con aquel ademán de salvaje familiaridad, y sintiendo palpitar mi corazón de mujer bajo las pistolas con que heroicamente había adornado mi cinto.

—Sí —replicó él—, porque a dos cuadras de mi casa os refugiáis bajo un árbol, como si estuvierais en los desiertos de la Arabia.

Estas palabras y el acento de aquel hombre me revelaron a un español. Era

el actual propietario del país.

Aquella invitación tan sencilla como benévola, propia del carácter franco y generoso de los hijos de España, produjo en mí una dolorosa impresión. Mi casa, había dicho él, señalando aquella donde se meció mi cuna. Creí verme de nuevo desheredada, y me pareció que los muros de esa morada me rechazaban diciéndome: “¡Extranjera, vete! No te conocemos”.

A mi entrada en la casa, voces suaves y hospitalarias desterraron mis tristes pensamientos. Las señoras de la familia salieron a mi encuentro, y me saludaron dándome la bienvenida con tan amable sencillez; ocupáronse en aliviar mi cansancio con tan tierna solicitud, con tan franca cordialidad, que por un momento dudé de si el pasado era un sueño, y si esa familia era la mía.

¡Ah! Solo el proscrito, el enfermo, el huérfano y el peregrino pueden apreciar lo que hay de noble, generoso y tierno en el alma de mis bellas compatriotas. El poderoso las encuentra soberbias e indomables porque, como el vergel cerrado del Sagrado Libro, ellas guardan los tesoros de su corazón para el desvalido.

Hijas del Plata, ángeles guardianes de ese edén sembrado de tumbas, y entregado por tanto tiempo a matanzas espantosas, nada hay comparable a vuestra evangélica caridad, a vuestra sublime abnegación. Vosotras olvidáis vuestros infortunios para consolar a los que sufren; madres y esposas desoladas, sofocáis los sollozos de vuestro propio duelo para dirigir suaves palabras de esperanza al prisionero; y aun proscritas y sin hogar, vais sobre los campos de batalla a arrebatar de entre las garras de los buitres al moribundo, cuyas heridas vendáis con los velos de vuestro casto seno. Dios os bendiga, y os lo tenga en cuenta para la redención de nuestra patria desventurada.

Escrito en 1850

II

Mis huéspedes, después de haber provisto a todo lo que yo podía necesitar, me dejaron sola en el departamento destinado a los extranjeros. Todo estaba allí como antes: adornaban sus paredes algunos cuadros de mi hermana, entre los que encontré una obra maestra de mi lápiz, un ángel custodio con el cual yo, que no conocía ni una línea en dibujo, pretendí igualar el diestro pincel de esta.

Contemplando aquella imagen, admiré el poder de la voluntad que, guiando solo mi mano ignorante, había dado a la figura de ese numen protector de nuestro lóbrego camino los contornos aéreos de una belleza misteriosa y triste, y una expresión inefable de melancólica ternura con que parecía sonreír a la pobre peregrina.

¡Ah! ¡Qué diferencia de aquel tiempo al presente! ¡Qué diferencia entre la niña de cabellos rubios y mejillas sonrosadas, que charlando turbulentamente hizo ese cuadro, y la viajera pálida, fatigada y enferma que ahora lo miraba silenciosa!

Mientras mis ojos y mi pensamiento vagaban de objeto en objeto y de recuerdo en recuerdo, la tempestad había pasado y bramaba a lo lejos sobre las agrestes cordilleras del oeste.

Acerqueme a la ventana, que se abría sobre la campiña, y vi llegar la noche y alzarse la luna detrás de la cordillera del Colorado.

Todo era serenidad y silencio en torno de la casa; y solo se oía el lejano mugido de las vacas y el ligero ruido del agua que destilaba gota a gota de los tejados. Una brisa húmeda y cargada de aromas mecía con dulce murmullo los grandes árboles que crecían cerca de la ventana, y sus móviles sombras parecían jugar con los rayos de la luna entre las tinieblas del cuarto.

Los criados, que entraron con luces, rompieron el encanto de aquella escena.

Cuando quedé otra vez sola, salí cerrando cautelosamente la puerta de la habitación hospitalaria; desliceme a lo largo de la galería, descendí la escalinata, y tomé con paso rápido el sendero sombreado de algarrobos que conduce al manantial y a las ruinas.

Mientras caminaba, como si hubiera en mí dos personas diferentes, la una, hija agreste de aquellas selvas, la otra, viajera que de lejanos países había venido a contemplarlas, me refería a mí misma la historia de todos esos sitios, que conocía, desde la caverna del tigre hasta el albergue de la gacela, desde el árbol gigantesco hasta la menuda grama. He allí —me decía, para persuadirme de que todo aquello no era un sueño—, he allí los nopales, donde esconden sus crías esas víboras que con sus silbidos remedan pérfidamente el canto de un pájaro para morder con seguridad la mano incauta que, deseando apoderarse del ave, se deslice en la cavidad de los troncos. He aquí las cuevas de los zorros; más allá está el barranco de los chacales. En la copa de ese nogal me refugié una vez huyendo de un enorme

toro que imprudente llamé con un pañuelo rojo, y que me sitió la mitad de un día, pegado al tronco, cavando el suelo y mugiendo con rabia. ¿Y ese gemido lastimero que se eleva de lo más profundo de los bosques? ¡Ah! Es el canto del pacuí, ave nocturna tan huraña que nadie la vio jamás y solo es conocida por su canto, y por la fantástica leyenda que de ella se refiere.

Dos pastores de los bosques, Pascual y María, se amaron; y desde ese momento, siempre juntos, apacentaron deliciosamente sus rebaños y su amor en los floridos prados y las intrincadas selvas; y no hubo en toda la comarca seres tan felices como ellos.

Pero Pascual era celoso, y le hacía sombra aun la de un alcornoque.

Un día, al acercarse a su amada, que descansaba a orilla de una fuente, creyó oír el ruido de una persona que huía.

Quizá era un ciervo que bajó a apagar su sed. Mas Pascual tornose sombrío y taciturno, y miró a su querida con una mirada extrañamente profunda, cual si quisiera alcanzar el fondo de su alma. ¿Qué leyó en ella? ¡Los ojos de un amante son muy certeros!

Pascual llevó a María al centro de un apartado bosque, y le hizo ver en la cima de un árbol de prodigiosa elevación una flor colosal como él y maravillosamente bella. Sus anchos pétalos tenían todos los colores del prisma, y el sol hacía brillar como estrellas las gotas de rocío que la noche había depositado en su ancho cáliz.

María adoraba las flores; y dando un grito de admiración se abalanzó al árbol y lo escaló. Al tocar la cima cogió con ávida mano el codiciado tesoro. Pero la hermosa flor, desprendiéndose sin esfuerzo de una liana que la sujetaba, se deshizo entre los dedos de la joven y se convirtió en mil florecillas reunidas por una mano engañosa.

María creyó que su amante había querido divertirse con su decepción, o probar su agilidad, y envió a Pascual una mirada y una sonrisa. Pero esta sonrisa se heló en sus labios, y su mirada atónita se fijó con espanto en el árbol que la sostenía, de cuyo elevadísimo tronco habían desaparecido todas las ramas que la ayudaron a subir, presentando una superficie lisa y aterradora. Llamó a Pascual, y solo le respondieron los ecos, repitiendo ese nombre como una satánica burla.

La desdichada lloró toda la noche, pronunciando entre sollozos el nombre

de su amante. Pero cuando los primeros rayos de la aurora vinieron a iluminar los bosques, encontraron el árbol desierto. María había desaparecido. Desde entonces, al tender la noche su triste manto, se oye siempre la voz doliente de la joven que canta un nombre.

—¡Jesús María! ¡Va a pasar el puente! —exclamó una voz al mismo tiempo que yo ponía el pie en el madero que servía para atravesar el manantial: miré hacia abajo y vi a una negra vieja que llenaba su cántaro, y que dejándolo en la orilla del agua, subía donde yo me hallaba. Acercóseme con esa solicitud benévola, casi maternal, que las ancianas de su raza tienen por la juventud, y poniendo su mano en mi hombro, me dijo, mirando con recelo en torno suyo:

—Si tiene usted intención de ir a las ruinas, desista usted de ello, ¡en nombre del cielo!

—¿Por qué, pues?

—¡Cómo! ¿No lo sabe usted?

—¡Yo no!

—¿No sabe usted que Él —e hizo una cruz en su boca— ronda las ruinas del castillo todas las noches?

—¿Y quién es Él?

La negra hizo un gesto de espanto, y acercándose más a mí:

—Un... ¡un brujo! —dijo con acento de terror—. ¡Ah!, caballero, si estima usted en algo su vida, no vaya usted allá.

Y santiguándose medrosamente, la negra alzó su cántaro y se marchó.

III

El terror de la pobre negra me hizo sonreír. La historia de su brujo era, sin duda, una de las mil espantosas consejas que con respecto al castillo saben las gentes de la comarca, y que yo, cuando lo habitaba con mi familia, antes que el soplo devastador de la guerra civil lo convirtiera en ruinas, había oído referir a las viejas, en las noches de luna, bajo los árboles de las vecinas cabañas.

Aquel castillo era una construcción jesuítica, una de esas fortalezas que, disfrazadas con el humilde nombre de Reducciones, levantó la Orden de Loyola en los últimos tiempos de su reinado. Después de su expulsión, el castillo con las riquezas que encerraba y la ancha extensión de terreno a él anexa fueron confiscados; y mientras sus dueños, como barridos por los cuatro vientos, los *situados* llevaban a España el oro que ellos habían amontonado en esos baluartes de su poder en América.

Sin embargo, un anciano contemporáneo de aquellos acontecimientos, que había pertenecido, de niño, a la servidumbre de los jesuitas, y que vivía aún, pegado como una antigua mata de yedra a los muros del castillo, cuando oía hablar de la confiscación, movía la cabeza sonriendo con socarronería; y mezclando los delirios de la decrepitud a alguna realidad que recordaba, formaba de todo esto una extraña historia que refería a los niños y a los criados.

Los jesuitas de aquella congregación —decía él— algunas horas antes de su expulsión habían sido avisados. Entonces celebraron un consejo secreto, como todos los actos de la vida de esos hijos del misterio. Al salir del consejo cerraron todas las puertas del segundo recinto, habitado solo por ellos; y cuando las abrieron, y los criados entraron para servir la cena, encontraron el patio inundado de vino, y la bodega que contenía grandes cubas de este licor, completamente vacía.

Nadie supo nunca lo que hicieron de aquellas cubas; pero, añadía el viejo con su misteriosa sonrisa, nadie tampoco, excepto los *padres* sabían hacia dónde están situados los subterráneos del castillo.

Y al llegar aquí, dando rienda suelta a su chochez, comenzaba a divagar absurdamente, y decía:

—Así, mientras los nuevos poseedores del castillo duermen tranquilos bajo la llave de sus puertas cerradas, los *padres*, sus legítimos dueños —porque todo aquello que ha vendido la *patria* es robado—, vienen de dos en dos como antes; atraviesan el cementerio tan silenciosamente que ni aun con la orla de sus largas solanas tocan siquiera las margaritas y pasionarias que lo cubren; dan en la gran puerta tres golpes simbólicos; y a esta señal, el reverendo general de la Orden, que duerme hace dos siglos bajo su epitafio en el presbiterio, levanta lentamente la hoja de mármol que lo oculta, o más bien la hace girar sobre algún gozne del otro mundo, y va a abrir, con ademán solemne, la puerta de la iglesia a los vivos, que, precedidos por él, descienden uno tras otro al sepulcro donde permanecen hasta el

amanecer. Pero antes que el lucero palidezca en el horizonte, vuelven, siempre de dos en dos; y el muerto, después de cerrar la puerta, se vuelve a su tumba.

Cada vez que el viejo, acurrucado en la cocina, y extendiendo sus trémulas manos sobre el fuego contaba esta historia, el entusiasmo de la codicia se apoderaba de los criados, y a la mañana siguiente, en todos los rincones del castillo resonaban fuertes golpes de pisón aplicados al suelo y a las paredes en busca de la puerta que debía conducir a los subterráneos, es decir, a las deseadas cubas, y al oro que las llenaba.

Mi padre puso fin a estas investigaciones, prohibiéndolas severamente.

Amaba el castillo no solo por sus tradiciones, sino por la pintoresca situación que ocupaba, en la cima de una elevada peña, dominando el más delicioso paisaje que han contemplado mis ojos. Así, sin hacer en él ninguna innovación, lo cuidaba esmeradamente; y al comprar al Estado esta hermosa posesión, esperaba reposar allí de las fatigas de la guerra de la independencia. Pero Dios no lo quiso así. El castillo yacía allí en ruinas; las tierras pertenecían a un extraño, y el viejo veterano no vio amanecer para él un solo día de reposo, hasta aquel en que descendió a descansar eternamente en el sepulcro bajo un cielo extranjero.

Meditando así, había subido sin apercibirme de ello la rápida pendiente de la roca, y me hallé de repente a la puerta del cementerio.

Allí reposaban seres que yo había amado y llorado. El rayo argentado de la luna alumbraba sus tumbas tranquilas y blancas como lechos de verano.

Aquí duerme Urbana, aquella niña a quien su padre en la agonía me confió, a mí, que niña como ella, la acogí en mi cuna, de donde voló al cielo. Allí está Manuel, el hermoso niño de mi hermana, que murió de pesar, porque su nodriza lo abandonó. Más allá está el sepulcro de Enrica, la bella y despiadada coqueta, a quien Dios, en un día, volvió todos los tormentos con que ella se había complacido en torturar a otros durante su vida. Sí, porque llegó un momento en que el amor que ella había parodiado para engañar a tantos, se despertó en su corazón, y entonces ya no fue coqueta: volviose tímida y desconfió del poder de su belleza. Y a fe que tenía razón; porque aquel a quien ella amó, y que la adoraba cuando uncido a su yugo gemía entre la turba de sus rivales, la rechazó con desprecio desde el momento en que fue digna de ser amada.

Aquel hombre era bueno, compasivo y generoso; mas por una extraña inconsecuencia, se complacía en despedazar sin piedad el corazón que lo amaba, buscando para herirlo sus fibras más sensibles con la infernal destreza de un verdugo. Pero aquel pobre corazón, infatigable en su amor fatal, se apegaba cada vez más al ser que lo rechazaba. A cada nueva decepción, a cada nueva herida, retrocedía gimiendo; pero luego lo olvidaba todo, besaba sonriendo la mano que lo hería y volvía a seguir su camino de dolor.

Yo era entonces una niña; y cuando a favor de la negligente confianza que inspira esa edad pude sondear las tinieblas en que se hundió aquella alma, y contemplé con la medrosa admiración de la infancia las tempestades que la devastaron, esas terribles y para mí incomprensibles escenas, esos trances del amor que se obstina en vivir en un corazón donde quieren matarlo, tendía en derredor una mirada inquieta, preguntándome qué podía causar tan espantosos estragos en la existencia de esa joven, hermosa, rica, amada y mimada de todos.

Después, cuando los años y el dolor trajeron las borrascas a mi cielo, y cambiaron en gemidos los alegres cantos de la infancia, la imagen de esa mujer apareció en mi memoria. Vila como tantas veces la había contemplado, pálida, trémula, palpitante, con sus negros cabellos esparcidos sobre sus hombros; y en la amarga sonrisa que contraía sus labios, parecía decirme: ¡Heme aquí ya tranquila! La almohada en que reposo no tiene insomnios ni pesadillas. Pero tú, que conoces ahora el secreto de mi dolor, di, ¿no es cierto que es horrible el decir: soy joven, soy bella, tengo un alma llena de poesía, puedo dar y recibir torrentes de amor y de felicidad; y sin embargo, la desesperación habita en mi seno, y yo la siento devorar mi corazón?

En otro tiempo, cuando venía a visitar estas tumbas, lloraba mucho; habría querido que mis sollozos despertaran a Urbana, a Manuel y a Enrica; pero ahora envidié su inmovilidad y su eterno silencio; y aun con el poder de volverlos a la vida, les habría dicho: ¡dormid en paz!

Dejé el cementerio, y atravesando la iglesia, cuya bóveda se había desplomado, me interné en aquella inmensa masa de ruinas.

IV

Profundo silencio reinaba en contorno mío, silencio solo interrumpido por el lejano gemido del *coyuyo* y el susurro del viento de la noche entre las mutiladas arcadas, y la crecida yerba del cementerio. La luna de lo alto del cielo enviaba su

luz pálida e incierta, como la mirada de un moribundo, sobre aquella escena de desolación, dándole prestigios tan fantásticos que, exaltada mi imaginación, comencé a dudar si yo misma no era una sombra que, dejando un momento el lecho de la tumba, venía favorecida por las tinieblas a visitar el sitio de su cuna. Pero los latidos de mi corazón me volvieron luego a mí misma, haciéndome sentir que aún pertenecía toda a esta tierra de lágrimas, en la que cada hora trae consigo un dolor, y cada objeto que contemplamos el recuerdo de una felicidad desvanecida.

Me acerqué a la torre que, blanca y majestuosa, se alzaba entre el grupo de edificios abatidos; y sentándome a la sombra, *aquella antigua amiga que había quedado sola en medio de las ruinas*, lloré como Chactas sobre la destruida y solitaria morada de mis padres.

Cuánto tiempo permanecí allí inmóvil, y con el pensamiento abismado en lo pasado, lo ignoro.

Los pasos de un caballo disiparon bruscamente mi profundo letargo.

Un jinete de estatura atlética se había detenido delante de mí.

Aquel hombre estaba envuelto, a manera de manto, en un gran *poncho*, cuyos anchos y fantásticos pliegues descendían hasta sus pies, calzados de enormes espuelas.

Ocultaba sus facciones una inmensa barba gris que descansaba en su pocho. Un sombrero exageradamente pequeño dejaba enteramente descubierta su larga y rizada cabellera. Su mano izquierda llevaba con distracción la brida de su fogoso caballo, y la derecha se apoyaba en el mango de un largo puñal.

En cualquier otro momento, al ver a tal hora y entre las ruinas aquella sombría figura, muda e inmóvil tan cerca de mí, habría tenido un miedo horrible; pero las fuertes emociones que entonces agitaban mi alma me hacían inaccesible a todo temor.

Mirole fijamente, o iba a preguntarle qué buscaba en aquel lugar a esa hora avanzada de la noche, cuando de aquella masa prodigiosa de barbas salió una voz fuerte y cavernosa, arrebatándome la pregunta.

—Soy un viajero —le respondí— y visito estas ruinas.

—¿Y no os han dicho que estas ruinas son durante la noche mi propiedad?
¿No os han hablado, señor forastero, de Miguel el Domador?

Al oír este nombre, mi mano ahogó un grito que iba a exhalarse de mi pecho. ¡Miguel el Domador! Tenía delante de mí, sin que mi corazón lo hubiese reconocido, sin que el suyo lo presintiera, al amigo de mi infancia, a un hombre que había consagrado su vida y su alma a mis hermanos y a mí, con un afecto inmenso, infatigable, cual no se encuentra en la raza humana. La memoria de aquel fiel servidor jamás se había separado de nuestro corazón, y en nuestras pláticas del destierro, el nombre de Miguel era repetido incesantemente. Recordábamosle como un ser tutelar, cuya misteriosa y protectora adhesión echábamos de menos con amargura.

Lágrimas de alegría y de dolor ahogaban mi voz; pero él, atribuyendo mi silencio a un ataque de miedo, procuró tranquilizarme tendiéndome su mano y un cigarro, signo de alianza entre aquellos hombres sencillos y leales.

—Amiguito —me dijo con acento triste—, tranquilizaos. Miguel vale más que su fama; gusto de hallar solitarios estos sitios durante la noche para evocar fantasmas, como dicen allá abajo —añadió desdeñosamente, y mostrando sus blanquísimos dientes—. ¡Cierto! —prosiguió—. Unos fantasmas queridos a mi corazón vienen a visitarme en estos muros destruidos, y me sonríen tristemente, recordándome días que están ya lejos, muy lejos. Mas, pues, os halláis aquí, quedad; pues, ¡cosa extraña! Miguel, que durante quince años ha anegado su corazón para impedir el llanto a sus ojos, y cuyos labios no han dejado escapar un ¡ay!, siente en este momento una inmensa necesidad de quejarse. Y desmontándose del caballo vino a sentarse a mi lado en un trozo de columna.

Largo rato permaneció silencioso, con el codo apoyado en la rodilla y la mano perdida entre su barba.

Yo también callaba. Mis miradas vagaban de la imponente figura de mi amigo al espectáculo solemne que la naturaleza presentaba en aquella hora. La brisa de la noche traía a mis oídos el sordo murmullo del río como un eco lejano del tiempo pasado, de aquel tiempo en que ese Miguel que estaba a mi lado sin reconocermme venía por la noche a ver a sus niños, y después de habernos abrazado y repartiéndonos las flores, la miel y los pájaros que nos traía, decía algunas veces para hacernos desistir de nuestro empeño en detenerlo:

“Es necesario que parta; de lo contrario, se ahogaría mi caballo. ¿No oís que

el ruido del río ha disminuido? Es porque está de avenida. La luna va a ocultarse, y no podría hallar el vado”.

Los mismos objetos que entonces se alzaban en torno nuestro. Nos rodeaban las mismas colinas, mirábamos elevarse en el horizonte las mismas montañas: sobre nuestras cabezas centelleaban con igual fulgor los astros de la noche; la misma brisa tibia y perfumada acariciaba nuestra frente, trayendo a nuestro oído los lejanos rumores de los bosques. La escena era la misma, pero los actores eran solo dos ahora; y al representar el desenlace del lúgubre drama, el hombre fuerte y el risueño niño llegaban ya encorvados, el uno bajo el peso de los años, el otro bajo la garra del dolor.

V

Miguel, como todos sus compatriotas, al hacer cualquiera narración, comenzó la suya con una pregunta.

—Señor —me dijo—, si separado del trato humano por una vida criminal, rechazado y maldecido de todos, encontráis a un hombre que, arrancándoos al estado miserable en que yacíais, os rehabilitara con su estimación, os consolara con su amistad, asilándoos bajo su propio techo, y confiándoos la guarda de sus hijos, y cuando os hubiereis acostumbrado a esa existencia de paz, de honradez y de dicha, os arrebataran de repente a ese amigo, esa familia, ese asilo, dejándoos solo y aislado como antes, ¿qué haríais?

—Lloraría mucho, y echaría siempre de menos a ese amigo y mi perdida ventura; pero me resignaría a la voluntad de Dios, que es dueño de nuestra felicidad y de su duración.

—Habéis hablado como una mujer, señor —dijo Miguel, midiéndome con una mirada desdeñosa—. ¡Resignarse, teniendo aquí —y señaló su pecho— un corazón que pide venganza y dos brazos fuertes que pueden ejecutarla! Niño, la resignación es la virtud de los cobardes. Dios dice: “Ayúdate y te ayudaré”. Tened presente esto, que os servirá de mucho en el porvenir.

“En cuanto a mí, yo no me resigné. Mi amigo estaba muerto, sus hijos expatriados, yo perseguido; pero mi ánimo no desmayó. Busqué a su enemigo, logré acercarme a él, y algunas horas después, una inmensa multitud reunida en torno de un cadáver contemplaba con espanto la profunda brecha que la bala de mi fusil había hecho en su corazón.

—¡Lo asesinasteis!

—Lo maté lealmente, señor. Miguel no ha asesinado a nadie, gracias a aquel que duerme en la tumba, y que convirtió en Miguel el honrado al infame Gubi Amaya.

—¡Gubi Amaya! —exclamé yo, evocando con terror un formidable recuerdo, y pareciéndome que la figura de Miguel crecía y tomaba a mi vista proporciones horribles.

—Sí —replicó él, con triste y solemne acento—, yo fui ese bandido de terrible memoria. Este hombre que ha mecido la cuna de los niños y velado su dulce sueño era en otro tiempo el terror de las comarcas y la pesadilla de la *justicia*. ¿Veis ese cementerio? —prosiguió él tendiendo su mano hacia el lugar de eterno reposo—. Mi puñal ha cavado en él muchas tumbas.

Pero antes de que os refiera la segunda parte de la vida de Gubi Amaya, escuchad la primera.

VI

Historia de un salteador

Miguel recorrió con una mirada sombría el inmenso horizonte, como buscando allí algún doloroso recuerdo de su pasado. Después, sonriendo con una expresión tan amarga y terrible que me dio miedo, acercose más a mí y continuó:

Vosotros, los que hacéis las leyes, señor forastero, los que habéis formulado la pena que condena el crimen a la muerte, no habéis, antes de sancionarla, pensado en las causas que pueden llevar al hombre a ese fatal extremo. Cuando el fiscal os refiere la historia de un delincuente, presente y encadenado ante vuestros tribunales, y que de allí lo enviáis al matadero, os contentáis con decir: nació malvado.

¡Ah! Por dicha de la humanidad, y para gloria de Dios que la formó, eso no es cierto. El bien y el mal existen en nosotros, y desde la infancia los tenemos delante cual dos caminos igualmente desconocidos. Nosotros no elegimos: el destino decide, y trae circunstancias felices o fatales que nos arrojan en el uno o en el otro. He aquí un ejemplo.

Veis en el flanco de aquella cordillera esa montaña cortada verticalmente

desde su cima, y cuyo inmenso despeñadero blanquea a la luz de la luna como las cúpulas de una ciudad fantástica? A su pie, y en medio de una deliciosa cañada sombreada de vergeles, alzábase en otro tiempo una cabaña solitaria, y visitada solo por la paz y la virtud. Habitábanla una anciana y un joven.

La anciana había empleado su vida entera en amar a Dios y a su hijo.

El joven amó exclusivamente a su madre, hasta el día en que esta lo dejó para volver al cielo.

El joven quedó solo, y este fue su primer pesar. Mas los pesares de la juventud son como las nubes de la tarde: dóralos el sol de la esperanza, dándoles prestigios mágicos que nos hacen amar el dolor.

El joven, sin cesar de llorar a su madre, pedía con todo el anhelo de un alma ardiente un ser a quien amar; y un día encontró a un hombre amenazado de muerte. Arrojoase ante el peligro que amagaba a ese hombre, y lo salvó.

Tuvo ya pues un amigo.

Pero luego, sintiendo que en su corazón había un santuario vacío, tendió en torno suyo una mirada, buscando el ídolo que debía llenarlo; y sus ojos se encontraron con los de una mujer.

—¡Natalia! —exclamó Miguel, con acento apasionado—. ¡Natalia! —continuó, con voz sombría—. ¡Natalia! —repitió, en un largo sollozo que despedazó su pecho—. ¡Ah! ¿Por qué apareciste a mis ojos tan hermosa y pura, si habías de caer del etéreo pedestal donde yo te adoraba, al ceno de las mujeres vulgares? ¿Por qué me hiciste soñar una perfección que no se hallaba en la tierra? Miguel apoyó la frente en su mano, y se hundió en dolorosa meditación.

—¡Ah, ah! —dije yo, procurando atraer su atención, y dar a aquella historia un colorido menos lúgubre, pues sin saber por qué tenía miedo—. ¡Ah! ¿Erais vos el habitante de la cabaña y el amante de Natalia?

—Sí —respondió—, ese hijo sumiso y tierno, ese amante que idolatró en la belleza material la belleza que viene del alma, era yo. ¡Ah! —continuó él fijando una mirada en mi rostro, y engañado por mi disfraz—. Vos sois todavía muy niño para comprender la vehemencia del primer amor en un alma fuerte, ardiente y pura.

Natalia pertenecía a una familia ilustre. Su padre era un hombre poderoso, cuyo orgullo habría encontrado criminal la mirada que un plebeyo osara alzar sobre la frente de su hija; y sin embargo, yo la amé; y aunque todo parecía separarnos, el amor que ardía en mi corazón era inmenso, y debía comunicarse al suyo. Ella me amó...

¿Me amó? ¡Ah! En la duda que ha consumido mi alma como el fuego del infierno, he repetido largo tiempo esta demanda insensata a todas las fuerzas de la creación. ¿Me amó?

¡Sí! Necesito creerlo, porque esa certeza es el único rayo que ilumina mi alma en la lobreguez de sus recuerdos. Sí, me amaba entonces. ¿Por qué descendía de su dorado palacio para ir a buscarme en el fondo de los bosques, desafiando los temores de la noche y de la soledad? ¿Qué decían esas largas y profundas miradas que ella detenía sobre mi frente, en mis ojos, en mis labios, reclinada la cabeza en mi seno, y su pecho sobre mis rodillas? ¿Qué esas castas pero ardientes caricias, cuyo recuerdo hace estremecer mi corazón, aun ahora, bajo el hielo de los años?

Sí, me amaba; y en la embriaguez de ese amor, lo olvidé todo, el mundo, la memoria de mi madre, y a Dios mismo. Ella era mi universo, mi cielo, mi Dios. ¡Cuán brillantes eran mis días, iluminados por su recuerdo! ¡Cuán hermosas las noches, que la traían a mis brazos!

Hablando así, la voz de Miguel vibraba armoniosa y joven; la huella de los años desapareció de su frente, que se alzó orgullosa y radiante, cual si reflejara todavía el sol de esos días de amor que evocaba.

Y yo, inclinada ante él, contemplaba con admiración a aquel hombre con afectos tan profundos, y dotado sin embargo de tan heroica serenidad. Habría deseado que fuese un extraño, para sondear con la fría mirada del filósofo los pavorosos abismos de esa alma.

De repente el semblante de Miguel se oscureció; un fulgor sombrío iluminó su mirada, sus labios se contrajeron con una risa sarcástica, y remedándose a sí mismo, se puso a repetir con amarga burla sus propias palabras.

—Ella era mi universo, mi cielo, mi Dios. ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!

Y el eco de aquella risa resonó lúgubre y siniestro entre las ruinas. Y él continuó:

—Una noche en que mi corazón agitado por una extraña inquietud la llamaba con más ansia que nunca, Natalia no vino. La luna, asomando sobre la cima de los árboles en la mitad de su carrera, me encontró solo todavía.

—¡Ha muerto! —me dije—. ¿Qué si no la muerte la retendría lejos de mí? ¿No ha venido a buscarme en el delirio de la fiebre, entre los torbellinos del huracán, y los relámpagos de las tempestades? ¡Natalia ha muerto!

Y agitado de invencible terror, lanceme hacia la suntuosa morada que ella habitaba.

El palacio estaba iluminado; y yo creí ver en cada una de esas luces lúgubres cirios que ardían en torno de su ataúd.

Ofuscado por aquella extraña alucinación, atravesé, corriendo como un loco, las praderas, salvé con pie ligero los altos setos, y bañadas las sienes de un sudor helado, con la vista extraviada y herizados los cabellos, llegué al pie de una de las ventanas que derramaban torrentes de luz en las tinieblas del campo. Alceme por entre las doradas rejas, y dejé caer en el interior mi ansiosa mirada.

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! —Y su risa era sarcástica, aguda y fría como una espada de dos filos—. ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!

Aquella mujer que iba a buscarme, desafiando el huracán y los lampos fragorosos de las tormentas; aquella mujer que pasaba las noches recostada en mi seno, embriagándome con sus caricias; la que yo creía muerta, estaba allí, bella, fresca, risueña, coronada de rosas, en medio de un brillante círculo. A su lado se encontraba un hombre a quien ella daba la mano, jurando amarlo siempre. Delante de ellos un sacerdote bendecía ese juramento.

Miguel se interrumpió; fijó en mí una larga mirada, y me dijo con su tenebrosa sonrisa:

—¿No me preguntáis quién era ese hombre? Era aquel que me llamaba su amigo, aquel a quien yo había salvado la vida.

Al escuchar la historia de esa espantosa traición, recuerdos dolorosos se alzaron en mi alma palpitantes y desgarradores.

Yo también había despertado un día a la luz de una terrible realidad; las manos heladas por la muerte que calenté en mi seno habían despedazado mi

corazón; y en ese momento sentí sus heridas abrirse otra vez y verter sangre.

Miguel notó mi emoción.

—¡Pobre niño! —dijo—. ¡Llora! ¿Será de compasión por ese corazón traicionado, o de terror por el castigo de los culpables? Tranquilizaos, su crimen quedó impune. ¡Oh! No confiéis jamás vuestra venganza a la cólera, porque no la cumplirá. En el momento en que la reja de hierro se torció y deshizo entre mis crispadas manos, en el momento en que acariciando la hoja de mi puñal me lanzaba a devolver herida por herida, muerte por muerte, una ola de sangre inundó mi pecho, ahogó en mi garganta un grito de rabia, cegó mis ojos y me derribó sin sentido.

Cuando volví en mí, la visión fatal había desaparecido. Era ya de día; los tintes rosados de la aurora coloreaban el cielo; una brisa fresca y perfumada mecía los tallos de las flores, y las cornisas del muro. El palacio estaba silencioso, y a lo lejos, en el camino real, una brillante comitiva marchaba rápidamente, enviando al aire gozosas aclamaciones.

Alceme furioso, y pálido, trémulo, con los puños apretados, eché a correr tras el alegre convoy.

¿Qué quería yo? Lo ignoro. Estaba loco y corría, siempre gritando con voz ronca y ahogada por una rabia insensata: —¡Natalia! ¡Natalia!

Muy pronto alcancé el carruaje, y deslizándome entre el numeroso acompañamiento, abalanzome a la portezuela y quise abrirla. El esposo de Natalia se interpuso entonces entre ella y yo; y cogiendo de su cinto una pistola la descargó en mi pecho.

El golpe fue certero, y yo caí exánime en medio del camino.

Nada sentí ya, sino una ardiente oleada que bañó mi cuerpo, y paralizó los latidos de mi corazón.

Ignoro cuánto tiempo permanecí allí, tendido en tierra, anegado en mi propia sangre, entre la vida y la muerte. A través de la doble sombra que oscurecía mis ojos y mi mente, veía las aves de rapiña cerniéndose sobre mi cabeza en vertiginosos círculos, y mi oído entorpecido, percibía, sin embargo, los siniestros graznidos con que celebraban mi agonía.

Llegó la noche y su frescura me reanimó: sobre mis labios secos por la fiebre, habíanse detenido algunas gotas de rocío que aspiré con ansia, devorado de sed.

Alceme trabajosamente en el lago de sangre en que yacía, y arrastrándome sobre las rodillas, con una mano apoyada en tierra y la otra en mi herida, llegué hasta el pie de un árbol, al borde del camino, donde caí de nuevo, falto de fuerzas para ir adelante.

Allí, la memoria, que me había abandonado, vino de repente a asaltarme con su espantoso séquito de recuerdos. Quise refugiarme en el fondo de mi corazón, y solo hallé en él un montón de ruinas. Amor, fe, esperanza, ¡todo destruido!, y un mar de dolor entrechocaba sus amargas olas en las tinieblas de mi alma. Y entregado a los transportes de una rabia impotente, lloré; y mis lágrimas eran gotas de fuego que quemaban mis mejillas, y mis gemidos rugidos espantosos a que respondieron los tigres desde el fondo de las florestas. Y rasgando con las uñas la herida que bandeaba mi pecho, arrojé mi sangre a la faz del cielo con horribles imprecaciones, y abismado en aquel extraño paraxismo, pasé horas tan largas como los siglos amontonados en la eternidad de los réprobos.

De repente, un ruido sordo, insólito, aterrador, estalló en las entrañas de la tierra, llenó los ámbitos del espacio de Oriente a Occidente, y acalló todas las voces de la creación. La tierra se estremeció con horribles sacudimientos; los árboles azotaron el suelo con sus altas copas; el aire se impregnó de mefíticos vapores; los abismos se abrieron, y de su seno se escaparon raudales de agua hirviente y torbellinos de llama; y la montaña, dividiéndose desde la altura de su cima hasta la profundidad de su base, cayó deshecha como una muralla, cubriéndolo todo con su inmensa mole.

Las aves del cielo, ahuyentadas de sus nidos, revoloteaban con vuelo incierto en el espacio; y las bestias feroces, escapándose de bajo los desmoronados peñascos de sus cavernas, aullaban, mezcladas confusamente en la llanura.

Y de toda esa multitud de seres que elevaban sus voces pidiendo misericordia, solo aquel que poco antes yacía allí, poseído de rabioso dolor, se alzó tranquilo, sereno; y llevando en el labio una sonrisa impía, guio sus pasos hacia los lugares testigos de su pasada ventura... Pero al llegar a la cañada, encontré solo un vasto montón de peñascos. La cabaña y el palacio, sus prados y sus jardines, todo había desaparecido.

A esa vista, un regocijo infernal estremeció mi corazón. El trastorno de la naturaleza había borrado en la tierra la huella del pasado: yo quise que el crimen la borrara también de mi alma.

Con los brazos cruzados sobre mi pecho ensangrentado, abracé con una mirada la vasta ruina, y reí con carcajadas lúgubres que repitieron, cual voces de la eternidad, los ecos del inmenso despeñadero.

Y sentado sobre los escombros de la montaña, como Luzbel en su caída, llamé al *mal*, y me puse a soñar en él.

Mientras estaba allí inmóvil y entregado a horrendos pensamientos, una tropa de hombres de salvaje aspecto, montados en ligeros caballos, extrañamente vestidos, y aún más extrañamente armados, invadieron aquel paraje, y se arrojaron sobre las ruinas como una bandada de aves de rapiña, procurando con insensatos esfuerzos levantar los amontonados despojos del cataclismo.

Hallábame tan absorto en mis pensamientos que tardé mucho tiempo en comprender la intención de aquellos hombres; pero cuando creí adivinarla, cuando vi que querían desenterrar para robarlo, el palacio cuyas aplastadas bóvedas pisaba yo con tan rencoroso placer, fuime al encuentro de aquel que parecía el jefe de aquella banda, y crucé con él mi puñal.

Era un hombre de aventajada estatura, de atezado color y miembros hercúleos, que al ver mi actitud amenazante se puso a contemplarme con irónica risa. Pero muy luego conoció que el joven de quien se burlaba estaba animado por una fuerza infernal, cuando en medio al círculo formado por las siniestras figuras de sus compañeros, comenzamos una lucha espantosa. Su sarcástica risa se convirtió entonces en rugidos de rabia, ahogados pronto en el estertor de la agonía. Mi puñal había atravesado su pecho, y yacía a mis pies.

A la vista de su jefe muerto, los bandidos se inclinaron ante mí poseídos de temerosa admiración.

—¿Quién era este hombre? —pregunté.

—Nuestro capitán.

—¿Cómo se llamaba?

—Gubi Amaya, el terror de Tucumán. Habíanos traído para asaltar las

haciendas de la vecina frontera.

¡Gubi Amaya! Al nombre de este bandido célebre en aquella época, la luz de un diabólico pensamiento alumbró mi mente.

El bien me ha abandonado —me dije—, y he aquí el mal que viene a mí; consagrémonos a su culto; encarnémonos en él, y de hoy en más seamos inseparables.

Y volviéndome a la desalmada tropa:

—¿Queréis ver reemplazado a vuestro jefe? —pregunté.

—Sí —exclamaron unánimes—, con tal que lo sea por ti.

—Y bien —grité, tendiendo hacia ellos el brazo armado del sangriento puñal—, en nombre del poder destructor que acaba de asolar la tierra, juro engrandecer el nombre de Gubi Amaya y dejar muy atrás sus más espantosas hazañas. Aun más: para sellar este juramento, quiero un bautismo solemne que me dé este nombre.

Los bandidos exhalaban un aullido de gozo que repitió el eco formidable de la montaña; y sobre el cadáver de su jefe, cogiendo la sangre que brotaba a torrentes de su herida, la derramaron sobre mi frente, y me bautizaron en nombre de la violencia, del robo y del homicidio.

Desde ese día, y durante dos años, llevé una vida de horrores y de exterminio. Jamás perdoné; y aquellos que tuvieron la desgracia de encontrarse en mi camino nunca pudieron referirlo. Celoso de mi venganza, no combatía con mi banda, sino cuando era asaltado: cuando yo era el agresor mi brazo solo bastaba; y mis compañeros sabían que en estos encuentros debían ellos reducirse a simples testigos. Muchos perecieron en mis manos por haber infringido esta consigna.

Así, si hubo ferocidad en la guerra que juré a la humanidad, jamás hubo cobardía...

Una vez, sin embargo... (Y la voz del bandido tornose trémula y la sombra del remordimiento oscureció su frente).

¡Una vez!... Era un día de primavera, uno de esos días en que el alma se abre a la dicha o al dolor con pasmosa avidez. Yo estaba solo. Acostado a los pies

de mi caballo bajo un grupo de sauces a la vera de un sendero solitario, pensaba en los días de mi pasada existencia. Las cálidas emanaciones de los prados traían al corazón en ondas de perfumes el recuerdo de su extinguida ventura. Una imagen amada y aborrecida, la imagen de la dicha, vagaba en torno mío, ora mezclándose al susurro del viento, al gorjeo de las aves, al estremecimiento de las hojas, ora sonriendo en cada una de las flores que se mecían al blando soplo de la brisa; mientras mi cuerpo yacía inmóvil, en mi alma ardía un mundo de tumultuosas sensaciones. En el aire, en la tierra, entre el follaje de las frondas había murmullos, palpitaciones, suspiros misteriosos; la dulce savia que circulaba en la naturaleza discurrió por mis venas; un profundo enternecimiento invadió mi corazón por vez primera después de mucho tiempo: pensé en mi infancia, en mi madre, en Dios; tuve horror de mi vida presente, deploré los días perdidos en el culto del mal, y el alma encenagada en el crimen sintió de repente sed de amor.

De súbito oí una voz dulce y melodiosa que cantaba a lo lejos una tierna endecha; y a poco, al fin del sendero, apareció una joven vestida de blanco y cubierta con un velo que el viento rizaba en torno suyo como una azulada niebla. Caminaba lentamente con los brazos caídos y los ojos fijos en el cielo. Parecía absorta en algún dulce pensamiento, y todo su ser respiraba ternura, abandono, pasión.

Al verla, mi corazón se estremeció cual solía estremecerse en otro tiempo, cuando la felicidad lo habitaba.

—Bondad divina —exclamé—, ¿me envías en esta mujer un ángel de redención?

Y alzándome impetuoso, corrí hacia ella.

Mi presencia pareció asustarla, pero no la desconcertó.

—Eres un bandido y sé lo que quieres —me dijo quitando de su dedo un diamante—. He aquí mi anillo de novia: guárdalo, y mañana a esta hora, en este mismo sitio te daré por él un fuerte rescate. No temas que falte a mi palabra: esta noche voy a desposarme con un hombre acaudalado que pone a mis pies inmensas riquezas; y aunque yo amaba a otro, prefiero la opulencia; y en este instante arrojaba al viento los últimos recuerdos de ese amor.

¡Decepción! ¡Aquel ser ideal tenía un alma de fango! No era amor el sentimiento que brillaba en sus celestes ojos, que hablaba en la melodía de su voz:

¡era codicia!

Caí otra vez de la elevada región donde me cernía acariciando una engañosa quimera.

—¡Infame! —exclamé, y la memoria de la pérfida que me había vendido se encarnó de repente en esa mujer, y las suaves emociones en que nadaba mi alma se convirtieron en una furiosa rabia—. ¡Infame! Corazón metalizado que con la sonrisa en los labios y la mirada en el cielo soñabas en tu ruin ambición, y preparabas fríamente un perjurio, condenando a eterno dolor el alma que te ama; ¿querías oro? Hele ahí, ¡y con él el premio de tu traición!

Y hundí mi puñal en el seno de aquella mujer, y abrí su pecho y le arranqué el corazón, y lo arrojé palpitante a un buitre que asentado cerca de allí esperaba una presa, y llené después el sangriento vacío con todo el oro que llevaba conmigo...

Y la voz de aquel hombre, vacilante y trémula al comenzar la narración del espantoso episodio, se precipitaba ahora como un torrente, y vibraba con una melodía terrible.

—Tres veces engañado por el bien —continuó él, cuando su exaltación se hubo calmado— juré no creerlo, y me hundí de nuevo, pero más profundamente que nunca en el crimen: asolé las comarcas, incendié las poblaciones, e hice intransitables los caminos.

Las gentes de la justicia me perseguían con actividad; pero yo me burlaba de ellos y, ayudado de la pasmosa velocidad de nuestros caballos robados a las mejores crías de las vecinas provincias, desaparecía cuando me creían ya en sus manos, e iba a mostrarme instantáneamente a largas distancias acompañado de mi temible bando y llevando conmigo la muerte y el estrago.

Así, no tardó mucho en mezclarse la superstición al espanto que inspiraba mi nombre. Creyóseme un ser sobrenatural enviado por el infierno; y en las veladas de las cabañas hablábase de Gubi Amaya en voz baja y con profundo terror.

—Un día hallábame apostado sobre un camino en los bosques de la *Ciénega*. Era el nueve de noviembre —añadió él, alzando la frente con un ademán solemne, y enviando al cielo una mirada vaga que parecía perderse en los recuerdos de aquel lejano día.

El sol iba a ponerse, mi banda me esperaba a tres leguas de distancia, y ya me disponía a retirarme cuando sentí el ruido que hacía entre las ramas el peso de gente que se acercaba; y a poco vi aparecer a un hombre montado en un caballo magnífico que codicié desde luego, y me propuse conquistar en el momento.

Salté al medio del camino y grité con fuerza:

—¡Alto!

A esta voz, el jinete, que caminaba distraído, levantó la cabeza, y nuestras miradas se cruzaron.

—Tú eres Gubi Amaya —exclamó él—. Al fin te encuentro, malvado.

Y se arrojó sobre mí, no con la cólera del agresor que ataca, sino con la serenidad enérgica del juez que sentencia.

Había en el semblante y en la voz de aquel hombre, joven aún, algo tan imponente y majestuoso que, ¡cosa extraña!, yo, el salteador desalmado, que había matado al miedo y hecho pacto con el arrojado, sentíme la única vez de mi vida helado de temor, y eché a huir por el bosque con toda la velocidad de mi caballo.

Él me seguía de cerca; pero menos habituado que yo a la carrera entre las intrincadas asperezas de las selvas, llevaba gran desventaja, a pesar de la flexible ligereza de su corcel.

Habíamos llegado así a un corto escampado en medio del bosque, donde mi perseguidor, haciendo dar un poderoso bote a su caballo, creyó seguro el alcanzarme.

Yo preví su intento; y *sentando* de pronto el mío hice un cuarto de conversión a la derecha, e iba ya a internarme de nuevo en el bosque cuando mi enemigo, llevando de repente la mano al bolsillo de su gabán, cogió un puñado de onzas y me lo arrojó a la cabeza con prodigiosa fuerza, gritándome con su voz sonora y aterrante: —*¡Infame! ¿Querías oro? ¡Pues toma oro!...*

Esas palabras, más aún que el horroroso golpe que abrió mi sien, me hicieron caer exánime en tierra, porque eran las mismas que yo había pronunciado al ejecutar la sola acción cobarde que marcaba los crímenes de mi vida; palabras que ahora llegaban a mi oído fatídicas y solemnes, cual si las pronunciara la mística trompeta del juicio.

A través del síncope que embargó mis facultades sentía yo la tremenda mano que me había derribado, convertida en instrumento de salud, pasar suave y caritativa sobre mis miembros magullados, restañando la sangre que brotaba de mi herida con la destreza de un facultativo y la solicitud de un hermano.

Pero luego hízose mi letargo tan profundo que ya nada sentí, sino un movimiento brusco y continuo que sacudía mi cuerpo, y el dolor que este movimiento causaba en mi herida.

Cuando volví en mí estaba acostado sobre una cama en un cuarto débilmente alumbrado por una lámpara, cuya luz un hombre leía con la frente apoyada en su mano. Dábame la espalda; sin embargo lo reconocí: era él.

A un suspiro que se escapó de mi pecho, aquel hombre se volvió y, viéndome despierto, se levantó, cogió una taza que tenía a su lado, y acercándose a mí hízome beber una poción refrigerante. Consultó enseguida mi pulso y, arreglando las almohadas y la posición de mi cabeza, volvió a continuar su vela y su lectura.

¿Qué diré a usted? Así continuó cuidando de mí durante los siete días que tardó en cerrar mi herida. Al octavo, habiéndome ayudado a vestir, hízome sentar en un sillón; sentose él a mi lado, y fijando en mí una mirada grave y triste:

—¿Te sientes —me dijo— con fuerza bastante para escucharme y responderme?

No la tenía, porque aquel hombre ejercía sobre mí una extraña fascinación; y desde que caí en poder suyo estaba temiendo ese momento. Sin embargo, mi orgullo se rebelaba contra esa misteriosa influencia; quise vencerla, y apartando mis ojos de la severa mirada que me contemplaba:

—Es inútil —respondí— gastar el tiempo en palabras: nada tienes que saber de mí: mis hechos están escritos por todas partes, y te los dirán las casas incendiadas, los talados campos, y las numerosas cruces que se alzan al borde de los caminos. Maté, robé, destruí; me hallo a la merced de tu voluntad. Y bien, ¿qué te resta hacer? ¡Claro está! Enviarme al patíbulo.

—Sí —repuso él—, mataste, robaste, destruiste, e hiciste del estrago la huella de tus pasos, cual un tigre carnicero; pero yo sé que hay en el fondo de tu alma una voz que en vano has querido ahogar, desdichado; una voz que habla más alto que tu sed de sangre y tu ansia de oro. Atrévete a negar que la oyes a todas

horas: en el silencio de la noche, entre el tumulto del pillaje y en los gemidos de tus víctimas.

—Sí —interrumpí yo con vehemencia—, hay una voz que clama sin cesar en mi alma; que se mezcla al silbido del viento nocturno, y al tumulto del pillaje y a los gemidos de mis víctimas; voz de una herida profunda y sangrienta, abierta por la mano humana. ¿Sabes lo que me dice? ¡Venganza! ¡Venganza!

¡Ah! ¿Te has constituido en mi juez y quieres interrogarme? Pues escucha, ¡y a tu vez osa decir que no habrías hecho otro tanto en lugar mío! —Y yo que un momento antes rehusaba responderle, arrastrado por el irresistible ascendiente de aquel hombre, le revelé el drama entero de mi vida.

Escuchome grave y silencioso; y enseguida me habló así:

—Casi al mismo tiempo que tú, comencé yo a abrir mis ojos a la vida y el corazón a la esperanza. Tú soñabas la dicha en el amor, yo en la ciencia. Amábala con pasión, y niño aún, conságrele todos los momentos de mi existencia. Hijo de un rico negociante, la fortuna de mi padre me franqueó las puertas de las universidades, donde bebí a plena copa las delicias del saber humano; el cielo y la tierra me abrieron el tesoro de sus misterios, y yo comenzaba a saborear esa existencia de fruición infinita que hace de la vida del sabio un éxtasis eterno. ¡Quién sabe hasta dónde me hubiera elevado en la luminosa región donde mi alma se cernía entre los astros!...

Un día sin embargo fue necesario arrancar la mente a esa beatífica visión para volver al fango de la vida vulgar.

Mi padre, envuelto en la fraudulenta quiebra de un socio, vio desaparecer en un día su inmensa fortuna, y murió de pesar. Su numerosa familia, víctima de los acreedores, fue arrojada a la calle y sus bienes puestos en pública subasta.

A esta fatal nueva, desvaneciéronse mis dorados ensueños: la voz severa del deber me ordenó renunciar a ellos para correr al socorro de los míos.

Pedí y obtuve un plazo para redimir el honor de mi padre y el bienestar de mi familia, abandoné las investigaciones del geólogo y el telescopio del astrónomo para empuñar la azada del agricultor; confineme en un desierto, labré la tierra, fertilicé los campos, recibí inmensas invernadas, crie numerosos ganados, y en dos años pagué todas las deudas que grababan la memoria de mi padre, y restablecí el esplendor de mi familia.

La revolución americana vino a ofrecerme un nuevo campo en la carrera del bien. Unido a la falange de los libres salvé mil veces de su venganza a nuestros antiguos opresores; y otras tantas después de haberles servido de escudo, hube de perecer víctima de su perfidia...

Un día, fue esto en los tiempos de la revolución, cuando Liniers, con un cuerpo de tropas marchaba sobre las provincias del sur, un hombre cubierto de polvo y pálido de fatiga y de terror entró de repente en mi casa y vino a caer a mis pies.

¡Salvadme! —exclamó—. El virrey con todos los suyos ha sido hecho prisionero en su marcha, y se halla en poder de los insurgentes que no lo perdonarán. Yo soy el tesorero de la expedición: logré fugar a favor de las tinieblas, pero me siguen de cerca, y muy luego llegarán aquí para reclamarme. Poseo una inmensa fortuna que tengo depositada en Potosí. Este documento lo acredita, tomadlo, haceos dueño de ella, y libradme del patíbulo que me espera.

Apenas tuve tiempo de rechazar el papel en que aquel hombre me ofrecía su fortuna, cuando la casa fue cercada por un destacamento, cuyo jefe me pidió la entrega del prisionero. Di en lugar suyo una carta en la que ofrecía por él mi garantía a la Junta Gubernativa de Buenos Aires.

Aquella misma noche, dándole un pasaporte y un guía seguro lo hice huir al Perú.

—Ve en paz con tu fortuna usurpada —le dije al despedirlo— y acuérdate que quien te ha dado hoy la vida es el hijo de aquel a quien tú se la quitaste con tu infame bancarrota.

Aquel hombre era el asesino de mi padre: la fortuna que me ofrecía por precio de su vil existencia era la fortuna que le había robado.

He aquí una ante otra, tu vida y la mía: caminos antípodas, sembrados, el uno de monumentos, el otro de ruinas. ¡Mira cuánto has destruido tú y cuánto yo he reedificado! La honra de mi padre, la opulencia y la dicha de los míos, y hasta la felicidad y el bienestar de la familia de ese hombre que había hundido a mi padre en el sepulcro.

Dios ha premiado mis obras, y me ha dado una esposa digna de mí. Darame hijos y seré completamente feliz.

En cuanto a ti, conjúrote en nombre de lo único bueno que ha quedado en tu alma: la lealtad, que me digas si es posible que el arrepentimiento entre en tu alma. Si no, hoy te daré la libertad porque eres mi huésped; pero mañana iré a buscarte hasta las entrañas de la tierra para entregarte al brazo de la justicia.

Dios es testigo de que no fue el temor, sino el arrepentimiento, que las palabras de aquel hombre hicieron nacer en mi corazón, lo que me hizo caer a sus pies, y exclamar golpeando mi pecho:

—¡Pequé! ¡Perdón! ¡Misericordia!

Imposible sería pintar la expresión de santa alegría con que brilló en ese momento el noble semblante de ese hombre. Alzome con bondad, me abrazó llamándome su hermano y me ofreció su amistad.

—¡Ah! —dije yo entonces como Caín—. Tú me has perdonado en nombre de Dios; ¿pero los otros?... ¡Me mirarán con horror!

—Nadie sabrá quién eres —respondió él—. Tu secreto quedará entre Dios y yo. Gubi Amaya ha muerto, y tú eres Miguel. Todo lo he previsto; o si no mira...

Abrió la puerta y me hizo ver el lugar en que nos hallábamos.

Era Gualiana, *puesto* desierto donde estábamos solos él y yo.

A estas palabras recordé con espanto que aquella terrible historia referida a un extranjero era para mí un secreto que sorprendía traidoramente a favor de un disfraz, secreto que mi padre había guardado y llevado consigo a la tumba.

Pareciome que iba a oír su voz alzarse de entre las ruinas para acusarme de impiedad.

Tuve miedo y abrazando las rodillas de Miguel exclamé:

—¡Perdón!

—¿Quién eres? —dijo.

—¿No me conoces ya, Miguel?

—¡No! —respondió él extrañamente conmovido con el eco de mi voz, y

fijando en mí una ansiosa mirada.

—¿Has olvidado al más rubio de los niños que tanto amabas?

—¡Mi niña Emma! —exclamó con un gemido profundo. Y arrojándose a mí, alzome en sus robustos brazos a la altura de su rostro para contemplar el mío.

—¡Mi niña Emma! —repitió dejándome en tierra.

Y reclinando el rostro sobre mi cabeza, lloró amargamente.

Después, tomándome por los hombros me alejó para mirarme.

—Sí —dijo—, ¡eres mi niña! ¿Mas por qué se han tornado negros tus rubios cabellos? ¿Por qué se ha vuelto triste tu risueño semblante?

Hablando así, se sobresaltó de repente, y mirando en torno:

—¿Y los otros? —dijo más que con la voz con la expresión de su mirada—. ¿Dónde están tus hermanos?

Yo incliné la cabeza y guardé silencio.

Debió comprenderme, porque alejándose de mí fue a apoyarse en una columna desmoronada cubriéndose la cabeza con los largos pliegues de su poncho.

¡Lloraba!

En el silencio de la noche llegaban a mi oído de vez en cuando murmullos lúgubres: eran sus sollozos. ¡Ah! Él no sabía que, de esos niños a quienes amó tanto, ¡los más felices eran los que *yacían en paz!*...

El caballo de Miguel pareció inquietarse por la prolongada ausencia de su dueño y lo llamó con fuertes relinchos.

A la voz de este amigo, Miguel alzó lentamente la cabeza; y viniendo hacia mí:

—Mi compañero se impacienta —me dijo— y quiere volver a la *Banda*.

—Este no es el *Lobuno* —añadió suspirando—, pero es bueno, fuerte y

corredor cual ninguno. ¡Mira esa estampa si no!

Y me mostraba a lo lejos su magnífico y bien enjaezado corcel de color cebruno oscuro, larga crin y finísimo jarrete. La luna hacía brillar anchas medallas de plata en su freno y su pretal.

—Sin embargo, yo echo de menos al otro, ¡a mi Lobuno! El pobre tuvo menos resistencia que yo. Cuando vio que por la noche en vez de vadear el río para venir a *Sala* lo llevaba a batir a los federales, y que a las alegres voces de los niños sucedieron los disparos del fusil y los roncós gritos de aquellos diablos, no pudo ir más lejos: murió de pena.

Este viene también todas las noches; pero no hay quién lo acaricie; y solo oye el grito del búho que llora en lo alto de la torre.

Y mirando al cielo.

—Ya es tarde —dijo, cual solía decir en otro tiempo—. Las *Tres Marías* y el *Crucero* se van a ocultar, y no habrás olvidado que es hora de retirarse. Vámonos a nuestra casa.

¡Qué dulces fueron a mi corazón esas dos últimas palabras! ¡Hacía tanto tiempo que no las había oído decir! Hacía tanto tiempo que yo no tenía casa, ¡y que el hogar paterno se había convertido en un montón de cenizas!

De súbito, en lo alto de un montón de escombros, las fantásticas siluetas de dos jinetes se dibujaron negras sobre el azul profundo del cielo.

Aquellos aéreos paseantes dirigieron en derredor una mirada inquieta, y creyéndose solos echáronse a tierra y se arrojaron sobre el caballo de Miguel que relinchó con angustia agitándose entre las trabas de su *manea*.

Verlos enroscar su poncho en torno a la mano derecha, blandir el puñal con la izquierda y cargar sobre ellos fue la acción de un momento para Miguel, que se eclipsó completamente, apareciendo en lugar suyo el terrible Gubi Amaya en toda su sombría grandeza.

Los ladrones, que se habían preparado a sostener su encuentro, cuando vieron enderezarse aquella hercúlea figura, y sus airados ojos brillar en la sombra como carbunclos, retrocedieron aterrorizados; y saltando en sus caballos con pasmosa agilidad, huyeron gritando:

—¡El brujo! ¡El brujo!

Miguel, arrancándole la manea, saltó a su vez sobre su veloz Sebruno y se arrojó tras ellos con la rapidez del pensamiento; y los tres jinetes desaparecieron en las sombras como un misterioso torbellino, dejándome inmóvil de sorpresa y terror.

Cuando volví de mi estupor, la luna comenzaba a palidecer a los primeros rayos del alba. Hallábame sola, sentada en el trozo de columna donde Miguel me había referido su tenebrosa historia; el rocío de la noche mojaba mis cabellos, y en torno mío no había ni la más ligera huella de las extrañas escenas que pasaron a mis ojos. Habríalas creído un desvarío de la mente si la imponente figura de Miguel, destacándose en poderoso relieve, no viniese a imprimir en ellas el sello de la realidad.

VII

Hallábame de nuevo sola entre las ruinas; mi fantástico protagonista había desaparecido con la noche; pero sus palabras sonaban en mi oído, y me aparecían como una honda estela remontando el sombrío torrente del pasado. Sentía en el alma y en el cuerpo un extraño quebranto, cual si hubiese vivido dos existencias en aquella noche; y estiraba los rizos de mi cabellera para ver si habían encanecido.

Pero al dejar el recinto de los escombros donde había pasado la noche, al descender de su elevada planicie, el risueño espectáculo que se ofreció a mis ojos, sin borrar el recuerdo de Miguel y de su terrible historia, llevó mi alma hacia un nuevo linaje de impresiones.

El sol comenzaba a dorar con alegres rayos los floridos *tunales* y la hilera de elevados árboles que señala el curso del arroyo. Los acres perfumes de la primavera embalsamaban el aire derramando en los sentidos una muelle embriaguez. Bandadas de *charolas* cantaban respondiéndose bajo la expresa fronda; y en torno de los inmensos corrales que se extendían a espaldas de la casa mugían centenares de vacas en busca de sus crías encerradas en los *chiqueros* de la quesería. A lo lejos los camperos corriendo entre los bosques en pos del ganado entonaban con su magnífica voz las endechas que ellos improvisan con ardiente inspiración. El ligero temblor con que hacen vibrar la nota es uno de los encantos de aquellas patéticas melodías.

De vuelta a la casa, encontré en ella nuevos huéspedes. Un viejo militar

acompañado de su hija, y a quien esperaban desde la víspera, había llegado en la noche. Era un coronel, antiguo compañero de San Martín, uno de los pocos valientes que volvieron de esa inmortal cruzada que hizo libres a Chile y al Perú.

Su hija era un ángel de belleza. Llamábase Azucena. Blanca, blonda y *cenceña* tenía en sus celestes ojos, así como en toda su persona, algo aéreo, sobrenatural, que oprimió mi corazón al contemplarla, cual un triste presentimiento. ¡Ah! No me engañaba. Azucena se encontraba atacada de esa enfermedad inexorable que se ceba con preferencia en la juventud y la belleza; que camina lenta como la lava de los volcanes, pero que alcanza y devora con inflexible seguridad.

Nacida en las orillas del Plata, Azucena pidió en vano a sus perfumadas brisas alivio a su dolencia. Los médicos le habían ordenado respirar los aires del norte; y su padre, que oyó hablar del magnífico clima de M..., la trajo allí alentado por la esperanza a que se aferraba su alma. Cuánto habría dado el pobre padre por transmitir al pecho de su hija los torrentes de vida que respiraba el suyo ancho y fuerte.

En cuanto a ella, risueña y contenta, solo pensaba en divertirse. Desde que me vio se vino a mí sonriendo con malicia; y cuando mis huéspedes me presentaron con mi nombre masculino, echó sus brazos en torno de mi cuello y me besó diciéndome: —Dios te guarde, Emma... nuel. —Desde ese momento fuimos inseparables. La llevaba sobre mis hombros a pasear bajo los *mistolares*, mi mano ordeñaba el vaso de leche que le llevaba a la cama, y en la mesa no comía sino aquello que yo le cortaba. Pero ¡ay!, mis cuidados y los de su padre iban a estrellarse impotentes a los pies de ese terrible ángel de alas negras ¡que se llama *tisis!*

Durante el día Rosalba se encontraba bien: el cálido viento sur que reina en nuestros llanos mientras el sol está sobre el horizonte vigorizaba su pecho. Pero desde que llegaba la noche, desde que los vapores de la montaña descendían a las praderas y que el rocío comenzaba a liquidarse entre los gramadales, la pobre niña sentía venir el fatal ahogo que la atormentaba, y corría de un lado a otro, angustiado el semblante y las sienas latentes, en busca del aire que faltaba a sus pulmones aniquilados por la inexorable enfermedad.

El coronel pasaba las noches paseándola en sus brazos a lo largo de la galería y solo así podía ella respirar con libertad. Reclinada la cabeza en el seno de su padre Rosalba dormía largas horas, abandonándole el peso de su cuerpo con ese

confiado egoísmo que tanto amamos en nuestros hijos.

Yo acompañaba siempre al coronel en aquellas veladas. Sentada en un taburete al extremo de la galería, escuchábalo referir las aventuras de su larga vida, épicas leyendas que en el prestigioso lenguaje del veterano parecían pinceladas de fuego en el fondo tenebroso de la noche. Aquel anciano alto, seco, imponente, llevando en sus brazos a una niña blanca, vaporosa, frágil, cuyos largos cabellos blondos se mezclaban con los suyos canos y lo enlazaban como la yedra al añoso tronco, aquella voz que yéndose hablaba a lo lejos de hombres y de sucesos ya olvidados, sumergían mi mente en un extraño desvarío: parecíame ver el fantasma del pasado elevando en sus brazos la sombra del porvenir.

Un día que Rosalba sufría más que nunca, vínome al pensamiento aconsejar al coronel que la llevara a las aguas termales del Rosario.

Mi idea habría parecido absurda a quien ignorase las propiedades maravillosas de esas aguas célebres en nuestro país. Son una panacea universal que cura todo, desde la lepra hasta la fiebre, la apoplejía, la hidropesía, la gota y las enfermedades pulmonares.

Solo el atraso que una larga guerra civil mantiene entre nosotros puede explicar la poca atención que se dá a la necesidad de caminos y posadas en ese importante lugar, verdadero santuario de la salud.

Numerosas caravanas van allí de todos los puntos de la república a probar la eficacia de las aguas. Allí el lazarino, el cataléptico, el paralítico, ven desvanecerse su horrible mal; y enfermos desahuciados por la ciencia, y traídos moribundos en camillas desde largas distancias, recobran la vida y la salud en aquella agua milagrosa.

Brota en raudal hirviente entre las sinuosidades de un peñasco al pie del cerro de *Fuente de Plata*; derrámase en un cauce rápido cortado por anchos pozos destinados al baño, y corre entre las selvas ennegreciendo las piedras y los árboles, y señalando su paso con una larga cinta de vapores que disminuyen en densidad a medida que las aguas se enfrían bajo la húmeda sombra de los bosques, hasta perderse en el río de Orcones.

El coronel acogió mi receta con una exclamación de gozo, y Rosalba se arrojó en mis brazos, sin que la arredrara mi blusa de garzón.

—¡Quizá! —exclamó; y la mirada radiante que acompañó esta palabra

encerraba fe y esperanza.

Hicimos de prisa nuestros preparativos.

El coronel ensilló los caballos; yo y la criada de Rosalba cargamos en un carro todo lo que esta llamaba su regalo; alfombras, cojines, perfumeros; en fin, un equipaje de princesa oriental; y aquel mismo día a la caída de la tarde nos despedimos de nuestros buenos huéspedes y partimos llevándonos a las dos niñas de la casa, frescas y turbulentas muchachas que corrían siempre a vanguardia haciendo resonar los bosques con alegres risas, y arrastrando en su trisca infantil a la pálida enferma, que parecía una romántica ilusión entre aquellas dos robustas realidades.

Eran las seis. El sol se había puesto, y la luna comenzaba a blanquear sobre la florida grama de los campos. Habíamos vadeado el río y marchábamos costeando la playa por un sendero pedregoso que mataba de impaciencia a las niñas precisadas a sujetar sus cabalgaduras al insoportable vaivén del paso llano.

Nuestro guía, viejo redomado, verdadero hijo del polear, de piel bronceada y ojo de buitre; marchaba delante en su potro gateado, provisto de enormes espuelas y sonoros guardamontes, cuyo ruido espantaba al ganado que pacía entorno. Antiguo habitante del *pago* sabía de memoria la historia de aquellos sitios, que refería en su pintoresco lenguaje mejor que el más aventajado cronista, poniendo muchas veces por testigo a su caballo de la exactitud de su aserto.

—*Jeñor*, pasemos pronto este tusal; es un paraje *pesado*: deslinda las tierras de dos hermanos ya finados; hermanos que se querían mucho, pero que eran caudillos de partidos enemigos: el uno unitario, el otro federal. ¡Vaya *ujté* a ver eso, *jeñor*! Así cuando *se juntaban* a solas se abrazaban y lloraban... Digo, lloraba el uno; que el otro era muy hombre y se tragaba las lágrimas. Pero si se encontraban a la cabeza de sus partidas, ¡Dios nos guarde! *Se trenzaban* hasta dejar la tierra *coloreando*. *Allcito* hay todavía un montón de huesos donde penan. La otra noche no más, *jeñor*, se enderezó de ahí un *fantasma* que me dejó tiritando. Mi *gateao* puede decir si no dio una *tendida* de media legua que me hizo perder la *manea* y tres chapas del pretal.

—Cuidado, amigo Contreras —le dijo Rosalba riendo—, que si no derribó a usted aquella tendida lo derribe esa *bola*.

—¡Naa! ¡La niña no cree en *pantasma*! Como la pusiera en Esteco por una

noche de cuarto menguante para que viera salir de esos escombros tan horribles *aparencias* que se le cuajara el alma.

—¡Esteco! ¿Y dónde es eso? —preguntó Rosalba haciéndome una seña.

—Allicito, niña, en la cabecera de aquel cerro al otro lado del río. ¿No ha oído usted hablar de esa ciudad de gentes tan soberbias que solo querían *vistir* de oro y plata y tan crueles que asaban a sus esclavos? Pues allí estaba; y de aquí habríamos oído el ruido de sus jaranas que *diz* que duraban meses; porque esa gente no tenía necesidad de trabajar: en lo alto del cerro tenían minas de oro en barra que cortaban a cincel. Pero, *jeñor, si Dios consiente no es para siempre*; y una noche *como quien no hace la cosa*, la tierra se los tragó.

Ni uno solo volvió a *aparacer* jamás; pero sí sus vajillas de oro y collares de diamantes, que las *avenidas* arrastran al fondo de los barrancos. Yo he hallado muchas veces anillos de piedras verdes y platos que brillaban como el sol; pero nunca quise recogerlos, y los arrojé a lo lejos para que no tentasen a un cristiano esas prendas malditas de Dios. ¡Cierto, *jeñor!* Ahí está mi *gateao* que estuvo presente, y no me dejará mentir.

Y Contreras acentuaba gravemente su apelación, seguro de que el pobre gateado no había de decir: esta boca es mía.

Entretanto la noche adelantaba. El viento había caído y solo de vez en cuando una brisa tibia y cargada del aroma embriagante del heliotropo venía a morir en los jarales de la playa.

Yo iba al lado de Rosalba que hacía rato guardaba profundo silencio. Oíla suspirar muchas veces, y aspirar con ansia el aire cálido de la noche. Parecía oprimida, inquieta, y se volvía con frecuencia para mirar a su padre que se había detenido a encender su mechero para nuestras compañeras que fumaban. De súbito, apartando bruscamente mi mano que se apoyaba en el cuello de su caballo, Rosalba alzó la brida, y haciéndolo saltar sobre las altas yerbas lo echó adelante y se alejó en una carrera desesperada.

Seguila de cerca, a pesar de la gran desventaja que me daba la velocidad prodigiosa de su cabalgadura.

Después de haber corrido una hora por los oscuros senderos de un *sevilar*, Rosalba se detuvo al fin en el fondo de una cañada cubierta de sombra y de salvajes perfumes. Estaba en extremo pálida, y sin embargo sonreía.

—Confiesa al menos, Emmanuel —me dijo, dando una carcajada que vibró como el canto de un ave en la atmósfera sonora de la noche—, confiesa que por esta vez te asustaste. ¡Perdón! Tú no sabías que, cuando el ahogo viene, mi mejor remedio es la carrera. Sí, huyo de mi feroz enemigo y lo dejo a larga distancia —dijo, volviendo el rostro con una mueca burlona cual si desafiara en efecto la saña de un adversario—. ¡Qué bello paraje! —continuó ella paseando una mirada en torno—. ¡Qué soledad! ¡Qué frescura! ¿Sientes esta suave corriente de aire que ensancha el pulmón? ¡Qué bien se respira aquí! Mira las ruinas de ese rancho. ¡Cuán felices serían los que vivieron bajo su techo de cañas, a la sombra de esos algarrobos que en la primavera derramarían sobre ellos sus nevadas flores!... Pero ¿qué tienes, Emmanuel? Pareces preocupado, sueñas... ¡Qué sé yo!... Pero de seguro, tu alma está lejos.

Sí, lejos estaba mi alma, lejos. Vagaba en los espacios del pasado; reconocía esa cañada, esos árboles, ese rancho. Allí había estado yo otra vez, en una noche de luna como aquella.

Un día, mi hermano y yo, contrariados en casa, resolvimos solemnemente retirarnos del mundo e ir en romería a Jerusalén para de allí pasar al desierto, y a semejanza de San Gerónimo y Santa Paula, hacernos ermitaños. Aunque Santa Paula solo tenía ocho años y San Gerónimo seis, no tardaron una hora en ejecutar su proyecto. Unas buenas mujeres habían venido trayendo miel y patay para nuestra madre. Nosotros nos apoderamos de sus caballos, y cabalgando con devoto recogimiento, partimos a trote largo y nos internamos en la selva.

Todo fue a maravilla mientras el sol hilaba sus alegres rayos entre la fronda. Pero el día comenzó a declinar y nosotros a conocer que Jerusalén estaba más lejos que lo que habíamos imaginado, y nuestros piadosos designios se convirtieron en miedo, y nuestra ascética sobriedad en un hambre que habría sido inmensa si no la embotara una sed devoradora. Llorábamos, y nos espantábamos uno a otro con gritos de terror. Y la noche adelantaba y nosotros nos internábamos más y más en la profunda selva.

En uno de esos momentos en que el terror nos dejaba silenciosos, oímos a lo lejos los ladridos de un perro. Comenzamos a alegrarnos y dimos voces pidiendo socorro, cuando a poco, un espantoso rugido hizo estremecer el bosque dejándonos mudos de horror. No podíamos equivocarnos: era el tigre: solo de sus tremendas fauces podía salir ese bramido. Sin embargo, nuestros caballos marchaban tranquilos, cual si no lo hubieran oído.

Nuestros lamentos comenzaron de nuevo, y el rugido se repitió más terrible; pero entonces percibimos una voz que gritaba a distancia.

—¡Antolin! ¡Antolin! ¡Muchacho! ¡Válgame Dios! ¡Te envío a llamar a esas criaturas y te diviertes asustándolas! Por aquí, niños, por aquí.

Y los árboles clarearon, y divisamos en el fondo de la cañada el techo pajizo de un rancho; y al lado del fuego que ardía en el guarda-patio, una mujer vestida de blanco que nos hacía señas con el extremo de su rebozo azul.

Vimos entonces venir a nuestro encuentro un rapazuelo de catorce a diez y seis años, verdadera estampa de bandido: ojo avizor, mirada impudente y sonrisa desvergonzada.

Saltó con la agilidad de un gato a la grupa del caballo de mi hermano, cogió la brida, y guio hacia la casa, donde abrumados de cansancio caímos en los brazos de la mujer, que se acercó a desmontarnos.

Nuestra huésped, viéndome con los labios secos y la lengua pegada al paladar, entró un momento a la casa volviendo luego con dos anchas copas formadas con las cáscaras del huevo de avestruz y llenas de *aloja* de algarroba. Hízonos acostar al lado del fuego en dos bancos de madera, y enseguida ensillando un caballo que pacía maneado allí cerca, echó a la grupa a su hijo por miedo de que nos hiciera alguna mala pasada, y tomó el camino que nosotros habíamos traído. Iba a delatar en casa nuestra edificante cruzada y hacer que vinieran en busca de los asendereados peregrinos.

Mi madre la despidió cargada de regalos, y siempre que hablaba de aquella mujer era con profundo reconocimiento.

Cuatro años después, en 1831, cuando la frontera del sur se levantó en masa contra el gobierno constitucional; cuando los sublevados, entregándose al más feroz vandalaje, paseaban por todas partes el robo, la muerte y el incendio, y que mi padre, armado de la ley marcial que había votado el poder legislativo, fue enviado con fuerzas contra ellos, presentáronle un día, después de una sangrienta refriega, a uno de los caudillos de la sublevación, que después de una resistencia desesperada había sido hecho prisionero. Era este un famoso asesino que se había señalado en aquel motín por el refinamiento de sus crueldades. Llevaba por nombre de guerra el *Carneador*, un nombre que añadía una sombra más a las que oscurecían su historia. Los crímenes de que era reo y la ley marcial lo condenaban

sin apelación; y mi padre, que, a pesar de su severidad en el cumplimiento del deber, había encontrado efugios para salvar a muchos de aquellos ilusos, nada pudo en favor de aquel hombre, por más que le interesara su extrema juventud. Tuvo pues que abandonarlo a la suerte funesta que le aguardaba en algunos momentos, y se retiró deplorando el fatal error que nos induce a cimentar con sangre el edificio social.

De repente una mujer pálida y trémula se precipitó en la tienda gritando:

—¡Hijo mío! ¡Antolin! —Y divisando a mi padre iba a arrojarse en sus brazos, cuando la detonación de una descarga la hizo caer a sus pies.

Aquel trágico suceso conmovió profundamente a mi padre, y dejó para siempre un punto doloroso en su gran alma.

El recuerdo de esos acontecimientos absorbió mi mente, y durante algunos minutos olvidé a Azucena. Cuando me volví hacia ella, hallé fija en mí su mirada.

—Si no piensas en Lima —me dijo—, de seguro es en algo que te entristece.

Reunímonos a nuestros compañeros, y a las seis de la mañana llegamos a los baños de *Agua-caliente*.

Hallábanse allí algunas familias que, reunidas en un círculo de tiendas, pasaban el tiempo de una manera agradable, bañándose, cazando, haciendo largas incursiones en busca de colmenas, comiendo juntos deliciosas *picanas* en largos manteles tendidos bajo la olorosa fronda de los bosques, bailando, cantando, jugando prendas y contando cuentos de toda clase, desde el drama hasta el chascarrillo.

Hiciéronnos la más cordial acogida. Las señoras corrieron a *cebar* los mates en los chorros de agua hirviente que saltan de la peña y nos los ofrecían excusándose de su poca destreza, y asegurándonos que los tomaríamos mejores cuando volviera la *maestre de ceremonias*, un personaje investido también de aquel cargo, y a quien llamaban el *Alma social*, a causa, decían, de su viveza y su inagotable alegría. Había ido al Rosario en busca de provisiones, y era esperada con suma impaciencia.

Vémosla venir en fin. Montaba un potro bayo, y corría como una endiablada, apartando con la mano las ramas de los árboles, llevándolas en pos suyo largo trecho, y soltándolas con locas carcajadas. Traía a la grupa un costal

repleto que dejó caer en tierra antes de llegar al campamento, y deslizándose ella misma de la silla, corrió al encuentro de la colonia que salió en masa a recibirla con gritos de alegría. Abrazó a todos, mujeres y hombres; dijo a cada uno aquello que le había encargado averiguar; dioles noticia de todo: del cura, de los vecinos del pueblo, de las fiestas, del paso de las diligencias por el camino real. Y volviéndose a las jóvenes, añadió, haciendo sigilosos ademanes: —Ahí viene un italiano *bello e mesto come un trovatore*, pero mudo, hijas mías, como un topo. Lo alcancé en la bajada del río; y aunque hice lo increíble porque hablara, solo pude saber de él que venía de Tucumán y viajaba por donde lo llevaba el paso de su caballo.

Yo miraba a aquella mujer y no podía creer a mis ojos. Era María Montenegro, amiga y contemporánea de mi madre, y sin embargo, bella y joven todavía como cuando tenía veinte años. Y no obstante, María no había sido feliz: grandes desgracias habían caído sobre ella y el porvenir se le mostraba ceñudo, pero era un alma valerosa que sabía sonreír al dolor, y este se había deslizado por su frente sin dejar huella alguna en su tersa frescura.

Cuánto deseaba yo abrazarla y decirle mi nombre; pero me era forzoso permanecer incógnita, ¡y solo Azucena y su padre debían conocer su secreto!

Otra sorpresa me esperaba todavía. Miguel estaba allí. Había alcanzado a los ladrones; se había apoderado de ellos y conduciéndolos al Rosario, donde los entregó al alcalde. Allí encontró a algunas señoras de la colonia de los baños. Estas le rogaron que las acompañara, y se hallaba allí hacía días, muy a gusto de las jóvenes, a quienes custodiaba en sus correrías, y por la noche les servía de tenedor de las prendas en los juegos de la velada. Ese día había ido en busca de lechihuanas, y cuando regresó por la tarde, cargado como en otro tiempo, de miel y de flores, tuve el grandísimo contento de correr a él, y como de niña, saltarle al cuello y arrebatarle su dulce botín.

Poco después, el taciturno italiano se presentó en nuestro campo. Saludó con grave cortesía y nos pidió licencia para pasar con nosotros la noche. Los hombres se apresuraron a ofrecerle sus tiendas; y las señoras, enamoradas del aire de tristeza esparcido en su bello semblante, lo acogieron con extrema amabilidad.

Sin embargo, por más que hicieron, no pudieron conseguir que nos acompañara a la expedición que proyectamos para la mañana siguiente a Cerro Colorado, y que emprendimos al amanecer, dejando a nuestro huésped solo en el campamento.

Aquel día fue verdaderamente delicioso. Vagamos durante todas sus horas por las estrechas gargantas de esa cordillera que el vulgo puebla de apariciones y encantamientos. Esos parajes tienen en efecto un aspecto salvaje, imponente y siniestro como las tribus nómadas que los habitan. Árboles de corpulencia y elevación gigantescas, de ramaje extraño en colores y formas, alzan aquí y allí sus inmensas copas sacudidas eternamente por ardientes e impetuosos vientos, que agitando las añosas lianas que los entrelazan les dan en la noche la apariencia de fantasmas que danzan aullando entre las tinieblas. Altas yerbas, casi todas venenosas aun al tacto, crecen con un lujo prodigioso de vegetación sobre la arena roja y abrasada de aquel suelo que en las noches de estío presenta fenómenos increíbles de electricidad. Las tempestades jamás abandonan esas montañas. El rayo estalla sin cesar en sus cimas; y al estruendo del trueno responden en lo hondo de los valles los rugidos del tigre y el silbido de la serpiente. El águila y el gavián tienen su nido entre esas rocas; y se los ve a cada momento elevarse lanzando chillidos y surcar el aire en mágicos círculos llevando entre sus garras un lagarto o una culebra de cascabel.

Sin embargo, nada hay tan risueño como el aspecto lejano de esos montes que vistos de cerca despiertan en el alma un invencible sentimiento de terror. Elévanse como una muralla azul de recta silueta que limita el horizonte. Adorna su base un verde cordón de bosques, y más abajo el caudaloso pasaje extiende su plateada cinta añadiendo sus cambiantes reflejos a las ricas tintas con que el alba colora esta admirable perspectiva.

Cuando llegamos a nuestro campo, después de la prolongada excursión al Colorado, hacía largo tiempo que había anochecido. La luna llena, alzándose detrás de las montañas que habíamos recorrido durante el día, alumbraba las copas de los árboles; y sus rayos deslizándose oblicuamente entre el ramaje se cruzaban como hilos luminosos en la oscuridad que reinaba en lo bajo de la selva. Habríase creído que eran redes de plata tendidas por los genios para aprisionar a las auras.

Con la brida de mi caballo en la mano, de pie e inmóvil, contemplaba yo enteramente embebecido aquel mágico contraste, aquella escena compuesta de dos principios opuestos: la luz y las tinieblas. Poco a poco la fijeza de mi mirada comenzó a presentarme singulares fenómenos de óptica. Unas veces veía agitarse en la espesura las alas diáfanas y el ropaje ondulante de una sílfide; otras brillar como ascuas los ojos ardientes y las aceradas escamas de un dragón. Ora veía surgir entre los sinuosos troncos la horrible cabeza de un demonio, ora sonreír a lo lejos el rostro luminoso de un ángel.

Con asombro mío, la última visión no se desvaneció. El ser celestial se acercaba, y a medida que sus aéreas formas se dibujaban más perceptibles, la melancólica sonrisa que entreabría su labio se volvía más dulce. Al llegar cerca de mí posó su mano en mi hombro y mostrándome la selva me dijo con voz suavísima:

—*Nel mezzo del cammino di nostra vita.*

Era Azucena. Había dejado su amazona, y vestía una bata de muselina blanca, cuyos undosos pliegues agitados en torno suyo por la brisa de la noche le daban un aire fantástico y sobrenatural que despertó en mi corazón ese lúgubre presentimiento producido ya a la primera vista de aquella hermosa niña.

Pero ella no se apercibió de mi tristeza, y continuó con gesto de dolor graciosamente cómico:

—¡Ay de nosotros que vivimos en el siglo de los nervios y de los vapores! ¡Tres veces ay! Las señoras, medrosas como siempre, han mandado encender las hogueras, y mira cómo nuestra *selva selvaggia* no está ya *oscura*.

En efecto, el bosque se iluminó de repente con la luz de las grandes fogatas que los criados mantenían toda la noche para alejar a los tigres.

Azucena recordó nuestra *soirée campestre*, y ambas nos apresuramos a volver a las tiendas.

Era ya tiempo. Bajo el nogal consagrado hallábase ya reunida la pequeña sociedad de los baños. Nadie faltaba, ni aun el taciturno y misterioso italiano que había llegado la víspera. Sentado en una raíz saliente del árbol y con la cabeza apoyada en su tronco, miraba las estrellas con aire meditabundo, y parecía enteramente ajeno a todo lo que pasaba en torno suyo.

Después que se hubo cantado, bailado y hablado de política, llegó finalmente la hora de los cuentos.

Miguel, según la costumbre establecida, dio su sombrero a la criada de Azucena para recoger las prendas.

El incógnito, instruido de lo que se exigía de él, dio un anillo que llevaba al dedo.

La Montenegro, al pasar cerca de mí, me dijo rápidamente al oído:

—El italiano se marcha mañana. Es necesario que pague su contingente de cuentos.

Y yendo a Miguel, que se había vuelto de espaldas para extraer la prenda con imparcialidad, le dijo en voz baja dándole el sombrero:

—Por Dios, mi viejo Miguel, encuentre usted un grueso anillo que anda por ahí.

Miguel guiñó sus ojos negros como solo saben hacerlo sus compatriotas, y revolviendo bulliciosamente las prendas que contenía el sombrero, alzó la mano, en cuyo índice brillaba el anillo del italiano.

Todas las miradas se volvieron entonces hacia este; las señoras acercaron sus asientos para escuchar mejor; y Azucena, dejando los almohadones que había traído para ella su criada, vino a sentarse a mi lado sobre el poncho de Miguel.

El extranjero conoció que toda excusa sería inoportuna; y sonriendo melancólicamente, saludó a la compañía con esa cortesía galante y exquisita que distingue a los italianos nobles.

Después pareció reconcentrarse en sí mismo; dirigió una mirada al cielo moviendo tristemente la cabeza; y como si hubiese olvidado que tenía un círculo de oyentes, cual un sonámbulo que bajo el poder magnético evoca algún recuerdo de su pasado, con una voz, ora triste como el gemido del viento, ora ronca y amenazante como el fragor del trueno, comenzó a hablar.

UN DRAMA EN EL ADRIÁTICO

I

Venecia, la bella esposa del Adriático, dijo, Venecia, esa mágica reina tan poderosa en otro tiempo, ahora vencida y encadenada olvidaba su esclavitud y cubriendo sus cadenas con perfumadas guirnaldas se entregaba a las frenéticas alegrías del Carnaval. Sus palacios iluminados con magnificencia abrían sus doradas puertas a los numerosos convidados que invadían bulliciosamente las escalinatas de mármol. Surcaban sus misteriosos canales millares de góndolas llenas de máscaras que acudían a los bailes, a las citas de amor o de *vendetta*, o bien a formar conciertos en las lagunas. Y de todo aquel vasto concierto de palacios, cafés, tabernas, azoteas, balcones, calles, plazas y canales se elevaba un solo e inmenso grito formado de todos los sonidos que puede exhalar un pecho humano. Gritos de alegría, exclamaciones de sorpresa, interjecciones de miedo, aullidos de rabia, suspiros y palabras de amor doblemente amorosas al expresarse en la dulce y poética lengua del Tasso. Aquí, ensordecía el discordante estrépito de una cencerrada; allá, encontraba el oído la deliciosa melodía de una serenata; más lejos cien alegres polichinelas agrupados en una góndola primorosamente empavesada pasaban cantando y riendo bajo los sombríos arcos del Puente de los Suspiros. Sus canciones y risas resonaban como una satánica ironía en aquellas lúgubres bóvedas que vieron pasar tantos semblantes pálidos y cuyos ecos repitieron tantos gemidos de agonía. Pero ahora, todo estaba ya olvidado. El terrible tribunal de los Diez, sus misteriosos juicios y sus numerosas víctimas pasaron como la gloria de Venecia, y esta hechicera nereida, satisfecha de mirarse siempre bella en el límpido espejo de sus canales, olvidaba su esplendor pasado y su presente humillación y sonreía a sus tiranos, les abría sus brazos y sus dorados palacios, y cantaba y bailaba con ellos, en vez de sus voluptuosas danzas nacionales, las danzas estrepitosas y bárbaras del norte.

Hablando así la voz del italiano, tornose trémula, y sus rasgados ojos negros centellearon de indignación.

Mas no todos los hijos de Venecia, continuó, miraban con indiferencia las cadenas austríacas que aprisionaban las garras del León de San Marcos.

Aún quedaban a este algunos fuertes cachorros que, vagando en torno suyo entre las tinieblas, rugían sordamente sangrientas amenazas.

Y si el día de la venganza no había aún llegado, si el cáliz de indignación no

había rebotado todavía, existían, sin embargo, en cada uno de los palacios de Rialto, como en cada una de las humildes chozas del Lido, en cada una de las aristocráticas góndolas de los patricios, como en cada una de las pobres barcas de pescadores, corazones que palpitaban de odio al solo nombre del Austria; y Venecia, como toda la Italia, estaba minada por numerosas asociaciones secretas que se ocupaban de un mismo objeto: la independencia de la patria.

II

Los polichinelas que tan agradablemente habían pasado el puente de terrible memoria recorrieron los canales tomando a su paso muchas máscaras cubiertas con el mismo disfraz, y se detuvieron finalmente bajo los balcones de un palacio antiguo y derruido.

La alegre comparsa hizo oír un hurra prolongado, que repitieron los ecos del sombrío edificio. A esta seña, una mano levantó la celosía del balcón, y un joven de rostro pálido y de largos bigotes negros se inclinó sobre el canal. A su vista, el jefe de los polichinelas se puso en pie alzando el brazo, e hizo un signo misterioso. El hurra resonó como antes, y la góndola desapareció en las tinieblas.

Seguía de cerca otra góndola, cuyas máscaras cantaban el Hernani y repetían en coro:

Allegri beviamo!

El joven cerró el balcón y llamó. Presentose un anciano.

—Giovanni —le dijo—, nuestro Oriente tendrá esta noche una sesión solemne a la que concurrirán todos sus miembros. Ejerce tus funciones de conserje: prepáralo todo. A las doce, veinte góndolas llegarán una a una delante de la puerta secreta y el subterráneo será invadido por quinientos polichinelas bajo cuyas grotescas máscaras encontrarás los semblantes decididos y enérgicos de nuestros hermanos.

El anciano y el joven cogieron cada uno una lámpara. El anciano atravesó una larga galería cubierta de retratos, detúvose delante del último de estos y tocó un resorte oculto en el marco. El retrato giró sobre goznes invisibles, dejando descubierta una ancha escalera subterránea que el viejo descendió perdiéndose con su lámpara entre sus lóbregas espirales.

El joven cruzó una larga línea de habitaciones cubiertas de relieves y de frescos magníficos, y deteniéndose delante de una sala oscura y silenciosa...

—¡Blanca! —dijo en voz baja—. ¿Duermes, hermana mía?

—Velo como tú —respondió una voz dulce y triste.

—¡Velas sola y en las tinieblas! —repuso el joven con acento de cariñosa reconvencción entrando en el cuarto.

La luz de la lámpara alumbró un gabinete sencillamente adornado y la bella figura de una joven que con los brazos cruzados sobre el pecho parecía absorta en dolorosa meditación.

Los vaporosos pliegues de su larga túnica blanca que la cubría le habrían dado un aire fantástico si las profundas ondas de una maravillosa cabellera negra no revelaran tesoros de juventud y vida. Si hay nombres que coinciden admirablemente con las cualidades individuales de las personas que los llevan, el de Blanca, dado a esa joven, era uno de ellos, porque su tez, de un blanco diáfano y azulado, oscurecía la transparente gasa de su ropaje. Pero a aquella blancura se mezclaba en ese momento una extrema palidez, y en sus bellos ojos azules vagaba una inquietud sombría que la cariñosa sonrisa con que se acercó a su hermano no fue bastante para ocultar.

III

—Velabas sola y en las tinieblas —continuó él estrechando entre las suyas las manos de la joven y fijando en sus ojos una mirada escrutadora—. Blanca, hermana mía, ¿qué es lo que pasa en tu alma hace algún tiempo? A tu alegría de niña ha sucedido de repente una profunda y dolorosa inquietud. Muchas veces te he encontrado aquí postrada en tierra, con el rostro entre las manos, sollozando amargamente y tan abismada en ese dolor desconocido que ni aun te apercibías de mi presencia y mis caricias, mis lágrimas y mis ruegos te hallaban tan insensible como ese mármol en que se apoyaba tu cabeza. Ahora, no lloras ya, pero tu mirada se ha vuelto sombría y con frecuencia te veo correr azorada y trémula a arrojarte en mis brazos, como si algún enemigo invisible te amenazara. ¿Qué lúgubre secreto ocultas al corazón de tu hermano, de tu amigo de la infancia? ¿No lo he amado lo bastante para que tengas confianza en mí? ¿Vaciló alguna vez para realizar uno solo de tus deseos?

La frente de la joven palideció más todavía y sus miradas expresaron inmenso dolor.

—¡Querido Octavio! —exclamó abrazando a su hermano—. ¡Mi bueno y generoso protector! Sí... tú lo has sido todo para mí. Al amor de hermano has añadido la solicitud tutelar de un padre, los cuidados y la tierna abnegación de una madre. Niño aún y en esa edad de egoísmo en que solo se vive para sí, tú viniste a sentarte a la cabecera de mi cuna que la muerte dejó desamparada, y velaste el sueño de la huérfana. Joven, bello y en la edad de las ilusiones de tu juventud, únicas flores de la vida, y con peligro de tu existencia, disfrazado y oculto consagraste a tu hermana los años que sin ella habrías dado en un país extranjero a los placeres y a la gloria a que te llaman tu ilustre nombre y tu brillante talento.

—Pues bien, amada Blanca —la interrumpió él—, si tu alma conserva la memoria de esos días tan gratos para mí, de esos días en que nada echabas de menos a mi lado, en nombre de estos te pido que derrames tu dolor en el corazón de tu hermano, que le des su parte de tus lágrimas, que no sufras por más tiempo silenciosa y sola.

Los ojos de Blanca, fijos en su hermano con inefable expresión de ternura, se bajaron de repente. Un violento combate interior hizo ondular la gasa que cubría su seno. Vaciló, tembló, reclinó la cabeza en el pecho de su hermano y sus rodillas se doblaron como si fuera a postrarse a sus pies; mas luego, haciendo un supremo esfuerzo, alzó hacia él su rostro pálido, pero risueño.

—Sí, amigo mío— le dijo—, sufro; pero tu tierna solicitud exagera mis pesares y equivoca su naturaleza. ¿No hay acaso en todo cuanto nos rodea motivos de dolor y de lágrimas?

—¡Oh! Es verdad —respondió Octavio con amargo acento—. ¡Necio de mí que preguntaba la causa de tu pena! Ves nuestra patria esclava y a sus mejores hijos proscritos o entre cadenas; viste morir en el cadalso a nuestro padre y desaparecer sin duda bajo los *plomos* homicidas a nuestro amigo de la infancia, el valiente Mario que te amaba tanto; ves a tu hermano, último vástago de una raza de héroes, perseguido, errante, forzado a ocultarse vergonzosamente a la sombra de los monumentos alzados por la gloria de sus abuelos, mientras tú misma, heredera de inmensos tesoros, llevando la vida miserable de una obrera, pagas con el sudor de tu frente el derecho de habitar, bajo un nombre oscuro, el arruinado palacio de tus padres. Pero consuélate, hermana mía. Nuestra afrenta y tu dolor tendrán pronto un término. La hora de libertad va a sonar para la Italia. En el

instante en que te hablo, millares de corazones intrépidos, millares de brazos fuertes se ocupan de limar nuestras cadenas. Muy luego en toda la extensión de nuestro país, desde los Alpes hasta el Etna, resonará un inmenso grito de triunfo y entonces, rodeada de las grandezas que te arrebataron en la infancia, verás abrirse a tus miradas un horizonte de dicha desconocido aún a los sueños de tu existencia presente.

IV

Hablando así, la frente de Octavio estaba radiante y en su mirada brillaba el fuego de la fe.

Blanca ahogó un gemido y estrechando la mano de su hermano:

—Dios proteja vuestros esfuerzos —le dijo— y bendiga la obra santa a que os consagráis. En cuanto a mí, la única felicidad posible es aquella que de ti me venga, cuando te vea dichoso, yo también lo seré.

Un grito prolongado, el hurra de los polichinelas se hizo oír a lo lejos. Al escucharlo Octavio abrazó a su hermana con un arrebato de entusiasmo.

—Sí, amiga mía. Dios protege nuestra gloriosa causa, y volverá su mirada y su sonrisa hacia esta tierra de su elección. ¿Oyes ese lejano rumor? Es la voz de la Italia que llama a sus hijos dispersos, es un grito profético que predice nuestra victoria. Adiós, Blanca mía. Tú que eres un ángel, ora y espera... ¡Adiós!

—¡Octavio...! —gritó Blanca con voz débil tendiendo los brazos a su hermano—. No me oye... Ha desaparecido, y con él toda esperanza de redimir mi crimen. ¡Oh! —continuó ella cubriéndose el rostro con las manos en un acceso de delirio—. He ahí ese grito acusador que se eleva en mi alma repitiendo la tremenda demanda: ¡Caín! ¡Caín! ¿Qué has hecho de tu hermano?

—¡Lo vendiste! —respondió una voz que hizo estremecer a Blanca—. Lo vendiste miserablemente, ¡hermana más criminal que el primer fratricida! Lo entregaste a manos de sus enemigos; porque, hija indigna de la Italia, has cambiado tu patria como las rameras de Sion por el amor de los tiranos que la han esclavizado.

—¡Mario! —exclamó ella corriendo hacia un hombre que con los brazos cruzados y la cabeza erguida la contemplaba con una mirada severa.

—Sí —replicó él rechazándola con desprecio—. Mario, a quien el austríaco que amas hizo sepultar en los *pozzos* para que callara la única voz que podía delatarlo a la santa asociación en que traidoramente se ha introducido profanando un nombre italiano... Mario, enterrado en esas mazmorras donde el ser viviente que baja a habitarlas encuentra un lecho formado de los huesos de sus predecesores... Mario, que, rasgando su mortaja, alzando la lápida de su tumba, llega a tiempo para salvar a sus hermanos del cadalso que les preparaba el espía y para decirte a ti que has podido escuchar sin morir de vergüenza y remordimiento las nobles palabras de tu hermano. cómplice de un traidor, aquel a quien has sacrificado tu nombre, tu patria, tu familia y mi amor, te vende como tú nos has vendido. El infame que haciéndose llamar Marelli se afilió en nuestro Oriente, ese austríaco a quien amas con el nombre de Esteban Landoberg es el hijo de Radetzki, es el favorito de la reina de Hungría, uno de los esclavos que la orgullosa austríaca emplea en arrancar del corazón de nuestras mujeres los secretos de sus padres y de sus esposos.

Blanca llevó la mano al corazón cual si hubiese sentido un golpe mortal.

—¡Oh, infamia...! ¡Oh, vergüenza...! —exclamó.

—Sí —replicó Mario con feroz sonrisa—, vergüenza e infamia que serán lavadas con sangre... con la sangre del traidor que ha hecho de ti un instrumento para escalar el santuario donde preparábamos la libertad de la patria.

Blanca, pálida como un cadáver, retrocedió algunos pasos, puso el pie en el umbral de la puerta y gritó con acento de resolución:

—¡No, no lo matareis! La vida de ese hombre me pertenece... Su muerte basta a vuestra venganza; pero no a la mía y yo quiero que viva para que se acuerde eternamente de su perfidia y de mi amor... porque Marelli, Landoberg o Radetzki... ¡Yo lo amo...!

Y cerrando tras sí la maciza puerta desapareció como una sombra en aquellas lóbregas galerías.

—¡Maldición sobre ti! —gritó Mario con un aullido precipitándose a la puerta y haciendo esfuerzos por abrirla.

Bajo los cimientos del solitario palacio, en un salón subterráneo de forma circular y alumbrado por una gran lámpara de bronce suspendida en lo alto de la bóveda, sentado en un sitial de púrpura y ceñido el pecho con la banda azul recamada de oro del maestro masón, Octavio presidía una imponente asamblea. Veíanse allí reunidos jóvenes patricios representantes de los nombres más ilustres de Venecia, viejos guerreros que habían encanecido buscando en todas las batallas de Europa la libertad de Italia, mensajeros de otras asociaciones y proscritos en fin que deseando respirar el aire de la patria venían a pedirlo a las entrañas de la tierra.

—Sí, nobles hermanos —decía Octavio con acento enérgico e inspirado—, confiemos la libertad de nuestro país al solo esfuerzo de nuestro brazo. Nuestra fe y la justicia de la causa nos darán el triunfo. Toda intervención extranjera es vergonzosa... Rehusémosla pues; y vosotros, honorables emisarios, decid a nuestros hermanos de Nápoles y de Milán que esta es la última vez que nos reunimos para deliberar, que vamos a decir adiós a las tinieblas de estos antros, asilo por tanto tiempo de nuestra existencia proscrita y que nuestra próxima asamblea será en la plaza de San Marcos, con las armas en la mano, a la luz de nuestro hermoso sol. ¡Viva la Italia!

—¡¡Viva!! —respondieron con frenético entusiasmo las quinientas voces de los congregados.

De repente una mujer vestida de blanco, pálida y desmelenada, se precipitó en el subterráneo y mirando en torno con espanto:

—¡Esteban de Landoberg! —exclamó—. ¡Huid, que vuestra vida está en peligro!

A aquellas palabras alzose un hombre y sacando del seno una pistola que llevaba oculta la descargó. En el mismo instante abriéronse todas las entradas del subterráneo y el salón se llenó de soldados austríacos.

—En nombre del emperador —gritó adelantándose hacia Octavio aquel que había dado la señal—, os intimo a que os rindáis. Estáis desarmados y toda resistencia será inútil.

—¡Italianos! —exclamó Octavio con majestuosa resolución—. ¿Queréis languidecer oscura y lentamente en los calabozos austríacos o morir con gloria llevando el dulce sabor de la venganza?

—¡Muramos! —respondió una inmensa aclamación que atronó los ámbitos del subterráneo.

—¡Muramos! —repitió Octavio oprimiendo un resorte oculto en el respaldo del sitial.

Oyose entonces un horrible crujido y abriéndose el pavimento por su centro, hundiose y desapareció arrastrándolo todo consigo y dejando solo en lugar suyo un abismo negro, silencioso y profundo en cuyo borde vinieron a estrellarse con lúgubre murmullo las olas del Adriático.

De todo lo que existía y se agitaba allí un momento antes nada quedó sino la gran lámpara que pendiente de la bóveda alumbraba cual una antorcha funeral aquella escena de muerte.

VI

En ese momento un hombre jadeante y con los vestidos en desorden ponía el pie en la última grada de la escalera que conducía al palacio. A vista de la horrible catástrofe detúvose pálido como un espectro y fijó largo tiempo en el abismo una mirada indescribible.

—¡Dios lo ha querido! —exclamó—. Todo lo que yo amaba en este mundo yace allí aniquilado. ¡Italia! Heme ya tuyo enteramente. Ante esta inmensa tumba donde se han hundido mis esperanzas y todos los vínculos que me unían a la vida, juro libertarte o morir. Y sin embargo —continuó el desconocido con voz sorda—, ese hombre no ha cumplido su voto. La Italia ha vuelto a caer en la esclavitud y él vive todavía, porque la muerte lo ha rechazado en todas partes. Las balas destinadas a su cabeza, han caído sin fuerza a sus pies, el acero enemigo se ha desviado de su pecho y los campos de batalla han devuelto su presa al dolor.

El extranjero quedó solo, con el rostro oculto entre las manos, y entregado a sus pensamientos. No volvimos a verlo. A la mañana siguiente desapareció. ¿Quién era ese hombre? Nadie pudo saberlo. Silencioso llegó entre nosotros, y se marchó también silencioso como una de esas imágenes que cruzan la mente precediendo al sueño.

FRAGMENTOS DEL ÁLBUM DE UNA PEREGRINA

Y después de haber marchado largo tiempo el cansancio me obligó a sentarme al borde del fragoso camino; y mi pensamiento, como atraído por un imán irresistible, se volvió hacia atrás y evocó el tiempo pasado.

Entonces una radiante visión apareció a mis ojos en los límites del horizonte.

Vi resplandecer un sol brillante, y bañar con sus tibios rayos una ciudad blanca y hermosa que, asentada en una verde campiña, de aspectos variados y pintorescos, dibujaba sus aéreos edificios en un cielo de azul purísimo como el de la Grecia.

Las anchas y elegantes calles de aquella ciudad estaban llenas de una alegre multitud que se precipitaba hacia la más grande y bella de sus plazas, donde se celebraba una brillante fiesta. En las puertas, en las torres y cúpulas ondeaban ricos cortinajes; el suelo estaba sembrado de flores; hermosas damas cubiertas de encajes y pedrería decoraban los balcones; numerosas cabalgatas de elegantes jinetes pasaban y repasaban delante de ellas saludándolas y haciendo caracolear graciosamente sus corceles.

Pero entre todos aquellos caballeros, uno solo se llevaba tras sí todas las dulces miradas que los otros codiciaban.

Era un joven alto y pálido, de cabellos negros, y de admirable apostura.

Montaba con gracia y destreza indescribibles un arrogante potro saino indomable para otra mano, pero dócil para la suya.

Aunque conocía que era el objeto exclusivo de la atención de tantas hermosas mujeres, sus miradas eran para una sola; para una joven alta y esbelta, de ojos negros y cabellos rubios, de rostro alternativamente sonrosado o pálido, según la emoción dulce o penosa que experimentaba. Estaba sencillamente vestida de blanco y adornaba su pecho un ramillete de *pensamientos* que ella arrojó furtivamente y sonriendo al joven pálido, y que él besó y escondió en su seno...

La visión cambió.

Un soberbio salón de baile de forma circular abría sus puertas a una inmensa concurrencia. Ricas alfombras, colgaduras de grana y oro y costosas

pinturas se ostentan por todas partes. Magníficos lustros ardientes de perfumadas bujías derraman torrentes de luz, que se centuplican en los diamantes y en los ojos de las mujeres que revolotean como un torbellino de flores. Entre esa multitud de bellezas se hallaba la rubia joven del balcón.

Ahora sonreía también al pálido caballero y bajaba los ojos con timidez a los besos que él le enviaba de lejos.

La orquesta hizo oír sus preludios melódicos; el salón se pobló de dichosas parejas, que con los brazos entrelazados esperaban el baile que iba a comenzar.

El joven pálido corrió hacia la joven rubia; sus manos se estrecharon, sus ojos expresaron una dulce alegría; y bien pronto, arrastrados el uno en los brazos del otro al mágico círculo de aquella danza, *mirando sus ojos en sus ojos*, y sintiendo latir juntos sus corazones, se encontraron solos en ese inmenso caos de blancos cendales, de flotante rizos, de perfumes y de armonía, y desaparecieron estrechados en un abrazo que para otros era de danza, pero que para ellos era de amor...

La visión cambió.

Las estrellas centelleaban en el cielo, enviando a la silenciosa campiña su luz dulce y tímida como la mirada de una virgen; el aire tibio y perfumado estaba surcado por millares de luciérnagas, que pesándose en las negras copas de los árboles y entre las yerbas de la pradera, daban a la tierra la apariencia de un inmenso espejo que reflejara el estrellado cielo.

Allá, a lo lejos, entre las sombrías avenidas de árboles que mece lentamente la brisa de la noche, aparecen dos personas. La blanca y flotante túnica de una mujer y el negro vestido de un caballero se dibujan entre la masa de tinieblas de una glorieta. Se acercan... Es la mujer rubia del baile, apoyada en el brazo del caballero pálido. Caminan con lentitud, deteniéndose con frecuencia, ya para cambiar una larga mirada, ya para mostrarse una constelación, o bien para escuchar los rumores armoniosos de la noche. Habían marchado largo tiempo, sintiendo pesar sobre su mano la de su compañera, el joven pálido la levantó en sus brazos, y fue a sentarse con ella en un banco de césped, al borde de una fuente. La joven rubia se dejó llevar con la serena confianza de un niño; y reclinando su frente sobre el pecho del caballero, ambos quedaron inmóviles. Ella dormía: él velaba su sueño...

La visión cambió.

Negras y tempestuosas nubes cubrieron el cielo, envolviendo la tierra en densas tinieblas. La tempestad se desencadenó; el rayo estalló mil veces; el trueno resonó largo tiempo en todos los ámbitos del cielo, y el huracán lo arrastró todo en su inmenso torbellino, dejando solo un largo y lúgubre silencio.

Después, una luz dudosa y mustia se elevó por grados, alumbrando un paisaje extraño, cortado por ardientes arenales, sembrado de plátanos y palmeras, como el África, y bañado por las salobres olas del océano. La mujer de la visión, la mujer de ojos negros y de cabellos rubios que sonreía y danzaba en la fiesta; que se paseaba apoyada en el brazo de su amado a la luz de las estrellas en las praderas esmaltadas de flores, y que dormía confiada sobre su pecho, al borde de la fuente, mientras él velaba inmóvil su sueño, estaba también allí: ¡pero ahora estaba sola! Paseábase lentamente a las orillas del océano, deteniéndose algunas veces para escuchar con triste atención el murmullo de las olas, como si esperase que le trajera de otras playas la voz de un objeto querido. El colorido brillante de su rostro, la alegría de sus ojos, la sonrisa de sus labios, la morbidez de sus formas, habían desaparecido. Su frente tenía la palidez mate del mármol de una tumba; sus ojos rodeados de una aureola azul habían tomado un brillo sombrío y siniestro al hundirse en sus órbitas, y sus labios llevaban la huella de profundos sollozos. Había perdido la belleza de la dicha; y si alguna le quedaba, era solo la del dolor.

Sin embargo, la vida le sonreía a lo lejos, mostrándole sus goces; pero ella se alejaba triste y silenciosa, y si sonreía, era solo al recuerdo de esos días de sol y de amor, y de esas noches que había cubierto con su manto misterioso de estrellas las ardientes miradas, las tiernas palabras y los suspiros de un amor tanto más inmenso, cuanto era puro y santo.

Y yo cerré los ojos, y pedí a Dios que hiciera desaparecer aquella visión, porque tuve miedo de leer los terribles misterios de dolor que debía encerrar el corazón de esa mujer...

LA NOVIA DEL MUERTO

A mi querido amigo Vicente G. Quesada

I

En la deliciosa región que se extiende desde el confín boliviano hasta la línea patagónica, al centro de una comarca donde se hallan reunidas todas las bellezas de la creación, sobre una llanura surcada de cristalinas fuentes y perdida como el nido de un ave entre rosas y jazmines, álzase una ciudad de aspecto oriental. Sus blancas cúpulas se dibujan con primor sobre el verde oscuro de los bosques de naranjos que la circundan, cautivando las miradas del viajero que la contempla a lo lejos. Sus caminos son avenidas de flores; su aire es tibio y fragante, sus días una irradiación de oro y azul; sus noches serenas, estrelladas, pobladas de música y de amorosos cantares. Quien una vez la haya habitado no la olvida jamás; y si un día volviera a ella, aunque Dios hubiera quitado la luz a sus ojos, al aspirar su perfumada atmósfera exclamará: ¡Tucumán!

Predestinada a grandes acontecimientos, su recinto ha sido el teatro de nuestras glorias y de nuestros infortunios. Allí el primer Congreso americano declaró nuestra independencia, y allí comenzamos a llamarnos libres. Allí por vez primera desgarramos el fundón del despotismo, y por vez primera el valor americano postró a sus pies a los leones de Castilla. Allí la hidra de la guerra civil produjo los más horribles monstruos y los más nobles héroes. Allí el caudillo del vandalaje, el sanguinario *Tigre de los Llanos*, seguido de sus salvajes hordas, descendió un día de las agrestes cumbres de los Andes, y cayendo de súbito sobre el ejército nacional adormecido en las delicias de aquella nueva Capua, hizo de él una inmensa hecatombe.

Imagen del edén, el bien y el mal aspirando a poseerla, sostienen allí perpetua lucha. ¿Cuál triunfará?

II

Hacía tiempo que el horizonte político del Plata se oscurecía cada día más. Los héroes de Ituzaingó, reunidos en torno al celeste pendón de la patria, oponían en vano los esfuerzos de su denuedo a las bárbaras falanges que, invocando un principio desorganizador, escandalizaban al mundo con las atrocidades de una guerra fratricida. Las jornadas de la Tablada y Oncativo fueron seguidas de crueles reveses, y el general Paz, víctima de una casualidad fatal a la causa del orden,

había caído embolado su caballo en manos de los enemigos y yacía cautivo en las cárceles de Santa Fe.

El ejército nacional que mandaba, y del que era el alma, privado de su jefe, emprendió una retirada imponente como la del *Beresina* y desastrosa como ella; los prodigios del valor del héroe que la mandaba¹ no pudieron impedir que fuera una derrota.

Llegado a Tucumán, el ejército se dio un nuevo jefe, el noble y valiente Alvarado: noble y valiente sí; pero desgraciado y de funesto agüero para los ejércitos que han combatido a sus órdenes.

Sin embargo, hábil, estratégico y profundamente versado en el arte de la guerra, al asumir aquella tremenda responsabilidad, midió de una sola ojeada la situación, descubrió sus peligros, calculó sus ventajas. Él, que tenía la fatal experiencia de las retiradas, pesó los resultados de esta, y resolvió detenerla, fortificarse y esperar al enemigo en esa posición que en otro tiempo y en iguales circunstancias había dado el triunfo al inmortal Belgrano.

Formó cuarteles; pasó revista a las tropas; reforzó su número; improvisó armamentos y pidió auxilios a las provincias vecinas; todo esto con la decisión instantánea y rápida que distingue a los grandes capitanes. En aquella lucha formidable con el destino, Alvarado nada olvidó. No le faltó su genio: como siempre, faltóle su estrella.

III

La primavera tendía sus verdes guirnaldas sobre la ciudad convertida en campamento. El acre perfume de los retoños circulaba en la brisa; los cantos de la calandria y del ruiseñor se mezclaban a la voz de los clarines, y el estrépito fragoroso de las armas no era bastante a ahogar los armoniosos susurros de aquella hermosa naturaleza.

¡La primavera de Tucumán! Es decir, torrentes de luz y de perfumes; cielo azul orlado de nacarados celajes; vergeles poblados de flores; mujeres bellísimas cuyos ojos resplandecen como fulgorosas estrellas, todo, en fin, lo que puede convidar al deleite y al olvido. Así, los guerreros del ejército unitario en ese alto de un día entregaron su alma a todas las ilusiones de una eternidad de amor.

Octubre había dejado su último sol en los dorados pétalos de las retamas,

sin que nadie viniese a inquietar al ejército en aquella deliciosa etapa. Sin embargo, las gentes supersticiosas interrogaban a las rojas lontananzas del ocaso, y moviendo la cabeza como el profeta, exclamaban:

—¡Sangre!, ¡sangre!

Pero a esos siniestros augurios, las bandas del ejército respondían con festivas cuadrillas que las hijas de Tucumán danzaban bajo las enramadas de jazmines, con esa alegría extraña que precede a las catástrofes.

IV

Un día, tres de noviembre al anochecer, dos muchachas risueñas, turbulentamente recostadas en el alféizar de una ventana:

—¡Emilia! —gritó de pronto una de ellas—. Ahí viene el hermoso Ravelo. ¡Ven de prisa!

Que hoy monta al moro veloz,

el que deja atrás al viento.

—He prometido no verlo —respondió una voz con la ondulación de un suspiro.

—¿Y quién pudo exigir de ti esa costosa promesa?

—Mi tutor.

—¡Bah! ¿Qué le importa a ese vejestorio que tú veas a Ravelo? ¿Está celoso quizá?

—Dice que es culpable esa complacencia en la vista de un hombre que no ha de amarme jamás.

—¡Qué sabrá él! ¡Ya quisiera ver yo que me viniesen con tal prohibición! No, señor, nada menos que dejarme robar la dicha de contemplar esa apostura y, sobre todo, esos ojos negros de mirada soberana... ¡Ah, Emilia, qué bello es! Escucha al menos los pasos de su caballo —añadió la traviesa, sonriendo con malicia y bajando la voz porque aquel de quien hablaba pasó en ese momento ante ellas.

En efecto, el hombre que así llamaba la atención de aquellas niñas era un joven bello en toda la envidiable acepción de esta palabra.

Vestía el uniforme de coraceros y en su hombro derecho ondulaba la charretera de comandante.

Como todos los oficiales del ejército unitario, por un voto de heroica significación llevaba entera su rizada barba negra que descendía en oscuras ondas hasta el brillante peto de su coraza. Montaba un brioso potro de las pampas; y si algo podía igualar a la gracia ecuestre de su actitud era la destreza con que lo manejaba.

Horacio Ravelo era el más valiente de los valientes que educó Alvear en la escuela de los combates. Contaba apenas veinte años; y sin embargo, desde Ituzaingó hasta ese día, su vida había sido una serie de hechos gloriosos.

Sus compañeros, no pudiendo rivalizar con él, se habían acostumbrado a admirarlo, y aplaudían sus triunfos con sincero entusiasmo.

Todas las jóvenes de Tucumán estaban enamoradas de él y cuando lo veían pasar, ora a la cabeza de su regimiento, ceñidos el casco y la bruñida coraza, en las pomposas evoluciones de una revista; ora solo, al caer el día, envuelto en una capilla azul, y oprimiendo el lomo de su gentil pampero, soñaban con todos los héroes desde Orlando hasta Murat, y le habrían dado su alma a cambio de una mirada.

Pero él, que era el amoroso en sueño de tantas bellas, no distinguía a ninguna. Saludábalas con exquisita galantería en el desfile de una parada; cabalgaba a su lado en las partidas de campo y danzaba con ellas en los salones. Pero de repente, y cuando lo creían cautivo, se deslizaba de entre sus brazos, huía de los festivos saraos, y saltando sobre su veloz caballo se alejaba y desaparecía. ¿Dónde iba? ¿Qué desconocida estrella lo atraía y deslumbraba su alma?

V

Distante un tiro de piedra de las últimas casas de la ciudad, al cabo de un sendero bordado de espinillos, y en los lindes del ceibal que se extiende hasta el pueblo de Monteros, divísase la blanca fachada de una quinta entre el oscuro follaje de las moreras. Precédela un jardín plantado de limoneros y tupidas lianas, a cuya sombra se pasean asidas del brazo una anciana y una joven.

La una, encorvada y morosa, recogía yerbas en un paño de su manta; la otra, vestida de blancas gasas y coronada de trenzas negras, llevaba con visible impaciencia el tardo paso de la vieja. De vez en cuando alzaba la frente, aguzaba el oído, y sus ojos sondeaban con afán las profundidades de la noche.

Aquella joven era la hija de Avendaño el montonero, aquella quinta la guarida donde cada noche el atrevido caudillo partía con sus guerrillas que dispersaba al amanecer, y con las que procuraba hostilizar al ejército robando sus abastos e interceptando sus comunicaciones con las fuerzas unitarias del norte.

—Por más que rías, Vital —decía la vieja, siguiendo una conversación ya comenzada—, por más que rías, yo te digo que hay en ti, desde no hace mucho, algo que realza tu belleza: algo... ¿Qué diré?... Algo como la irradiación de una inquieta esperanza que hace brillar tus ojos y da a tu frente el resplandor de una aureola.

—Es la primavera, tía mía —respondió la joven—, la primavera que refleja sus claveles en los rostros de veinte años.

—No, ¡a fe mía! Que el año pasado todos los días de Dios tenías la misma cara: blanca, rosada, risueña y tersa. Ahora no es lo mismo: en un solo minuto cambias diez veces de color, de fisonomía y de expresión. El rumor del viento te conmueve, el sonido de una corneta te pone pálida y he aquí que los pasos lejanos de un caballo te hacen estremecer; ¿qué tiene, pues, esta muchacha, señor? Diríase que está enamorada, si hubiese en Tucumán algún hombre de quien pudiera enamorarse; pero nadie... nadie sino esos malditos unitarios con unas barbas que espantan.

—¡Horacio! —murmuró la joven con acento apasionado.

—¿Horacio? ¡Ah! ¡Ah! ¡Vaya! Alguna novela, uno de esos cuentarrones incendiarios que desvelan a las niñas y les avientan los cascós. Sí, pues, de ahí vienen esas oleadas de inquietud y de alegría, de tristeza y de ansiedad de que te hablaba ahora mismo; de ahí también el encerrarte en tu cuarto desde las ocho de la noche, dejándome sola, perdida como una aguja en este gran caserón. Y todo por leer novelas. ¡Habrás visto necesidad teniendo ahí a la mano los doce tomos del Año Cristiano!... Pero veamos, Vital, dime al menos lo que viene a ser tu Horacio, que no siendo un libro prohibido...

—¡Mi Horacio! Poema sublime, hermoso misterio que el corazón saborea

con delicia. ¡Sí! Tristeza y alegría, dicha y dolor, ¡todo viene de él!

Hablando así, la voz de Vital estaba tan impregnada de deleite que galvanizó en el alma helada de la vieja sus muertos recuerdos.

—¡Jesús!, ¡qué muchacha! —exclamó—. Habla con una embriaguez que estremece el corazón, se creería uno en los tiempos de Belgrano, allá cuando había hombres dignos de amor.

—¡Oh! ¡El héroe de mi historia es un guerrero bello como un ensueño y bravo hasta la temeridad! Los hombres lo admiran con envidia; las mujeres lo aman con pasión; pero de todas ellas una sola ha cautivado su alma, y de ella son su corazón y su amor. Como Romeo y Julieta, pertenecen a dos razas enemigas: él es un Colonna y ella, una Orsini.

—Es decir, como si algún unitario te amara a ti, hija de federales.

—Sí, pero como el amor de Julieta y Romeo, el suyo había salvado el abismo de odio que los separaba.

—¡Ah! ¡Ah! Cual si tú, aprovechando las ausencias de tu padre, burlando mi vigilancia...

—Sí, mientras su anhelo espiaba en las lontananzas del porvenir un día de reconciliación que uniera sus destinos como lo estaban sus almas; en tanto que las dos familias rivales se enviaban mortales retos de lo alto de sus murallas, los pastores de aquellos contornos veían salir de ella cada noche dos seres fantásticos, que cubiertos, el uno de un negro yelmo, el otro de un velo blanco, se juntaban, entrelazaban sus manos y vagaban así bajo las sombrías arboledas hasta que el primer rayo del alba los separaba, perdiéndose ambos entre la oscura mole de los castillos.

—Ni más ni menos que la historia con que me vino ayer Sebastián el campero.

—¡Ah! ¿Y qué dijo Sebastián?

—Uno de sus necios cuentos. Se ha imaginado que la otra noche velando al ganado arisco en la aguada del Ceibal, entre las doce y la una, vio pasar de repente delante de su escondite una extraña visión; un hombre armado, ceñidas la coraza y la espada, llevando asida a su brazo a una mujer vestida de un blanco ropaje,

cuyos largos pliegues se confundían con los plateados rayos de la luna... Visiones del aguardiente, niña, no pares, mientes en ello. Ese muchacho ha dado en visitar la pulpería más de lo regular, y esas apariciones son hijas de la botella. ¡Bah! ¿Cómo es que tu padre nunca vio tales musarañas, él que todas las noches vaga con la montonera en los bosques vecinos?

—¡Mi padre! —dijo la joven temblando—. ¿Pues qué? ¿No pasa la noche en casa?

—¡Válgame Dios! Si tendrá razón Avendaño en decir que nada debe confiarse a las viejas. ¿Pues no estoy aquí charlando lo que él me ha mandado a callar? ¡He ahí a su hija espantada y temblorosa! Tranquilízate, niña. ¿Que tiene eso de extraño? ¿No es tu padre un federal? ¿Qué más da si haciéndose el muerto durante el día abre los ojos en la noche como los murciélagos? Tanto mejor para la buena causa. Sin la vigilancia de Avendaño, cuántos refuerzos habrían recibido ya los unitarios; en tanto que, gracias a él, ignoran que Quiroga se acerca a marchas forzadas y va a caerles como una tromba en medio de sus festines...

—Dios mío —murmuró Vital—, ¡ten piedad de mi amor! Si callo lo pierdo, si hablo traiciono a mi padre...

—¿Qué dices, niña?

—Digo que ya es tarde y que comienza a caer el rocío.

—Que me hace a mí tanto mal. Vamos, chica, quiero ponerme en la cama. Mañana iremos a Santo Domingo para oír la misa de seis. Adiós. ¡Ah! No te des por entendida con tu padre sobre lo que acabo de decirte; porque es brusco como un diablo, y con él no hay que chancear.

Vital se encerró en su cuarto; oró de rodillas entre una estatua de la Virgen colocada al lado de su lecho; y levantándose enseguida, después que hubo besado en el rostro a la divina Señora, cual si fuese una madre terrestre, fue a una ventana que daba al campo y tendió una mirada en torno.

La luna comenzaba a derramar sus rayos sobre la desierta campiña y las luciérnagas cruzaban como estrellas brillantes bajo la espesa fronda de los huertos.

En ese momento un hombre echaba pie a tierra entre un grupo de moreras, y anudó la brida de su caballo en un tronco.

—Quieto, moro —dijo acariciando el cuello del hermoso animal—, quieto y silencioso por tu vida. ¡Ah! Cuándo será el día en que la lleve en mis brazos estrechada contra el corazón, corriendo contigo en las deliciosas etapas de la pampa. —Calló porque le pareció oír ruido entre el ramaje. Era un búho espantado que se llevó en el siniestro viento de su ala aquella exclamación de esperanza.

Jinete y caballo quedaron ocultos entre los árboles; mas los ojos que miran por amor saben penetrar las tinieblas.

—¡Ahí está! —exclamó Vital. Y volviéndose hacia la Virgen— ¡Madre! —exclamó—. La hora de mi destino ha llegado; los acontecimientos se precipitan y me arrebatan para arrojarme en los brazos de mi amado. Es necesario que mañana sea suya y que lo siga. Pero entre tanto, y por última vez, préstame tu sagrado velo, santo talismán que me ha guardado hasta hoy santificando mi amor.

Cubriose con el blanco cendal de María, y acercándose a la ventana quitó de la reja un barrote furtivamente limado y ajustado con cera, y pasando por el ancho vacío que dejaba, dejose deslizar al lado opuesto y desapareció entre las sombras.

Eran las seis de la mañana y la alborada era bella. Una espléndida aurora de nácar y oro surcado de prismáticos rayos se alzaba al oriente, y el azul purísimo del cielo, el aliento embalsamado de la brisa, los cantos de las aves y el alegre tañido de las campanas, todo anunciaba dulces horas ese día, cuatro de noviembre, que iba a ser para Tucumán de lúgubre recuerdo.

Los clarines tocaban la diana; en lo alto de las torres el esquilón llamaba a la misa de alba y las puertas abriéndose sucesivamente daban paso a una multitud de bellas madrugadoras que, el rostro suavemente encendido por el calor del lecho, los ojos cargados aún de languidez voluptuosa del sueño y los destrenzados cabellos medio ocultos entre la niebla fantástica de esos velos que las tucumanas saben llevar con tanta gracia, corrían a *Santo Domingo* para alcanzar la indulgencia concedida a la misa que a esa hora decía un capuchino, verdadera notabilidad monástica, llegado hacía poco de Roma con amplias concesiones del pontífice, de quien era camarero honorario.

—Oh, vosotros, los que os detenéis para mirar a las mujeres en las puertas del templo, que después de orar a Dios en el santuario lo adoráis contemplando la belleza de su obra; no busquéis a las hermosas cuando cargándose de perifollas y de arreboles se desfiguran, cuando siguiendo la extravagante forma de la moda pierden la suya propia: buscadlas en las primeras horas del día, y entonces, como

la naturaleza, os revelarán los misterios de su hermosura.

La misa había principiado en medio del silencioso recogimiento que inspira la oscuridad en las vetustas naves de los templos; pero luego, de lo alto de la bóveda, la luz rosada que precede a los primeros rayos del sol comenzó a hacer palidecer los cirios que ardían en el altar, y las ojeadas de los jóvenes se derramaron en torno con esa inquieta curiosidad de los veinte años que se alimenta con frivolidades.

—¡Toma! —decía una al oído de su vecina—. Aquí estamos todas las bailarinas de anoche. Mucho te eché de menos: no tuve con quién bromear.

—¿Y el amor de tus amores?

—¿Ravelo? Estuvo una hora y se fue. ¡Qué! Si es un corazón de piedra.

—¡Hum! No tanto como quieres persuadírmelo. Lo he encontrado ahora mismo y quizá venía por ti.

—¡Él! ¡Oh, cuánto daría porque dijeras verdad!

—¡Por tu vida! ¿Quién es aquella joven que se ha levantado del lado de aquella vieja tan fea y que en este momento desaparece tras de esa columna?

—¿No la conoces? No es extraño. Es la hija de un federal y no asiste a nuestros bailes. ¿No has oído hablar de la belleza de Vital, la hija del montonero Avendaño? Es ella.

En efecto, al llegar la misa a la última epístola, Vital, dejando a su tía, fue a reunirse detrás de una columna a un hombre que la aguardaba. Era Horacio Ravelo.

—¡Vital! —le dijo este, tomando su mano—. Tú, a quien he escogido por compañera, ¿me amas?

—¡Más que a mi alma! —respondió la joven con enérgico acento. Y ambos se arrodillaron.

En ese momento el sacerdote se volvió hacia el pueblo invocando al Altísimo, y cayó sobre ellos su bendición.

—¡Eres mía! —exclamó el esposo, estrechando contra sus labios la mano de su amada.

—¡Eres mío! —respondió ella, fijando en sus ojos una mirada de amor.

—¡Maldición! —balbuceó en ronco murmullo una voz sobre el sagrado libro del tabernáculo—. Es esa fatal belleza que mis ojos contemplaron a pesar mío; la imagen que ha derramado un fuego impuro en mis beatíficos sueños; ¡la Eva tentadora que sin saberlo ha venido a colocarse entre mi alma y Dios!...

De súbito oyose a lo lejos un rumor tumultuoso mezclado de lamentos, y a poco una inmensa multitud se precipitó en el templo gritando con terror:

—¡Los federales! ¡Los federales!

Vital se arrojó llorando en los brazos de su esposo, pero este la rechazó: el amante había hecho lugar al soldado. Besó la frente de su esposa y murmuró a su oído:

—¡Hasta la noche!

—¡Ah! —dijo ella con dolor—. ¿Dónde estaré yo a la noche?

—¡Aquí! —respondió él, cruzando los brazos sobre su pecho—. ¡Muerto o vivo, aquí! —Y empuñando la espada, apartó la vista de su esposa y se arrojó fuera del templo.

En la llanura sembrada de bosques que se extiende entre Tucumán y el pueblo de Monteros, veíase ondular una línea color de púrpura surcada de relámpagos: eran las lanzas y las blusas rojas del ejército de Quiroga. El Tigre de los Llanos, salvando enormes distancias con la rapidez del huracán, había alcanzado la presa que el destino iba a entregarle.

El ejército nacional formó sus huestes en el campo de la Ciudadela y esperó con denuedo al enemigo.

La historia ha consignado en sangrientas páginas esa funesta jornada que segó a la mitad de una generación arrojando a la otra a los horrores del destierro. La culpable insubordinación de uno de los primeros jefes del ejército, que más tarde pagó con la vida las consecuencias de su culpable desobediencia, cambió la suerte de ese día convirtiendo la victoria en derrota. ¡General López! Que el juicio

de Dios te haya sido clemente, ¡y ligera la tierra que cubrió tus mutilados despojos!

La batalla fue reñida y duró casi el día entero. La infantería pereció toda peleando a pie firme. La caballería huyó abandonando el campo de batalla; pero sus jefes y oficiales, echando pie a tierra y mezclados en las filas, pelearon hasta morir. Doscientos de ellos, la flor del ejército, cogidos moribundos sobre el campo de batalla, fueron arrastrados a la plaza principal de la ciudad para ser pasados por las armas. En el último momento, uno de ellos, alzando con trabajo su mano desfallecida, llamó a uno de los sacerdotes venidos para auxiliarlos. Habló con él en voz baja y puso en su mano un objeto. En los ojos del monje brilló un relámpago; pero bajando su capucha extendió la mano sobre la cabeza del moribundo, le dio la absolución.

Un instante después sonó una descarga, y todo quedó concluido. Los cadáveres insepultos por orden del vencedor, debían quedar allí para escarmentar al pueblo. Y el Tigre, apoderado de la ciudad, tendió sobre ella su terrible garra.

Los desdichados que tenían a los suyos en el ejército vencido ignoraban su suerte y encerradas en sus casas las madres, hermanas y esposas pasaron la noche en los tormentos de la incertidumbre.

VI

En la quinta del Ceibal, encerrada en su blanca alcoba de virgen, postrada de rodillas, pálida y trémula, la hija de Avendaño pedía por su esposo a la Madre de Dios, mientras su padre celebraba con los suyos en prolongado banquete el triunfo de su causa.

Devorando las angustias de su alma, sofocando sus sollozos para interrogar al silencio de la noche, esperaba que algún ruido exterior viniese a alumbrar su corazón con una luz de esperanza.

Sin embargo, los dolores de aquel eterno día habían agotado sus fuerzas; su cuerpo comenzaba a desfallecer, y extrañas alucinaciones invadían su cerebro.

De repente sintió estremecerse todo su cuerpo. No podía dudar; alguien se acercaba. Hallábase en la oscuridad, pues para ocultar su vigilia había apagado la luz; pero vio distintamente una sombra que vino a interponerse entre la ventana y el débil resplandor de las estrellas.

De allí a poco sintió arrancar el barrote limado de la reja, y un hombre se introdujo en el cuarto.

—¡Horacio! —quiso ella gritar, alzándose con esfuerzo del sitio en que yacía para arrojar al encuentro de su esposo; pero unos labios ardientes sellaron sus labios, dos fuertes brazos ciñeron su cuerpo en un impetuoso abrazo, y el silencio volvió a mezclarse a la oscuridad en la misteriosa alcoba...

La fresca brisa del alba agitando los destrenzados cabellos sobre la frente de Vital la despertó.

Hallábase sola: ningún indicio en torno suyo revelaba la presencia de Ravelo. De aquella ardiente noche no le quedaba sino un recuerdo helado y terrífico. ¿Había velado? ¿Había soñado? ¡Extraño misterio!

Al llevar la mano a la frente, Vital dio un grito, y una inmensa alegría inundó su alma. Había encontrado en su dedo un anillo que ella dio a Ravelo en los primeros días de su amor. No había delirado, no había soñado: aquel en cuyos brazos había dormido largas horas de dicha no era un fantasma de la muerte: era su esposo.

La vieja tía vino a arrancar a la joven del arrobamiento que la absorbía.

—¡Vital! ¡Vital! —entró gritando la buena señora—. Ven, hija mía, conmigo: tu padre te permite hacer una obra de caridad. ¿Sabes de qué se trata? De dar sepultura a los desdichados unitarios que ayer tarde fusilaron en la plaza. Quiroga consiente en que los entierren, a condición de que sean sus madres y sus esposas quienes los conduzcan a la tumba. ¡Alma de Peña! ¡Pobrecitos! Todo mi odio se ha convertido en piedad. Vamos, vamos, hija, a ayudar al cumplimiento de este deber doloroso.

Vital suspiró pensando en los desventurados que iba a ver, y siguió a su tía dando gracias a Dios por haber salvado a su esposo.

La ciudad presentaba un espectáculo de desolación imposible de describir. Las calles estaban regadas de sangre, las casas abiertas y entregadas al pillaje. Largas hileras de mujeres enlutadas se dirigían exhalando lamentos a la plaza donde se hallaban los ensangrentados cadáveres de los suyos.

Vital y su compañera siguieron aquel lúgubre convoy.

Llegadas al sitio fatal donde se había hecho la horrible hecatombe, cada una de aquellas desgraciadas buscó entre aquellos sangrientos restos a aquel que la muerte le había robado.

De repente Vital exhaló un grito, y cayó sin sentido.

Entre los cadáveres de los doscientos oficiales fusilados la víspera había reconocido a su esposo...

VII

Desde ese día, Vital se volvió un ser fantástico que se deslizaba entre los vivientes como un alma en pena. Nunca se detuvo en parte alguna: jamás el sueño vino a cerrar sus ojos; su labio enmudeció; y solo cuando al caer la tarde veía su propia sombra dibujarse en largas siluetas sobre la seca yerba de los campos, interrumpía su perpetuo silencio exclamando con dulzura infinita: ¡Horacio!

Y los años trascurrieron sin cambiar en nada su extraña existencia. Los habitantes de los vecinos campos la encuentran todavía en las noches del estío, a la luz de la luna, bajo la fronda perfumada de los naranjos, vagar pálida, pero serena, tejiendo coronas de azahares que coloca enseguida sobre su cabellera negra aún, pues el tiempo, cuya huella es tan profunda, ha pasado sin tocar ni con la extremidad de su ala esa frente blanca y tersa, después de treinta años de demencia.

¡Ah! ¡Quién sabe si ese misterio, que los hombres llaman con tanto terror *locura*, no es muchas veces la visión anticipada de la eterna felicidad!

1. La Madrid.

LA HIJA DEL MASHORQUERO

Leyenda histórica

I

Roque Alma-negra era el terror de Buenos Aires. Verdugo por excelencia entre una asociación de verdugos llamada Mashorca y consagrado en cuerpo y alma al tremendo fundador de aquella terrible hermandad, contaba las horas por el número de sus crímenes, y su brazo perpetuamente armado del puñal, jamás se bajaba sino para herir. Su huella era un reguero de sangre, y había huido de él hacía tanto tiempo la piedad que su corazón no conservaba de esta ningún recuerdo y los gemidos del huérfano, de la esposa y de la madre lo encontraban tan insensible como la fría hoja de acero que hundía en el pecho de sus víctimas. Cada semejanza con la humanidad había desaparecido de la fisonomía de aquel hombre y su lenguaje, expresión fiel del nombre que sus delitos le habían dado, era una mezcla de ferocidad y de blasfemia que hacía palidecer de espanto a todos aquellos que tenían la desgracia de acercársele.

Sin embargo, entre aquel horrible vocabulario de crueldades y de impiedad, como una flor nacida en el cieno, había una palabra de bendición que Roque pronunciaba siempre.

—Clemencia —decía aquel hombre de sangre, cuando fatigado con los crímenes de la noche entraba a su casa al amanecer. Y a este nombre, que sonaba como un sarcasmo en los labios del asesino, una voz tan dulce y melodiosa que parecía venir de los celestes coros, respondía con ternura: —¡Padre! —Y una figura de ángel, una joven de dieciséis años, con grandes ojos azules y ceñida de una aureola de rizos blondos, salía al encuentro del mashorquero y lo abrazaba con dolorosa efusión. Era su hija.

Roque la amaba como el tigre ama a sus cachorros, con un amor feroz. Por ella hubiera llevado el hierro y el fuego a los extremos del mundo; por ella hubiera vertido su propia sangre; pero no le habría sacrificado ni una sola gota de su venganza, ni uno solo de sus instintos homicidas.

Clemencia vivía sola en el maldecido hogar del mashorquero. Su madre había muerto hacía mucho tiempo, víctima de una dolencia desconocida.

Clemencia la vio languidecer y extinguirse lentamente en una larga agonía,

sin que sus tiernos cuidados pudieran volverla a la vida, ni sus ruegos y lágrimas arrancar de su corazón el fatal secreto que la llevaba a la tumba. Pero cuando su madre murió, cuando la vio desaparecer bajo la negra cubierta del ataúd, y que espantada del inmenso vacío que se había hecho en torno suyo fue a arrojarle en los brazos de su padre, los vio manchados en sangre y la luz de una horrible revelación alumbró de repente el espíritu de Clemencia. Tendió una mirada al pasado, y trajo a la memoria escenas misteriosas entonces para ella, y que ahora se le presentaban claras, distintas, horribles. Recordó las maldiciones dirigidas a Roque el Mashorquero, que tantas veces habían herido sus oídos y que ella en su amor, en su veneración por su padre, estaba tan distante de pensar que caían sobre él. Ella, que hasta entonces había vivido en un mundo de amor y de piedad, hallose de repente en otro de crímenes y de horror. La verdad toda entera se mostró a sus ojos, y comparando con su propio dolor el dolor que su madre había devorado en silencio, comprendió por qué había preferido a la vida la eternidad y al lecho conyugal la fría almohada del sepulcro. Pero en el dolor de Clemencia no se mezcló ningún sentimiento de amargura. El alma de aquella hermosa niña se parecía a su nombre: era toda dulzura y misericordia. Su fatal descubrimiento en nada disminuyó la ternura que profesaba a su padre. Al contrario, Clemencia lo amó más, porque lo amó con una compasión profunda; y viéndolo marchar solo con sus crímenes en un sendero regado con sangre, llevando el odio bajo sus pies y la venganza sobre su cabeza, lejos de envidiar el reposo eterno de su madre, Clemencia deseó vivir para acompañar al desdichado como un ángel guardián en aquella vía de iniquidad, y si no le era posible apartarlo de ella, ofrecer al menos por él a Dios una vida de dolor y de expiación.

Clemencia rechazó con horror el lujo que la rodeaba, porque en él vio el precio del crimen, y olvidando que era joven, olvidando que era bella, y que en el mundo hay goces celestes para la juventud y la belleza, ocultó su esbelto talle y sus deliciosas formas bajo una larga túnica blanca, cubrió los sedozos rizos de su espléndida cabellera con un tupido velo, acalló los latidos con que su corazón le pedía amor, y se consagró toda entera al alivio de los desgraciados. Sobreponiéndose al profundo horror de su alma, hojeó esas sangrientas listas en que su padre consignaba el nombre de sus víctimas, y guiada por estos fúnebres datos; corría a buscar para adoptarlos a los huérfanos y viudas que el puñal de aquel había dejado sin amparo en el mundo. Empleó para socorrerlos los talentos adquiridos en la esmerada educación que había recibido de su madre: dio lecciones de música y de pintura, y consagró sus horas a un constante trabajo. La pobre niña, llena la mente de lúgubres pensamientos y con el corazón destrozado de dolor, tocaba alegres polkas que sus discípulos danzaban alegres y felices; y en la pavorosa soledad de sus noches, ella, que había dicho un eterno adiós a todas las

dichas de la vida, se ocupaba en bordar vaporosos ramilletes en el velo de una desposada o en la transparente y coqueta falda de un vestido de baile, sin que la desanimaran las ideas dolorosas que esos accesorios de una felicidad, a que ella no podía ya aspirar, despertaban en su alma. Y con el precio de esos trabajos tan llenos de tristes emociones, corría a derramar el consuelo y la paz en el hogar de aquellas a quienes había sacrificado el hacha de su padre. Como una tierna madre acariciaba e instruía a los niños, velaba a los enfermos con la ardiente solicitud de una hermana de caridad y auxiliaba a los moribundos con una elocuencia llena de unción y piedad.

Enteramente olvidada de sí misma, Clemencia parecía vivir solo en la vida de los otros. Y sin embargo el mundo le sonreía a lo lejos, le abría los brazos, y le mostraba sus goces. Frecuentemente en sus piadosas correrías, Clemencia oía tras de sí voces apasionadas que exclamaban:

—¡Cuán bella es! ¡Dichoso, mil veces dichoso, aquel que merezca una mirada de esos ojos!

Pero aquellas palabras de galantería y amor en medio del sepulcral silencio de la ciudad desolada escandalizaban los oídos de Clemencia como cantos profanos entre las tumbas de un cementerio, y ocultando el rostro entre los pliegues de su velo, se apartaba con el corazón oprimido de tristeza y disgusto.

II

Un día, al anochecer, Clemencia vio entrar en su casa y dirigirse al cuarto de su padre a algunos hombres de fisonomía patibularia, envueltos en largos ponchos bajo cuyos pliegues se veían brillar los mangos de sus puñales. Clemencia previó algo funesto en la presencia de aquellos hombres, y después de haber vacilado algunos instantes corrió a aplicar el oído a la cerradura de una puerta que se abría sobre la habitación de su padre.

Roque, de pie cerca de una mesa, tenía en la mano algunos papeles, y hablaba en voz alta a su auditorio.

—Sí, amigos míos —decía—, ¡guerra a muerte a los unitarios! ¡Guerra a muerte a esos malvados! ¿Vosotros creéis hacer mucho? Pues sabed que os engañáis. Leed si no la lista de nuestras ejecuciones de este mes y cotejadla con las delaciones que hemos recibido hoy solamente. Leed y veréis que aún queda una inmensa obra al cuchillo de la Mashorca, cuando comparéis el número de los que

han caído con el de aquellos que caerán... ¡Que caerán, sí, aunque se escondan bajo el manto de María!

—¡Reina del cielo! —murmuró Clemencia juntando las manos con angustia y volviéndose hacia la imagen de la Virgen, su única compañera en aquella morada solitaria—. Si esa blasfemia ha llegado al pie de vuestro divino trono, no la escuchéis, ¡madre buena! Desechadla con indulgencia y alumbrad con una sonrisa de compasión al desdichado que camina en las tinieblas.

Al pronunciar estas últimas palabras, Clemencia volvió a oír la voz de su padre que leía:

—A las nueve de esta noche, un hombre embozado se detendrá al pie del obelisco de la plaza de la Victoria, y dará tres silbidos. Ese hombre es Manuel de Puirredon, el incorregible conspirador unitario, amigo de Lavalle y emigrado en Montevideo. La señal es dirigida a la hija de un federal que, unida a él secretamente y convertida en su auxiliar más poderoso, le entrega los secretos de su padre e instruido por esa señal del regreso del conspirador, irá a reunírsele para secundar sin duda el infame plan que lo trae a Buenos Aires.

—¿Lo oís, camaradas? ¡Y aún están nuestros puñales en el cinto! —exclamó Roque con una ira feroz.

—¡Muera Manuel de Puirredon! —gritaron los asesinos desenvainando sus largos puñales.

Clemencia dirigió una mirada por la cerradura a la péndula que estaba enfrente de su padre, y se estremeció.

La aguja marcaba las ocho y cincuenta y cinco.

—¡Cinco minutos para salvar la vida a un hombre! ¡Cinco minutos para preservar a mi padre de un crimen más! ¡Oh, Dios mío, alarga este corto espacio y presta alas a mis pies!

Y envolviéndose en su largo velo blanco, salió de su casa corriendo, no sin volver muchas veces la cabeza por temor de que los asesinos se le adelantaran, inutilizando el deseo de salvar al desgraciado que sin saberlo se encaminaba a la muerte.

Al llegar al ángulo que forma la calle de la Victoria con la del Colegio,

Clemencia divisó un bulto negro que cortando diagonalmente la plaza se dirigía al obelisco.

—¡Es él! —murmuró con voz temblorosa, y corriendo en pos suya alcanzole en el momento que tocaba ya la verja de hierro.

Muchos paseantes vagaban en aquel sitio halagados por la brisa de la noche, e impedían a Clemencia hablar con el desconocido.

Entonces ella se volvió hacia atrás; pasó cerca de él y tocó ligeramente la espalda, haciéndole una imperceptible seña de seguirle.

El embozado se volvió con impetuosidad y acercándose a Clemencia:

—¡Emilia! ¡Emilia mía! —exclamó ciñendo apaciblemente el cuerpo de la joven con uno de sus brazos, sin que ella pudiera impedirlo por temor de llamar sobre ellos la atención.

Obligada así a callar, Clemencia, a través de su velo contempló al desconocido, cuyo rostro estaba iluminado en aquel momento por los rayos de la luna. Era un hombre joven y bello como jamás Clemencia había visto otro, ni aun en sus poéticos ensueños de diez y seis años. Era alto y esbelto. En todos sus movimientos revelábase esa elegancia fácil, casi descuidada, que solo dan el uso del mundo y un nacimiento distinguido. La mirada a la vez profunda y lánguida de sus hermosos ojos, tenía un poder irresistible de atracción que aliándose a la mágica armonía de su voz, hacía de aquel hombre uno de esos seres que una vez vistos no pueden olvidarse jamás, y que dejan en nuestra vida una huella imborrable de felicidad o de dolor.

Y el desconocido, bajo el poder de su engaño, repelía al oído de Clemencia:

—Emilia, heme aquí, amada mía, no como un conspirador, a envolverte de nuevo en la ruina de mis quiméricas esperanzas, sino como esposo apasionado a arrebatarte de los brazos de tu padre, y llevarte en los míos, lejos, muy lejos, al fondo de los desiertos, a algún paraje desconocido que tu amor convertirá para mí en un delicioso edén. Ven, Emilia mía, abandonemos esta patria fatal. Dios la ha maldecido y nuestros esfuerzos y sacrificios para salvarla son vanos...

—¡Oh! —continuó el proscrito con voz ahogada y estrechando aún más a Clemencia contra su pecho—. Lo ves, Emilia, esta idea despedaza mi corazón... pero aquí estás tú para calmar sus dolores y llenarlo de alegría...

“¿Y nuestro hijo? ¡Qué bello será! ¡Cuánto habrás sufrido al separarte de él en la cruel necesidad de ocultar su existencia...!”

En aquel momento llegaban a un paraje solitario de la plaza. Clemencia tendió una mirada en torno suyo y separándose precipitadamente de los brazos del desconocido, alzó el velo para hacerle conocer su error.

—¡Cielos! —exclamó él—. ¡No es Emilia!

—No, señor, pero si vos os llamáis Manuel de Puirredon, huid de este sitio funesto donde cada segundo es para vos un paso hacia la muerte... ¿No lo veis? —continuó ella con terror, señalando a un grupo negro al otro extremo de la plaza—. Son ellos, son los puñales sangrientos de la Mashorca que os acechan. Huid en nombre del cielo, por vuestra esposa, por vuestro hijo... Id con ellos lejos de este antro de fieras a realizar ese hermoso sueño de dicha que halaga vuestra mente... Huid, huid —repitió, señalando al proscrito una calle sombría y alejándose ella por otra.

III

Al entrar en su casa Clemencia fue a postrarse a los pies de la Virgen, y ocultando su rostro bajo el velo de la sagrada imagen, lloró largo tiempo, murmurando entre sollozos palabras misteriosas: quizá algún dulce y doloroso secreto que ella había querido ocultarse a sí misma, y que solo osaba confiar a aquella que guarda la llave del corazón de las vírgenes.

Desde ese día el hechicero y melancólico rostro de Clemencia palideció más todavía, revistiéndose de una tristeza profunda. ¡Quién sabe qué halagüeña visión cruzó por su mente con las palabras apasionadas de ese hombre! ¡Quién sabe qué sentimiento hizo nacer su vista en aquel corazón joven y solitario!

Algunas veces con la mirada perdida en el vacío, sonreía dulcemente; pero luego, como asaltada por un amargo recuerdo, movía la cabeza en ademán de dolorosa resignación murmurando en voz baja:

—Hija de la desgracia, heredera del castigo celeste, víctima expiatoria, piensa en tu voto; acuérdate que tu reino no es de este mundo.

Y sumida de nuevo en su mortal tristeza, consagrábase con mayor ardor a la misión de piedad que se había impuesto.

—Clemencia —dijo a su hija un día el mashorquero—, ¿por qué te hallo cada vez más triste y meditabunda? ¿Quién se atreve a causarte pesadumbre? Nómbralo, por vida mía, y muy luego podrás añadir: ¡Desdichado de él!

—¡Nadie, padre, nadie! —respondió esta estremeciéndose, y levantó instintivamente la mano al corazón, como si hubiese temido que su padre leyera allí algún secreto.

—No, tú me engañas... Hace tiempo que advierto lágrimas hasta en tu voz cuando vienes a abrazarme.

—Padre... —replicó la joven interrumpiéndolo y fijando en los sangrientos ojos del asesino los suyos azules y piadosos—. ¿No lo adivinas? Cuando después de una noche de vigilia y ansiedad te veo llegar al fin y salgo a abrazarte, pienso con profundo dolor que los hijos de esos desdichados que diariamente siega el hacha de tu bando, no podrían gozar ya de esa felicidad que Dios me concede a mí todavía. ¡Oh, padre! ¿No es este un gran motivo de tristeza y de lágrimas? En medio de esas sangrientas escenas, ¿no has llevado alguna vez la mano al corazón y te has preguntado qué harías tú mismo si vieras una mano armada del puñal bajarse sobre tu hija y degollarla...?

—¡Calla! ¡Calla, Clemencia! —gritó el bandido—. ¿Qué haría? El infierno mismo no tiene una rabia semejante a la que entonces movería el brazo de Roque para vengarte. ¡Pero tú estás loca, niña! ¿No sabes que los salvajes unitarios no tienen corazón como nosotros, que amamos y aborrecemos con igual violencia?

—¡Padre, tú sabes que eso no es cierto! ¿Qué dicen pues los gritos desgarradores de esas madres, los gemidos de esas esposas y el triste llanto de esos huérfanos que a todas horas oigo elevarse al cielo contra nosotros? ¿No te dicen que las fibras rotas por tu puñal en el fondo de sus almas son tan sensibles como las nuestras?

—Calla —repitió—, ¡calla, Clemencia! Tienes una voz tan insinuante y persuasiva que me lo harías creer; y entonces, ¿qué pensaría el general Rosas de su servidor? ¿Cómo se burlaría Salomón y Cuitiño de su compañero! No... ¡Vete! No quiero escucharte, hoy sobre todo que Manuel Puirredon, ese bandido unitario a quien he jurado degollar, vaga entre nosotros invisiblemente y como protegido por un poder sobrenatural... ¡Oh!, pero en vano me inquieto... ¡Qué locura! Este corazón está lleno de odio, y ya no cabría en él la piedad... Escucha si no esta historia...

Hace algunos meses entré a oír misa en la iglesia del Socorro.

—¡Padre! ¡Osasteis entrar en el templo de Dios con las manos manchadas!

—¿De sangre? Sí, por cierto. ¿Por qué no si es sangre de unitarios, esos enemigos de Dios? Entré, como decía, en la iglesia del Socorro. Apenas había comenzado la misa, un hombre a cuyo lado me había arrodillado volvió de repente y habiéndome contemplado un segundo como para reconocermme paseó sobre mí una mirada de desprecio y, apartándose con insolente repugnancia, fue a colocarse muy lejos de aquel sitio. Aquella acción me denunció un unitario. El miserable había reconocido a Roque, pero ignoraba lo que era la venganza de Roque.

Mis ojos no se apartaron de él durante la misa y al salir de la iglesia vile entrar al frente de una casa pequeña, casi arruinada.

En la noche de ese día, mientras aquel hombre olvidado del agravio que me había hecho y con dos niños en los brazos estaba tranquilamente al lado de su mujer, ocupada en bordar el ajuar para el tercero que iba a nacer, yo guie a su casa la Mashorca; y entre los brazos de su esposa y de sus hijos hundí mil veces mi puñal en su corazón salpicando los pañales del que aún no había visto la luz.

—¡Clemencia! ¡Clemencia! ¿Qué tienes?

El asesino alargó el brazo para sostener a su hija, que vacilante y trémula lo rechazó con mal disimulado horror.

—Por algún tiempo —continuó él— creí que sería *eso* que llaman remordimiento el recuerdo imborrable que aquella escena de sangre, de gritos y de lágrimas dejó en mi imaginación; pero ¡ah!, era solo el contento de una venganza satisfecha. El día en que Roque conociera la compasión o el remordimiento, la hoja de esta arma se empañaría y... mira cómo resplandece —dijo el bandido, haciendo brillar su ancho puñal a los ojos de su hija.

Y ocultándolo enseguida entre la faja de su chiripá se alejó, sin duda para volver a su horrible tarea.

Clemencia se sintió anonadada bajo el peso de las espantosas palabras que había escuchado. Débil, quebrantada, exánime, fue a caer a los pies de su divina protectora elevando hacia ella las manos en angustiosa plegaria.

A medida que oraba la esperanza y la fe descendían a su corazón; y cuando se levantó, su frente volvió a iluminarse con la serenidad de la resignación.

—Nunca es tarde para tu infinita misericordia. Dios mío —dijo ella alzando al cielo su mirada—. La hora del arrepentimiento no ha llegado todavía; pero ella sonará.

Enseguida visitó el tesoro que guardaba para los desgraciados; tomó consigo una cesta de provisiones y un bolsillo de oro; y a favor de las sombras de la noche, fue a buscar aquella casa de que había hablado su padre.

Reconocióla en la huella del hacha de los bandidos que rompiendo el postigo la habían dejado abierta. Clemencia iba a pasar el umbral de una habitación desnuda y miserable, cuando oyendo una voz que hablaba dentro se detuvo y contempló el cuadro que se ofrecía a su vista.

En un rincón del cuarto, sobre un lecho pobre y desabrigado, yacía una mujer joven, pero pálida y enflaquecida, con un recién nacido entre sus brazos. Más lejos, un niño de seis años y otro de cuatro estaban sentados bajo las mantas de una camita suspendida en forma de cuna por cuatro cuerdas reunidas y pendientes de una viga del techo.

La luz opaca de una vela que ardía en el suelo daba a aquella morada un aspecto lúgubre que, unido al recuerdo de la espantosa escena ocurrida allí, despedazó de dolor el alma de Clemencia.

—Mamá —decía con voz lamentable el menor de los dos niños—, tengo hambre. ¿Qué has hecho del pan que comimos ayer?

La madre exhaló un profundo gemido al mismo tiempo que el otro niño respondió con acento grave y resignado:

—Lo comimos, Enrique, lo comimos y mamá no tiene dinero para comprar otro, porque está enferma y no puede trabajar. No la atormentes; y durmamos como el pobre angelito que ayer cayó del cielo entre nosotros.

—¡Ay! Él tiene el pecho de mi mamá y yo tengo hambre, ¡tengo hambre! —replicaba Enrique llorando.

—¡Dios mío! —exclamó la madre entre sollozos—. Si en la sabiduría de tus designios quisiste que el hacha homicida abatiera el árbol más robusto, yo adoro tu

voluntad y me resigno; pero ten piedad de estas tiernas flores que comienzan a abrirse a los rayos de tu sol. ¡Señor! Tú que alimentas las avecillas del aire, los gusanos de la tierra y que oyes llorar de hambre a mis hijos, ¿no enviarás en su socorro uno de los millares de ángeles que habitan tu cielo?

—¡Ah! Helo ahí —murmuró viendo a Clemencia que arrodillada ante la cama de los niños les presentaba las provisiones que había traído.

La madre juntó las manos y contempló con religiosa admiración a aquella bellísima joven, cuyo blanco velo plegado como una aureola en torno de su frente parecía iluminar las tinieblas que la rodeaban, y que inclinada sobre sus hijos como el genio de la misericordia los cubría con una mirada de ternura y de dolor. La pobre mujer creíala un ángel descendido a su ruego, e inmóvil, temía que un ademán, que un soplo, desvanecieran la divina visión, restituyéndola a la horrible realidad. Y cuando Clemencia se acercó a su lecho, la sencilla hija del pueblo alargó ansiosamente la mano para tocar las suyas y convencerse de que no era una aparición sobrehumana.

—¡Oh, tú que has venido a derramar el consuelo en esta morada de dolor! —exclamó abrazando las rodillas de la joven—. ¿Quién eres, criatura angelical?

—Soy un ser desventurado como vosotros y vengo a buscar a mis compañeros de dolor. Vengo a deciros: Madre cristiana, confiad en aquel que enjuga toda lágrima y acalla todo gemido. Él vela sobre todos de lo alto de su cielo y puede hacer de la más débil criatura un instrumento de su misericordia. ¿Habéis quedado sola y desamparada? Yo estaré cerca de vos y seréis mi hermana querida. ¿Vuestros hijos necesitan de un protector? Yo lo seré. ¿Os halláis falta de todo? He aquí oro para que lo procuréis.

—¡Ah! ¡Sois una santa...! —dijo la viuda, inclinándose devotamente—. Bendecid a mi hijo y dadle un nombre; porque todavía no está bautizado.

Y puso al recién nacido en los brazos de Clemencia.

—Llamadle *Manuel* —dijo ella en voz baja, y al pronunciar este nombre la pálida frente de la virgen se ruborizó, y sus ojos brillaron con extraño fulgor.

—Manuel —continuó, besando al niño con timidez—, yo seré para ti una nodriza solícita y apasionada. Tu madre no tendrá celos, pues para ella serán todas tus caricias; para mí solo la dicha de poder decir cada día: Manuel, ¡yo te amo!

—¡Ay de mí! —exclamó la pobre madre, cubriendo sus ojos con la mano de Clemencia, y sollozando profundamente—. Bien pronto lo seréis todo para él. Mi esposo me llama desde la eternidad. El puñal del asesino no ha podido romper el lazo que unía nuestras almas, y la mía se va, aunque a pesar suyo, y gimiendo amargamente por estas otras almas que se quedan penando en la tierra. —Y la infeliz señalaba a los niños con ademán desesperado.

Clemencia la escuchaba con terror. La hija del asesino pensó estremecida de espanto en los crímenes de su padre, cuya imagen nunca se le había presentado tan horrible. Pero sobreponiéndose a las lúgubres ideas que la abrumaban, llamó a la madre al cumplimiento de su deber en la tierra, y a la cristiana a la resignación en la voluntad del cielo.

—Madre mía —dijo el mayor de los niños cuando quedaron solos—. ¿Cuál de los ángeles del Señor es este que ha venido a visitarnos? ¡Qué hermosos son sus largos cabellos rizados como los de nuestra Señora del Socorro!

—Y sus ojos, mamá —replicó el más pequeño—, sus ojos azules como el cielo y sus pestañas. ¿No es cierto que se parecen a los rayos de esa estrella que nos está mirando por la ventana?

—Sí, hijos míos —dijo la viuda sonriendo tristemente a sus niños—. Es un bello ángel que Dios tiene en la tierra para consolar a los infelices.

—¡Ah! Es un ángel de la tierra, por eso está tan triste. Yo la he visto llorar mientras arreglaba nuestra cama.

—¿Cuál es el nombre de ese ángel, madre mía?

—Cualquiera que sea, bendigámoslo, hijos míos, y pidamos a Dios que enjague sus lágrimas como ha enjugado las nuestras —dijo la viuda, haciendo arrodillar a los niños para la oración de la noche.

IV

Clemencia entre tanto se alejaba con lentos y vacilantes pasos. La expresión de su semblante revelaba un profundo desconsuelo. Pensaba en la omnipotencia del mal y en la impotencia del bien. Un solo golpe de puñal había bastado a su padre para abrir el insondable abismo de infortunio que acababa de contemplar, y ella con toda una vida de sacrificios y abnegación, ¿qué había alcanzado? Aliviar el

hambre y la desnudez; curar dolores materiales: para los del alma nada había hallado sino lágrimas. Y a esta idea Clemencia se sintió abrumada por un inmenso desaliento. Pero como siempre cuando temía que su fe vacilara, la virgen elevó su pensamiento a Dios, pidiéndole algún gran sacrificio que le revelase el secreto de hacer descender la felicidad donde reinaba el dolor.

Un nombre pronunciado muchas veces con acento feroz, despertó bruscamente a Clemencia de su triste meditación. Miró en torno suyo, y se encontró entre un grupo de hombres cuyo aspecto siniestro llamó su atención. Embozábanse en largos *ponchos*; y armados todos de puñales guardaban cuidadosamente una puerta. La hija del mashorquero los reconoció. Aquellos hombres eran los compañeros de su padre; aquella casa era la *Intendencia*, el sitio consagrado a las ejecuciones secretas, el *in pace* donde los unitarios entraban para no salir jamás, y en cuyas bóvedas el dedo del terror había grabado para ellos la lúgubre inscripción del Dante.

Mientras Clemencia trémula y palpitante de ansiedad procuraba oculta detrás de una columna escuchar lo que hablaban aquellos hombres, un jinete montado en un caballo negro, y cuya espada de largos tiros chocaba ruidosamente contra el encuentro de la lanza que empuñaba, detuvo con una sofrenada y una maldición la fogosa carrera de su corcel; y acercándose al grupo que custodiaba la puerta:

—Teniente Corbalán —gritó con voz ronca y breve—, toma veinte hombres y ronda el Bajo, mientras yo hago una batida en Barracas. ¡Por las garras del diablo! Consiento en dejar de ser quien soy si el sol de mañana no encuentra la cabeza de Manuel Puirredon clavada en esta lanza.

Y hundiendo las espuelas en los flancos de su caballo, se alejó como un sombrío torbellino.

Clemencia, pálida y helada de espanto, cayó sobre sus rodillas. El hombre que acababa de hacer ese horrible juramento era su padre.

—Corbalán —dijo uno de aquellos bandidos—, llévame contigo... Quiero matar hombres y no guardar mujeres.

—Si Alma-negra te hubiera entregado la que está en el calabozo de las Tres Cruces, no te habría pesado guardarla para ti —dijo riendo atrozmente otro de ellos.

—¡Ah, viejo tigre! Sorprender a la hermosa que esperaba a su galán, atarla como un cordero al arzón de la silla, traerla bajo el poncho a la Intendencia, encerrarla en el calabozo de las Tres Cruces donde hay más de cincuenta sepulturas... ¿Qué pensará hacer de ella?

—¡Poca cosa! Matarla en lugar de su marido, y matarla con él si logra atraparlo.

Clemencia no escuchó más. Alzose fuerte y resuelta; acercose con entereza al jefe de los bandidos, y dando a sus ojos la negra mirada de su padre, levantó el velo y le dijo con voz imperiosa.

—Teniente Corbalán, ¿me conocéis?

—¡La hija del comandante! —exclamó el mashorquero descubriéndose.

Los bandidos se apartaron respetuosamente, y la joven, sin dignarse a añadir una palabra, pasó el umbral y se internó en las sombras del fatídico edificio.

En la oscuridad del lóbrego portal que daba entrada al patio de los calabozos, Clemencia divisó a un hombre de pie, inmóvil y apoyado en una alabarda. Vestía el uniforme de gendarme y ella lo creyó un centinela; pero al acercarse a él se estremeció.

La joven no tuvo para reconocerlo necesidad de ver su rostro que cubría la ancha manga de una gorra de cuartel.

—¡Desventurado! —murmuró Clemencia al oído de aquel hombre y estrechando su brazo con terror—. ¿Qué hacéis aquí? ¿No habéis oído?

—Sí —respondió él, cerrándole el paso—. Soy aquel que los asesinos buscan con tan feroz afán. Sus puñales están sobre mi cabeza, pero yo he venido a salvar a mi amada o perecer con ella. Mirad —continuó hiriendo con el pie un objeto sin forma que yacía en tierra—, he matado a un centinela, y armado con sus despojos velo aquí para tender a mis pies al primero que atraviere el dintel de esa puerta.

—Manuel Puirredon —dijo Clemencia descubriendo su bello rostro y posando en los ojos del proscrito una mirada inefable—, ¿os acordáis?

—¡Ella! —exclamó el unitario—. ¡El ángel que me salvó!

—¿Tenéis confianza en mí? ¿Me abandonaréis el cuidado de salvar a aquella que buscáis?

—¡Ah! —respondió él con un transporte que Clemencia reprimió asustada—. Por esas solas palabras, hermosa criatura, heme aquí a vuestros pies. Pedid mi sangre, mi alma, todo os lo daré.

—Alejaos pues de este funesto lugar; trasponed esa puerta fatal, y esperad a vuestra amada donde ella os esperaba poco ha.

—¡No! Todo... menos alejarme un paso de aquí.

—¡Oh! ¡Dios mío! Quiere perderse... Pues bien... Juradme al menos permanecer inmóvil bajo vuestro disfraz, y no atacar a nadie cualquiera que sea que pase por este sitio.

—¡Duro es hacer esa promesa!... Pero pues lo queréis, ¡sea!

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó ella estrechando la mano del proscrito, en la que este sintió caer una lágrima—. Sed feliz, Manuel Puirredon. ¡Adiós!

Y la joven bajando el velo se perdió entre las sombras.

El unitario oyó a lo lejos un ruido áspero de cerrojos y dijo:

—Es la puerta de su calabozo... ¡Emilia! ¡Emilia mía!

Y con la mirada y el oído atentos, interrogaba angustiosamente a la noche y al silencio. Y así pasaron con la lentitud de los siglos dos, cinco, diez minutos; y Puirredon, en su mortal inquietud, estaba ya próximo a quebrantar el juramento y a correr tras aquella que se lo había impuesto.

Al fin, allá a lo lejos, el blanco velo de Clemencia apareció de repente entre las tinieblas de un lóbrego pasadizo. Puirredon la vio venir sola y olvidando su promesa, olvidando su peligro, olvidándolo todo, arrojó una exclamación de dolor y corrió a su encuentro. Pero al llegar a ella dos brazos cariñosos rodearon su cuello, y unos labios de fuego ahogaron en los suyos un grito de gozo.

—¡Silencio, amado mío! —dijo una voz querida al oído del proscrito—. Un milagro me ha salvado. La virgen del Socorro ha descendido a mi calabozo para librarme. Sí. Yo la he reconocido en su celeste belleza y en la melancólica sonrisa de

su labio divino. Este es su sagrado velo... Él nos protegerá... Huyamos...

Y la mujer encubierta arrastró tras de sí al proscrito.

Cuando los fugitivos llegaban a la puerta vieron avanzar un jinete que haciendo dar botes a su caballo entró en el portal, y arrojándose en tierra desenvainó su puñal y en un silencio feroz se encaminó al patio de los calabozos.

A su vista Puirredon sintió estremecerse entre las suyas la mano de su compañera, y la oyó murmurar bajo su velo con acento de terror:

—¡¡¡Alma-negra!!!

Mas luego traspusieron ambos el umbral maldito y respiraron el aura embalsamada de la libertad.

Entre tanto Alma-negra atravesó el patio y llegando al calabozo de las Tres Cruces descorrió los pesados cerrojos y buscó a tientas entre las tinieblas.

Un rayo perdido de la luna menguante deslizándose por la estrecha claraboya de la bóveda formaba una mancha lívida en el húmedo pavimento, haciendo más densas las tinieblas de aquella espantosa mazmorra. Sin embargo, el ojo ávido del bandido descubrió una forma blanca.

Fuese hacia ella, extendió su mano sangrienta, y palpando el cuello de una mujer, hundió en él su puñal, gritando con rabia:

—Delatora de nuestros secretos; cómplice de los infames unitarios, muere en lugar del conspirador que amas, pero sabe antes que ni tus huesos se juntarán con los suyos, porque tu sepulcro será el fondo de este calabozo.

Y hablando así, arrojó una espantosa carcajada.

Al sentirse herida de muerte la desventurada llevó las manos a su cuello dividido, y conteniendo la sangre que se escapaba a torrentes de la herida:

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Mi sacrificio está consumado! Cumplida está la misión que me impuse en este mundo: haced ahora, Señor, que mi sangre lave esa otra sangre que clama a vos desde la tierra.

Al acento de aquella voz Alma-negra sintió romperse su corazón, y los

cabellos se erizaron sobre su cabeza. Alzose rápido y levantando a su víctima corrió a la claraboya y miró al rayo de la luna su rostro ensangrentado.

—¡¡Clemencia!! —gritó el asesino con un horrible alarido.

—¡Padre!... ¡Pobre padre!... Eleva al cielo tus miradas, y búscala allí — balbuceó la dulce voz de la joven al exhalar el último aliento.

El bandido cayó desplomado en tierra, arrastrando entre sus brazos el cadáver de su hija degollada...

Pero la sangre de la virgen halló gracia delante de Dios, y como un bautismo de redención, hizo descender sobre aquel hombre un rayo de luz divina que lo regeneró.

UNA APUESTA

I

¿Quién no ha oído hablar del genio burlón y aventurero de la hermosa Eleonora de Olivar, duquesa de Alba? Emanación brillante del sol andaluz, la hechicera sevillana entró un día como un ardiente torbellino en la austera corte de Carlos III despertando los graves ecos de su alcázar con las risas de su inagotable alegría.

Los cronistas de la época se extienden con delicia en la relación de las graciosas locuras de aquella amable aturdida que por tanto tiempo tuvo en continua agitación, en perpetua zozobra, la corte y la ciudad; porque fastidiada algunas veces de sus travesuras aristocráticas, descendía con frecuencia del mundo brillante que habitaba para buscar otras más picantes en la plebeya atmósfera de las callejuelas.

En nuestros días Eleonora habría sido horriblemente calumniada; pero en aquellos benditos tiempos se tenía más confianza en una mujer honrada, y el duque de Alba, y a ejemplo suyo toda la corte, veneraban profundamente la virtud de la duquesa. ¡Honor a la fe de nuestros mayores!

Pero si Eleonora era burlona, no era maligna como lo son generalmente aquellos que tienen ese odioso carácter. Ni con sus chistes, ni con sus locuras jamás hirió el amor propio ni la sensibilidad de nadie. Al contrario, si ella gustaba de reír era más bien para alegrar a las otras, y sus travesuras eran tan benévolas y lisonjeras que cautivaban para siempre el corazón de aquel que era su objeto. Así el estudiante a quien en tan ligero equipo hizo bailar aquella célebre zarabanda le debió su fortuna y el capitán de guardias la restitución del regio amor que le había robado.

—Duque, ¿te parezco bien así? —dijo un día Eleonora presentándose a su marido vestida de peregrina.

—¡Encantadora! —respondió el duque contemplándola admirado—. ¡Oh! Jamás la túnica de la viajera cubrió un cuerpo tan gentil.

—¡Gracias, mi bello caballero! —respondió la irresistible andaluza, rozando con su delicada mejilla la negra barba del castellano—. Pero no es para oír tus amables galanterías que me presento a ti vestida de esta manera... Mi objeto es

alcanzar una piadosa concesión.

—Pide lo que quieras, hermosa mía, con tal de que me permitas besar esos piecitos calzados con sandalias.

—Están a tu disposición, duque, si quieres dejar a la mía un mes de mi existencia.

—¿Y qué harás de ese mes? Supongo que no querrás robármelo.

—Iré sola y a pie en peregrinación a Santiago de Compostela.

—¡Sola y a pie...! ¡A Santiago...!

—Sí, señor.

—Eleonora, ¿piensas en lo que dices?

—Con toda la seriedad de que soy capaz, duque.

—¿Has olvidado la adorable revelación que anoche me hiciste?

—Te dije que tenías ya un heredero.

—¿Y no sería destruir esa esperanza el ceder a la locura que imaginas?

—Precisamente para que esa esperanza se realice debes consentir en mi peregrinación.

—¿Cómo?

—Es un antojo. Ya sabes que si no lo cumpliese moriría nuestro hijo.

—¿Y crees tú que viviría si yo fuese bastante insensato para exponerlo a las fatigas y accidentes de ese largo y penoso viaje?

—Sin embargo, será necesario que me des permiso. ¡Es un antojo!

—¡Qué delirio! ¿Cómo puedes, querida mía, persistir en esa extravagancia? Sin contar con el estado en que te hallas, tu posición y tu empleo en la corte te retienen cerca de la reina. ¿Qué diría su majestad si le hablaras de tan extraña idea?

—Tengo ya su permiso para pasar un mes en nuestros estados.

—¿Y la princesa de Asturias?

—La princesa de Asturias está envidiosa de mí y me aborrece lo bastante para alegrarse de mi ausencia, aunque yo fuera hasta la Meca.

—Eres demasiado hermosa para justificar la envidia de la princesa. Donde tú apareces, toda belleza se eclipsa.

—¡Vamos, señor de Alba! No piense, vuestra excelencia, en adormecerme con sus lisonjas... ¡El permiso, señor! ¡El permiso!

—Imposible, hermosa mía; tan imposible como que *ría el conde de Girón* —dijo el duque creyendo cortar la cuestión.

—¿Quién es el conde de Girón y por qué no ha de reír? Cuéntame eso, duque —dijo volublemente Eleonora echando uno de sus brazos al cuello de su marido y dejando sobre sus rodillas el sombrero adornado de conchas.

—El conde de Girón, amada mía, es un señor del antiguo régimen tan apegado a las costumbres de su tiempo que no pudiendo sufrir las innovaciones que el progreso ha traído a los nuestros, abandonó la corte y el empleo que en día tenía, retirándose a uno de sus castillos cerca de Aranjuez, donde vive como en el tiempo del rey Rodrigo y cercado de escuderos, pajes y dueñas tan anticuados como pide el gusto de su señor, cuya gravedad, por otra parte incontrastable, ha pasado a proverbio y es fama que nunca quiso casarse por no tener que sonreír a su novia siquiera el día de la boda. Así, cuando se quiere calificar algo de imposible en grado superlativo se lo compara con la risa del conde de Girón.

—Muy bien. Y si el conde de Girón riera, ¿qué dirías, duque?

—Diría que el buen apóstol Santiago, enamorado de tu hermosura, hacía un milagro para lograr la dicha de verte.

—¡Oh, duque! Por esta vez caí en el lazo de tu lisonja. Acepto la hipótesis. Besa mis sandalias y haz mañana una visita al conde de Girón.

—¿Es una apuesta, Eleonora?

—Sí, duque... Es una apuesta.

II

En la tarde del siguiente día el duque de Alba, de vuelta de la caza, pidió hospitalidad en el castillo de Girón y fue recibido con todas las ceremonias de la antigua usanza.

El cuerno del vigía tocó la fanfara que anunciaba la visita de un gran señor; el puente levadizo se bajó con estrépito; los escuderos acudieron al estribo; los pajes de rodillas descalzaron las espuelas del duque; las dueñas, envueltas en sus blancas y reverendas tocas, le presentaron el aguamanil de oro y el pebetero de sahumero y más allá en fin, de pie en la puerta del salón de honor, el viejo castellano recibió al duque con toda la rigidez de la etiqueta que Felipe V heredó de su bisabuelo. Con todos esos requisitos del paso y del asiento que hicieron al duque sonreír más de una vez pensando en su mujer, porque el grave personaje hacía todas aquellas evoluciones de la antigua ordenanza palaciega con una seriedad imperturbable que prometía al de Alba un triunfo seguro en su apuesta.

El cuerno del vigía se dejó oír de nuevo y un momento después el portero de estrados anunció al conde que un joven con trazas de estudiante en vacaciones se había presentado a las puertas del castillo, pidiendo ser introducido cerca del señor, a quien tenía que comunicar un asunto importante a la casa de Girón.

—¡A la casa de Girón! —observó gravemente el conde—. Yo soy el único representante de esa casa y tengo obligación de escucharlo. Hacedle entrar.

El portero de estrados transmitió la orden y un momento después, abriéndose la puerta de las entradas ordinarias, apareció en el umbral iluminado por los últimos rayos del sol un muchacho cubierto con una hopalanda desgarrada en todos sentidos, pero que el picarillo llevaba tan gallardamente como el conde su capa de grana. Cubrían la mitad de su rostro las anchas y agujereadas alas de un gran sombrero que se quitó al entrar, mostrando unas facciones llenas de malicia y dos hermosos y ardientes ojos negros que guiñaron solapadamente al duque de Alba, aturdido ante aquella aparición.

—Señor conde —dijo con desenfado el estudiantino avanzando hacia el castellano—, tengo el honor de presentaros en mi humilde persona a uno de vuestros más próximos parientes.

—¡Tú! —exclamó el conde arqueando las cejas y alargando desdeñosamente el labio—. ¿Qué es lo que dices?

—Vuestro más próximo pariente —repitió el diablillo—. ¿Qué? ¿No conocéis los rasgos de familia?

—En fin —replicó severamente el conde—. ¿Quién eres tú?

—Un Girón por los cuatro costados y si no miradme...

Y dando una rápida vuelta ostentó uno a uno a los ojos del conde los mil *girones* de que se componía su vestido.

Entonces un acontecimiento inaudito, un extraño fenómeno, se efectuó en el castillo de Girón. Los labios del conde se dilataron, sus dientes vieron por vez primera la luz del sol y con espanto del duque de Alba oyose un ruido insólito, una carcajada que atrajo a aquel sitio a los escuderos, pajes y dueñas y hasta diz que despertó asustados a los murciélagos que dormían en el antiguo artesonado.

El diablillo se volvió radiante hacia el duque y le dijo inclinándose graciosamente:

—El apóstol Santiago hizo el milagro y he ganado mi peregrinación.

Y sonriendo maliciosamente recogió su sombrero y desapareció.

Lima, 1866

EL LUCERO DEL MANANTIAL

Episodio de la dictadura de don Juan Manuel de Rosas

I

María

Era la hora en que calla el áspero relincho del potro salvaje; en que el *coyuyo* se adormece sobre el sinuoso tronco de los algarrobos, y en que el misterioso *pacui* comienza su lamentable canto.

La luna alzaba su disco brillante tras los cardos de la inmensa llanura; y su argentado rayo, deslizándose entre el frondoso ramaje de los *ombúi* y las góticas ojivas de la ventana, bañaba con amor el dulce rostro de María.

¡Viajero del Plata! En vuestras lejanas excursiones en la campaña, ¿oísteis hablar de María?

Su recuerdo vive todavía en las tradiciones del sur.

María era la flor más bella que acarició la brisa tibia de la pampa.

Alta y esbelta como el junco azul de los arroyos semejábale también en su elegante flexibilidad. Sombrea su hermosa frente una espléndida cabellera que se extendía en negros espirales hasta la orla de su vestido. Sus ojos, en frecuente contemplación del cielo, habían robado a las estrellas su mágico fulgor; y su voz dulce y melancólica como el postrer sonido del arpa tenía inflexiones de entrañable ternura que conmovían el corazón como una caricia. Y cuando en el silencio de la noche se elevaba cantando las alabanzas del Señor, los pastores de los vecinos campos se prosternaban creyendo escuchar la voz de algún ángel extraviado en el espacio.

El viajero que la divisaba a lo lejos pasar envuelta en su blanco velo de virgen, a la luz del crepúsculo, bajo las sombras de los sauces, exclamaba:

—¡Es una hada!

Pero los habitantes del *pago* respondían:

—Es la hija del comandante, el *lucero del manantial*.

En los últimos confines de la frontera del sur, cerca de la línea que separa a los salvajes de las poblaciones cristianas, en el Pago del Manantial y entre los muros de un fuerte medio arruinado, habitaba María al lado de su padre, entre los soldados de la guarnición.

El adusto veterano, antiguo compañero de Artigas, desarrugaba solo el ceño de su frente surcada de cicatrices para sonreír a su hija.

Para aquellos hombres hostigados por frecuentes invasiones y cuyos rostros tostados por el sol de la pampa expresaban las inquietudes de una perpetua alarma, era María una blanca estrella que alegraba su vida derramando sobre ellos su luz consoladora.

Pero ella, que era la alegría de los otros, ¿por qué estaba triste? ¿Qué sombra había empañado el cristal purísimo de su alma?

La hora del dolor había sonado para ella, y María pensaba... pensaba de amor.

II

Un sueño

Una noche vino a turbar una visión el plácido sueño de la virgen.

Vio un vasto campo cubierto de tumbas medio abiertas y sembrado de cadáveres degollados. De todos aquellos cuellos divididos manaban arroyos de sangre, que uniéndose en un profundo cauce, formaban un río cuyas rojas ondas murmuraban lúgubres gemidos y se ensanchaban y subían como una inmensa marea.

Entre el vapor mefítico de sus orillas y hollando con planta segura el sangriento rostro de los muertos, paseábase un hombre cuyo brazo desnudo blandía un puñal.

Aquel hombre era bello; pero con una belleza sombría como la del arcángel maldito; y en sus ojos azules como el cielo, brillaban relámpagos siniestros que helaban de miedo.

Y sin embargo, una atracción irresistible arrastró a María hacia aquel hombre y la hizo caer en sus brazos.

Y él envolviéndola en su sombría mirada abrazó sus labios con un beso de fuego, y sonriendo diabólicamente rasgó el pecho y le arrancó el corazón, que arrojó palpitante en tierra para partirlo con su puñal.

Pero ella, presa de un dolor sin nombre, se echó a sus pies y abrazó sus rodillas con angustia.

En ese momento se oyó una detonación y María dando un grito se despertó.

III

El encuentro

—¡Era un sueño! —exclamó palpando su pecho virginal agitado todavía por los tumultuosos latidos de su corazón—. ¡Era un sueño!

Y pasando la mano por su frente para alejar las últimas sombras del terrible ensueño, María saltó del lecho, vistió sus ropas de fiesta, trenzó con flores su larga cabellera, y sentada gallardamente sobre el lustroso lomo de un brioso alazán, diose gozosa a correr por los frescos oasis, sembrados como una vía láctea en las inmensas llanuras del sur.

De repente el fogoso potro robado a las numerosas manadas de los salvajes, aspirando con rabioso deleite las magnéticas emanaciones que el viento traía de su agreste patria, sacudió su larga crin, mordió el freno, y burlando la débil mano que lo regía, partió veloz como una flecha, saltando zanjas y bebiendo el espacio.

María, pálida de espanto, viose arrebatada lejos del límite cristiano a través de las complicadas sendas que trillan los bárbaros con el afilado casco de sus corceles; y su terror crecía a la vista de un bosque negro que terminaba el horizonte y entre cuyo ramaje el miedo dibujaba sombras confusas que se agitaban.

De improviso vibró en el aire un silbido extraño semejante al chillido de un águila, y el caballo embolado por una mano invisible se abatió sobre sí mismo a tiempo que la joven se deslizaba al suelo sin sentido.

Al volver en sí, se encontró reclinada en los brazos de un hombre y con la mejilla apoyada en su pecho.

Ese hombre era sin duda quien la había salvado; y María, separándose de sus brazos, alzó hacia él una mirada de gratitud.

Era joven y bello; pero al verlo María dio un grito y volvió a caer exánime a los pies del incógnito.

Aquel hermoso joven era el fantasma de su sangriento sueño...

IV

Amor y agravio

Ocho días más tarde, María, velando inquieta, con el oído atento y la mirada fija, medio desnuda y oculta tras las vetustas ojivas, esperaba todas las noches a un hombre que llegando cautelosamente al pie del ombú asía a sus ramas, escalaba la ventana y caía en sus brazos.

Y la joven lo estrechaba en ellos con pasión: y apartándolo luego de sí, contemplábalo con delicia y volvía a arrojarse en sus brazos exclamando:

—¡Manuel! ¡Manuel! ¿Por qué te amo tanto? ¿A ti, que no sé quién eres? ¿A ti, el terrible fantasma de mi sueño?... Y sin embargo, quien quiera que seas, vengas del cielo o del abismo, y aunque despedaces mi pecho y me arranques el corazón, ¡te amo!, ¡te amo!

Y María deliraba de amor, hasta que la luz del alba le arrebatava a su amante, que deslizándose furtivamente entre el oscuro ramaje, se desvanecía con las sombras.

Pero una vez, María lo esperó en vano. Y desde entonces, cada noche, sola y con el corazón palpitante de dolorosa ansiedad, vio pasar sobre su cabeza y perderse en el horizonte todos los astros del cielo, sin que aquel que alumbraba su alma volviera a aparecer jamás.

Por ese tiempo, la antorcha de la guerra civil abrasó aquellas comarcas, y el fragor del cañón homicida ahogó las risas y los gemidos.

V

Diez años después

En las últimas horas de un día de verano, una silla de posta atravesó rápidamente las calles de Buenos Aires, y entró al patio de una hermosa casa en la calle de la Victoria. Un hombre de porte distinguido, que asomado al balcón parecía esperar con impaciencia, bajó presuroso y adelantándose al cochero corrió

a abrir la portezuela del carruaje, tendiendo los brazos a una bellísima mujer que se arrojó a su cuello.

—¡Mi amada María!

—¡Amigo mío!

Exclamaron ambos a la vez estrechándose con ternura.

—¿Y mi hijo? ¿Mi Enrique? —dijo de pronto la dama arrancándose de los brazos de su marido y tendiendo en torno una codiciosa mirada.

—Nuestro hijo —respondió él haciéndola entrar en un magnífico salon—, nuestro hijo, armada mía, se halla en esta hora en el momento más solemne de su vida escolar: da un brillante examen. Acabo de dejarlo triplemente coronado; pero el premio más grato para él será el beso de su madre.

—¡Querido niño! ¿Es tan bello como a los doce años? ¡Oh, Alberto, perdón!

—¡Perdón! ¿Y de qué, amada María? ¿De ser una buena madre como eres una buena esposa? ¡Al contrario! Gracias por el amor que guardas para ese hijo cuya ternura ha alumbrado los tristes días de tu ausencia en los cinco años que me has dejado aquí solo. ¡Ah! ¿Qué placer encontrabas en habitar Córdoba, lejos de tu hijo... lejos de tu esposo?

—¡Oh, Alberto, noble y generoso corazón! —exclamó ella, doblando una rodilla ante su marido.

Alberto la alzó en sus brazos.

—¡Todavía esa injusta timidez! ¡Todavía esos importunos recuerdos! Me habéis prometido desecharlos y ser feliz.

—Y soy dichosa, amigo mío. ¿Quién no lo sería cerca de ti? Pero, a medida que el tiempo pasa, la audaz confianza de la juventud desapareció reemplazándola medrosos celos. ¿Será falta de fe? No, pues yo creo en ti como en el Dios del cielo; pero mientras más grande, mientras más sublime me aparecías, menos digna me encontraba de acercarme a ti, y lo que tú llamas obstinación era un doloroso ostracismo.

—¡Pobre María! ¡Que nunca te oiga hablar así, nunca! Te lo pido en nombre

de tu hijo. Toca este corazón; es tu más firme apoyo. Reposa confiada sobre él, pues solo alienta para ti.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo ella reclinándose en el seno de su marido, y elevando al cielo una mirada de gratitud—. ¡Dios mío! Bendito seas porque has enviado al mundo degenerado que te reniega estos seres de paz, de indulgencia y de amor para redimir su iniquidad y hacernos creer que en verdad formaste al hombre a tu divina imagen. Diez y seis años han pasado, diez y seis años y en cada uno de sus días, en cada una de sus horas, vi brotar en ese corazón, elevarse y resplandecer, ¡alguna nueva virtud! Diez y seis años hace encontreme un día abandonada, sola entre mi dolor y un secreto terrible. La muerte era mi único recurso; pero yo no podía morir. Junto a mi corazón desgarrado palpitaba otro corazón que me pedía la vida y me encadenaba a una existencia de oprobio. Tú me apareciste entonces, Alberto. Te amo, me dijiste, y mi amor ha penetrado el secreto de tu dolor. ¿Quieres confiarte a mí? Yo seré tu esposo, tu amigo, y me dijiste al oído: el padre de tu hijo.

—¡Y bien!, ¡y bien! —la interrumpió Alberto, con esa brusca genialidad que emplean las almas generosas para velar su grandeza—. ¡Vaya un gran mérito! ¡Cumplir con una misión que nos haga felices!... Desgraciadamente, amada mía, no siempre es tan fácil conciliar el deber con la felicidad. Hoy, por ejemplo, colocado entre el corazón y la conciencia, voy a sacrificar al deber la dulce costumbre de una antigua amistad.

Yo, que hasta ahora he sostenido a mi amigo con todos los recursos de mi influencia, voy a enarbolar contra él el estandarte de la oposición; y el cuerpo legislativo, que actualmente presido, me verá con asombro alzarme contra el voto que pretende dar a Rosas la facultad de reunir todos los poderes del Estado.

A estas palabras de su esposo, María palideció.

—¡Oh, Alberto! —dijo, estrechando su mano con terror—. En nombre del cielo no toques la garra del tigre ¡porque te despedazará!... Te despedazará y hará de tu cadáver una grada más para escalar la suma del poder.

—Y bien, amiga mía, moriría con la muerte de los buenos en el cumplimiento del deber. Pero tranquilízate, amada María, Rosas tiene un alma capaz de comprender mi sacrificio y me conservará su estimación, aunque me haya quitado su amistad.

En ese momento un ujier anunció a Alberto que la cámara reunida esperaba a su presidente para discutir la importante cuestión de aquel día.

Alberto despidió al ujier y volvió hacia su mujer una mirada de ternura.

—¿Lo veis, querida mía? —le dijo—. Mi sacrificio comienza desde ahora. Apenas he tenido tiempo de posar mis ojos en tu semblante, la voz del deber me llama lejos de ti; y aunque sea por muy pocas horas, toda separación en este momento me parece eterna.

Alberto se interrumpió. Habríase dicho que sus palabras encontraron algún eco misterioso en el fondo de su alma.

Pero reponiéndose luego dijo a su esposa sonriendo:

—Te dejo, amiga mía, pero voy a enviarte a Enrique y él desvanecerá para siempre esos importunos recuerdos que turban todavía la paz de tu alma.

Y besando tiernamente la mano que ella le tendía, salió, no sin volverse muchas veces para contemplarla.

VI

Madre e hijo

Cuando la dama quedó sola alzó los ojos al cielo con dolorosa expresión.

—¡Jamás! —exclamó—. ¡Jamás!... Nunca se borrará esa imagen que encuentro siempre en el horizonte de mis recuerdos, en el semblante de mi hijo ¡y en mi propio corazón! ¡He ahí esa frente altiva y meditabunda! He ahí esos rasgados ojos azules de tan sombría y sin embargo tan hermosa mirada... ¡Manuel! ¡Manuel!

La puerta se abrió con estrépito, y un hermoso mancebo de diez y seis años, de porte arrogante y risueña expresión, se precipitó en la sala y corrió a arrojarle en los brazos de la dama que lo estrechó en ellos sollozando y besó mil veces sus mejillas y su frente.

—¡Qué hermosa eres, mamá! —decía el joven contemplando extasiado el radioso semblante de su madre. Aunque tenía muy presentes las facciones de tu rostro, no creía que fueras tan bella. ¡Bendición del cielo! Dejar la fría atmósfera del colegio, para venir a contemplar los rayos de este bello sol ¡que da vida a mi vida y

calor a mi alma!

—¡Poeta! ¡Poeta! —decía ella, sonriendo tiernamente a su hijo y meciéndolo como un niño en sus rodillas—. Me está recitando un madrigal.

—A propósito —dijo el joven dejando su actitud de abandono y sentándose al lado de su madre—, Manuela Rosas me envió su álbum pidiéndome un soneto. ¡Y lo había olvidado! ¡Ya! La veo tan pocas veces. Y no porque ella no sea una criatura amabilísima; pero me aleja de su lado el extraño sentimiento que me inspira su padre. Llamaríalo odio si su amistad con la mía no hicieran el odio imposible.

—Todavía no conozco a ese hombre, y sin embargo me estremezco cuando oigo pronunciar su nombre; y no comprendo cómo el noble y bondadoso corazón de Alberto ha podido unirse a ese corazón feroz y sanguinario.

—Esta misma adhesión, madre mía, realza más la magnanimidad de ese corazón generoso, porque está exento de debilidad. Severa con el amigo, jamás transigirá con el tirano.

—¡Ay! Sí, es verdad..., pero heme aquí estremezco de espanto a la idea de esa austera integridad que en este momento subleva quizá contra él en la cámara legislativa el bando entero del despotismo.

—¡Qué! —exclamó el joven con los ojos centelleantes de entusiasmo—. Es hoy el día de su triunfo, ¡y aún no estoy en la barra para aplaudirlo con la voz y con el alma!

Y besando rápidamente a su madre, desasíose de su convulsivo brazo y partió.

VII

En la sala de representantes

En ese día la sala de representantes de Buenos Aires presenció una escena digna de los mejores tiempos de la Roma heroica.

Rosas, armado con la clave del terror, habiendo impuesto silencio al pueblo, y hecho también callar al cuerpo legislativo, quiso dar el último golpe a la dignidad nacional, y aspiró a la dictadura. Aspirar en él era mandar; y un día

oyose la sacrílega proposición en el santuario de las leyes. Ninguna voz se alzó para combatirla. Cada representante veía en el semblante de su vecino el triunfo del miedo sobre la conciencia, y si llevaba su mirada a lo alto de la sala encontraba bajo el dosel que la dominaba al amigo, al confidente de Rosas... y callaba.

El presidente invitó a sus colegas a dar sus votos, ordenando que los que estuvieran por la proposición se pusieran en pie, y con rostro impasible dio la señal. Dos hombres únicamente votaron en contra. El uno era Escalada, el immaculado obispo de la metrópoli. El otro era... el presidente de la sala, el amigo de Rosas.

Hubo un momento de asombro y silencio: pero cuando la barra arrebatada de entusiasmo prorrumpió en una tempestad de aplausos, cuatro hombres enmascarados precipitáronse en la sala y mientras tres de ellos rodearon la mesa del presidente, el cuarto hundió un puñal en el corazón de Alberto y huyó dejándolo clavado en el seno de su víctima.

Entonces en medio del silencio de horror que reinó en aquel recinto, oyose la voz del anciano obispo, que, de pie aun, dijo alzando sobre el moribundo su mano venerable: —¡Sube al cielo, mártir de la libertad argentina! Yo te absuelvo en nombre de Dios y de la patria.

Y como si la noble alma de Alberto hubiera esperado aquella sublime bendición, exhalose dulcemente en una triste sonrisa.

En aquel momento, Enrique, que entraba en el peristilo de la sala de sesiones, fue atropellado por cuatro hombres que huían desalados entre las sombras. El intrépido niño, conociendo por sus máscaras que acababan de cometer un crimen, asió al que iba adelante; pero este por medio de un violento esfuerzo logró escaparse, aunque dejando entre las manos de su adversario la máscara que lo cubría.

Al ver el rostro de aquel hombre el joven dio un grito, y se precipitó en la sala.

A la vista del cadáver de su padre, Enrique se detuvo un momento, inmóvil, mudo, con los puños y la mirada fija.

Luego, cayendo de rodillas arrancó de su pecho el puñal homicida y besando la herida con siniestra serenidad: —¡Adiós, padre mío! —dijo, estrechando la mano helada del muerto—. Muy luego me reuniré contigo; ¡pero entonces te

habré vengado!

Guardó en su seno el arma ensangrentada y se alejó con firmes y resueltos pasos.

VIII

El terrible drama

La luz del siguiente día encontró en las calles de Buenos Aires numerosas huellas de escenas semejantes a la que tuvo lugar en la noche anterior en la sala de representantes. Un puñal había amenazado la vida de Rosas; aunque se había arrestado al delincuente, no habiendo podido arrancarle confesión alguna, había sacrificado indistintamente a todas las personas sospechosas de complicidad en aquel atentado.

A dos leguas de distancia, al frente del palacio dictatorial de Palermo, un destacamento de infantería acababa de hacer alto. Sonó el tambor y aquella fuerza se formó en cuadro. Viose entonces en el centro del siniestro vacío un joven como Isaac y maniatado como él, y enfrente cuatro soldados que a la voz de un oficial preparaban sus armas.

Pero, cuando los fatales fusiles se inclinaron sobre él; cuando con la frente erguida y la mirada serena el noble mancebo esperaba la muerte, oyose un grito de suprema angustia y una mujer pálida, anhelante, desmelenada, rompiendo con esfuerzo febril la línea de bayonetas que le cerraba el paso, se arrojó de repente sobre el joven y estrechándolo en un abrazo desesperado lo cubrió con todo su cuerpo. Los soldados, vivamente conmovidos, volviéronse hacia el oficial que los mandaba. Pero este, que sentía pesar sobre sí una terrible responsabilidad, ahogando su profunda emoción, mandó a apartar a la madre y conducirla fuera del cuadro.

—¡Ah! —exclamó ella arrancándose de los brazos de su hijo y cayendo a los pies del oficial—. Dadme al menos por lo que mas améis en este mundo, dadme un cuarto de hora que necesito para obtener la gracia de mi hijo, o morir.

El veterano sonrió tristemente.

—Id, pobre madre, id —dijo siguiéndola con una mirada de compasión.

—En nombre de esta hora suprema —gritó el niño—, yo os lo prohíbo,

madre mía. No pidáis gracia al asesino de vuestro esposo, o vuestro hijo os maldecirá desde la eternidad.

Mas ella, sin escucharlo, corrió desalada hacia el palacio. Atravesó sin que nadie pudiera detenerla, los patios, los vestíbulos, las galerías y los salones, preguntando a su paso por aquel de quien esperaba la muerte o la vida. Un edecán entreabrió un gabinete y le mostró a un hombre que apoyado en una mesa ocultaba su rostro entre las manos.

La desventurada, precipitándose en el cuarto, fue a caer a sus pies. Pero al mirar a aquel hombre el ruego se le heló en su labio pálido, que se movió sin articular sonido alguno.

En ese momento sonó una detonación. La infeliz madre cayó sin sentido, gritando: ¡Manuel! ¡Manuel! ¿Qué has hecho de tu hijo?...

IX

Conclusión

Mucho tiempo hacía que el antiguo fuerte de la pampa era ya solo un montón de escombros ennegrecidos por el humo del incendio. Los indios en una salida lo habían quemado, asesinando al viejo comandante con toda la guarnición. Desde entonces el doble silencio de la muerte y del abandono reinó en torno de aquellos muros, y el terror supersticioso que inspiran las ruinas apartó de allí los pasos del viajero.

Sin embargo, una noche, al alzarse la luna sobre el horizonte, los habitantes del *pago* vieron a una mujer pálida, enflaquecida y arrastrando negros cendales, que atravesó gimiendo las avenidas de sauces y se perdió entre las desmoronadas murallas del fuerte.

Algunos la tuvieron por una aparición; pero otros creyeron conocer en ella a María, la hija del viejo comandante, el bello *lucero del manantial*.

Lima, agosto de 1860

UNA NOCHE DE AGONÍA

Episodio de la guerra civil argentina en 1841

Una de mis amigas envió un día a su marido para llamarme a su casa.

Era este un joven compatriota y compañero de Lavalle en su última campaña.

Naturalmente, como debía yo ir en el momento, el mensajero hubo de ser mi acompañante.

Marchábamos pues en la calle, el uno al lado del otro, hablando las más insignificantes ligerezas, como dos personas que tienen que andar largo trecho sin saber cómo llenarlo.

Si veíamos un jorobado:

—Mi amigo, imite usted ese garbo.

Si una mujer desairada:

—Mi amiga, mire usted ese salero, y aprenda a llevar sus faldas.

Si un bizco:

—Y usted a guiñar a las muchachas.

De pronto dos hombres se cruzaron con nosotros.

—Así —dijo uno de ellos, a tiempo que dejaba la vereda a la anchurosa crinolina—, así, sano y bueno, sentí correr por mi cuerpo los sudores de la muerte.

—No quiera Dios que aprenda usted eso —dije yo a mi compañero.

—¡Lo sé! —respondió. Y sentí estremecerse el brazo en que me apoyaba.

—¡Lo sabe! ¿Se ha encontrado usted alguna vez en ese terrible trance? Refiérame usted eso, ¡por Dios!

Sin responder miró su reloj.

—Hasta Santa Catalina —dijo— nos queda media hora; pero ella basta.

Y me refirió lo que sigue:

—El 12 de enero de 1841 hallábame yo mandando un escuadrón de esa columna, hermoso fragmento del ejército libertador que al mando del coronel Vilela envió Lavalle a las provincias de Cuyo, y que sorprendida en la noche de ese día por el general Pacheco fue derrotada y deshecha en Sancala.

Los dispersos de esa aciaga jornada se reunieron poco después en San Juan, incorporándose a las fuerzas con que el general Acha operaba sobre esos parajes.

Yo y veinte y nueve jóvenes porteños, amigos y compañeros de infancia, que poseíamos entre todos diez magníficos caballos, formamos una brigada triplemente montada, que con el nombre de *los hijos de Aimont*, tuvo una ancha parte en los combates que marcaron con una huella inmortal los últimos pasos de aquel ilustre guerrero.

Y cuando el 19 de septiembre, desde lo alto de una azotea donde quemábamos nuestros últimos cartuchos, vimos al héroe de Angaco, después de tres días de una lucha titánica, engañado por su propia lealtad, entregar su espada para volver a los suyos, adivinando el lazo en que había caído nuestro jefe y no queriendo dar en él, saltamos a caballo, y escapando por una puerta excusada, marchamos a Catamarca, donde la negra estrella que perseguía en aquel año el destino de los libres nos alcanzó también en la derrota que sufrieron en aquel punto las fuerzas de Cubas por la división Maza. Allí perecieron tres de nuestros compañeros, y vagamos tres días en las gargantas de la cordillera de Ambato, sin agua y careciendo de todo recurso; pero éramos jóvenes y llevábamos en el corazón la fe, la esperanza, y una dosis inagotable de alegría.

Eran las once de la mañana. Habíamosnos detenido entre dos montañas, a la orilla de una aguada, para fumar un habano milagrosamente encontrado en la cartera de uno de nosotros, y cuyo humo aspirábamos uno después de otro, con la delicia de dos días de privación.

De repente sonó sobre nuestras cabezas la detonación de una descarga, y dos de los nuestros cayeron en tierra.

Al mismo tiempo, de las dos quebradas que se abrían sobre aquella hondonada, salieron dos destacamentos que nos rodearon acribillándonos con un vivo fuego. Eran parte de una fuerza enviada por Maza en persecución de Cubas y

demás fugitivos.

Aunque nosotros éramos ya solo 25 y nuestros enemigos 100 hombres bien armados, resolvimos abrirnos paso, o vender cara nuestra vida; y nos arrojamos espada en mano, hacia el lado oriental de la quebrada. La pequeña tropa hizo prodigios de bravura que fueron fatales; mas la lluvia de balas que nos recibió mató a diez y siete de los nuestros sin que el resto pudiera abrirse el camino deseado.

Estrecháronnos de tal suerte al fin, que sus lanzas tocaban nuestro pecho, inutilizándonos el manejo de la espada. Muertos nuestros caballos y cercados por todas partes, no pudiendo ya hacer uso de nuestras armas, nos rendimos: cesamos de pelear.

El jefe de aquella fuerza preguntó si entre nosotros se encontraba Cubas.

Al oír nuestra respuesta negativa, nos hizo saber con la mayor frescura que no tenía orden de conservarnos a nosotros, y que a nuestro arribo al campamento donde estaba situado el resto de la fuerza destacada en busca nuestra seríamos ejecutados; y volviéndose a los suyos ordenó que nos ataran.

Uno de los soldados encargado de esta operación vio en mi dedo un anillo de pelo, don precioso dado entre besos y sollozos. Estaba incrustado en un cintillo de oro que excitó la codicia del soldado.

—Todavía no —le dije reteniendo el anillo que procuraba arrancar de mi dedo—. ¿No van a matarnos?

—De fijo —repuso él.

—Y bien, cuando esté muerto, tiempo tendrás de sobra para tomar mi anillo. Entre tanto deja que lo guarde; quiero morir con él.

—Consiento —respondió—. Es un regalo que destino a Pascualita.

Acabaron de atarnos y la tropa se puso en marcha con nosotros.

Éramos ocho, y nos llevaban al centro, de dos en fondo, y ligados unos a otros por los codos. Nuestros conductores marchaban al trote y sin darnos un momento de descanso.

Habíamos andado así seis leguas, y sin embargo yo me sentía aún fuerte; pero mi compañero, que era un joven delicado y actualmente enfermo de tercianas, comenzó a cansarse, y no pudo llevar ya el paso de los otros.

Dejáronnos atrás con cuatro hombres de custodia, pues era tarde y tenían prisa de llegar al campamento, donde debían pasar la noche, pues a nosotros no nos contaban en el número: debíamos marchar al otro mundo.

Así, cuando llegamos nosotros, encontramos ya muertos a nuestros pobres compañeros. Sus cadáveres desnudos y atravesados de hondas lanzadas yacían a la orilla de un barranco.

Notábanse por su belleza los gemelos Vera, que atados juntos y con los brazos entrelazados recordaban en su muerte la hora de su nacimiento.

Trajéronnos al lado de los cadáveres, y deliberaron sobre nuestra suerte.

Era tarde: el sol se había puesto, la tropa había comenzado a tomar su rancho y no queriendo molestarte resolvieron aplazar nuestra muerte para la siguiente alborada.

Separáronnos, y ligadas las manos a la espalda, como dos corderos destinados al sacrificio, nos tendieron cerca de nuestros difuntos camaradas, dejándonos solos entre la línea de vivaques y la lóbrega profundidad del barranco.

Y las horas que nos restaban comenzaron a deslizarse rápidas como las olas de un torrente, arrastrando consigo nuestra última esperanza, y dejándonos tan solo la perspectiva de la horrible muerte que veíamos pintada en las contrariadas facciones de nuestros compañeros.

Y entre tanto, todo aparecía sereno y apacible en torno nuestro: el cielo azul surcado por el ala blanca de las aves que iban a buscar su nido lejano; los montes dorados por los últimos fulgores del ocaso, los bosques de armoniosos rumores, todo... Hasta el aspecto de esos hombres, que recostados con perezosa indolencia afilaban, cantando tiernas endechas, las lanzas con que algunas horas después ¡debían arrancarnos la vida!

Llegó la noche, noche oscura, pero tibia, estrellada y saturada con los perfumes de la primavera. Los fuegos del vivac y las voces de los soldados fuéronse gradualmente apagando, y muy luego todo quedó en profundo silencio, oyéndose solo a lo lejos, y a largos intervalos el grito de los centinelas, colocados al

otro extremo del campo.

Volvíme a mi derecha y vi blanquear en la sombra los cadáveres de mis compañeros. Tornéme a la izquierda. Allí estaba el que vivía aún. Lo llamé, y no me respondió.

—Duerme —pensé—. No turbemos su último sueño.

Y volví mis ojos al cielo; al cielo cuya vista, aun en las más amargas pruebas, es siempre un consuelo o una promesa.

Resplandecía con millares de estrellas; y la vía láctea se extendía ante mí con sus innumerables constelaciones, como un ancho y luminoso camino de vida que ansié recorrer con el delirante anhelo de un moribundo.

Y esas estrellas que paseaban lentamente en la inmensidad del espacio me parecían seres conocidos y amados que me contemplaban llorando; y los suspiros de la brisa me parecían sus sollozos, y el rocío que caía sobre mi rostro, sus lágrimas.

Allí estaban todas, todas: mi madre, mis hermanas, mi amada.

Mi madre se alejó gimiendo y se perdió en el ocaso, dirigiéndome un adiós supremo. Siguiéronla mis hermanas. Antonina se quedó sobre el horizonte; y me tendía los brazos, y sonreía a través de su llanto, y en sus ojos resplandecía la esperanza.

Esta extraña fantasmagoría que al borde del sepulcro venía a mostrarme la vida con todas sus afecciones, sus goces y sus promesas, arrancó de repente a mi alma de la inerte resignación en que yacía. Mis facultades obraron con un vigor extraordinario, concentrándose todas en un deseo único, ardiente, desesperado: ¡vivir!

Alcé los ojos hacia el astro que marchaba con lentitud al horizonte, y dije a Antonina desde el fondo de mi corazón:

—¡Espera!

Incorporeme cuanto me permitieron mis ligaduras, y eché una ojeada recelosa en torno.

¡Silencio y quietud por todas partes! Los fuegos se habían apagado, la oscuridad era profunda; los centinelas mismos dormían, sin duda, pues sus voces de alerta habían cesado, y solo en el fondo de la barranca cortada a pico, que se abría detrás de mí, oíase en el silencio de la noche el ligero murmullo de una corriente de agua.

Arrastreme entonces hasta donde estaba mi compañero.

—Emilio —murmuré a su oído—, ¡despierta! No te dejes vencer por el desaliento. Somos todavía muy jóvenes para resignarnos a la muerte. Quédanos un medio de huir y quizá de salvar la vida.

—¿Cuál? —dijo él con apático acento y sin abrir los ojos.

—Rodar al fondo de este precipicio, que tal vez tendrá mejores entrañas que los hombres en cuyo poder nos hallamos.

Emilio me escuchó sin hacer el menor movimiento.

—¡Amigo! —insistí yo—. En nombre del cielo, ¡ánimate! Un corto esfuerzo, y nos habremos salvado.

—Huye tú —respondió al fin—. Nuestra causa está perdida y no quiero sobrevivirla. Agóbiame además una fiebre ardiente, y carezco de fuerza y de voluntad para moverme de aquí.

La pasiva obstinación de Emilio hizo vacilar mi resolución; pero alzando los ojos, vi la estrella al borde del horizonte. Sus blancos rayos parecían dirigirme una mirada de dolorosa reconvención.

—¡Espera! —repetí. Y volviéndome a mi compañero—: Emilio —continué con voz suplicante—, ¡dime que estás resuelto a la fuga!

—No, nada me resta que hacer ya, y he resuelto morir. Huye solo.

Este diálogo en voz baja, al medio de la noche, entre dos hombres maniatados y tendidos en tierra, el uno resignado a la muerte, el otro luchando con ella, era fantástico y solemne como una página de Job.

Y las horas pasaban, y la estrella se aproximaba al horizonte.

—Emilio —díjeme al fin—, ¡ten piedad de mí! Si la vida te es indiferente, a mí me sonrías, me llamas: yo la amo, y no quiero morir; pero sabes también que si rehúsan huir conmigo yo me quedaré.

—Nada harías con ello en favor mío —replicó él—, y al contrario, huyendo podrías prestarme un gran servicio.

—¿Cuál? —repuse yo, con el ansia del náufrago que se ase a la más débil tabla.

—Escucha —me dijo—. Tú sabes que he sido edecán del general Lavalle; sabes también que, como en todos los que han tenido la dicha de acercársele, mi adhesión por él es una especie de culto entusiasta y fanático, al que se refieren todas las acciones de mi vida. Una señal de su aprobación es para mí la gloria: una duda la infamia.

Y bien: en la batalla del *Tala*... ¿recuerdas? En los momentos del combate yo estaba al lado de Lavalle. Acababa de dejarme la terciana, y debía de estar muy pálido.

El general se volvió hacia mí para darme una orden; pero interrumpiéndose de repente: —Emilio —me dijo, señalando con el dedo mi rostro—, ¿tiene usted miedo?

Mi respuesta fue lanzarme solo y espada en mano al encuentro de una columna enemiga que atravesé, tú lo sabes, de parte a parte, haciendo prodigios, no ya de valor, sino de desesperación, de locura.

Cuando volví a su lado, el general se adelantó a recibirme, y me dijo, abrazándome, estas palabras inapreciables en él, que como todos los héroes era avaro de alabanzas:

—¡Bien, Emilio, muy bien! Pero todavía no he visto a usted en la hora de la muerte.

—Quiera el cielo —repliqué yo— concederme la dicha de morir a vista de usted, mi general, pero cerca o lejos de usted, hoy, mañana y en cualquier tiempo que la muerte se presente, no me verá palidecer.

—¡José! Huye, y ve a decir al general Lavalle ¡que he vivido y muero digno de él!

¡Pobre Emilio! ¡Corazón entusiasta y heroico! Todavía siento remordimiento por la involuntaria emoción de alegría con que al escucharte besé tu pálida frente, y dando una vuelta sobre mí mismo me precipité en el barranco...

El narrador guardó algunos instantes de sombrío silencio. Después continuó:

—Rodé largo trecho, rebotando en las ásperas sinuosidades de la rápida pendiente, y caí al fin en un charco de agua cenagosa.

Felizmente el terreno aquel no era rocalloso. Formábalo una arcilla deleznable, que desmoronándose al choque de mi cuerpo en gruesos terrones, y arrastrando consigo los matorrales que sustentaba, suavizó mucho aquella peligrosa caída.

Levantome luego a pesar de mis ligaduras y, mirando en torno mío, procuré reconocer el paraje en que me hallaba.

Era el cauce de un torrente encajado en el fondo de una quebrada. Cerrábanlo dos barrancas de veinte pies de altura, lisas y perpendiculares que se prolongaban hasta perderse en las sombras.

Apliqué enseguida el oído, temiendo haber sido descubierto.

Todo en los alrededores permanecía tranquilo y silencioso: la brisa misma parecía contener su aliento; y allá en el pico más elevado de la montaña, la blanca estrella resplandecía con una luz purísima.

Un sentimiento profundo de religiosa gratitud se apoderó de mi corazón. Postreme y di gracias a Dios que me permitía respirar aún en este mundo el aura embalsamada de la juventud y del amor.

Alceme lleno de fe, e hice esfuerzos para romper la cuerda que ligaba mis manos a la espalda. Imposible: estaba fuertemente agarrotado.

—¡No importa! —me dije—. La mano que te ha librado en el precipicio te librá también de tus enemigos.

Y tomando por guía los últimos fulgores de la estrella que comenzaba a ocultarse en el occidente, empecé a subir el pedregoso cauce con la ligereza del que siente a sus espaldas la lanza enemiga.

Marché así largo tiempo, a pesar de los vehementes dolores causados por la violenta posición de mis brazos, y la fuerte cuerda que los sujetaba.

Mi anhelo era trasponer la quebrada e internarme en el dédalo de colinas que, extendiéndose hacia el norte, forman la base de la cordillera de Ambato.

En fin, cuando comenzaba a amanecer encontré una quiebra que, interrumpiendo el barranco por la derecha, se abría sobre un recodo de la quebrada.

La cuesta era muy rápida y casi inaccesible para el que no pudiera servirse de sus brazos. Sin embargo, yo la subí con increíble agilidad, descendiendo luego a una cañada angosta, cubierta de espinos cuyas frutas, mezcladas con sus flores primaverales, entreabrían su blanco y refrescante meollo, cual si sonrieran a la ardiente sed que comenzaba a devorarme.

Cerré los ojos a esa dolorosa tentación, y me apresuré a subir una colina para huir de aquel suplicio de Tántalo.

¡Vana esperanza! La cañada inmediata no solo me mostró las blancas *pasacanas*: cubrirla también un bosque de viñas cuyas anchas hojas contenían las más transparentes gotas de rocío que han contemplado mis ojos, y excitado la angustia de un sediento. Rozábalas al paso mi cabeza, sin que pudiera alcanzarlas mi ardiente labio, y mi sed crecía y mi aliento se tornaba por grados seco y fatigoso.

En fin, después de una marcha de cinco horas, cuando el sol comenzaba a asomar en el horizonte, divisé de súbito una blanca columna de humo.

Era tal mi cansancio y tanta la sed que me aquejaba que a todo riesgo me dirigí hacia aquel lado.

Poco después, a la revuelta de un sendero, y como a unos veinte pasos de distancia, descubrí un rancho en cuyo patio, bajo un peral, una mujer sentada en el suelo atizaba el fuego de su hogar.

Estaba sola, y naturalmente, al ver la andrajosa estampa del extraño caminante que llegaba a su casa, hubo de sobrecogerse.

Mas luego que al acercarme pudo ver mis manos agarrotadas, y en mi semblante la imagen del sufrimiento, corrió a mí con solícito ademán; dio una

vuelta en torno mío, y deteniéndose delante de mí con las manos juntas y los ojos llenos de lágrimas:

—Pobre señor —exclamó—, ¿quién ha puesto a usted en tan lastimoso estado?

—¡Agua, hija mía! ¡Agua, agua! —Era lo único que yo podía decir.

La mujer entró en la casa, volviendo luego con un vaso de arcilla negra lleno del agua más deliciosa que he gustado en mi vida.

Mientras ella me hacía beber con la dulce caridad de una pastora del *Génesis*, contemplaba yo su rostro cubierto de lágrimas, arrancadas por la compasión. Aunque joven, no era bonita; pero en sus ojos, en sus labios y en su sonrisa, resplandecía ese sentimiento, base de toda belleza: la bondad.

Cuando hubo apagado mi sed, puso el vaso en tierra y apoderándose de mis manos ocupose en desatarlas.

—Un cuchillo, hija mía, un cuchillo es más expeditivo.

—No, señor. La cuerda se ha internado en la carne y sería peligroso el cuchillo. Deje usted. Nadie me ganó nunca en desatar un nudo. —Y ayudándose con los dientes deshizo mis ligaduras.

—Ahora, oh, mi generosa bienhechora —le dije—, déjame besar tus manos, y acaba tu obra dándome un sitio para ocultarme y descansar, porque he escapado a la muerte y me persiguen de cerca.

—¡Ay, señor! ¡Y no lo decía usted enseguida! ¿Qué gente persigue a usted? ¡No quiera Dios que sea la del coronel Maza!

—¡Calla! Pues sí, ¡son ellos mismos!

—Ellos —exclamó la joven pálida, diciendo—: Entonces no perdamos tiempo. Pero... ¿dónde?, ¿dónde? ¡Ah! ¡En la troja! Sí, en la troja.

Y asiendo mi mano, arrastrome en pos de sí hasta el otro extremo de la casa, hízome subir a la troja, subió ella misma tras de mí, apartó el maíz haciendo un hueco proporcionado a mi cuerpo, colocome en él, y me cubrió enteramente con las doradas mazorcas: todo esto con un apresuramiento, un interés y una solicitud,

cual si aquel desconocido fuera su propio hermano. ¡Oh, mujeres! ¡En todas partes sois las mismas! Hijas de la abnegación y del heroísmo, la una mitad de vuestra alma es amor y la otra caridad.

Apenas me tendí en aquel fresco y abrigado lecho, un bienestar inexplicable circuló por todo mi ser; mis sentidos se fueron gradualmente adormeciendo, hasta que caí en un sueño profundo que duró muchas horas, y repuso enteramente mis fuerzas.

Cuando desperté, y que sentándome, aparté el maíz que me cubría, era ya noche cerrada. Al ruido que hice al bajar de la troja acudió mi huésped.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo con la sonrisa de seguridad del que ha visto pasar un peligro—, muy quietito se estuvo el señor mientras estaban buscándolo.

—¿Me buscaban?

—¿Entonces no ha oído usted nada? ¡Ay, señor! Un momento después que *enterré* a usted bajo el maíz, llegó un piquete en busca suya. Con él vino mi marido, y no dije a usted esto esta mañana, porque no desconfiara de mí; Santiago Chávez, mi marido, está con ellos. A pesar de eso, me registraron la casa; pero yo había tenido cuidado de borrar la huella de usted con una rama hasta la misma encrucijada. Por eso poco pararon aquí y se volvieron luego a reunir con su gente. Nada hay ya que temer, señor. Así, venga usted a tomar un bocado que bien lo habrá menester.

Hízome sentar cerca del fuego en un banco de madera, y colocando otro delante, cubriolo de frutas secas y miel de abejas y cuajada que devoré con un hambre de tres días.

Mientras yo hacía honor a este bíblico banquete, mi huésped había desaparecido.

Volvió luego con un caballo y se puso a ensillarlo en silencio.

—¿Qué haces ahí, amiga mía? —le pregunté—. ¿Cuentas ir a alguna parte?

—No, señor. Este caballo es para usted —respondió ella con la mayor sencillez.

Ahí nunca me había inclinado ante nadie, ni aun ante mi amada; pero

entonces fui a caer de rodillas a los pies de aquella mujer y besé con religiosa veneración la orla de su humilde vestido de lienzo azul.

Ella me levantó avergonzada.

—¡Oh, señor! —dijo—. No es a mí a quien debe usted dar gracias, sino a la Virgen Santísima que cerró los ojos a esos hombres. Venga usted a rezar una *salve* para que aparte los peligros del resto de su camino.

Y llevándome al interior de su casa, prosternose ante una imagen de la Soledad que acompañaba su lecho, y recitó esa dulce y sentida plegaria que yo solo había oído en los labios de mi madre entre el hogar y la cuna, y que entonces repetí con profundo enternecimiento, arrodillado al lado de mi protectora, quien me dijo levantándose:

—Ahora, señor, separémonos. Monte usted a caballo, trasponga aquellas cumbres, y se hallará en seguridad.

—¿Y el caballo, hija mía? ¿Qué cuenta darás de él a tu marido?

—No tenga usted cuidado, señor. Le diré que se ha muerto; y Dios perdonará la mentira en gracia de la intención.

—¡Oh, noble y generosa criatura! Dime al menos tu nombre, para que lo grabe eternamente en el corazón.

—Pascuala, señor... O Pascualita, como me llama mi marido.

—¡Pascualita! —exclamé yo, pues aquel nombre había herido mi mente como un recuerdo—. Dime, amiga mía, ¿no es tu marido un hombrón fuerte y moreno, de barba cerrada y rizada cabellera?

—El mismo.

—Pascualita —repuse, quitando de mi dedo el anillo de cabellos de Antonina, y poniéndolo en el suyo—, esta prenda me es más cara que la vida, guárdala en memoria de mi gratitud; y cuando veas a tu esposo, dile que nada ha perdido con la fuga de aquel cuya herencia codiciaba.

Y besando la frente de aquella santa joven, monté a caballo y partí.

—¿Y? —dije yo, viendo que mi compañero había callado.

—Y de etapa en etapa, llegué cerca del general Lavalle, demasiado tarde para cumplir la misión que el pobre Emilio me había confiado; pero a tiempo para prosternarme, besar y regar con mis lágrimas la yerta mano de aquel gran héroe, ¡en la Matriz de Potosí!

—¿Y Antonina?

—¡Chiton! —dijo él, poniendo un dedo en la boca y haciéndome pasar el umbral de su puerta.

Recordé entonces que aquel hombre escapado a la muerte por la misteriosa influencia de un amor romántico estaba ahora casado con una mujer a quien amaba; que esta mujer se llamaba Andrea, y que poseía dos rasgados ojos negros, magnéticos, fascinadores.

¡Pobre Antonina!

Lima, 1862

EL LECHO NUPCIAL

I

Las notas graves y patéticas del *miserere* resonaban en las bóvedas de la Merced.

Era la noche del Viernes Santo.

Profunda oscuridad reinaba en el templo y la luz de la sola lámpara que ardía en el santuario perdíase entre la inmensa masa de tinieblas.

Cerca del cuadro de la *Oración del huerto*, aislada de la multitud, de rodillas y como una expresión fiel de las palabras del sagrado canto, hallábase una mujer en angustiosa plegaria.

—Señor —decía, y sus hermosos ojos alzábanse al rostro de Cristo, tristes y suplicantes—. Señor, yo también con todas estas voces te pido que tengas piedad de mí. En vano he combatido con la doble fuerza del deber y del orgullo el sentimiento culpable que es necesario desterrar del corazón. En vano he abismado el pensamiento en la amargura de esta terrible verdad. ¡Nunca me amó! ¡Ama a otra! La voz del corazón responde siempre: ¡lo amo!, ¡lo amo! Ahora mismo, en estas sagradas melodías que invocan tu santo nombre, creo oír el eco de su voz, veo resplandecer su mirada y en cada una de esas notas hay un gemido del alma que lo llama... ¡Señor! ¡Señor! Arranca de mi corazón esa imagen que vive en él a pesar mío y que encuentro en todas partes hasta en tu divino semblante.

El templo se iluminó de repente, y los murmullos tumultuosos de la multitud ahogaron en los labios de aquella mujer su doliente plegaria.

El *miserere* había acabado.

Al profundo recogimiento sucedió una inmensa algazara y ese fuego graneado de galanterías, accesorio obligado de toda fiesta piadosa.

—Rosita —decía un elegante—, ¡qué bella es usted! Sus ojos brillan en la sombra como dos estrellas.

—¿Mis ojos? ¡Oh, Dios me libre de ello...! Así son los de los gatos.

—¡Carmen! —suplicaba otro—. ¿Me permite usted acompañarla?

—Al contrario, se lo prohíbo expresamente... He encontrado aquí a Elisa... No la he visto desde que se fue a Chorrillos y tiene que hacerme muchas confidencias. ¡Ah! Hela allí... ¿Elisa?

La bella joven a quien así llamaban tomó el brazo de Carmen y continuó con ella una conversación ya comenzada.

II

—Tres horas a su lado, tres horas solos los dos, perdidos como en un desierto en el vasto silencio de la noche, sus ojos fijos en mis ojos, que absorbían su mirada enviándola al corazón en ondas de delicias. ¿De qué hablábamos? No lo sé. Con frecuencia olvidaba sus palabras por escuchar el acento de su voz, como una música melodiosa cuya letra se descuida por atender a su mágica armonía.

—¡Qué romántica estás esta noche!

—Quiero ser franca... Nada de esto es mío... Lo sorprendí en el libro misterioso de María y lo digo para que oigan estos cándidos que nos siguen.

—A propósito... ¿Viste a María? Estaba cerca de la *Oración del huerto*.

—Sí... Tiene un amor nebuloso, no sé por qué.

—Yo sí lo sé.

—¿Y no me lo decías?

—Tú no debes saberlo.

—Carmen... ¡En nombre del cielo...!

—¿Te empeñas en ello? Bien... María ama a Fernando.

—Ella... ¡Oh! Si ella lo ama tanto, peor para la desdichada; porque Fernando no amaré ya a nadie sino a mí.

—¿Y por qué esa presuntuosa seguridad? ¡Perdón por el desacato!

—¿Por qué? —replicó Elisa inclinándose al oído de Carmen—. ¡Porque soy coqueta!

—¡Ya! Pero sabes que si el amor de María es nebuloso, también es fama que el tuyo está a punto de eclipsarse.

—Amo siempre a Fernando, pero al fin es necesario que todo eso acabe. ¡Ay! Suya es la culpa... No quiso *consolidarse*... Por otra parte yo he nacido en el lujo... Lo aspiro como un elemento de vida... Licedo pone a mis pies inmensas riquezas... ¿Qué quieres, hija? Lo he preferido; mas yo he sido leal con Fernando. Dadme un lecho nupcial como este, le he dicho, mostrándole mi suntuosa alcoba, dádmelo y seré vuestra...

—¡Al diablo con tu lealtad! ¿Y él qué dijo?

—Sonrió de una manera extraña que nunca había visto en él y respondió con un ademán de despedida: “¡Está bien, os lo daré!”.

—Desconfía de esa sonrisa.

—No hay ya tiempo para temer. Ahora parto para Chorrillos con Licedo, que pidió permiso a mamá para traerme a que oyera el *miserere* y el domingo dejaré de ser Elisa Román para ser la señora de Licedo... ¿Vendrás a verme?

III

Pocos momentos después, en un lujoso carruaje, dos personas sentadas la una al lado de la otra y con las manos entrelazadas salían por la portada de Guadalupe. Ambas callaban. ¿Cuál pensamiento las absorbía? La una tenía sueños de amor, la otra de ambición, sentimientos antípodas cuando no se confunden en uno solo; pero que les preocupaba de tal manera que habían marchado dos leguas sin cambiar una palabra.

De repente, saltando detrás de una de las tapias que estrechan el camino al frente de Miraflores, un jinete montado en un brioso caballo negro alcanzó de un bote al cochero, cogiolo por el cuello, lo arrojó a tierra y mientras un hombre furioso bajaba del coche armado de una pistola, el misterioso jinete dando una vuelta rápida abrió la portezuela opuesta, entró por ella la mitad del cuerpo y tomando en sus brazos a una mujer que yacía desmayada en el fondo del carruaje, se alejó con ella a toda la carrera de su corcel.

En la cima de la colina de arena y en el borde del barranco, el caballo espantado se detuvo de pronto con un movimiento brusco que sacó de su letargo a

la mujer desmayada.

—¡Dios mío! —gritó ella con acento de extremo terror—. ¡Un precipicio y el mar en su fondo! ¡Piedad...! ¡Piedad...! ¿Queréis asesinarme?

—Dadme un suntuoso lecho nupcial —dijo con lúgubre ironía aquel que la tenía en sus brazos—. Dádmelo y seré vuestra... ¡Hele ahí, Elisa! Ningún monarca de la tierra ofreció jamás un lecho nupcial tan suntuoso como este a su desposada... He cumplido mi palabra: hora es de que cumpláis la vuestra.

Dijo y arrancando el velo de Elisa vendó con él los ojos a su caballo, aplicole las espuelas y el fúnebre grupo rodó en el abismo.

TRES NOCHES DE UNA HISTORIA

I

La despedida

La noche es ardiente y tempestuosa. Pesadas masas de negras nubes pasan con rapidez rozando casi las espesas copas de los árboles, que agitados por un viento cálido se mecen produciendo ese rumor lúgubre, semejante al llanto comprimido para el oído del que sufre, blando y acariciador para el dichoso a quien adormece en su lecho.

¡Escuchad! ¿Qué lastimeros murmullos trae el viento en los intervalos de solemne silencio que siguen al trueno? ¡Sollozos...! ¡Mirad...! Allá abajo, al cabo de la sombría avenida, entre las arcadas de esa glorieta, la luz de los relámpagos dibuja dos figuras: un hombre y una mujer.

Él está embozado en una elegante capa. Su sombrero inclinado sobre su ancha frente no puede ocultar los abundantes bucles de sus cabellos de un castaño claro esmeradamente arreglados sobre sus sienas. Sus facciones finas y de una belleza casi femenina tienen sin embargo en su conjunto un carácter sorprendente de fuerza y energía viriles.

¡Ella! ¡Cuán hermosa es! Sus grandes y negros ojos brillan con indecible hechizo a través de amargas lágrimas. Los sedosos rizos de su larga cabellera rubia caen en desorden sobre sus desnudos y torneados hombros. Con el codo apoyado en las rodillas de su compañero, sosteniendo su pálida frente con una mano y comprimiendo con la otra su pecho destrozado por los sollozos, aquella mujer de talle esbelto, pálida, inmóvil, con los cabellos sueltos y cuya blanca túnica brilla con visos cárdenos a la luz siniestra del rayo, parece una de esas bellas estatuas de mármol que adornan las tumbas.

El que está con ella aprieta suavemente contra su pecho aquella cabeza encantadora e inclinándose sobre aquel hermoso rostro enjugó con sus labios las lágrimas que llenaban sus ojos.

—¡Matilde, ángel mío! —le dice—. En nombre de nuestro hijo, serénate... ¿Quieres que el dolor lo mate en tu seno? ¡No me quites abandonándote a la desesperación el poco valor que me resta para mostrarme digno de tu amor...! ¿Querías que tu amante se deshonrara? Cuando a pesar de un gobierno arbitrario, la patria, alzando la proscripción que pesaba sobre él, lo llama para que dé cuenta

de su conducta vilmente calumniada, ¿no lo despreciarías tú misma si no respondiera inmediatamente a tan glorioso llamamiento?

Una nueva explosión de dolor se escapó del pecho de la joven.

—¡Él parte! —dijo con desesperación—. Es necesario que se aleje... que me abandone... Y aquel que tiene el cabo de la odiosa cadena que me aprisiona llegará mañana, reclamará su sacrílego imperio sobre mi cuerpo... Me helará de espanto con sus horribles caricias... Y mi corazón lleno solo de tu adorable imagen lo llamará en vano, Armando mío... ¡Oh, no!... Ese hombre solo es mi esposo ante el mundo... Líbrame de la horrible desgracia de serlo ante Dios... Sálvame del doble perjurio que me amenaza... Llévame contigo.

Y la desventurada, delirante, fuera de sí, se arrojó en los brazos de su amado como para sustraerse al horroroso destino que acababa de describir. Él la estrechaba en silencio contra su corazón... Matilde siente que aquel pecho se agita convulsivo... Cree que su amante llora.

Un relámpago alumbró en aquel momento el rostro de Armando.

¡¡Infamia!! ¡¡Profanación!! ¡¡Él ríe!!

Y las sombras de la noche, la densa niebla y los raudales de lluvia ocultan con sus lúgubres velos escenas sin nombre en ninguna lengua humana, entre el amor criminal pero inmenso de esa mujer que en su fatal abnegación lo ha sacrificado todo. Presente, porvenir, eternidad... y la horrible perfidia, la execrable hipocresía de ese hombre que mientras aquella mujer que lo ama, bella y adorable en su dolor, medio desnuda y reclinada en su seno, exhala los gritos de su desesperación, él, con espantosa sangre fría remedando los arrebatos de la pasión, espía las gradaciones de ese dolor para consignarlas después en el álbum de sus triunfos; y en aquellas tinieblas pobladas de gemidos, sonrío a la idea de las fiestas y placeres que lejos de esa mujer lo esperan al regreso de su destierro... ¡De ese destierro que ella encantó con su amor...! ¡¡Profanación!! ¡¡Profanación!!...

II

Una página de Víctor Hugo

París, resplandeciente de luces, de brillantes equipajes, de alegres y lujosas máscaras, celebra la noche del martes de Carnaval. De su populoso seno se exhala un inmenso rumor, semejante al de mil torrentes del que sobresalen alegres gritos,

grotescas exclamaciones, dulces risas, ásperas carcajadas. La sala de la Gran Ópera brilla como uno de esos encantados palacios de *Las mil y una noches*. Todo lo que la gran ciudad encierra de aristocrático, rico y bello, se halla reunido allí bajo los más poéticos disfraces. Aquí Lara, seguido de su lindo pajecillo, es asaltado por una máscara que, nombrándose Giovanna Morosini, pretende ser su mujer e invoca el testimonio y la autoridad de Jorge Sand, quien acude al momento a decidir la cuestión, pidiendo previamente a Antony que lo acompaña un cigarro-pastilla para probar la identidad. Allá, Cedan, después de descubrir el engaño de Lalemi, se arroja con ella en el torrente... de una frenética galopa enteramente olvidado de Daidha. Más lejos el soberbio Maleck-Adhel, detenido por una especie de Ines, fulminante de reproches y amenazas la desvía con asiático desdén arrojándola a aquel terrible: —Yo no sé pelear con una mujer ni amar a la mujer que sabe pelear. —Y va a reunirse a una preciosa novicia de blanco velo que menos gazmoña que la hermana de Corazón de León, le ha citado allí para decirle y oír todas las dulzuras de la noche del desierto.

Entre aquella alegre multitud, sola, triste y silenciosa como un fantasma entre los regocijos de los vivos, una mujer de dominó negro se pasea lentamente. Por los agujeros de su lúgubre máscara se ven centellear dos grandes, negras y ardientes pupilas que, recorriendo con salvaje rapidez los talles y los semblantes, parece que buscan a alguien...

De repente se estremece... Una voz ha venido a herir a un tiempo su oído y su corazón... Se detiene palpitante y trémula mirando en derredor fuera de sí.

—Lily —dijo a su lado un grave Pachá a una linda lecherita suiza, familiarmente colgada de su brazo—. ¿No es cierto que está bello mi amo en su disfraz de Febo?

—Y la señora marquesa, mi galante ama, ¡cuán hechicera está con el dorado justillo de Esmeralda! ¡Cuán irresistible, como se lo acaba de decir tu conde Armando! —Y su dedo señaló un palco ante el cual la mujer del dominó negro de pie e inmóvil como un escollo en medio de las olas de un mar agitado, contemplaba las más perfectas copias de esas dos creaciones del gran poeta. Eran en efecto Febo y Esmeralda: él, con su hermoso uniforme de archero tan perfectamente ajustado a su talle esbelto y elegantes formas; ella, flexible y ligera con su jubón de oro, su gorguerita de encaje, sus largos y negros cabellos, sus brazos morenos y torneados y por entre las blondas de su máscara, el gracioso momito de la egipcia mostrándose a cada instante sobre sus purpúreos labios.

—Confiesa al menos, Lily —continuó el Pachá—, que si tu marquesa no cede en belleza a la gitánica, está tan lejos de ella en cuanto al corazón, que si yo fuese Víctor Hugo lo tomaría a lo serio y le suscitaría un pleito ahora mismo.

—¡Bah! —contestó la lechera—. Para neutralizar esa diferencia posee el conde Armando un alma en todo idéntica a la del antiguo capitán. El mismo egoísmo, la misma manera de comprender los sacrificios del verdadero amor, con la añadidura de una buena dosis de astuta reserva, desconocida al leal archero. Mira... Cuando lo oigo, mientras visto a la marquesa, reír con ella leyendo las cartas de aquella española que tú dices es tan bella y que pinta su amor con palabras de fuego, yo no sé lo que me pasa, y te reirás quizá de ello; pero me lleno de cólera y celos pensando en ti, y cada una de sus chanzas sobre aquella desgraciada dama me lastima el corazón cual si te oyera burlarte de mi amor con una rival.

Al escuchar aquellas palabras la mujer del dominó negro ahogó un gemido y desapareció.

Entretanto Febo y Esmeralda cual si se hallaran en el antiguo zaquizami, solo se ocupaban en admirarse, en amarse y decírselo. Absortos en misteriosa y apasionada conversación habían olvidado el sitio en que se encontraban y no advertían que bajo su palco un grupo de máscaras engrosado a cada instante se ocupaba exclusivamente de ellos.

—La bella egipcia —decía uno— ha olvidado su cornífera Djali.

—¿Olvidado? —dijo la lecherita—. ¡Puede ser! Pero la traviesa cabrita la ha seguido escoltada del dogo del señor Febo —añadió pellizcando el brazo del Pachá.

—¡Atención! —dijo un bandido napolitano—. El momento en que el capitán arrebató la gorguera a la niña parece que se acerca... Mirad si no cómo se agita el noble Febo.

—La escena de la gorguera —dijo riendo la lechera— pasó ya entre bastidores. Ahora tocamos el momento en que Esmeralda dice: ¡Febo mío, tuya soy!

—¡Oh!... ¡Oh!... ¿Qué es aquello?

La puerta del palco se había abierto con violencia y el grupo de

espectadores había visto entrar en él un espectro negro que alzó sus brazos, los dejó caer sobre el pecho de Esmeralda y... desapareció.

El alegre corro, creyendo presenciar una farsa y persuadiéndose de que Claudio Frollo había equivocado su víctima, aplaudió con entusiasmo y ruidosas carcajadas.

Cuando el conde, que se había distraído un momento, se volvió al ruido de la puerta, halló a la marquesa tendida en el respaldo de la silla y bañada en sangre.

La mañana siguiente a aquella horrible escena al entrar Armando a su cuarto vio sobre la chimenea un paquete sellado con lacre negro. Este paquete contenía un puñal ensangrentado, el retrato del conde y el de una bellísima niña de seis años con este nombre grabado en la guarnición: IRENE.

III

El regreso

Son las once de una fría y tempestuosa noche de diciembre. La nieve cayendo en abultados copos ha cubierto la mitad de la tierra con su blanco sudario. Por todas partes reina profundo silencio, únicamente interrumpido por el curso de los lejanos torrentes o por los gemidos del viento entre las despojadas ramas de los árboles.

De repente suenan las pisadas de un caballo. Un hombre montado en un soberbio alazán aparece en la rápida pendiente de la colina.

Tristes pensamientos ocupaban su mente, pues camina cabizbajo con los brazos caídos, ora alzando su frente como para alejar importunos recuerdos, aplica las espuelas a los flancos de su caballo haciéndolo saltar veloz por aquellos peligrosos desfiladeros.

—Heme aquí aun otra vez en el destierro —dice con voz sombría—. ¡Extraña coincidencia! Dos años ha en una noche lóbrega y tempestuosa como esta, costeaba yo estos mismos precipicios. ¡Oh, pero aquella fue una noche de fuego, una noche de amor y esta es helada como la tumba! Entonces había a mi lado una mujer que me rodeaba con sus brazos, que murmuraba a mi oído palabras de amor y de dolor y que me inundaba con sus lágrimas. Un justo sentimiento me cerró para siempre el corazón de aquella mujer cuya suerte ignoro, igualmente que la del ángel que llevaba consigo... Y ahora camino solo y mi corazón está solo también...

¡Matilde! ¡Irene! ¿Dónde estáis?

Un enorme búho, alzándose de lo alto de un negro muro que el viajero costeara hacía rato, respondió con un grito lúgubre a sus últimas palabras espantando de tal manera su caballo que siéndole imposible dar un paso más se desmontó, y viendo una gran puerta que terminaba el muro, la abrió entrando en un vasto recinto plantado de árboles que en la profunda oscuridad que lo rodeaba tomó él por un huerto. Enredó la brida de su caballo en el tronco de uno de aquellos árboles, y transido de frío, agobiado de cansancio, se sentó en un banco de piedra.

Poco a poco sus ojos, acostumbrándose a las tinieblas de aquel lugar y ayudados del reflejo mate de la nieve, comenzaron a percibir objetos tan extraños que no pudiendo resistir al deseo de saber en qué sitio la casualidad lo había traído a descansar, se puso en pie y pasando la mano por sus ojos miró con curiosidad en torno suyo. En aquel momento la luna, abriéndose paso por entre las densas nubes amontonadas en el ocaso, bañó con su pálido y oblicuo rayo en el banco en que se había recostado el viajero.

Sobre una ancha lápida de mármol que cubría toda su superficie leyó dos nombres grabados en ella, separados por una cruz y seguidos de tres fechas.

Los nombres eran: MATILDE. IRENE.

Las fechas: 21 de julio. 24 de febrero. 26 de abril.

Nombres y fechas fatales, presentes, ¡ay!, muy presentes, en la memoria del viajero y escritos en su alma, ¡¡con el punzón del remordimiento...!!

Volumen II

EL ÁNGEL CAÍDO

I

Ciento contra uno

El radiante diciembre de 1824 tocaba a su fin. Lima, coronada de gloria, saboreaba con delicia la luna de miel de la libertad.

Era la última noche de Navidad, noche de paseo en el mundo encantado de los *nacimientos* y de dulce *far niente* bajo el rayo de la luna, al murmullo del río y al halago de la brisa, en los óvalos del Puente.

En aquel tiempo, para esos nocturnos paseos las poéticas hijas del Rímac vestían blancas ropas y soltaban a la espalda sus negros cabellos sembrándolos de aroma y jazmines que dejaban en pos suya raudales de perfumes.

¡Ah! ¿Por qué han cambiado los blancos cendales de la hada por el negro manto de la dueña? ¿Por qué oculta los lustrosos rizos de su cabellera bajo las alas de la espantosa gorra?

¿Por qué? ¡Ah!... Porque ahora tienen esposos británicos que condenan su donaire con una áspera interjección (*¡shamé!*) y que apellidan *lewdness* la gracia encantadora que recibieron de Dios.

Ahora, al mirarlas pasar sobre el asfalto de nuestras calles, llevando tiesas y erguidas el rígido paso del *englishman*, quien no viera radiar sus ojos no sabría distinguirlas de las *nevadas* hijas de albion.

¿Han perdido su poesía?

No: envuélvelas la prosaica atmósfera de sus maridos.

¡Paciencia! Y volvamos a la noche de Navidad.

Aquella noche la afluencia de paseantes se dirigía a la calle del Ancla, agrupándose allí entre empellones y codazos, por el solo placer de ver a las hermosas mujeres que bajaban sucesivamente de una larga hilera de carruajes estacionados delante de una casa.

Aquella casa, sobre cuyo sitio se eleva hoy el palacio de un magnate, reunía cada semana los más escogidos de la brillante sociedad de aquella época, en una fiesta bautizada con el eufónico nombre de *Filarmónica*.

Al leer esta palabra, muchas limeñas que, bellas aún hacen el encanto de nuestros salones, verán cruzar por su mente los mágicos recuerdos de esas noches de espléndidos triunfos para su belleza, que libre entonces de los ridículos caprichos con que la moda actual la desfigura, ostentaba altamente cada una de sus perfecciones a los ojos de sus admiradores.

Los cabellos que, alzándose cual cuernos de carnero sobre la frente de nuestras bellas, dan a su lindo rostro un aire grotescamente asustado, convertidos entonces en millares de transparentes rizos, y fijados con alfileres de brillantes a la altura de los ojos, dejaban ver en todo su esplendor la hermosura de la frente, y descendían flexibles y móviles sobre el cuello admirable que Dios puso con amor sobre sus blancos hombros; y que sin presentir aún la maldita prisión que ha por nombre *camisolín*, adornaba su voluptuosa desnudez con dobles hileras de perlas. Y los pies, en fin, esos pies de finura y pequeñez proverbiales que hoy cubre despiadada la hueca y acerada armazón de nuestras largas faldas, libres de todo envidioso velo, podían abandonarse con toda su ligereza a los graciosos giros de la danza, sin temer ningún enfadoso accidente.

Aquella noche las limeñas tenían un motivo más para mostrarse doblemente seductoras.

Era preciso fascinar a un admirador de nueva especie. Tratábase de un sectario de Mahoma, uno de esos jueces clásicos de la belleza que emplean su vida en analizarla con todos los caprichosos refinamientos de una imaginación desocupada.

Mahomet-Alí era un hermoso mancebo, hijo del rey de Túnez. Viajando de incógnito en un buque de su propiedad, quizá con miras un tanto corsarias, sufrió un naufragio y fue conducido a nuestras playas por una fragata inglesa que lo auxilió tomándolo a su bordo con su tripulación y sus tesoros.

Antes de proseguir su viaje, el africano esperaba con ansia la ocasión de aquella fiesta para contemplar de cerca a las hijas del Rímac, cuya belleza había oído celebrar en las fantásticas consejas de los cautivos, allá bajo las palmeras de su lejana patria.

La ardiente curiosidad del tunecino puso en alarma la coquetería limeña; y si este mal instinto de la mujer, tan combatido y tan adorado, puede tener excusa alguna vez, era sin duda en una ocasión como aquella, en que el honor nacional estaba en cierto modo comprometido. Era necesario probar que Lima era en efecto el país de las mujeres hermosas.

Por eso aquella noche, al separarse de su espejo, cada una ensayó su más fascinadora mirada, su más dulce sonrisa, su más picante actitud; y todas radiantes de esperanza aguzaban aisladamente sus tremendas armas para lanzarlas a la vez sobre el príncipe africano, que exento de todo temor y enteramente confiado en el poder de su alfanje, no sospechaba siquiera el de las negras miradas que iban a asaltarlo, y fumaba indolentemente su pipa recostado en mullidos cojines bajo un emparrado de la posada Denuelles, mientras llegaba la hora en que el capitán de la fragata que lo había traído lo presentara en los salones de la Filarmónica.

En tanto, al ruido de la fiesta, los grupos se aumentaban de minuto en minuto; y muy luego la calle del Ancla se llenó de una inmensa muchedumbre compuesta de todas las clases sociales, desde los elevados círculos de la aristocracia hasta la hez de las masas populares.

Nada hay más triste que el aspecto de la multitud; porque en ninguna parte se lee con caracteres más profundos esa dolencia perpetua de la humanidad que deplora el Sagrado Libro. Cada rostro es una letra, parte integrante de esa palabra fatal: ¡Dolor!

Pero era noche, y su sombra cubría igualmente la sonrisa de hiel con que la noble dama criticaba a sus rivales; las amargas lágrimas de la pobre costurera viendo a una linda señora dar el brazo al bello caballero que en casa de sus patronas le había sonreído furtivamente la víspera; la rabia impotente del amante no convidado que divisaba a su amada entrando con otro en el santuario de la fiesta, y el lastimero gesto del mendigo, excluido de todo goce, aun del goce amargo de los celos.

—¡Qué hermosa mujer!

—¡Soberbia!

—¡Admirable!

—¿Quién es esta maravillosa belleza?

—¡Qué! ¿No conoces a Carmen Montelar?

—Aquí está la linda sobrina, la rica heredera de la condesa de Peña-blanca.

—Ahí va la idea fija de Monteagudo.

—He ahí el lirio de la calle de San José.

Esta salva de aclamaciones resonó por todas partes al paso de una joven que, vestida magníficamente de gasa argentada y ceñida la frente de una guirnalda de perlas, bajó de su calesa seguida de una esclava negra; tomando el brazo de un apuesto mancebo que parecía esperarla, entró en la casa del baile.

Aquella joven era en efecto maravillosamente bella, y asemejábase al lirio en su talle esbelto y en la mate blancura de su frente griega, sembrada de rizos negros de limeña. El fulgor de las estrellas resplandecía en sus ojos. Pero aquel fulgor, tornándose a veces sombrío, presagiaba al corazón de la joven terribles tempestades que parecía desafiar la coqueta sonrisa de su voluptuoso labio.

A su entrada en el salón, la joven esclava quitó de los desnudos hombros de su señora una mantilla de punto bordada de arabescos de oro; dióle el ramillete de violetas que traía guardado en una cazoleta, y volviendo afuera buscó en las grandes rejas que se abrían sobre el jardín un sitio para ver la fiesta.

Hallábanse allí reunidas las esclavas que como ella habían acompañado a sus amas al baile; y agrupadas en actitudes diversas, reían y charlaban con la picante audacia de las mujeres de su raza.

—Mira, niña —decía una—, ahí viene Rita, la hermana de Andrés, el *engreído* cimarrón de la condesa de Peña-blanca.

—¿Viene? ¡Sí! ¡Cómo no! Espérala sentada. Ella también está engreída.

—¿Por qué? ¡Gua! ¡La hermana de un asesino que por huir de la justicia se ha hecho ladrón de caminos!

—¡Qué importa eso para ella, cuando el señor Monteagudo la detiene en la calle para hablarle por lo bajo!

—No de ella, sino de la *blanca*.

—Mi señorita decía el otro día que los desdenes de la niña Carmencita harían pagar a Monteagudo las hechas y por hacer.

—¡Bah! Las blancas son muy hipócritas; su boca dice: “No quiero”, y sus ojos dicen: “¡Ven!”.

—¡Ave María! ¡Qué mala eres! Si esta mañana nomás cuando iba a la Inquisición a comprar floras para la niña Irene que está encerrada hace un mes por el capitán, encontré a *ño* Tomás, el cocinero de la condesa, y me contó cómo la niña Carmen se burla de Monteagudo, de su amor y de sus cartas, que dice que estarán tan corregidas como sus documentos ministeriales.

—¿Qué documentos? Si él no es ya nada en el Gobierno.

—¡Qué cándida! Así, así lo dirige todo. Si es el ojo derecho del Libertador.

—¡Ay, hija! Pues entonces cuidado con el sillón.²

—¿Pero acaso es eso cierto?

—¡Vaya que no! Pues si apenas hace un mes que la pobre niña Rosita, que fue a pedir por su padre, volvió a casa como una loca, llorando a más no poder; y el mismo día que ponían al señor en libertad, ella corría desolada a encerrarse en el convento.

—¡Hum! Mi mamá cuenta también que cuando vino San Martín, Monteagudo...

—Lo nombraste, y ahí está.

En ese momento dos nuevos personajes entraron en el salón.

Era el uno un militar joven, alto, delgado y rubio. Su rostro era bello y expresivo, y la mirada de sus ojos pardos, suave y apasionada.

El otro era un hombre en la madurez de su edad. Su estatura mediana se elevaba por la esbeltez de sus formas hasta la bizarría. Su actitud era resuelta, su porte distinguido y arrogante. El amplio desarrollo de su frente contrastaba de una manera singular con la finura de la parte inferior de su moreno rostro. Sus rasgados ojos negros, de vivaz y profunda mirada, expresaban una seguridad que rayaba en audacia, y el aticismo chispeaba en sus arqueados labios, marcados con

ese pliegue sardónico que imprime la amarga ciencia del mundo.

El traje de gala que llevaba, y el calzón cerrado con hebillas de oro en lo alto de la rodilla, realzaban las ventajas de su apostura.

La negra *mosquetería* de las ventanas se apoderó al momento de aquel nuevo pasto para su charla.

—Inés, Inés, ahí va el capitán Salgar.

—Es un rubio muy buen mozo.

—Por eso la niña Irene...

—¿Qué es *por eso*? ¡Pobre niña!

—Por eso está encerrada hace un mes. ¿No lo decías ahora mismo?

—Cierto. No sé qué diablos dijeron a la señora: nadie pudo averiguarlo; pero la verdad es que un día se desmayó, lloró mucho, despidió al mayordomo, cerró la puerta al capitán, y lo peor es, sin decirles el por qué, encerró a la señorita, y ella, que le daba tanta libertad, no la deja ahora salir ni a misa.

—Y a fe que tiene razón. Yo siempre la vi parlando con el capitán en las naves de la Merced.

—¿A quién se lo estás diciendo? Si yo soy su confidente.

—¡Oh! La buena confidente que viene a decirlo todo.

—¿Qué hará una? Con algo ha de entretenerse.

—Y a ti, ¿qué te hace la señora?

—¡Uf! Cuando voy a los mandados me registra hasta los zapatos. Pero ¡bah!, ¡yo no me dejo pescar! Cuando salgo en comisión, esponjo un poco mi pelo y pongo dentro las cartas. ¡Pobre señora! Gallega es, pero muy buena, y me pesa el engañarla; pero ¡vaya!, ¿qué he de hacer? La niña Irene me llora; y luego ese capitán la quiere tanto, ¡y es tan rico y generoso!

—¡Rico! ¡Un pobre capitán! Para rico y generoso no hay otro que

Monteagudo... Y buen mozo... Mira a las blancas: se *desmorecen* por él.

—Y él, *ojo* a la Montelar.

—A todo esto, ¿qué es de Rita?

—Ahí está, en esa ventana, hablando tras de las parras con un hombre disfrazado.

—¡Ay, hija! ¿No es ese Andrés?

—¡El mismo! Jesús, ¡qué atrevimiento! ¿Pero ese muchacho no piensa en el peligro que corre entrándose así de rondón por estas puertas?

—Por fortuna no está aquí la Peña-blanca; retiénela su parálisis que, si no, su calesero, celoso del pobre Andrés...

—Pero está ahí la niña Carmen. ¿Quién la ha traído? ¿No fue Lucas? Pues tanto da: si ve a Andrés irá a decirlo a la blanca.

—Y ella que aborrece a Andrés, aunque se crio con él a los pechos de la pobre Nicolasa, que día y noche está llorando...

—¡Blanca desagradecida!

—¡Gua! ¿Qué quieres, hija? Andrés mató a su enamorado.

—La Montelar nunca amó al *niño* Pedro González.

—Porque quiere a Monteagudo.

—Porque está amando a Salgar.

—¿Fue Andrés quien mató a González?

—¿De dónde sales tú? Si en Lima no se sabe otra cosa. Andrés escapó de la *justicia*, ganó el monte, y anduvo capitaneando una cuadrilla por el lado de Lurín. ¿No oíste nombrar el Rey Chico?

—¿Ese salteador famoso que debe ya tantas muertes, que roba y quema las casas?

—Ese es Andrés.

—¡Pobre Rita! ¡Por eso estaba tan triste!

II

El Rey Chico

La joven negra, a quien sus compañeras de esclavitud llamaban Rita, había ido a sentarse a lo lejos en una ventana oculta entre el ramaje, y miraba distraída, con la mejilla apoyada en la mano, el animado y bullicioso cuadro que presentaba el salón. Parecía, en efecto, triste; y de vez en cuando pasaba por sus ojos la orla de su manta, quizá para enjugar una lágrima.

—¡Rita! —murmuró una voz en la sombra.

—¡Andrés! —exclamó ella, corriendo al encuentro de un hombre que recatándose bajo las anchas alas de un sombrero de paja apareció tras los troncos de los plátanos.

Era un negro de diez y ocho a veinte años, de atrevido continente y modales cabellerescos desmentidos con frecuencia por groseros arranques, que revelaban la lucha de los salvajes instintos de su raza con los blandos hábitos de una educación distinguida.

La avilantez de su porte, la insolente altanería de sus miradas, la inflexión sardónica de su voz, todo hacía adivinar en él a uno de esos seres fatalmente privilegiados, que la imprevisora bondad de nuestras damas arrancaba del humilde seno de sus esclavas para mecerlos sobre sus rodillas mezclados con sus hijas en la perfumada atmósfera de los salones; y que después, arrojados de aquella dorada región por la inflexible ley de las preocupaciones sociales, volvían henchidos de odio y de rabia al círculo estrecho de su mísera esfera, para llevar allí una existencia desesperada.

—Andrés, pobre hermano, ¿qué vienes a hacer aquí? La señorita está en el baile: si alguno de los que han venido con ella te ha visto, si alguien que te conozca te encuentra aquí, ¡eres perdido!

—¡Qué importa! —respondió el negro, rechazando con despego el abrazo de su hermana—. Ese día, que llegará temprano o tarde, no será peor que los que llevo desde que comencé a sentir en mi pecho un corazón y en mi mente un

pensamiento.

—¡Ah! Si así hablas de la vida tú, para quien fue tan risueña, ¿qué diré yo? ¿Qué dirá nuestra pobre madre, qué...?

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! ¡Quiere compararme con ellas! ¿Qué habéis sufrido vosotras? ¿Salisteis nunca de la condición de esclavas? ¿Habéis nunca descendido? Al contrario, tu madre...

—Nuestra madre.

—Y bien, ¿no fue arrancada a los horrores de la pampa para cambiarlos con la blanda vida de nodriza?

—¿Y tú, desgraciado?

—¡Yo! ¡Mírame!

—Sí, el Rey Chico, capitán de salteadores; ¿pero por culpa de quién? ¿Quién puso el puñal en tu mano? ¿No mataste por las ganas de matar?

—¿Qué sabes tú?

—¡Ay, hermano! Me pesa aumentar tus penas con tardías reconvenciones; pero tu proceder fue infame. ¡Qué mal has pagado al ama el regalo en que te has criado!

—Sí, mientras pude ser su juguete, su monito.

—¡Qué ingratitud! Siempre te amó con ternura, ¡y nunca hizo distinción entre las niñas y tú!

—Y después...

—Ya sé de qué vas a hablar. Si cuando ya fuiste un hombre te alejó de la mesa y del salón, tú sabes bien el motivo: la niña Manuelita, que dio en aborrecerte, no quería comer contigo, y se hizo servir en su cuarto; y las visitas que venían a la tertulia la aplaudían y te miraban de mal ojo. ¡Pobre niña Manuelita! Murió, ¡y de qué muerte! Perdónala, Andrés, ¡perdónala!

—¡Oh! Tranquilízate, largo tiempo hace que no le debo perdón.

Y los ojos del negro centellearon en la sombra, y una sonrisa siniestra contrajo su labio.

—De todo eso y mucho más, tú solo tienes la culpa. ¿A qué ese porfiado empeño de alternar con los señores, de acercarte a las niñas? ¿Qué podías esperar de ellas? Claro está: odio y desprecio.

—Odio que yo les he pagado bien, y que les tiene que pesar eternamente.

—¡Ay, Andrés! Esa es la historia del cántaro contra la piedra. No te habría valido más resignarte con tu suerte, volver a tu condición, buscar a una mujer que te amara, una mujer de tu raza...

—¡Una negra! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Cuando desde que tengo memoria me encontré en los brazos de una blanca! Las caricias de una negra, ¡cuando labios de coral me besaron desde niño! He vivido entre los ángeles, ¡y volvería entre los simios! Quita allá, ¡miserable esclava! Tú no puedes comprender lo que se encierra en esta alma, lo que cobija esta mente. ¿Crees tú que me hice salteador solo por huir del castigo y por el ansia de robar oro? No, no es su oro lo que yo quiero de los blancos, no. A ellos quiero robarles su dicha, y después beber su sangre; a ellas robarles su orgullo, y después beber sus lágrimas.

—¡Calla, Andrés, que me horrorizas!

—¡He ahí lo que son los negros! Raza vil que no conoce el rencor, esa llama sagrada que debe arder eternamente en el alma del esclavo. Nunca por eso quiero ese color en mi banda.

Surcados a latigazos vienen a mí. Quien los oye entonces creería que van a comerse a toda la raza blanca y a prender fuego a este mundo.

Confiado en su rabia, doiles una expedición.

Embóscanse muy resueltos en el carrizal del Callao o tras las tapias de Chorrillos. Divisan a lo lejos un coche o una cabalgata. Son gentes de tono que traen consigo oro, y además hermosas niñas.

En una pestañada los negros están listos y saltan al medio del camino.

—Alto ahí.

Los otros se detienen trémulos.

Pero ¡bah!, era su amo; y en este momento el negro lo olvida todo. Se descubre, se inclina profundamente.

—Pase su merced, mi amo, que su negro, aunque salteador, ha de ser siempre su esclavo.

Y deja pasar sano y salvo al amo que hizo despedazar sus carnes en una panadería. ¡Menguados!

—Al menos, aunque malos, se acuerdan de que son cristianos y perdonan las injurias. Tal harías tú también si una mala educación no hubiera torcido tu buen natural.

—¿Yo? ¡Ah! Los que me ultrajaron nunca quedaron impunes. Mucho he hecho ya; pero esa ha sido la parte amarga de la venganza de Andrés, réstale la dulce, réstale la deliciosa. ¿Ves ese enjambre de bellezas? Una a una, todas serán mis esclavas: y cuando haya humillado su soberbia y saboreado su afrenta, las devolveré a sus novios puras, muy puras... ¡Ah!, ¡ah!

—¡Jesús! ¡Al demonio no le vendría tan horrible pensamiento!

—No, por cierto; y yo voy a darle una lección. Allá, entre las minas del antiguo Pachacamac, bajo el tupido follaje de un grupo de matorrales que crecen sobre una *huaca*, he descubierto la entrada de un palacio subterráneo, templo del sol y alcázar de las vírgenes a su culto consagradas. Yo seré el ídolo de ese santuario, y mis sacerdotisas, las blancas más orgullosas de Lima. La temporada se acerca. Ellas irán a Chorrillos; pero antes, todas pasarán tres noches en Pachacamac. Todo lo tengo previsto para arrebatargas de los brazos de los suyos. Una tan solo, la más soberbia, quiero que me siga de buena gana.

—¡Ay, Andrés! ¿Quieres perderte sin remedio? Vuelve en ti, aún es tiempo, mira que...

—¡Basta! Que he venido a otra cosa que a oír sermones... Ven aquí. ¿No me has dicho que tu niña no ama a Monteagudo?

—Y lo repito: no lo ama.

—Y di, infame embustera, ¿qué es aquello?

—Le sonrío para encelar a Salgar.

—El capitán no la ama; si la amara, ¡ay de él!

—Sí, pero él se lo hace creer, y mi pobre ama está perdida de amor.

—¿Por qué no me has obedecido? Te ordené que le avisaras...

—¡Eso!... Solo que estuviera cansada de vivir o antojada de alojarme en una panadería.

—Pues escucha. Un día u otro tu desobediencia ha de costarte la vida.

—Ya sé que nada sería para ti asesinar a tu hermana. ¡Ah! Cuánta razón tenía el amo, que decía sin cesar a la señora: “La fatal educación que das a este muchacho será causa de su pérdida. Vas a hacer de él un bandido que acabará con nosotros”.

—La boca que eso decía está ahora llena de tierra y no puede repetirlo.

Y en los labios del negro brilló una diabólica sonrisa.

III

La voz del corazón

Mientras tanto, el baile había comenzado, y cien parejas, arrebatadas en el ardiente torbellino de un vals, agitaban ondas de gasa y raudales de perfumes en torno del salón.

Carmen, la hermosa que tantos elogios recogió a su entrada, danzaba con el joven que la había acompañado.

Al ver el confiado abandono con que bailando hablaban, habríase creído que eran amantes, si en la semejanza de sus facciones no fuera fácil conocer que eran hermanos.

—Por más que digas, Gabriel —decía ella—, estás pensativo y triste. ¿Falta alguien a tu alegría? Sí... ¿Lo diré? ¡Irene!

—Y bien...

—¡Oh! No lo niegues, la amas.

—¿Por qué lo negaría? ¡No es ella digna de amor?

—¿Por qué? Porque conoces que yo la aborrezco.

—¡Qué injusticia! Bella, pura y buena, ¿quién no amaría a Irene?

—Yo la aborrezco. Es un odio que nunca pude vencer y que me atrajo humillantes penitencias cuando estudiábamos juntas en el colegio de Madama Montes. ¡Cosa extraña! La vi y la aborrecí. Nunca pude mirarla sino con airados ojos. Destrozaba mis vestidos cuando los suyos eran de la misma tela, y cuidaba con afán mis uñas solo por el placer de arañarla... ¡Qué cara pones, Gabriel! Diría que vas a llorar. Irene me tenía miedo y me llamaba la Leona. En el colegio achacaban mi odio a envidia; pero ¡bah!, yo siempre fui más linda que ella.

—Irene es bella, graciosa, espiritual, y en dulzura nadie en el mundo la iguala...

—¡Ay!... ¡Por hacer su apología me has dado un atroz pisotón! Y bien, no está aquí: vete a lamentar su ausencia, y déjame bailar con otro.

—¡Oh! —dijo el joven con melancólico acento—. Tranquilízate: aun cuando aquí se encontrase, no sería yo a quien mirara, ni mis homenajes los que ella preferiría. Ignora mi amor: ama a otro, otro la ama y ese está aquí...

—¡Ama a otro! —Y Carmen palideció, y cesando bruscamente de bailar, quedó inmóvil como un escollo entre el veloz remolino que se agitaba en torno suyo—. ¡Ama a otro! ¡Otro la ama! ¿Quién es, Gabriel, quién es?

—El capitán Salgar.

—¡¡¡Felipe!!! Felipe Salgar...

—El mismo que doblando la rodilla ante la reina del baile pide la dicha de relevar a su caballero —dijo inclinándose graciosamente el bello y blondo capitán, tomando la mano de la joven.

Carmen la retiró y miró de frente a Salgar. La cólera, el dolor, el odio y el orgullo se pintaron y estallaron a la vez en ese ademán y en aquella mirada que desconcertó al capitán, quien sin embarazo insistió.

—Carmen, ¿he tenido la desgracia de desagradarla?

—No, señor mío. Al contrario, pretendo probar a usted que soy superior a todos los *desagradados*.

—Entonces pruébelo usted concediéndome este vals.

—¿Qué trama aquí contra mí la bella Carmen? —dijo de pronto, acercándose al grupo, el apuesto caballero que llegó con el capitán.

Carmen cambió súbitamente la expresión de su semblante; y volviéndose a él con coqueta sonrisa:

—Tramo una conjuración —repuso, abandonándole su mano—. Digo a Salgar que este vals se llama *el vals de Monteagudo*, y que quiero bailararlo con él.

—¡Oh! —exclamó Monteagudo, arrebatándola en sus brazos y mezclándose al danzante círculo—. ¡Bendito sea el gracioso compositor que me dedicó este vals! De hoy más, debe llamarlo *La dicha de Monteagudo*.

—Yo creía —dijo Carmen riendo—, yo creía tan sublime la dicha de Monteagudo que, como la ambrosía de los dioses, ningún mortal podría probarla sin morir. Mas he aquí más de ciento que la parten con él y están vivos, y saltan a más no poder.

—¡Ah! —replicó él, lijando en los ojos de Carmen sus bellos y atrevidos ojos negros—. Bailará usted con los cientos; pero ¿dará a ninguno el fuego que en este momento envían a mi corazón esas luminosas pupilas? Amor, cólera, odio, cualquiera que sea la pasión que las enciende, nunca alumbraron a nadie con tan ardiente fulgor.

—Si hasta ese punto es usted contentadizo, nada tengo que decir, sino que apruebo el nombre nuevo que quiere dar a su vals.

Monteagudo se mordió el labio, pero replicó al momento, tendiendo en torno una soberbia mirada:

—¿No es cierto que está bien en el que lleva una vida azarosa el pedir poco al amor? En cuanto a mí, yo nunca lo importuné. —Llegó la vez a Carmen de morderse el labio—. Solo que —continuó él—, como es un espíritu de contradicción, fue siempre para conmigo en extremo generoso.

Los ojos de muchas hermosas fijos en él con el celoso afán atestiguaban la verdad de esa aserción, y Carmen misma, contemplando entonces por vez primera a aquel hombre dotado de tan prestigiosa belleza, y ceñido con la doble aureola del genio y del poder, sintiose poseída de admiración. Si no hubiera estado celosa de Salgar, desde esa hora habría amado a Monteagudo.

¡Ay, cuántas veces así pasamos al lado de un astro, siguiendo la pálida luz de una luciérnaga!

Así también, en ese momento más que nunca, poseía Felipe el alma de Carmen, porque la ligaban a él los celos, ese lazo duro como el infierno, castigo y estímulo de los soberbios; y si antes amó a Salgar con todo el ardor de su corazón, ahora lo amaba con toda la rabia de su orgullo humillado.

Y queriendo devolver el tormento que sufría, se reclinaba en el brazo de Monteagudo, y le sonreía dulcemente, y fingía hablarle en voz baja.

Olvidaba, como olvidan las coquetas, que solo quien ama siente celos; y que no hay indiferencia tan profunda como la indiferencia que sigue al amor.

Por eso tembló de cólera cuando, buscando a Salgar su furtiva mirada, lo encontró, y en vez de enojado por la ofensiva preferencia que había dado a otro, reír indolente y festivo entre un alegre círculo del chasco solemne que la falange femenina había llevado aquella noche.

Era el caso que el príncipe tunecino tan ardientemente esperado había llegado al fin, conducido por el capitán inglés; y atravesando el salón en medio de lisonjeros murmullos, fue presentado a la señora de la casa, que lo recibió con la dulce acogida que nuestras damas acuerdan a los extranjeros. Tomó su mano con fraternal ademán, y mezclándose a los grupos, le presentó las jóvenes más hermosas de Lima, quienes a su vez le prodigaron sus más suaves miradas, sus más luminosas sonrisas.

—Tú, que eres del país de los amores ardientes —le había dicho la graciosa patrona de la fiesta, devolviendo con donaire el oriental tuteo del príncipe—. Tú, cuyos abuelos enseñaron a los maestros el culto de la belleza, ¿qué dices de la que resplandece en las hijas de este suelo?

—Su rostro es dulce como el rayo de la luna —respondió el africano— y sus ojos tienen a la vez la luz que brilla en las divinas pupilas de Uriel y la misteriosa sombra que cobija el ala de Azrael; pero su cuerpo es frágil; y la palmera de

delgado tronco se quiebra al primer soplo del Simoun... Mas... ¡Oh, mira! He allí la verdadera belleza, la que Alah formó para hacer las delicias del *harem*. Dichoso el dueño de esta hermosa esclava. Yo daría por ella diez mil cequíes.

Y fue a prosternarse ante una gruesa gauchona de desarrollado seno y abultadas facciones, pero fresca y provocativa para los mahometanos; que invernan a sus *Zairas* como nosotros a los cerdos... Y aun, ¿quién sabe?... Quizá también para muchos cristianos que, sintiéndose cerca del hueso, aman con furor la carne.

Así, la hermosa esclava era señora absoluta y despótica de todo un señor ministro.

Por lo que hace a nuestras bellas tomaron el partido de reír; y en ocho días no se habló de otra cosa que de los succulentos gustos de su alteza tunecina.

Carmen también rio y estuvo más graciosa y coqueta que nunca; pero llevaba en el corazón el dardo de los celos que las palabras de Gabriel acababan de despertar.

Ella, que creía que su belleza era omnipotente, que sus ojos poseían el secreto de encadenar la inconstancia, y que aquel sobre quien se habían dignado descender quedaría para siempre a sus pies, vio de repente a través de las tinieblas de la duda resplandecer la luz de una dolorosa verdad.

Buscó a Gabriel; pero esta vez el joven, que había adivinado el secreto de su hermana, fue impenetrable, y eludió toda explicación.

—¡Yo lo sabré! —se dijo ella—. Y entonces, Irene, ¡ay de ti! ¡Y ay de ti también Felipe! Como al otro traidor, ¡mejor le sería no haber vivido!

Y poniendo, como se dice vulgar, pero expresivamente, una piedra sobre el corazón, irguió la frente con altivez, sacudió sus negros rizos, arrojose en el alegre torbellino de la fiesta, rio, cantó, bailó y aceptó con tan explícita complacencia las galanterías de su caballero que, al dejar los salones de la Filarmónica, nadie dudaba de que Monteagudo había conquistado el amor de la bella Carmen Montelar.

IV

Borrascas del alma

Muchos días habían pasado desde las escenas ocurridas en la Filarmónica. Mediaba una noche de enero, y Lima, envuelta en el extraño silencio que sucede a su bullicioso tumulto, dormía al claro rayo de la luna llena. El reloj de San Pedro acababa de dar la última de sus doce campanadas, y el sereno, bostezando y restregando sus ojos, alzóse de un umbral de aquella calle donde dormía a pierna suelta, y de pie, aunque todavía soñoliento comenzó a cantar.

—Ave María... ¡Ahí está ya el embozado! ¿Qué diablos querrá ese hombre en aquella casa? Si fuera un ladrón se habría ya cansado de rondar la calle en vez de pasear los techos. Si fuera un enamorado, siquiera una vez se acercara a la reja para ver a esa linda niña que acecha en la celosía. Pero no, señor, ¡nada!... Y solo se contenta con pasar y repasar, y últimamente esconderse en el hueco de esa puerta, como ahora acaba de hacerlo, hasta que la última gente ha salido, y que el último criado ha entrado, y que han cerrado las puertas. ¿Quééé? ¡Este sí que es un enamorado! Pero a este no lo vi nunca. Es un militar: dícenlo los bordados de su cuello. En esto vienen a parar los ladrones con que tanto nos atormentan a los pobres dependientes de policía: más o menos, todos son enamorados.

—Huyamos, huyamos pronto porque...

Y el sereno se alejó cantando la hora.

En efecto, apenas el fantástico embozado se había ocultado en la puerta cuya situación describió el sereno, un joven, envuelto en una capa militar, se detuvo ante la reja.

Un momento después, las largas cortinas de muselina que guarnecían aquella ventana se abrieron misteriosamente; y un rostro hechicero, a la vez gozoso y asustado, sonrió al militar.

—¡Felipe! —murmuró—. ¡Qué dicha!... ¡Qué imprudencia!, quise decir. Mi madre vela todavía. Si viene, si llegara siquiera a sospechar que lo veo, ¡que le hablo!... ¡Oh, aléjate, en nombre del cielo!

—No, amada mía, perdona si te desobedezco, pero tenía tanta necesidad de verte, de oír tu voz, de contemplar tu rostro, de llamarte mía, ¡y oírtelo repetir cien veces!... Porque, Irene, alma mía, hoy más que nunca temo perderte. Tu madre se prepara secretamente a dejar Lima para volver a su patria. Si un día te ordena seguirla, tú no tendrás bastante resolución para resistir a su voluntad; el mar está cerca, y antes que hayas podido dirigirme siquiera un adiós, habrá puesto entre

nosotros su inmenso espacio.

—Calla, Felipe, ¡que destrozas mi corazón!... Dios tendrá piedad de nosotros, ¡y alejará ese momento fatal!

—¿Pero si llega? Irene, ¿si llega?

—¡Ah! Si llega, si me encuentro al fin en la horrible alternativa de elegir entre mi madre y tú... No vacilaré, Felipe, no vacilaré... ¡Pobre madre mía! —Y la joven inclinó la cabeza sobre sus rodillas, dando un gemido.

—¡Lloras! Te arrepientes de tu promesa, ¡y prefieres someterte a los mandatos tiránicos de tu madre!

—No la culpes, Felipe, ella me ama y desea mi dicha.

—Si te ama, ¿por qué despedaza tu corazón? ¿Por qué quiere separarnos?

—Porque pesa sobre nosotros una herencia de odio, ¡porque media entre nuestro amor una ola de sangre! Escucha, Felipe, y lejos de condenar la conducta de mi madre, llorarás sobre ella y sobre nosotros. El día que te cerró su casa, mi madre me llamó a solas. Estaba pálida, y su semblante, grave y triste. Hízome sentar a su lado y me habló así:

“Esme forzoso, hija mía, contristar tu corazón, refiriéndote una historia que te he ocultado hasta ahora, porque, en mi anhelo maternal, yo he guardado siempre para mí las espinas de la vida, a fin de que tú hallaras solo sus flores. Pero te debo una explicación de mi conducta de hoy y hela aquí:

“En tiempo de la guerra de independencia en Colombia, servían en los dos bandos enemigos dos oficiales, el uno americano y el otro español, amigos en otro tiempo, pero desunidos después por el espíritu de partido. Un día se encontraron frente a frente, mandando cada uno de ellos una guerrilla. La fuerza realista, después de un terrible combate, fue destrozada, y el oficial español cayó en manos de sus enemigos. Era joven, era amado, tenía una esposa bella, una hija en la cuna. La vida le sonreía, y pidió gracia. Pero el oficial patriota, cumpliendo la inexorable ley de la guerra a muerte, fusiló a su prisionero. El desgraciado español se llamaba Fernando de Guzmán.

“—¡Mi padre! —grité yo.

—El jefe patriota que lo mandó a ejecutar —prosiguió mi madre— era Diego Salgar.

—¡Mi padre! —exclamó Felipe, que a su vez inclinó la cabeza sobre su pecho, pálido y anonadado.

—Mi madre, que por evitarme penosas emociones, me calló siempre las circunstancias trágicas que acompañaron la muerte de mi padre, ignoraba el nombre de su matador: una casualidad se lo reveló. Oyó un día a Fermín, nuestro mayordomo, antiguo soldado de Colombia, refiriendo a las criadas su vida militar, hablar como testigo y actor del fatal encuentro en que la enemistad de nuestros padres tuvo tan terrible desenlace. ¡Ah! ¿Y qué podía hacer la viuda de Guzmán? ¿Érale lícito acoger todavía al hijo de Salgar?

—Y tú, Irene mía, ¿qué sentiste al saber esa funesta historia que ha caído sobre mi corazón como un lúgubre sudario?

—Sentí que te amaba siempre, Felipe, y tuve horror de mí misma. Habría querido olvidarte, arrojarte del corazón; pero mi amor es profundo, imborrable, se ha vuelto la mitad de mi alma, y no puedo arrojarlo de ella sin morir.

—¡Ángel de belleza y de bondad! —exclamó el joven, contemplando a su amada con adoración—. ¡Qué he hecho yo para merecer tanta dicha! Llegué triste, agitado: heme aquí tranquilo y feliz.

—Pero entre tanto, Felipe, las horas pasan, y es preciso separarnos.

—¿Ya? ¡Tan pronto! Después de tantos días de ausencia, ¡después de tantas zozobras!

—¿No estás tranquilo y feliz?

—¡Oh, sí! Mas para irme contento, necesito una prenda.

Las cortinas se apartaron enteramente, y una joven vestida de blanco se mostró en la ventana.

Era bella, bella con esa beldad rara, doble herencia de los árabes y de los godos: grandes y rasgados ojos negros bajo largos y sedosos cabellos blondos.

—¿Una prenda? —dijo, sonriendo amorosamente—. ¡Una prenda! ¿Cuál?

—El permiso de besar tus cabellos.

Irene cogió una de sus largas trenzas rubias, y rodeó con ella el cuello de Felipe, apoyando en sus labios el rizo que la terminaba.

A esa doble caricia, el incógnito, que acechaba escondido en el hueco de la vecina puerta, hirió su frente con el puño, y huyó de allí, como perseguido por una horrible visión.

Al mismo tiempo, una carcajada sorda e irónica resonó en su oído, y una sombra, destacándose de los cañones de otra puerta, lo siguió a lo lejos.

El desconocido atravesó con paso rápido y desigual las calles de Beitia, las Aldabas y Aparicio; entró en la calle de San Francisco, y deteniéndose delante de una puertecita estrecha y baja, dio dos golpes con la extremidad de los dedos. La puerta se abrió al momento, y una negra anciana, de semblante dulce y triste, apareció entre la puerta y una inmensa cortina de enredaderas que la ocultaban interiormente.

El embozado apartó con ademán brusco a la negra y, atravesando la tupida enredadera, se internó en las sombrías avenidas de un hermoso jardín.

La negra dio un suspiro, y moviendo tristemente la cabeza iba a cerrar la puerta cuando vio deslizarse entre ella y el postigo un bulto negro, que pasando como una sombra bajo su brazo iba a introducirse en el jardín.

La negra, asiéndolo resueltamente, quiso rechazarlo hacia afuera; pero el fantasma, apartando el embozo que lo cubría y poniendo a la vez su dedo en la boca y la hoja de un puñal sobre el seno de la negra:

—¡Silencio! —exclamó—. Porque te juro, madre, que si te mueves, o das siquiera una voz, caerás muerta a mis pies.

Y cerrando la puerta, guardose la llave y desapareció entre el sombrío ramaje, dejando a la negra helada de sorpresa y espanto.

—¡Andrés! ¡Andrés! —murmuró la pobre vieja.

¿Qué viene a hacer aquí este desventurado? Huyó del castigo a que lo condenaba su atroz delito; y ahora el imprudente vuelve a poner el cuello bajo la mano del ama, que no lo perdonará, aunque le ha criado en sus brazos. ¡Oh, ama,

ama! Qué daño nos hiciste, a mí y a mi pobre hijo, arrancándolo a mi amor, desviando de mí su corazón; a él elevándolo a la esfera de los blancos, donde si es tolerado el negrito, no es ya tolerado el negro. He ahí lo que has hecho de él: ¡un asesino, un ladrón!

Y la anciana negra, con la cabeza entre las manos, se perdió gimiendo en las oscuras galerías que rodeaban el jardín.

Entre tanto el rondador de la calle de San Pedro había llegado al otro extremo del jardín. Torció el dorado botón de una puerta que se abrió, y apartando una cortina de terciopelo, entró en un retrete resplandeciente de oro, seda y pedrería. Las paredes estaban cubiertas con terciopelo color de púrpura bordado de oro. Espejos de dimensiones fabulosas duplicaban el brillo de los diamantes que en forma de brazaletes, pendientes, anillos, collares y diademas se ostentaban por todas partes, dentro los vasos de oro, adornados de rubíes y esmeraldas que cubrían los muebles de aquella suntuosa morada. El aire que allí se respiraba era tibio y embalsamado con el perfume que se exhalaba de la filigrana de los pebeteros que ardían sobre los platillos de oro, llenos de azahar, aromas, y flores de chirimoyo; cuyo humo formaba una aureola luminosa en torno de las transparentes bujías que alumbraban un tocador donde estaban reunidos todos los tesoros de la coquetería y de la elegancia. Dos anchas ventanas abiertas sobre el jardín, y medio cubiertas con dobles cortinas de terciopelo y enredaderas de ñorbos, hacían llegar a este santuario el suave murmullo del viento entre las hojas de los plátanos.

Estando en el cuarto, el embozado arrojó la capa y el sombrero que lo cubrían.

Los largos rizos de una hermosa cabellera que el sombrero aprisionaba se esparcieron profusamente sobre los hombros desnudos de una joven, ocultando a medias su frente y sus grandes ojos negros.

Era Carmen Montelar, Carmen, no alegre y coqueta como en el baile, sino pálida y sombría.

Largo tiempo permaneció inmóvil, muda, y la mirada fija en el vacío. La vida se había reconcentrado toda en su pecho que se alzaba tumultuosamente, como un mar borrascoso.

—¡Carmen! —exclamó al fin mirando su imagen reflejada en uno de

aquellos grandes espejos—. Carmen, ¿qué te queda por saber? ¿Falta algo a la desesperación de tu alma? Orgullosa belleza, ¿qué ha hecho ese hombre del corazón que le habías dado? No contento con destrozarlo, lo ha arrojado al lodo. Hermosa, rica y adorada de cuantos hombres se te acercaban, tú desdeñabas sus adoraciones para consagrarte solo a él. Tu mirada, que los más altos personajes habrían dado un mundo por interceptar, tu mirada lo buscaba a él solo en todas partes; y cuando lo habías visto, orgullo, opinión, deber, todo lo olvidabas, porque él era todo para ti.

Y mientras tú le consagrabas así tu vida y tu alma, él te engañaba miserablemente, y reía de tu loca pasión. Cada uno de sus juramentos era una mentira, cada una de sus palabras de amor era un insulto: cuando te embriagaba con ellas, llevaba en el corazón la imagen de otra mujer... ¡¡Ah!!

Y recorriendo el cuarto con pasos precipitados, la orgullosa joven elevaba sus ojos para hacer retroceder las lágrimas de rabia y dolor que se agolpaban en ellos, e inundaban su rostro a pesar suyo. Ella las enjugaba furtivamente con sus cabellos, murmurando con su risa siniestra:

—¡Llorar no! La desesperación no tiene lágrimas: ellas sientan bien al rostro de una mujer adornada y triunfante, a cuyos pies han arrojado como un sangriento trofeo el corazón de otra mujer...

Interrumpiose bruscamente; sus negras pupilas brillaron con un resplandor sombrío, sus manos se crisparon convulsivamente, y mordiendo el labio con furor:

—¡Irene! —exclamó—. ¡Irene!... He ahí el secreto de ese odio instintivo que desde la infancia me inspiró esa mujer. Niña todavía, yo leía constantemente en los ojos de esa niña como yo, una terrible amenaza para el porvenir; y en los dorados sueños de mi juventud, cuando el corazón comenzó a abrirse al amor, su imagen venía siempre a turbarlos, mezclando en ellos un terror sin nombre. ¡Irene! Tú que me llamabas la leona, ¡ya sentirás cómo justifico yo este nombre! ¡Desdichada de ti, que has herido a la leona y la has dejado viva! ¡Sí! —continuó, dando un fuerte golpe en su lindo y delicado pecho—. Quiero arrancar de aquí todo lo que pudiese enternecer mi alma y hacerla buena; quiero consagrarme toda al mal; volver perfidia por perfidia y tormento por tormento. Mientras más bárbara sea la venganza, tanto mejor. Destierro, deshonra, muerte, ¿qué son ante el dolor que destroza mi alma?

En ese momento, la misma risa sorda y diabólica que la había perseguido en

la calle resonó detrás de ella.

A este eco que venía a mezclarse a la tempestad que rugía en su corazón, Carmen se estremeció, y volviéndose sobresaltada, vio centellear en la sombra dos ojos ardientes como los del chacal.

Un instante después abrióse la puerta, y un hombre apareció en el umbral.

Era el negro que habló con Rita en el jardín de la Filarmónica.

V

El pacto

Al verlo, Carmen dio un paso atrás.

—Infame asesino —exclamó—, ¿qué buscas aquí?

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! ¡Y dice la pobre niña que quiere vengarse! ¡Vengarse, y le arredra el crimen!

—¡Miserable! ¿Llevarías tu insolencia hasta osar mezclarte en los secretos de mi corazón?

—Ya sé —replicó el negro con irónica sonrisa—, ya sé que no es a mí a quien la niña concede esa dicha; pero ¡bah!, yo estoy fuera de la ley, y no cuento entre los vivos. Vago pues como una sombra, y cual sombra sin ser visto me encuentro por todas partes. Así, todo lo veo, lo sé todo; ¡y cuánto río del soberano ridículo esparcido en este mundo! ¡Qué de engaños!, ¡cuántos chascos! Por ejemplo, sigo el drama de un amor. Es una joven noble, rica, hermosa, ¡oh!, tan hermosa que por ella daría uno gustoso el cielo; pero tan soberbia que al sol mismo lo creería indigno de mirarla. Mas de repente ama. Ama a un joven capitán, le da su alma, por él olvida su orgullo, su honor, su deber, todo...

—¡Lo sabe! ¡Desdichada!

—Pero he aquí que el capitán no la ama, nunca la amó, y el sentimiento que lo llevó a ella era el que inspira una cortesana.

—¡Silencio! ¡Insolente!

—¡Oh! Por más que diga la niña, quiere oír mi drama y prosigo. Mas el

capitán ama a otra, a una joven bella, dulce, pura. La ama con amor inmenso, respetuoso, tierno; y de rodillas ante ella le confiesa con rubor el sentimiento vergonzoso que lo unió a la noble dama.

—¡Afrenta! ¡Rabia! ¡Ah! —gritó Carmen cayendo en tierra y ocultando el rostro entre las manos.

El negro la contempló con cruel complacencia.

Así, así exclamaba también aquella orgullosa mujer cuando se vio burlada, pospuesta, despreciada; y se torcía en los paroxismos de una cólera impotente; porque, débil mujer, carecía del valor que va a pedir a los sombríos abismos de la venganza las delicias que contienen.

Un hombre, un hombre que nada teme, y que ha hecho del mal la esencia de su alma, viene a ella y le dice:

—Si yo te vengo del hombre que te ha ofendido, arrebatándole la mujer que ama, y robándole para siempre por la muerte o la deshonra su cuerpo o su alma, ¿qué me darás?

—¡Todo! —exclamó Carmen, alzándose impetuosa y estrechando con fuerza el brazo del negro—. ¡Todo! ¿Lo oyes? Mi oro, mis joyas, mi poder.

—¡Eh! —dijo el negro con desdeñoso gesto—. ¿Para qué quiero yo tus riquezas? ¿Pueden darme ellas una gota de felicidad?

—¿Qué deseas, pues? ¡Habla!

—Te amo —exclamó el negro.

—¡Tú, vil esclavo!

—Sí, te amo; y en cambio de tu venganza, quiero que aceptes mi amor.

¿Quién podría explicar lo que pasó en ese momento entre la borrasca que devastaba hacía algunas horas el alma de Carmen? El orgullo y los celos debieron tener un terrible combate, en que los celos triunfaron al fin, pues la altiva joven depuso el ceño.

—Y bien —dijo—, dame la venganza; y cuando la haya saboreado, juzgaré

si vale mi amor.

—¡Ángel de luz! —exclamó el negro con impetuoso ademán—. Acabas de hacer alianza con el espíritu de las tinieblas; y este, para hacer irrevocables sus pactos, los marca con un sello de fuego.

Y antes que Carmen hubiera podido impedirlo, oprimió sus labios con un ardiente beso.

—¡Miserable! —exclamó la orgullosa aristócrata—. ¡Me pagarás con la vida esta afrenta!

—Eres mía —replicó el negro—. Nos ha unido un beso de amor, y me perteneces para siempre. Yo te doy la venganza, y tú me darás la dicha. ¡Qué digo! ¡Acabo de saborearla en tus labios! ¡Dicha suprema que defenderé con celoso afán! El hombre que osara acercarse a ti morirá. Maté a González porque te amaba, y mataré a Monteagudo porque te ama. Lo he resuelto: así será.

Y dejando a Carmen anonadada de vergüenza y terror, el negro desapareció.

VI

La cita

A las once de la siguiente mañana, un yerbatero, en compañía de sus verdes cargas, estacionaba frente a la casa de la condesa de Peña-blanca.

De pie y recostado en la olorosa alfalfa, ocultaba el rostro bajo el ala del sombrero, sin duda para guarecerse de los ardientes rayos del sol, y dormitaba una deliciosa siesta: tal era la negligencia de su actitud.

Sin embargo, al cabo de algún tiempo se incorporó lentamente; y llevando la mano al bolsillo de su chaqueta, tomó un objeto que miró por la abertura de su raído poncho.

Quien hubiera seguido la dirección de su mirada hubiera visto un magnífico reloj cercado de brillantes.

—¡Media hora de espera! —murmuró—. Y esa maldita negra no parece...

—*El cazo le dijo a la olla* —cantó una voz detrás del yerbatero.

—¡Rita! ¡Acabarás de llegar!

—¡Gua! ¿Sabía yo acaso que estabas aquí, disfrazado? ¡Imprudente! No parece sino que está buscando su destino.

—¿Ya empezamos? Sígueme a la plaza que tengo que hablar contigo.

—Es mi camino, mas no puedo detenerme: me manda la señorita.

—¿Dónde vas?

—Voy a llevar esta carta y volver en el momento.

—¡Una carta! Dámela.

—¡La carta que me da la señorita para el señor Monteagudo!

—¡Para él! ¡Oh! Dame esa carta te digo porque si no... —dijo el yerbatero a media voz, pero con terrible acento, arreando sus cargas en pos de Rita, que al llegar a la plaza se detuvo intimidada.

—Pero, Andrés, ¿qué diré a la señorita?

—Dame la carta y descuida.

—Hela aquí. ¡Dios mío! ¿Por qué me diste por hermano a este diablo del infierno?

El negro cogió la carta y examinó el sello. Luego sacó del bolsillo un cortaplumas y un lente. Expuso la fina hoja de acero al rayo solar filtrado por el cristal, y cuando se hubo caldeado lo bastante, aplicó al sobre de la carta, levantó diestramente el sello, y la leyó.

—Llevas también una llave.

—Sí.

—Y bien, he aquí la carta cerrada y sellada como la recibiste. Entrégala, y trae la respuesta. Te espero aquí.

Un cuarto de hora después, Rita entregaba a su hermano un billete

sencillamente plegado, pero que parecía guardar aún la huella de la aristocrática mano que lo había escrito.

El negro lo abrió del mismo modo que el otro y se puso a leerlo con avidez. El billete decía así:

“Cualquiera que sea el peligro que amenaza mi vida, bienvenido sea, pues impide a la bella Carmen el recibirme en su casa donde la hallaría rodeada de importunos, y le aconseja llamarme a un paraje solitario, donde mientras ella me hable de ese riesgo que bendigo, me embriagaré yo en la mirada de sus ojos, y en la melodía de su voz. ¡Y aún está el sol en lo alto del cielo! ¡Y aún no es más que mediodía! ¡Oh, Dios! Nunca llegará la noche”.

El negro plegó de nuevo y selló el billete, sonriendo con una risa siniestra.

—Lleva este billete a tu señora, Rita, que debe esperarlo impaciente.

—Dices eso, Andrés, de un modo que me haces estremecer. ¿Qué intentas contra la niña?

—¿Quién te ha dado la osadía de averiguar mis intentos? Obediencia y silencio: he allí lo que te conviene si quieres vivir largo tiempo. Vete.

VII

La fuga

Al anoecer de ese día, un coche cuidadosamente cerrado partió de la calle de San Pedro. Atravesó las de Plateros y San Agustín, torció a la izquierda, y se dirigió a la portada del Callao.

En aquel coche iban dos personas: una mujer de edad madura y una joven.

La primera, grave y meditabunda, parecía haber tomado una penosa, pero firme resolución. La última lloraba en silencio con el rostro oculto entre las manos.

Cuando el ruido de las ruedas y de los cascos de los caballos se hubo apagado en la arena del camino, la joven levantó la cabeza, y paseó en torno una dolorosa mirada.

La noche comenzaba a tender su velo sobre el paisaje. Las copas de los sauces se dibujaban sombrías sobre el azul estrellado del cielo; el grillo cantaba

entre la maleza, y la brisa empapada en los aromas del azahar mecía con triste rumor las ramas de los árboles.

La joven asomó la cabeza por el claro de la portezuela y miró hacia atrás.

La última vislumbre de occidente se reflejaba con tintes rojizos en los blancos capiteles de la portada; y en el fondo oscuro de su arco, empezaban a brillar las luces de la ciudad.

—¡Lima! —murmuró la joven. Y el acento con que pronunció esta palabra encerraba un mundo de dolor.

—¡Lima! —repuso su compañera—. Lima que ya no nos es dado habitar, hija mía, por más doloroso que sea abandonar ese hospitalario asilo de nuestra orfandad, donde hemos pasado días felices, a pesar de la suerte enemiga que, siempre obstinada en perseguirnos, me ha puesto en la necesidad de despedazar tu corazón.

—¡Ah, mamá! ¿Existía acaso esa necesidad? ¿No te he jurado no ver más a Felipe, con tal de que me dejaras vivir cerca de él, respirar siquiera el aire que él respira?

—El honor y el deber me ordenan alejarte de él, Irene; el honor y el deber te ordenan a ti desterrar del corazón ese amor sacrílego. El honor y el deber, hija mía, tienen leyes severas, que no transigen con ninguna debilidad.

—Tienes razón, mamá, tienes razón. Ha habido momentos en que he querido rebelarme contra tus decisiones; pero mi fe en ti está demasiado arraigada en el corazón. He aquí, pues, tu hija, haz de su destino lo que mejor te plazca. Pide a Dios solamente que me de fuerza para resignarme con su voluntad, y no sucumbir en esta horrible prueba.

—Confía en su bondad, hija mía —repuso la madre, procurando afirmar su voz conmovida—. Él, que tiene magníficas recompensas para aquellos que cumplen su deber en la tierra, te enviará, no lo dudes, la paz y la dicha. Ahora lloras, pero después te regocijarás.

—¡Después! —murmuró Irene—. ¡Después! ¡Qué siglos de dolor encierra esta palabra!

E inclinando la cabeza pareció hundirse en dolorosa meditación.

Entretanto, el coche había dejado atrás los últimos árboles de la alameda, y rodaba sobre un camino polvoroso bordado de altas malezas donde cantaban millares de insectos. Acercábanse a la *Legua*, y ya a la luz de la luna se distinguían los pardos techos del *tambo*.

De repente, un jinete, que embozado hasta los ojos caminaba hacía rato a vista de los viajeros, pero guardando entre ellos una distancia calculada, puso a galope su caballo.

El cochero, que sentado en el pescante cantaba descuidado, interrumpió su canción para mirar hacia atrás.

En ese momento, el jinete, que había emparejado el coche, dio un silbido.

Cuatro hombres surgieron debajo de un matorral; dos de ellos detuvieron los caballos, y los otros se apoderaron de las viajeras. El uno ligó a la espalda las manos a la señora, y el otro puso a la niña desmayada en los brazos del embozado, quien acercándose al cochero, mostrole en silencio, pero con ademán imperioso, el camino del Callao, tomando él el de Lima, a toda la carrera de su caballo.

Todo esto pasó en el corto espacio de un minuto.

La madre dio gritos espantosos; y ligada como se hallaba quiso arrojarle a tierra.

Pero de repente se detuvo pálida y anhelante. Un pensamiento horrible hirió su mente, secando sus lágrimas y cambiando su dolor en indignación.

—¡Infame hipócrita! —exclamó—. Ungía resignación ¡y se preparaba a huir con su amante! ¡Que la sangre de tu padre sea sobre tu cabeza, hija desnaturalizada! ¡Yo te maldigo!

Y la desdichada mujer cayó desfallecida en el fondo del carruaje que por orden del raptor corría en dirección del Callao.

A la misma hora en que los viajeros dejaban Lima, Salgar entraba en su casa después de la lista de cinco.

Una mujer lo esperaba sentada en el umbral de la puerta.

—¡Inés!... Una carta suya, ¿no es verdad?... ¡Pero tú lloras!... ¡Dios mío!

¿Qué ha sucedido?

— ¡Ay, señor, ya su mercé no verá más a la pobre niña!

— ¿Qué dices?

— Acaba de partir para el Callao, y esta noche se da a la vela para España.

— ¡Pérfida! Me ha engañado. Anoche mismo me juraba seguirme y ser mía.

— No la culpe su mercé. ¿Qué podía hacer la pobre niña? Su madre la domina; y cuando habló la señora, ella dijo siempre amén. Pero en lo que pasó esta mañana a cualquiera se la doy... Figúrese, su mercé, que de repente entraron a casa dos caballeros: y que la señora, que parecía esperarlos, hizo pasear a uno de ellos de la cocina al desván inventariándolo todo. Hecho esto, volvieron al salón en donde uno de aquellos hombres, sumando el inventario, dejó un saco de oro y partió.

— He aquí, capitán Vázquez —dijo la señora al otro, que se había quedado en casa—. He aquí la única fortuna de la pobre viuda que lleva usted a bordo. ¡Ah, cuán feliz salí de España y cuán desdichada vuelvo!... ¿Partimos hoy en fin?

— Esta noche, entre dos y tres sin falta. Desde esta mañana sopla una brisa magnífica.

— ¡Loado sea Dios!

— Me llevo, pues, vuestro oro. He aquí mi recibo. Hasta la noche.

— ¡Inés! ¡En nombre del cielo, acaba! ¿No ves que muero de angustia?

— A ello voy. Yo estaba escuchando, y cuando oí hablar de viaje, quise venir a avisar a su mercé; pero la señora había cerrado la puerta y guardádose la llave. A las cinco me llamó. No sé lo que había pasado. La niña lloraba amargamente sentada en un rincón; la señora estaba triste, y por momentos sus ojos se llenaban de lágrimas.

— Inés — me dijo —, ¿quieres seguirnos a España?

— ¡Ay, señor! Aunque yo la quiero tanto a la niña, sobre todo esto de irme fuera de Lima se me hizo muy cuesta arriba. ¿Dónde hallaría yo en esos mundos

de Dios nuestro regalo, el sahumero, la mistura, los limpiones, Amancaes, el Puente, ¡bah!, ¡imposible, imposible!

—¡Inés! ¡Me estás dando ochenta muertes! ¿Qué te dijo para mí?

—¿La señora?

—¡Irene!

—Cuando la señora me dijo que era libre y que me quedara, y me dio toda esta plata... La niña me hizo seña de que me acercase con pretexto de acorchetarle el vestido; y me encargó decir a su mercé que le había sido imposible desobedecer a su madre; que iba a morir, eso sí, pero que su mercé la olvidara.

—¡Ah! ¿Creíste eso posible, Irene? ¡Yo te haré ver que te engañas! ¡Yo te haré ver cómo sabe amar el corazón que te ama!

—¿Dónde va su mercé, por Dios?

—A correr en pos suya, a arrojarme a los pies de su madre, a pedirle... ¡A pedirle que me dé la muerte! —dijo Felipe montando a caballo y partiendo a toda brida.

Las calles, la portada, la alameda: todo lo dejó atrás en breves instantes; y cortando con impaciencia las revueltas del camino, corría en línea recta, saltando tapias y matorrales, sombrío, silencioso, con la mirada fija en el horizonte, pareciéndole a cada momento ver perderse en la azul lejanía las blancas velas de la nave que le arrebataban a su amada.

De pronto, Salgar divisó a un jinete que corriendo en dirección opuesta venía a encontrarse con él. Llevaba extendido entre sus brazos el cuerpo de una mujer cuya cabeza iba echada hacia atrás, y a la luz de la luna, veíase ondear al viento su larga cabellera.

A diez pasos de distancia aquel hombre, que había reparado en Felipe, torció hacia la derecha y dando espuela a su caballo, cogió un sendero que cruzaba los campos. En ese momento, la mujer que llevaba consigo, y parecía muerta o desmayada, se enderezó de repente, y tendiendo los brazos a Salgar, gritó con angustia:

—¡¡Socorro!!

Al eco de aquella voz, Felipe se estremeció, y echando mano a la espada, se arrojó sobre el raptor.

Este, viendo que le era imposible defenderse, soltó a su presa y desapareció.

—¡Irene! —exclamó Felipe, cayendo a los pies de su amada.

Irene vaciló un momento, miró hacia atrás, divisó a lo lejos el coche en que se alejaba su madre; luego miró a Felipe, que la imploraba con ademán suplicante.

—¡Oh, madre mía, perdón! —exclamó—. Yo había consentido en morir por obedecerte; ¡pero no tengo fuerzas para volver a comenzar mi suplicio!

Y se arrojó llorando en los brazos de Salgar.

VIII

El asesinato

Un hombre, entrando a brida suelta por la portada de Guadalupe, se detuvo delante de un callejón en la calle del Sauce.

—Candelario —dijo a media voz.

—Capitán —respondió un negro que parecía esperarlo hacía rato en la puerta del callejón.

—¿Hiciste mi encargo? —continuó el primero echando pie a tierra.

—Sí, capitán.

—¿Afilado y empitado?

—Empitado fuertemente, y afilado por el mejor amolador, hele aquí.

—Bien. ¿Dónde está Francisco?

—En la calle de Escribanos, acechando a nuestro hombre, que no ha mucho tomaba un baño y ahora se estará vistiendo.

—¡Las ocho! Ya es hora de apostarnos.

Dio un golpe en la grupa a su caballo que, a esta seña, entrando en el callejón, se perdió entre sus oscuras encrucijadas.

Los dos hombres subieron calle arriba, y luego se dirigieron hacia la plazuela de San Juan de Dios.

Llegados allí, el uno se quedó en la bocacalle que hoy cruzan los rieles del ferrocarril, y el otro fue a apostarse en la mitad de la plazuela bajo las ventanas de la Micheo.

No de allí a mucho, oyose a lo lejos un prolongado silbido que repitió luego el negro apostado en la esquina.

Poco después apareció un hombre apuesto y elegante; cruzó la calle y siguió el costado derecho de la plazuela, alumbrada entonces por los rayos de la luna.

En el mismo instante, aquel que parecía esperar apoyado en la puerta cerrada de una tienda, incorporándose de repente, vino derecho y con paso mesurado al encuentro del que iba, quien, preocupado sin duda de algún pensamiento, no hizo en ello atención ninguna.

Al cruzarse aquellos hombres, brilló un relámpago, oyose un grito ahogado, y uno de ellos rodó en tierra.

El asesino se inclinó sobre él, registró sus bolsillos, apoderose de una llave, y yendo hacia el hombre que había dejado en acecho, y que se había ya reunido con aquel que vino siguiendo al desconocido...

—Candelario —le dijo—, recoge puñal, pero guárdate de tocar un pelo siquiera de ese cadáver: en ello te va la vida. Por lo demás, ya sabes: en caso de aprehensión, tú lo mataste, tú; y nadie te saque de ahí, que aquí estoy yo para librarte, cualquiera que sea el peligro en que te halles. En cuanto a ti, Francisco, achácalo todo a tu amo. Por bueno que sea contigo, recuerda que es blanco, y basta. ¡Cuidado, pues!

Y volviendo sobre la derecha, tomó la sombra y atravesó la plazuela.

—¡Amén! —dijo Candelario—. Menos en lo de recoger el puñal. ¿Cómo acercarse al muerto sin que tienten a un cristiano esos dos gruesos diamantes que desde aquí veo brillar en su pecho y en su dedo? Huyamos, huyamos presto, Francisco, que las manos me hormigean.

Y ambos echaron a correr.

Entretanto, el asesino atravesó a paso largo la calle de Belén, y deteniéndose delante de una puerta, después que hubo consultado su número, abriola con la llave que había quitado al cadáver, y se introdujo en un vasto jardín plantado de árboles y cubierto de emparrados.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse, saliendo de entre el follaje de una glorieta, Carmen Montelar se adelantó al encuentro del que llegaba.

Pero al verlo, detúvose de repente y exclamó con espanto:

—¡No es él!

—No, por cierto —repuso el otro en tono de fisga—. No, no soy el que esperabas, pero en cambio soy aquel que sabe cumplir sus propósitos.

—¡Andrés!... ¡Oh, lo ha asesinado! —exclamó ella y cayó al suelo sin sentido.

El negro se puso a contemplarla con insolente complacencia.

—¡Qué hermosa es! —decía—. ¡Y pensar que este bello cuerpo extendido a mis pies pudo ser mío ahora mismo, y embriagarme con todos los tesoros de hechizo y de voluptuosidad que encierra!... ¡Capitán Salgar! ¡Caro me pagarás el encuentro de esta noche! Tengo sed de esta mujer: la amo con un amor rabioso; ¡y tener aún que esperar! ¡Oh!

Alejose algunos pasos, y yendo a una acequia que atravesaba el jardín, cogió agua en la palma de la mano y roció el rostro a la joven, que abrió los ojos y se levantó asustada.

—No temas —le dijo el negro—. Una larga hora has estado a discreción mía. Tú, que habías venido aquí para hacerme traición; mas yo no he querido vengarme de tu deslealtad: te he respetado, y mi mano no se ha extendido ni aun a la orla de tu velo. Pero acuérdate, Carmen Montelar, que el día que te entregue la honra o la vida de tu rival serás mía; y que no podrás eludir el cumplimiento de tus promesas, aunque te ocultes en las entrañas de la tierra. Adiós.

Aquella misma noche, Candelario y Francisco fueron aprehendidos y el primero declarado asesino del ilustre Monteagudo.

IX

El voluntario

La mañana siguiente, cuando Carmen delante de su espejo contemplaba la palidez que los sucesos de la noche habían dejado en su mejilla, vio entrar a su hermano vestido de militar.

—¿Qué es esto, Gabriel? ¡Con un uniforme auestas!

—Ya lo ves, querida mía: he endosado la casaca y soy una plaza más en el batallón Arauro, que hasta hoy guarneció Lima.

—¡En el Arauro!

—Sí, y en la compañía del capitán Salgar... ¿Pero nada más ves en mí?

—Calzas espuelas. ¿Te marchas?

—Marchamos al campamento, que está entre Baquijano y Bellavista; y dos horas después nos embarcamos para Arica.

—¡Se va! ¡Corazón! ¡Cuánto lo amas todavía!

—En la madrugada el cuerpo ha recibido orden de partir y el *Leónidas* nos espera en Bocanegra, donde nos embarcaremos para evitar los fuegos del castillo. Sabe Dios que yo no amo la vida de soldado; pero me arrojan en ella, ¿sabes qué?

—¡Penas de amor!

—Sí, ayer perdí la esperanza ya: Irene partió con su madre a España.

—¡Partió! —murmuró Carmen—. ¡Maldición! ¿Y mi venganza? ¡Oh! Al menos, quiero verlo a él; ¡gozarme en su dolor!

Y volviéndose a su hermano:

—Gabriel —le dijo—, no nos separemos tan presto: quiero acompañarte hasta la playa. Voy a prevenir a mi tía, pido el coche y parto.

—Mucho lo agradeceré, hermanita; pero apresúrate. El batallón está formado y va a ponerse en marcha.

X

La leona

Poco después en la playa de Bocanegra, y entre el tumulto del embarque, una mujer, lanzándose de un carruaje, se mezcló al gentío. Era Carmen Montelar.

Un hombre se le acercó y le habló al oído.

Carmen se puso pálida; pero en sus ojos brilló una feroz alegría.

—Te sigo —le dijo, y desapareció con aquel hombre.

El *Arauro* se había embarcado, y el *Leónidas* solo esperaba para darse a la vela la llegada de un oficial, cuyo retardo se achacaba a una orden superior.

—¡Diablo de Salgar! —decía el coronel, dirigiendo su antejo a tierra—. ¿Qué puede detenerlo todavía? Fue a traer los estados del cuerpo que olvidé en la mesa del General Salón y que le encargué ir a buscar, porque él era el único que estaba a caballo. No quería ir y ahora no quiere volver.

—Allí viene un bote. ¿Trae quizá a Salgar?

—No, en él viene un paisano.

En efecto, un hombre envuelto en una ancha capa y el sombrero caído hasta los ojos, saltó en un bote, puso una onza en la mano al barquero, y le dijo con voz breve:

—Al *Leónidas*.

—Señor —repuso vacilante el barquero—, estoy esperando al capitán Salgar.

—Pierdes tu tiempo, no vendrá. Vamos.

Y muy luego el desconocido abordó el bergantín, subió ligeramente su escalera de cables, atravesó los grupos de soldados, y descendió furtivamente a la bodega.

Llegado allí, pasó una ávida mirada sobre la multitud de equipajes amontonados en aquel sitio, e inclinándose sobre las placas en que estaban

inscritos los nombres de sus dueños leyó:

—Mayor Álvarez, teniente Coloma, comandante Gómez, capitán Salgar...

—Hela aquí.

Acercó los labios a un pequeño agujero abierto con disimulo sobre la cubierta de un baúl, y dijo con voz baja:

—¿Irene?

—¡Felipe! ¡Al fin! —respondió una voz sorda desde el interior del baúl.

—¡Ah! ¡Estabas aquí y lo esperabas! Pues sabe que no vendrá.

—La *Leona*... ¡Dios mío! ¡Soy perdida!

—Sí, la leona a quien heriste en el corazón, la leona que te tiene ahora bajo su garra, y que no te soltará.

—¡Felipe! ¡Dios mío! ¡Felipe!

—En vano lo llamas. Acusado de conspiración, Felipe acaba de ser aprehendido y se halla en el campamento con centinelas de vista.

—¡Cielo! ¡Qué va a ser de él!

—Piensa en ti, en prepararte a morir. En cuanto a él, yo soy noble, rica y hermosa, y lo amo: es decir, lo puedo todo, y lo salvaré. Así, mientras tú mueres aquí desesperada, yo, libre de tu fatal influencia, reconquistaré su amor.

—¡Me ahogo! ¡Piedad!... Socorro.

—Nadie te oirá; y antes que aquí baje alma viviente habré yo llegado a Lima.

—¡Lima! —exclamó la desventurada, y exhaló un hondo gemido—. ¡Lima!

Y el recuerdo de la mágica ciudad, de sus frescos jardines, de sus bosques de naranjos y sus embalsamados auras, todo lo expresó el acento con que esta palabra se exhaló de su pecho falto de aire.

—Sí —replicó la otra—. Lima, que tú no verás ya, y donde a mí me esperan largos días de dicha y de amor con Salgar.

—Pues bien —exclamó la desdichada Irene—, si tienes la certidumbre de recobrar su amor, ¿por qué quieres mi muerte? ¿Qué puede inspirarte el bárbaro placer de verme morir en las convulsiones de esta atroz agonía? ¡Ah! Sin él yo no quiero la vida, y la abandonaré a tu venganza; pero en nombre del cielo, ¡ten piedad de mí! Sácame de este sepulcro, vuélveme a la luz, ¡al aire! Deja que respire todavía el perfume de las flores, el ambiente cálido del día, la brisa embalsamada de la noche, y después, te lo juro, ¡moriré!

Así hablaba la pobre niña con voz suplicante que habría ablandado el alma de un tigre; pero la herida que sangraba en el corazón de Carmen había extinguido en ella toda piedad.

—¡Ah! —dijo—. ¡Tú gimes ahora y me demandas piedad! ¿Quién la tuvo de mí en el largo martirio de mi amor ultrajado, en las eternas horas que pasé acechando las caricias que te prodigaba mi infiel amante, ahogando gritos de rabia, y destrozando con las uñas mi pecho, para que el dolor material embotara el dolor del alma? ¿Quién tuvo piedad de mí en los solitarios insomnios de mis noches, en que cada momento era un siglo, y cada latido del corazón una tortura? ¡Oh! Tú triunfabas entonces y reías de mi humillación. Mi vez ha llegado y yo río ahora de tus cobardes gemidos. ¡Muere!

Y dejó la bodega, sin escuchar los sordos gritos con que la desdichada Irene le pedía la vida.

XI

El reclamo

El bote, que atracado al bergantín, esperaba a su pasajero, fue invadido por cuatro oficiales de la división sitiadora que se volvían a tierra.

—¿Qué esperas? —preguntaron al barquero.

—Espero al señor que me ha pagado el bote... Pero hele aquí que baja.

Los oficiales hicieron lugar al recién llegado, y el barquero remó hacia tierra.

Un hombre esperaba en la playa. Inmóvil, y sujetando un caballo por la

brida, tenía la vista fija en el bote que se acercaba.

Cuando los pasajeros saltaron en tierra, se acercó al embozado y le dijo por lo bajo:

—He cumplido mi promesa. Carmen Montelar, ¿cuando cumples la tuya?

—Caballeros —dijo ella, volviéndose a los oficiales—, ¿veis ese hombre? Es Andrés, el Rey Chico, capitán de los salteadores que asolan el camino de Chorrillos y la Tablada de Lurín. En nombre de la seguridad pública, echadle mano.

Pero antes que ella acabara de hablar, el negro, saltando con ligereza sobre el lomo de su caballo, hízole una seña de amenaza, y huyó, enviando por adiós a los oficiales que se preparaban a aprehenderlo una irónica carcajada.

Cuando Carmen, dejando su disfraz y recobrando sus vestidos que había dejado en una choza de pescadores, pidió su coche, supo que había sido tomado para conducir a un oficial que, acusado de conspiración y aprehendido en el momento de embarcarse, después de una tenaz resistencia, en la que mató a algunos soldados, reducido a prisión, se había vuelto loco, y cargado de cadenas había sido conducido a Lima y encerrado en San Andrés.

Al escuchar esta noticia, Carmen palideció y el nombre de Felipe se mezcló en sus labios con un gemido.

Pero luego, otro sentimiento clamó más alto en su alma que el dolor. Y llevando la mano al corazón:

—¡Silencio! —exclamó—. ¡Silencio, rebelde! ¿Te has vengado y gimes todavía? No puedes vivir de amor. ¡Y bien! Yo te haré vivir de orgullo.

XII

Escenas de a bordo

El primer día de navegación se pasó alegremente a bordo del *Leónidas*. Los oficiales del Arauro rieron, rentaron, refirieron aventuras, y bebieron sendas copas a salud del desconsuelo en que habían dejado a sus queridas.

Al día siguiente, el fastidio comenzó a darles caza, y largos bostezos corrieron de babor a estribor. Hastiados de la gravedad de hombres en aquella estrecha cubierta, volviéronse todos niños; y mientras el coronel empeñaba largas

partidas de ajedrez con el capitán, los oficiales apuraron el *trecillo*, los *escondidos*, el *toro*, la *rayuela*...

—*A la vara de Moisés* —gritó el piloto.

—¿Qué juego es ese?

—Es un juego de mi país, y muy bonito, como ustedes van a verlo.

Se le vendan a uno los ojos, y poniendo en su mano una varilla se lo deja en libertad. El vendado vaga procurando guiar sus pasos hacia algún objeto que le interese; y cuando lo juzga al alcance de su vara la deja caer sobre él. Entonces el objeto es puesto a su disposición; y siempre bajo la venda, si es un pastel lo parte; si es un canasto lo destapa; y si es un hombre le da un bofetón.

—¡Magnífico! ¡Yo quiero ser el vendado!

—Yo.

—Yo.

—Pues, señores, echar suertes.

La suerte cayó sobre Gabriel.

—Alférez —dijo el piloto, vendándole y dándole la varilla— recomiendo a usted una gran caja de confites a la rosa que el capitán guarda en su cámara, al lado de la mesa de ajedrez. La gracia del juego está ahí: obligarlo a dar la llave.

—¡Oh, piloto, un abrazo por la idea! ¡Y... campo!

Apartáronse todos y Gabriel comenzó con denuedo su marcha; solo que, en vez de guiar sus pasos a la cámara del capitán, los extravió hacia la bodega.

Llegado a la escalera, descendiola con rapidez, creyendo firmemente que bajaba a la cámara del capitán; y después de vagar un momento entre la multitud de objetos amontonados allí, dejó caer su varilla.

—¡Un baúl de Salgar! —murmuraron, riendo maliciosamente por lo bajo—. ¡Diablo! ¡Va a encontrarse con las cartas de su hermana!

—¡Qué chiste!

—Piloto, dele usted esta llave. Es de un baúl chico, como ese, y debe irle bien.

Diole la llave el piloto, y Gabriel abrió el baúl...

Un grito de horror resonó en la bodega.

El joven arrancó la venda que cubría sus ojos.

¡Qué espectáculo! El cadáver de Irene yacía a sus pies.

En el yerto semblante de la desventurada joven había quedado grabada la huella de una horrible agonía.

Desde entonces, Gabriel no pronunció ni una sola palabra. Apoyado en un mástil, inmóvil y la mirada fija en el horizonte, mostrábase enteramente ajeno a la impaciencia con que sus compañeros deseaban la tierra.

Dos semanas después, el mismo día que desembarcaron en Arica, el joven alférez desapareció.

XIII

El rapto

Una bella noche de marzo, clara, ardiente y estrellada, verdadera noche de Lima, Carmen Monlelar, hermosa como ella, y como ella vestida de negros cendales y coronada de brillantes, paseaba los monumentos de Jueves Santo.

Las borrascas del alma no habían dejado ni la más ligera huella en su pura frente y sus lípidos ojos; y nadie habría sospechado la presencia del crimen bajo las suaves ondulaciones de su albo seno. Al contrario, habríase dicho que se había vuelto más bella. En efecto, mezclábase ahora a su mirada y a su sonrisa una expresión misteriosa que la hacía más seductora; y su voz había adquirido una melodía extraña que conmovía profundamente las más íntimas fibras del alma.

Por eso, nunca vio tantos adoradores suspirando en torno suyo; y por eso aquella noche, en las calles y en el templo, seguíanla solícitos, prodigándole lisonjas.

Fastidiada de tantas adulaciones, Carmen procuró ocultarse entre las sombras de una nave, y saliendo por una puerta lateral, tomó una calle excusada.

En la esquina de aquella calle estaba al parecer en acecho un hombre envuelto en un poncho y apoyado en su caballo.

Cuando Carmen se hubo alejado una cuadra, aquel hombre saltó sobre su montura, y partiendo a toda brida, alcanzó a la joven, levantola en sus brazos, envolvió su cabeza entre los pliegues del poncho, sofocó sus gritos, y desapareció con ella entre los escombros de una callejuela...

Tres días después, a las diez de la noche, una mujer pálida y desgredada, llamó a la puerta de un monasterio pidiendo hablar con la abadesa.

La santa prelada dejó su humilde lecho y acudió luego a aquel llamamiento.

—¿Qué buscáis aquí, hija mía? —dijo la abadesa.

—El velo de religiosa —respondió la forastera.

La abadesa la atrajo a sí, y la puerta se cerró tras de ellas.

XIV

Revelaciones

Poco después, el famoso Rey Chico, azote de los caminos y terror de las poblaciones, sorprendido solo en una de sus guaridas, después de una resistencia desesperada, fue aprehendido y encerrado en Carceletas.

Tantos, tan enormes eran sus delitos que no medió mucho tiempo entre su aprehensión y su sentencia de muerte.

El negro la escuchó con aparente serenidad; y cuando puesto en capilla le enviaron un sacerdote, burlose de él y le volvió las espaldas. Su madre, la pobre Nicolasa, vieja y casi ciega, se arrastró llorando hasta la puerta de la cárcel, y pidió que le permitieran ver a su hijo para exhortarlo al arrepentimiento y darle su bendición.

Concedieronle esta gracia; pero él rio de su dolor, y mandó a decirle que se volviera a la cocina.

La desventurada madre fue a echarse a los pies de su ama y le reveló aquello que hasta entonces habían ocultado a la anciana condesa, abrumada de años y de pesares, medio paralítica, y más triste y abatida después de la desaparición de su sobrina: refirióle la prisión de Andrés, su condenación y su impía renitencia.

La condesa gimió amargamente al escuchar la relación de Nicolasa; y cuando supo que Andrés rehusaba disponerse para morir como cristiano, pidió su coche, y haciéndose conducir o Carceletas, solicitó ver al reo.

Concedida la licencia, lleváronla en brazos a la capilla, pues su debilidad le impedía marchar sola.

Al ver a Andrés en aquel terrible sitio cargado de cadenas, la condesa se echó a su cuello llorando.

—¡Oh! ¡Andrés... Andrés! —exclamó—. ¡Quién me hubiera dicho que un día había de verte así!

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah, ama! Mucho tiempo ha que debiste suponerlo. O si no, di: ¿no es verdad que me criaste para hacer de mí un malhechor?

—¡Qué estás diciendo, ingrato! ¿No te he criado en mis brazos, a la par con mi hija y mis sobrinos con el mismo mimo y la misma educación?

—¿Hiciste eso siempre, ama?

—¡Ah, hijo! Después, cuando ya fuiste un hombre, me vi en la necesidad de separarte de mí porque la sociedad desprecia a la gente de tu raza; pero sabes bien que fue muy a pesar mío, y solo en tu interés, por evitarte desaires.

—¿Y por qué hiciste un día lo que no habías de hacer siempre? ¡Tú eras mi ama, yo tu esclavo, es cierto! Pero ¿quién te dio facultad para hacer de mí lo que no era, lo que no podías hacer que fuera? Esa estúpida Nicolasa tiene razón: tú debiste dejarme con ella en la *pampa*.

—¿Cuál habrías sido entonces si...?

—Estás tan estúpida como Nicolasa. ¿A qué arrancarme a mi infeliz condición, a qué elevarme hasta ti, para después proscribirme? ¿Hallarías tú agradable el lodazal después de haber respirado en las regiones del éter?

—¡Pobre Andrés! Si solo hubiera sido por mí, yo me habría alejado de las gentes de mi rango para guardarte a mi lado... Pero alejemos estos recuerdos inoportunos en esta terrible hora. Andrés, hijo mío, he venido a pedirte que aceptes los auxilios de la santa religión que te he enseñado. ¡Ay! Muy luego te seguiré al sepulcro; pero deja que parta con la esperanza de encontrarte en el cielo.

—¡Qué ganga! ¿Y qué es necesario hacer para eso, ama?

—Arrepentirte de tus crímenes, Andrés, pedir perdón a Dios, implorar misericordia.

—¿Y en qué forma?

—Confesando tus pecados y recibiendo la absolución de un sacerdote.

—Bien mirado, quien debe oír mi confesión eres tú, ama, porque mis más grandes pecados han sido contra ti. Vamos, escucha mi confesión; y si juzgas que no tuve razón en lo que hice, me arrepentiré de veras a los pies de un confesor.

La buena señora, ofuscada por su pena, lo creyó al pie de la letra, y armándose de valor, púsose a escuchar los delitos de aquel que había criado con los desvelos que se prodigan a un hijo.

El negro se sentó a su lado, y tosió con aire de burla.

—¡Atención, ama!, porque comienzo.

—Tú fuiste mi primera pasión.

—¡Andrés!

—¿No dicen los clérigos que es pecado amar? Pues bien, yo te amé. Tú misma diste para ello ocasión. Dejábasme ver tu belleza como si yo fuera uno de los pilares de tu cama. ¿Creías, ama, que porque yo era negro no era hombre? Así, te amé, y aborrecía a cuantos a ti se acercaban. Al amo no hay para qué decir que lo detestaba: era tu marido. Él me pagaba en la misma moneda, ¿te acuerdas? ¡Ya se ve! ¿Quién no adivina a un rival? Un día crecieron tanto mis celos que fui a buscar al criado de un boticario, y con el oro que tú me dabas le compré un alfiler templado en ácido prúsico. A la mañana siguiente encontraste al amo muerto en la cama...

—¡¡¡Ah!!!

—¿Qué es eso, ama?

La pobre anciana había caído sin sentido.

El negro fue a tomar un vaso de agua, y roció con ella las sienes a la condesa, que abrió los ojos dando un gemido.

—Ama, muy pronto comienza a flaquear tu valor. Todavía hay mucho que decir.

—¡Monstruo! ¡Y pensar que lo tuve al lado mío!

—Y lo que es más, enamorado de ti. Pero después comenzaste a envejecer. Se cayeron tus cabellos, tus ojos perdieron su brillo, diste en arrastrar los pies... Mas, en cambio, las niñas se volvían cada día más lindas. ¡Qué espléndidas cabelleras! ¡Qué ojos! ¡Qué donaire!... Amé a las dos: a Manuelita, la rubia, y a Carmen, la bellísima morena. Carmen de lo alto de su soberbia no había siquiera sospechado mi amor. Manuelita, más perspicaz que tú, lo adivinó; y redobló el odio que me tenía, y se complacía en exasperarme hablando de su novio, de su amor, y de su próximo enlace.

El negro se interrumpió; y mirando a la condesa como el asesino mira el sitio en que ha de hundir el puñal:

—Ama —le dijo—, ¿te acuerdos del quince de febrero?

—¡Mi hija! —exclamó la condesa con doloroso acento—. ¡Hija mía!... ¡Bárbaro! ¿Quieres hablarme de su espantoso fin?

—¿No es cierto que fue espantoso? ¡Oh! Tengo muy presente ese día: vas a verlo, ama.

—Andrés, ¡por piedad!...

—Es necesario hablar de ello. ¿No le hago mi confesión?

Como estaba diciendo, tengo muy presente ese día.

El sol estaba brillante, el mar sosegado y terso, parecía un espejo inmenso en

que se reflejaba el cielo, una brisa húmeda y tibia hacía ondular los velos y los rizos de las hermosas que bajaban al baño.

Ella también, Manuelita, estaba allí. Alegre y coqueta, abrió la puerta de mimbrres y salió vestida con su primoroso pantalón azul galoneado con cintas blancas, su sombrerito de paja y sus magníficos cabellos sueltos a la espalda.

Sus ojos buscaron en torno, y divisando a su novio, enviáronle una mirada tan ardiente y apasionada, que todavía la siento en el corazón; y haciéndole una graciosa seña de adiós, Manuelita se arrojó al agua.

Muy luego todas las miradas se fijaban en los caprichosos giros de una bandada de jóvenes nadadoras dirigiéndose al asalto de una canoa que cruzaba el *Aguadulce*.

Una de ellas, más ligera y más diestra, iba ya a tocar la embarcación, y se volvió hacia las otras riendo de sus inútiles esfuerzos.

Mas de repente, palideció, y la sonrisa se heló en su labio...

—¡Hija mía! ¡Diole un vahído que fue causa de que pereciera!...

—¡Un vahído! No, ama, no. ¿Sabes lo que fue? Sintió la pobrecilla dos manos crispadas y furiosas que surgiendo debajo de ella, apresaron sus pies como dos leñazos de hierro, y la arrastraron al fondo del agua.

—¡Oh! ¡Calla!... ¡Calla!

—Entonces de trece lindas cabezas que los espectadores veían revolotear en las ondas, solo contaron doce. El número fatal había desaparecido.

—¡Hija mía! ¡Manuelita! ¡Manuelita! —gritó la condesa.

—Así, ama, así exclamaron mil voces en la playa; y al mismo tiempo se arrojaron al mar todos los nadadores que se hallaban presentes.

Pero, de repente, como para responder al nombre que invocaban, viose aparecer sobre la cima de una ola el cadáver de una joven desnuda, y velada solo por sus largos cabellos.

La condesa, con la respiración anhelante, los ojos demasiadamente abiertos

y la mirada fija, escuchó hasta la última palabra de la espantosa revelación. Luego, exhalando un hondo gemido, rodó al suelo sin conocimiento.

El negro la levantó, y haciéndola sentar de nuevo, llamó.

Presentose el cabo de guardia.

—Es necesario llevar de aquí a esta pobre señora —le dijo mostrándole a la condesa—. Se ha desmayado al despedirse de mí.

Y luego añadió a media voz.

—¡Qué lástima! ¡No ha podido oír la historia de su sobrina!

Algunas horas después, el negro moría en la plaza de Santa Ana, ante una inmensa multitud, ¡riendo impiamente de sus crímenes, de la muerte y de Dios!

XV

El encuentro

Un día, no ha mucho tiempo, el claustro de uno de nuestros monasterios presentaba un espectáculo singular.

Innumerables corrillos de monjas y seglares discutían a media voz, comentando hasta lo infinito un incidente de picante actualidad.

Era el caso que una monja moribunda pedía para hacer su confesión a un santo misionero recién llegado de Palestina y precedido por la fama de eminentes virtudes. El santo padre le había hecho altas concesiones que él aplicaba a las dolencias de las almas con todo el celo de una ardiente caridad.

Lima lo veneraba; y la Italia, la España y la Francia se disputaban su cuna; mas para el padre José la patria era todo paraje donde había desgraciados que consolar; y en su pálido, pero bello semblante, estaban retratadas con rasgos sublimes la piedad y la indulgencia.

Pero no era solamente la próxima llegada del misionero y el deseo de contemplar su venerable semblante lo que tenía en tan inquieta expectativa a la reclusa grey.

Las noveleras esposas del Señor tenían aún otro motivo para arder en

cuchicheos.

La religiosa que iba a morir era un misterio con toca. Nadie vio nunca su rostro, ni supo de dónde venía ni quién era.

Una mañana, hacía eso muchos años; amaneció en el convento bajo el velo de profesa. Esto era lo único que se sabía; y la ardiente curiosidad de las desocupadas habitantes de aquel recinto se estrelló siempre en el silencio obstinado de dos personas: la abadesa y la tornera. Muertas las dos, el misterio quedó en pie.

Otro enigma.

Esta mujer, que exageraba las austeridades del claustro, jamás se acercó al confesionario, nunca a la mesa del altar.

Figúrese pues quien pueda el hormigueo de chismes que todo esto haría nacer.

Así, cuando llegó el misionero, y que, atravesando el claustro entró en la celda de la enferma, habrían dado a lo menos la cuarta parte del cielo por estar en su lugar.

El hombre de Dios se acercó a la moribunda y quedó solo con ella.

—Padre mío —dijo la religiosa alzando el velo que hasta entonces ocultaba su rostro—. Ved aquí una mujer cargada de crímenes...

—Hija mía —la interrumpió el misionero, mostrándole un crucifijo—. He aquí un Dios todo clemencia y misericordia. Ten confianza en su bondad infinita. Él, que perdonó a Magdalena, guarda también para ti los mismos tesoros de indulgencia.

—¡Oh, padre mío! Ella amó y yo no he amado nunca, porque he vivido poseída por el orgullo, ese implacable demonio, que tomando la forma de los más nobles sentimientos, los emponzoñó en mi corazón, ¡convirtiéndolos primero en egoísmo y después en crimen!

Y la moribunda reveló al misionero los profundos arcanos de su alma.

El santo religioso, con los brazos cruzados sobre el pecho y el pálido rostro

oculto bajo los pliegues de su capulla, escuchó inmóvil y mudo aquella confidencia.

—He aquí, padre mío, la historia de mi vida —dijo la monja al finalizar su larga confesión—. ¿Creéis que esta horrible cadena de crímenes puede alcanzar perdón?

La misericordia de Dios es inmensa, hija mía: dudar de ella es dudar de su grandeza.

—¡Padre! —repuso la moribunda con voz apagada—. Un pensamiento terreno pesa todavía sobre mi corazón, y turba mis últimos momentos. ¡Mi hermano! Erámos huérfanos; crecimos como dos avejillas en un nido solitario. Debíamos amarnos, y él me amaba; pero yo despedacé su corazón, agotándolo para su dicha en la primavera de su vida. ¿Qué fue de él? Lo ignoro. Vaga quizá en este mundo, solitario y desdichado.

—¡Dios ha tenido piedad de él y le ha abierto sus brazos! ¡Carmen! —añadió el misionero, echando hacia atrás la capulla que cubría su rostro—. Muere en paz, hermana mía, ¡tu hermano también te perdona!

—¡Gabriel! —articuló la voz extinguida de la moribunda. El misionero levantó los ojos al cielo, y pronunció las palabras de la absolución.

Luego, y después de haber contemplado algunos instantes el rostro inmóvil de la monja, tendió la mano sobre sus apagados ojos y los cerró para siempre; colocó sobre su pecho el crucifijo, enjugó una lágrima, última gota de las tempestades del mundo, y recitó las solemnes palabras del *De profundis*.

Lima, 1862

2. Los émulos de aquel hombre ilustre forjaron contra él horribles calumnias. (Nota de la autora).

EL TESORO DE LOS INCAS

Leyenda histórica

I

¡El tesoro de los incas! Estas palabras llevan desde luego la mente a la sagrada metrópoli de los hijos del sol, al emporio de su pasada grandeza: ¡al Cuzco!

El Cuzco es la ciudad de las leyendas fantásticas, de las maravillosas tradiciones. El piso de sus calles es sonoro cual si cobijara inmensos subterráneos; bajo el pavimento de sus templos murmuran las ondas de ignotos raudales; las piedras de sus cimientos están asentadas sobre las minas de oro; y en las oscuras noches de conjunción se elevan de su vasto recinto esos pálidos meteoros que el vulgo mira con tanta codicia como terror.

Mezclando a la belleza de la balada la gracia del idilio, derrámanse como un puñado de joyas en las verdes sinuosidades de una quebrada; y envuelta en su florido manto orlado de eternas nieves, la mágica ciudad finge dormir indolente y olvidada de su grandioso pasado. Sus guerreros se han convertido en pastores; sus vírgenes, apagado el fuego sagrado, han abandonado el templo; y sus ancianos acurrucados cual mendigos al borde de los caminos y las canas cubiertas de polvo, tienden al viajero una mano desecada por el hambre.

Pero aproximaos y mirad de cerca a esos ancianos, a esas vírgenes, a esos pastores, y veréis brillar furtiva en sus ojos abatidos la sombría luz de un misterio. Aprended su hermosa lengua, y escuchad las pláticas de sus largas veladas en torno al hogar de las cabañas, y creeréis oír las simbólicas endechas de los desterrados de Sion bajo los sauces de Babilonia.

¿Qué pensamiento arde bajo la paciente resignación con que sobrellevan su infortunio? Ese vestido de gala conservado siempre al lado de su eterno luto, ¿qué esperanza revela? y ¿cuál es ese secreto transmitido de generación en generación y guardado tan religiosamente entre los harapos de su miseria?

Todo esto lo encierra para ellos una palabra: *Hallpa-mama*.

—¡*Hallpa-mama!* —exclaman después del nombre de Dios en sus plegarias—. *Hallpa-mama* —repiten vertiendo en tierra la primera copa de sus festines—.

Hallpa-mama —murmuran en las horas de quebranto, cuando el yugo de su perdurable servidumbre pesa demasiado; y esta mística palabra difunde el valor y la serenidad en sus almas, y parece contener en sí el arcano de su destino.

II

Un día, por una hermosa alborada de estío, mientras la ciudad dormía, y que la azulada niebla del alba se elevaba al cielo con los primeros cantos de las aves, como un himno al Creador, un hombre envuelto en una capilla parda, torvo el ceño, los cabellos en desorden y el chapeo de larga pluma puesto de lado sobre el entrecejo, salió de una casa, cuyo postigo abierto durante la noche, había dado sucesivamente entrada a numerosos visitantes.

Saludó con una maldición la luz del nuevo día, y después de vacilar un momento sobre la dirección que había de tomar, deslizose apegado al muro y costeo la pendiente de las calles que por aquel punto se eleva hasta los primeros matorrales de la campiña.

Su andar, ora lento, ora rápido; la sombría expresión de su semblante y el brusco ademán con que de vez en cuando se arrebuja en su embozo, todo acusaba en aquel hombre una de esas tempestades del alma que en los buenos hacen nacer el heroísmo; en los malos, el crimen.

Dejó atrás sin detenerse las últimas casas de la ciudad, y siguió la senda flanqueada de malezas que conduce al *Rodadero*.

Al llegar a las primeras rocas de aquella empinada cuesta, torció maquinalmente hacia a la derecha y entró en un sendero hondo y tortuoso que iba a perderse a la vuelta de una peña entre un grupo de saucos, cuyas ramas de un verde amarillento, cargadas de penachos blancos, ocultaban a medias el techo de una cabaña.

Al descubrirla entró los troncos de los árboles, el de la capilla parda se detuvo de repente, cual si saliera de una profunda abstracción.

— ¿Dónde iba yo? — exclamó con una áspera interjección. ¡Cargue el diablo a la cacica! ¡Estoy ahora para quejas y requiebros! Le diese a ella con toda su raza encima por solo veinte doblones que me procuraran un desquite. ¡Adiós, sueños de ambición! ¡Maldito cuatro de espadas!

Y volviendo sobre sus pasos, escaló la montaña por el flanco del Rodadero, y se dio a vagar entre las breñas de su agreste cima.

Los cabreros que al anoecer recogían sus rebaños lo vieron descender por un sendero sinuoso, y a poco volvieron a divisarlo de pie a la puerta de la cabaña, el oído aplicado a la cerradura, en la actitud del que acecha.

¿Qué venía a buscar en aquella pobre cabaña ese hombre de calzas de grana y espuela dorada?, ¿qué veía?, ¿qué escuchaba?

En torno al hogar donde ardían las ramas muertas de los saucos estaban sentadas tres personas: un anciano, un mancebo y una joven. La piel cobriza del viejo contrastaba con la blancura de los cabellos canos que descendían en largas guedejas sobre sus hombros. Su semblante inspiraba mansedumbre; y la dulce mirada de sus arrugados ojos se paseaba con amor del mancebo a la joven.

El anciano era Yupanqui, cacique desposeído de *Horcos*, el mancebo y la joven eran sus hijos.

Despojado de sus bienes en favor de un favorito del intendente del Cuzco, el cacique había sufrido su desgracia con la resignación del indio, paciente y silencioso. Quedábale un tesoro que no podía quitarle la injusticia de los hombres: el amor al trabajo. Quedábale otro que lo consolaba de todas sus pérdidas: una hija bella como un lirio y buena como un ángel.

Cual la mística paloma de las sinuosidades de la peña, Rosalía se había criado a la sombra de un claustro. Educada por la piadosa abadesa de las Nazarenas, su existencia se deslizó dichosa entre el humo del incienso y las alabanzas del Señor, hasta que la mirada de un hombre vino a interponerse entre ella y Dios.

Un día los atrevidos ojos de Diego de Maldonado se fijaron en los suyos a través de las rejas del coro; y desde ese momento la paz huyó de Rosalía, que se volvió triste, meditabunda y distraída. No más plácidas veladas en torno a la lámpara en la celda abacial, contando historias, y adornando azucaradas pastillas; no más alegres triscas en las horas de recreo bajo los arrayanes del vergel. Pasaba los días en el templo, el corazón sacudido de extraños estremecimientos, arrodillada sobre las frías baldosas, orando con los labios, pero vueltos los ojos y el pensamiento al sitio que todos los días durante la misa venía a ocupar un hombre. Y al caer la noche, mientras sus compañeras jugaban saltando bajo las arcadas de

los claustros, ella, de pie en lo alto de las torres del convento, contemplaba con una mirada codiciosa la vasta extensión de la ciudad, el pecho anhelante, el oído atento cual si quisiese reconocer entre sus variados rumores el eco de una voz querida.

Poco después, la abadesa llamó un día a Yupanqui y mostrándole a su hija, pálida y enflaquecida, le aconsejó llevarla por algún tiempo a respirar los aires de los campos.

Si el viejo cacique hubiera estudiado el semblante de su hija con otra mirada que la mirada paternal, habría visto desarrollarse en él todas las peripecias de un drama: impaciencia, alegría, duda, terror, cólera. Pero el buen Yupanqui solo vio una enfermedad producida por la falta de aire y de espacio; y paseó a su hija en las vecinas quebradas cubiertas de vergeles y de palacios; hízole respirar el tónico viento de las alturas; dióle a beber la dulce leche de las cabras; la llevó a su cabaña abrigada como el nido de una alondra bajo el tupido follaje de los saucos, y puso su lecho en una hamaca colgada de las ramas de los árboles entre una atmósfera perfumada con el aliento de las vacas.

La frescura de la juventud volvió luego al rostro de Rosalía, pero no vino ni con las flores de las quebradas, ni con el aire vivificante de las alturas, ni con el néctar de las cabras, ni con el balsámico aliento de las vacas: vino con el amor de Maldonado.

¡Quién sabe qué acaso los unió! Lo cierto es que el cacique volvió a ver a su hija rozagante y bella, y fue feliz, y no se cansaba de contemplarla, y se preguntaba por qué había tardado tanto en traer a su lado aquella inagotable fuente de ventura. ¡Pero guay del que confía en la dicha! En el momento en que el anciano elevaba sus ojos radiantes de gozo para dar gracias a Dios, oyó la voz de Andrés que murmuraba a su oído:

—Padre, ¡Rosacha llora!

Y vio una lágrima que, deslizándose furtiva de los ojos de Rosalía, cayó sobre las yerbas que limpiaba para sazonar la comida de la mañana.

Ella enjugó con una de sus negras trenzas la huella de aquella lágrima en su mejilla, y volviéndose al cacique:

—Padre —le dijo—, ¿puede hacerse sufrir a quien se ama?

—¡Qué dices, hija mía! —exclamó Yupanqui, atrayendo sobre su pecho la

cabeza de la joven—. ¿No sabes que yo daría mi vida por evitarte un pesar? ¡Habla! ¿Qué deseas?... ¡Ah!... Lo veo: no puedes habituarte a la desnudez de nuestra pobre cabaña, echas de menos la dulce morada del convento ¡y quieres dejarme!

—¡No, padre! ¡Jamás! ¡Nunca me apartaré de tu lado! ¡Ay! ¿Dónde hallaría más amor? Estas paredes ahumadas están pobladas de recuerdos. Aquí vivió y murió mi madre; su alma vela en nuestro hogar, y yo la veo con frecuencia en sueños inclinada sobre mí, sonriéndome con su dulce y melancólica sonrisa. Todos los objetos que me rodean han sido tocados por sus manos, he aquí el banco en que solía sentarse al lado del fuego; he allí su rueca y su telar. En el convento me parecía más muerta: aquí, ocupándome de lo que ella se ocupaba, consagrándome como ella a servirte y cuidar de mi hermano me parece que continúo su vida... Y luego, en el umbral de nuestra puerta está la libertad: puedo ir tan lejos como alcanza mi vista. ¡Es tan bueno arrojar a los vientos los afanes del vivir! Ya lo ves, padre: ¿qué puedo echar de menos a tu lado?

—Ahora mismo llorabas.

—¿Me viste llorar? Mírame reír.

Y besando las canas del viejo le sonreía con hechicera sonrisa.

—¡Ah! Tú llorabas sin embargo. Las lágrimas de vuestros ojos son gritos del alma. ¿Quizá la hija de los reyes se siente humillada, arrastrando la librea de la miseria entre las grandezas del mundo?

—¿Y qué son para mí esas grandezas después que ha sido dado a mis ojos el contemplar las nuestras? ¿Pueden reunidas todas las ciudades que se alzan en la extensión de la tierra contener las riquezas que encierra nuestra ciudad subterránea? ¿No eres tú dueño de una de sus cien puertas? ¿No he entrado yo por ella, hollando con mis pies de princesa las baldosas de oro que tapizaron el palacio del inca? Me he familiarizado con la contemplación de esos tesoros que nadie podía soñar, ni aun la codicia europea; y llevo con orgullo la miseria que los encubre.

Una extraña sensación de inquietud llevó al cacique hacia la puerta. Detúvose allí y escuchó. Pero todo estaba silencioso en torno, y solo se sentía el susurro del viento en las hojas de los saucos.

Si la mirada del viejo hubiera podido penetrar a través de la puerta, habría encontrado un hombre inclinado sobre el agujero de la cerradura con el alma en los

oídos, pálido, tembloroso, terrible, y si Rosalía lo hubiese visto habría huido hasta el fondo del convento, hasta el fondo de la tumba.

El anciano, aquietados sus recelos con la profunda calma que reinaba por afuera, volvió al lado de su hija, la besó, la bendijo, y se retiró, llamando a Andrés para entregarse al descanso necesario a las rudas fatigas de la labranza.

Andrés fingió no oírlo y se quedó sentado frente a su hermana, mirándola fijamente.

—Hermano —le dijo ella—, nuestro padre te espera para entregarse al sueño. Tú duermes a su lado: vete.

—Nuestro padre se ha ido tranquilo; pero yo no lo estoy. Él es viejo, y ha olvidado ya lo que pasé en los corazones jóvenes; yo he leído en el tuyo, y sé que sufres, y que lloras, y que eres desventurada. Yo soy un niño: apenas cuento diez y seis años, y no puedo darte consejos; pero el día en que necesites un corazón adicto y un brazo fuerte acuérdate de mí.

Rosalía no respondió: reclinose en el pecho de su hermano y lloró en silencio.

Andrés enjugó sus lágrimas, la abrazó y fue a acostarse al lado de su padre.

Rosalía se quedó sola al lado del fuego con la mano en la mejilla, mirando distraída la moribunda llama del hogar. Sus dedos se movían maquinalmente, y sus labios murmuraban:

—Diez... doce... catorce... Hoy viernes, ¡quince días! ¡Quince días que Diego me olvida...! ¡Hoy es viernes!... El gallo canta: ¡medianoche! Consultemos la suerte de la *Guarmi del Peñascal*. ¡Ay! ¡La abadesa me prohíbe esas creencias! Pero ¿qué sabe la abadesa?, ¿qué saben todos los que como ella viven tranquilos y felices?, ¿qué saben de los misterios de Dios?

Se levantó y fue a tomar de un saquito de tela negra colgado en la pared las hojas verdes y tiesas de una yerba.

Las apiló cuidadosa una a una en la palma de la mano y sopló sobre ellas. Las hojas revolotearon en el aire y vinieron a caer sobre sus rodillas. La joven india las contempló con ansiosa atención, y decía a medida que examinaba su caprichosa posición sobre la oscura falda:

—¡Viene!... Se vuelve... Sube saltando peñas... Baja por una hondonada... Se acerca... Llega... Se detiene. ¡Ay! ¡Qué sombra tan negra se esparce en torno!...

En ese momento, la puerta de la cabaña, abierta por una mano cautelosa, dio paso a un hombre.

Al verlo, la hija del cacique exhaló un grito sordo y se arrojó en sus brazos.

III

Aquel hombre era el rabioso paseante de la madrugada, el siniestro acechador de esa noche Pero ahora la expresión de su semblante era triste y sombría. La india lo notó y retrocediendo espantada:

—Diego —exclamó—, ¿qué fatal nueva vienes a anunciarme? ¡Habla! He sufrido tanto que poco te costará matarme.

—No pronuncies más el nombre de tu amante, Rosalía. Ese nombre es una sentencia de muerte; y muy pronto lo oirás reclamar por la voz del pregonero para entregarlo al verdugo.

—A ti, ¡Diego mío! ¡Mi noble y hermoso caballero!...

—Sí, mi cabeza está proscrita. Cada instante que paso aquí lo juego con la muerte...

—¡Oh, Dios! ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Soy recaudador de tributos y acababa de recibir fuertes sumas. El demonio de la codicia me tentó y cedí a sus seducciones; perdí mi dinero y acabé por arrojar el oro de las arcas reales en el fatal tapete verde, que no tardó en devorarlo. Mañana parte el *situado*. Hoy debí entregar esas sumas: las he perdido. Soy reo de lesa majestad; y para evitar la afrentosa muerte que me depara la justicia del rey, es necesario que huya fuera de su inmenso imperio, es decir que ponga entre tú y yo toda la extensión de la tierra.

Rosalía cayó de rodillas a los pies de su amante.

—¡No! Diego mío —exclamó—. No me abandonarás al mortal dolor de tu ausencia. Yo trabajaré; labraré la tierra con mis manos y reuniré real a real la suma que has perdido. Iré a pedirla a mis hermanos, los indios errantes de las montañas,

que no me la negarán.

—Pobre amada mía —dijo Diego con triste sonrisa—, el dolor te extravía, y olvidas que el tiempo es la mayor de mis pérdidas. Dos días serían el último plazo que podría alcanzar. Si el tercero tuviera a mi disposición los caudales del mundo, inútiles me serían, porque no podrían salvarme el honor.

Una idea terrible cruzó como un relámpago la mente de Rosalía, que murmuró sobrecogida:

—¡Hallpa-mama! ¡Aleja de mí ese mal pensamiento!

—Adiós, Rosalía —dijo Diego, separando de su cuello los brazos de la joven—. Abreviemos este triste momento: el cáliz amargo debe ser apurado de un trago.

La india se asió a sus rodillas.

—¡No! ¡No me dejes! —exclamó pálida como la muerte—. ¡Diego!... ¡Yo prefiero perder mi alma a perderte! Mañana... a las doce de la noche, espérame en la esquina de *San Blas*, y yo te llevaré el oro que necesites.

Los ojos de Diego brillaron con una luz siniestra.

—Rosalía —respondió estrechando en sus brazos a la joven—, mucho te amo, pero no podría recibir de ti ese oro sin saber de dónde procede.

—¡Ah! No me lo preguntes, Maldonado, es un secreto que ni la muerte me haría revelar.

—¡Ah! —replicó él con simulada cólera—. He aquí a lo que me conduce mi falta: la mujer que amo para salvar mi vida medita ir a arrojarse en los brazos de alguno de esos hombres ricos que la codician, para que a cambio de sus caricias le arroje a ella a la cara el oro necesario para salvarme. ¡No, Rosalía! Moriré en el destierro o sobre el cadalso: todo eso es mejor que la vida que me ofreces. Adiós.

—¡Sombras augustas de la ciudad tenebrosa! —exclamó la india—. Voy a quebrantar nuestro terrible juramento, pero jamás ojos profanos conocerán vuestro sagrado recinto ni los misteriosos senderos que a él conducen. Diego —continuó—, ¿has oído hablar del tesoro de los incas? Nosotros lo poseemos: mi padre, cacique legítimo de Horcos y descendiente de Huáscar, tiene una de sus llaves. Líganos un

juramento a guardar el secreto de su existencia y abstenernos de tocar de él un solo grano. Dios sabe que ni los mayores suplicios me hubieran hecho quebrantarlo, pero tú necesitas oro, y cuando te lo ofrezco dudas de mí. Perdóñenme mi padre y las almas de los incas.

—Dudo aún, Rosalía, ¡qué quieres! Estoy celoso, y los celos son ruines. Hazme avergonzar de mi debilidad, muéstrame cuán fea es mi desconfianza, llévame contigo.

—¡Llévate conmigo! Las bóvedas del imperial palacio se desplomarían: la tradición dice que la vista de un europeo desvanecería el tesoro.

—No lo veré: llévame vendado.

—¿Vendado?

—Sí, venda mis ojos y guía mis pasos. Perdóname, pero solo así creeré tus palabras.

—¡Sea! Y ahora, Diego, dime que me amas, para que tus palabras ahoguen en mi corazón la voz del remordimiento.

Maldonado se abandonó a transportes de ternura que habrían alarmado a la joven india, si su alma no hubiera estado ofuscada por el amor de aquel hombre. Pero una vez que hubo quedado sola y entregada a sus pensamientos, la joven india se postró en tierra y oró llena de terror.

La luz del alba encontró a Rosalía en la misma actitud.

—Hija —le dijo el viejo cacique, cuando cargado de sus instrumentos de labor se acercó para abrazarla, al dirigirse a los campos—, hoy estás pálida como en los días del convento. No te des tanto al trabajo: deja a la rueca y la sal respirar el aire de la mañana. Hoy hace un hermoso día: ve a pasearte entre las sementeras; siéntate al abrigo de los trigos. Qué lindas están las clavelinas rojas, ¡y cuán perfumadas las blancas flores de las habas!

—Rosacha —murmuró Andrés al oído de su hermana, mientras se terciaba el zurrón y empuñaba el cayado—, ya no me pides los nidos de las torcaces ni las flores de las peñas. Por eso, ¿sabes lo que en vez del alimento del día llevo ahora en mi morral de pastor? ¡Esto!

Y mostró a su hermana la hoja flameante de un puñal.

—Lo sé —continuó—, alguien derrama el dolor en tu alma. Pero, Rosacha, si anoche te dije: “Cuando tengas necesidad de un corazón adicto y de un brazo fuerte, acuérdate de mí”, ahora te digo: “En el momento en que lo necesites; ¡allí estaré yo!”.

La joven india los miró alejarse, el uno con el paso rápido y el ademán impetuoso de la juventud; el otro encorvado bajo el doble peso de los años y de los trabajos. Contemplolos largo rato, inmóvil, y cuando los vio desaparecer en los recodos del camino, su corazón se comprimió y una lágrima ardiente surcó su pálida mejilla. Pero la imagen de Maldonado, el recuerdo de sus caricias y el terror de perderlo ahogaron en su alma los gemidos del remordimiento.

¿Quién era el hombre por el que la hija del cacique violaba su juramento y traicionaba a su padre y a su patria?

IV

Hacia los últimos años del reinado de don Carlos III, vivía en una villa de Aragón el hidalgo Alonso de Maldonado. Era este uno de esos nobles de rica alcurnia y escuálida hacienda; condecorados con reales órdenes, pero de escarcela tan limpia como los blasones de su escudo; caballeros de Calatrava o de Alcántara cuyo agujereado manto venían a remendar sus hijos con el oro de la América, y muchas veces a costa de infamias y de crímenes. La casa solariega de Maldonado, negra y derruida como la fortuna de su dueño, tenía por vecino el opulento palacio de Valdeneira, perteneciente al marqués de este nombre; viejo palaciego a quien cada año traía el estío a morar algunos días en sus tierras. Con él vino una vez la hermosa Eleonora de Aranda, su pupila radiante, una aparición que derramó luz y alegría en la triste villa y a la que no pudieron ver sin amarla los dos hijos de Maldonado: Diego y Sancho.

Y he ahí que la discordia dividió a aquellos hermanos, que desde ese momento se acecharon, aborreciéndose con un odio mortal.

Pero, aunque nobles, ninguno de ellos podía aspirar a la mano de la bella pupila del marqués de Valdeneira porque Eleonora, descendiente de una de las más ilustres casas de España, carecía de bienes; y por lo tanto debía hacer un matrimonio rico, que le diera los medios de ocupar en la corte el puesto a que la llamaba su nacimiento.

Un día Diego oyó a su hermano decir a Alonso de Maldonado:

—Padre, necesito riquezas, y para adquirirlas voy a la corte a solicitar un empleo en México.

Aquellas palabras fueron para el rival de Sancho un rayo de luz. En efecto, ¿por qué no había tenido también él la misma idea? ¿Por qué no había pensado en esa *domus aurea* que se llamaba América, de donde podía sacar a plenas manos oro para comprar el amor de Eleonora? ¡Sí! Iría allá, y con más probabilidades de buen éxito que su hermano, porque no se detendría en los medios. Solo que, como sabía que Alonso no le permitiría dejar el reino, pues como segundón de una casa noble se debía al ejército, partiría en secreto. Aquello sería una desertión; pero Diego deseaba mucho a Eleonora para andarse con escrúpulos. Sancho había pedido a su padre un plazo de dos años para enriquecerse: él necesitaba darse prisa para ganarle la mano.

Y Diego huyó de España y se vino a América.

Al llegar al nuevo continente encontró todas las decepciones que prueban aquellos que se dan a buscar maravillas. Habíase imaginado que las minas del Perú eran gruesas venas de plata y oro abiertas al cincel de quien quisiera cortarlas; y halló el largo y prolijo trabajo que arranca a la tierra sus rocallosas entrañas para pulverizarlas y extraer grano a grano el precioso metal que él creyó encontrar amontonado en su rica superficie.

Vio, es verdad, muchos hombres enriquecidos en aquellas labores; pero en ellas habían empleado muchos años; y él no tenía tiempo que perder: era necesario adelantarse a su rival y volver antes que él a España.

Diego cambió de camino, y se entregó a la investigación de los tesoros ocultos. Aprendió la *quichua*, el *aimará* y la extraña lengua de los *chirihuanos*, y visitó las ciudades y parajes de nombradía histórica en el Alto y Bajo Perú. Trabajo inútil: lo único que recogió fueron cuentos fantásticos, deslumbrantes tradiciones que avivaban hasta la rabia su sed de Tántalo en la tierra de los ricos veneros.

A mediados del segundo año del plazo fatal, Diego, faltar ya de recursos, llegó por fin al Cuzco.

Aquel suelo misterioso encerraba su última esperanza. Traía en la memoria un precioso itinerario adquirido de una extraña manera, gracias a su conocimiento de las lenguas americanas, que debía conducirlo a la posesión de una inmensa

riqueza.

Una noche Diego se había extraviado en el intrincado laberinto de una cordillera, buscando un cerro donde, según la tradición, se ocultaban once *llamas* cargadas de oro que los indios llevaban para contribuir al rescate de su rey, y que enterraron vivas en el mismo paraje donde los encontró la noticia de la muerte de Atahualpa.

Nevaba, y los gruesos copos acumulados sobre la tierra habían cegado los caminos.

Vagando de quebrada en quebrada, Diego vio brillar a lo lejos una luz, y a ella dirigió sus pasos.

Era el fuego que ardía en el hogar de una choza. Diego encontró en ella, sola y moribunda, a una anciana ciega, que al sentir sus pasos volvió hacia él sus ojos sin mirada, y exclamó con voz apagada:

—¡Sebastián! ¡Cuánto has tardado! —Y sin esperar respuesta continuó, sin duda bajo la influencia de su desvarío—: ¿No viene el cura contigo? ¡Tanto mejor! Después que te fuiste he pensado que, si yo le descubro a él dónde guardé yo los tesoros que mi padre sacó de la laguna de Horcos, no se acordará de decirme un responso por la prisa de ir de aquí en un solo galope al Cuzco, desmontar en la puerta del convento de las Nazarenas, colocarse en la iglesia, como que puede hacerlo a toda hora, levantar la tarima del altar mayor, cavar tres varas de profundidad y sacar oro, y oro, y oro, durante los ocho días que yo tardé en guardarlo, cuando pagué diez *piñas* a la abadesa, y la envenené esa noche para que no se le antojara mover la lengua o las manos... ¿Qué ruido es ese?

El oído aguzado de la ciega percibía en efecto lo que Diego oyó después: eran pasos de caballos que se acercaban.

El codicioso aragonés, que inclinado sobre el rostro terroso de la moribunda recogía ansiosamente cada una de sus palabras, miró por las rendijas de la puerta, y a favor de la luz que proyectaba el blanco mate de la nieve, vio acercarse a un hombre a caballo precedido por un guía que corría a pie delante de él. El jinete venía envuelto en un manto negro.

Maldonado reconoció al cura de quien hablaba la moribunda ciega, al cura a quien había hecho ella venir para descubrirle dónde yacían sus guardadas riquezas, y que ahora llegaba, iba a entrar, hablarle, y bajo la presión de su

influencia sacerdotal, arrancarle el secreto que él acababa de sorprender; ese secreto, su única esperanza, el solo medio de poseer a Eleonora...

Una nube roja pasó ante los ojos de Diego, y sus sienas latieron como batidas con un martillo. La moribunda se agitó en su lecho de agonía.

—¿Quién ha hablado afuera? —murmuró—. ¡Es la voz de Sebastián! ¿Y este que se halla a mi lado quién es? ¡Sebastián!...

No pudo decir más: una mano convulsa asió su garganta y la ahogó.

Cuando el cura y su guía entraron en la choza encontraron a la ciega ya cadáver, y a un hombre taciturno y sombrío sentado al lado del fuego.

V

Como lo había previsto la ciega respecto al cura, Maldonado también de una sola carrera se puso en el Cuzco.

Su primer cuidado se dirigió naturalmente a explorar el sitio que encerraba aquellas riquezas consideradas ya por él como suyas. En efecto, ¿no las había comprado al más caro de los precios?, ¿a precio de un crimen?

Arrodillado en el templo de las Nazarenas en la actitud del que ora, tenía fijos los ojos en esa tarima que ocultaba su tesoro. El sacerdote, el auditorio, la ceremonia, la presencia de Dios mismo, todo había desaparecido para él: su espíritu, trasponiendo los espacios, se cernía con la imagen de Eleonora sobre las esplendorosas regiones que aquel tesoro debía abrir para ellos.

Pero ¿cómo hacerse dueño de él? Él solo nada podía: érale necesaria la asistencia de otra persona, y esta debía ser un habitante del convento. ¿A quién confiaría ese peligroso secreto que había costado la vida a la abadesa y abreviado la agonía a la anciana ciega?

Maldonado dirigió una mirada al coro. Estaba lleno de figuras sombrías, prosternadas e inmóviles, cuyo severo aspecto alejaba toda idea de seducción. El aragonés se puso a buscar sobre aquellos semblantes austeros algún sentimiento mundano que alentara su esperanza; pero nada vio en ellos, sino el recogimiento profundo de la oración.

De repente, bajo un velo blanco de novicia, Maldonado encontró dos bellos

ojos negros que cruzaron con los suyos una mirada...

Maldonado salió del templo diciéndose que había hallado la cómplice que deseaba.

¡Oh! ¡Sacrílega irrisión del amor! Aquella mirada, que la hija del cacique creyó el misterioso encuentro de dos almas que se buscan, ¡era solo la mirada del ladrón que acecha las cerraduras de un cofre!

Sin embargo, Maldonado, falto de recursos, necesitaba procurárselos inmediatamente.

Fácil le fue encontrarlos. En aquellos tiempos todavía la palabra *noble* era moneda corriente, y dispensaba de toda otra recomendación. El aragonés halló una graciosa acogida cerca del intendente del Cuzco, que le propuso hacerlo nombrar recaudador de tributos. Maldonado aceptó aquel empleo que lo pondría en relación con las indias de los campos, de quienes esperaba importantes revelaciones.

Entretanto, cada día iba a prosternarse en la iglesia de las Nazarenas para adorar el tesoro que encerraba, y cuya llave era para él Rosalía.

Cuando no la vio más a la hora en que solía entre las rejas del coro, Maldonado se entregó a una furiosa rabia, pero al saber que había abandonado el convento, aquella noticia que destruía sus esperanzas lo serenó de repente. Buscó a la hija del cacique, cuyo amor había adivinado; la encontró, la sedujo y la hizo suya.

Desde entonces, buscaba una ocasión para ponerla en el secreto de sus proyectos y decidirla a volver al convento para realizarlos.

Era no obstante necesaria mucha astucia para guiar a ese fin el amor apasionado de la joven india; pero el aragonés la tenía de sobra y en ella confiaba.

Empezó fingiendo unos celos rabiosos que espantaron a la pobre niña, y de repente cesó de verla.

Quería preparar su alma a la obediencia, hundiéndola en el dolor.

Por ese tiempo encontrose Maldonado una noche en el tentador recinto de una casa de juego. Era aquella una escena mágica, un continuado

deslumbramiento. El oro corría a torrentes, y su armónico sonido hacía vibrar las más íntimas fibras del alma. Todos los semblantes estaban pálidos, unos de gozo, otros de desesperación; y en todos los ojos fulguraban los relámpagos siniestros de la codicia.

Maldonado, perdida su última blanca, se quedó inmóvil y pensativo, apoyado el codo en un ángulo de la fatal mesa. De vez en cuando pasaba la mano por su frente, como para rechazar algún mal pensamiento, que volvía, y por momentos se mostraba en su mirada fija y tenebrosa.

Entre tanto el juego había tomado proporciones inmensas. La verde cubierta de la mesa desapareció bajo montones de resplandecientes onzas; las puestas estaban hechas y el naípe iba a volverse. Maldonado vio tendida sobre la mesa y cargada de oro la carta que le había hecho perder. Al mismo tiempo y por una fatal coincidencia un jugador dijo cerca de él:

—A esta, ¡que ninguna suerte puede tener tres veces la misma cara!

Maldonado no escuchó más: desenganchó el broche de su espada que representaba sus armas y lo arrojó sobre la carta diciendo:

—El escudo de una noble casa en señal de mil onzas.

Y desapareció para volver luego con un saco de oro. Pero la regla de los jugadores había sido aquella vez engañada, y Maldonado, para rescatar su escudo de armas, tuvo que entregar el oro que llevaba. Aquel oro era el sudor y la sangre de los pobres indios: era el oro del tributo que pagaban a un soberano extranjero los dueños de este suelo; y que él robaba a las arcas reales.

Aterrado por la idea del infame suplicio a que lo condenaba su crimen, Maldonado pensó en huir; pero vio que la fuga era imposible en aquel país céntrico de donde irían tras de él requisitorias que lo harían caer en manos de la justicia.

Entonces resolvió precipitar a toda costa la ejecución de su proyecto, y fue a buscar a Rosalía para intimarle la vuelta al convento.

¡Cuál se quedaría cuando en la plática que escuchaba descubrió ese arcano de las generaciones americanas que él había sentido en el zumbido de los vientos, en la voz de los torrentes, y en los ecos de los Andes!

Cuando hubo envuelto a la hija del cacique en su infame astucia y arrancándole la promesa de conducirlo al lugar misterioso donde yacían las riquezas de los reyes del Perú, Maldonado comenzó a creerse bajo la influencia de un sueño; y habría dado su alma por apresurar el instante que lo separaba de la realidad.

VI

Hacia algunas horas que la cabaña de Yupanqui, apagado el fuego del hogar, yacía oscura y silenciosa. El gallo encaramado en lo alto de los saucos había entonado su primer canto.

Era medianoche.

El cielo estaba encapotado de negras nubes, y de vez en cuando lejanos relámpagos alumbraban con una luz cárdena el interior de la cabaña.

El viejo cacique dormía con el pesado sueño del labrador. Andrés yacía a su lado, acostado en el mismo lecho.

En la puerta de comunicación que reunía las dos habitaciones de la cabaña, pálida, trémula, palpitante, se adelantaba una mujer envuelta en las sombras de la noche.

Aquella mujer era Rosalía.

Tiende el cuello, aplica el oído, y alentada por el silencio, se acerca al cacique, se inclina, extiende la mano, abre un saquito que el anciano lleva sobre su pecho, saca de él una llave, se retira, y saliendo de la cabaña toma el camino hondo que conduce a la ciudad.

Detrás de ella, ligero y silencioso como una sombra, un bulto negro salió de la cabaña y la siguió a lo lejos.

A la misma hora, en la esquina de San Blas, un hombre de pie y embozado en su capa se entregaba a una impaciente espera con los ojos fijos en el camino que conduce al Rodadero.

—¡Al fin! —exclamó.

Y a poco una mujer cubierta de los pies a la cabeza con una gran manta

negra se detuvo ante él y murmuró con sombrío acento:

—¡Heme aquí, Diego! Traigo sobre mi cabeza la cólera de Dios y la maldición de mis antepasados; pero tú lo has querido. Tu pie va a hollar el sagrado recinto que solo han pisado los hijos de los reyes. ¡Pliegue al gran Pachacamac castigarme a mí sola y no extender sobre ti su enojo!

Ahora deja que ligue tus manos, que vende tus ojos, y te envuelva en la manta de mi padre para que las almas de los incas no te conozcan al entrar en la ciudad sagrada.

VII

Al tocar aquel momento supremo, el codicioso aragonés apenas podía contener los transportes de una alegría inmensa, tumultuosa, casi parecida al terror:

—He aquí mis manos, Rosalía —le dijo, desembozándose—, lígalas; venda mis ojos... Pero, dime, ¿por qué vienes así disfrazada?

—En el lugar donde vamos a entrar, Diego, no me llamo Rosalía: soy *Mama Tica suma*. Por eso, dejando mis pobres ropas, visto, bajo esta manta que me encubre, los atavíos de mi rango que solo es dado ver a las calladas sombras de la ciudad subterránea.

Y la india, sujetando con un *topo* sobre su pecho la manta que le cubría el cuerpo, desenrolló una larga faja de lana, vendó con ella los ojos a Maldonado, ligole las manos a la espalda, envolviolo como ella en una manta, y echó a andar llevándolo por el brazo.

El aragonés se sintió conducir largo espacio por caminos fragosos, en intrincados rodeos, ascendiendo siempre por un declive rápido hacia alguna elevada cima. Un viento áspero y frío silbaba en su oído, llevando a su rostro las hojas secas arrancadas a la maleza. De vez en cuando, la mano que lo guiaba temblaba y se estremecía; y entre el fragor lejano de los truenos, Maldonado creía oír la voz de la india murmurando palabras extrañas con el acento de la plegaria.

El astuto aragonés intentó muchas veces con un ademán furtivo libertar una de sus manos con la esperanza de deslizarla entre la manta hasta sus ojos; pero encontró tan sólido el nudo que las sujetaba que hubo de resignarse.

Entre tanto, los rumores nocturnos de la ciudad, el ladrido de los perros, el canto de los gallos le llegaban cada vez más confusos, cada vez más distantes; el vendaval arreciaba, y Maldonado percibió en su aliento la atmósfera etérea de las alturas.

De súbito, el terreno se aplanó bajo sus pies, y el viento sopló más impetuoso y frío.

La india se detuvo, en fin, y Maldonado la sintió prosternarse tres veces. Luego parecióle escuchar un ruido semejante al que produciría un pedruzco removido. Sonó enseguida el golpe seco del eslabón sobre el pedernal, y Maldonado se sintió llevar en rápido descenso por las sinuosidades de una interminable escalera. Sintió resbalar su pie en la húmeda superficie de sus gradas de piedra, el aire mefítico de las regiones subterráneas sofocaba su pecho, sus sienes latían con fuertes pulsaciones; y el rumor de sus pasos, repetido por ecos infinitos, llenaba con un ruido inmenso los desconocidos ámbitos que atravesaban.

El aragonés sentía todo esto sin parar en ello su atención. Un solo pensamiento absorbía su alma: ¡el tesoro! Ese tesoro guardado por una niña, frágil caña que era tan fácil romper.

A esta idea un vértigo se apoderaba de su mente; y los nombres de España, Sancho y Eleonora, resonaban en su oído, y un torbellino de imágenes ardientes cruzaba su cerebro.

—Hemos llegado. ¡Henos aquí en la ciudad sagrada! —murmuró de repente la india al oído de Maldonado—. Diego, tu pie ha franqueado el pórtico del palacio imperial. Nos encontramos en la galería de las estatuas. Tócalas, Diego, los indios sabían trabajar el oro mejor que los artífices de tu país.

—¿Cómo he de tocarlo si tengo ligadas mis manos?

La confiada india desató el nudo que las retenía, y las manos del aragonés palparon, temblorosas de emoción, una larga serie de estatuas a cuyo metálico contacto se estremeció de placer.

—He aquí —continuó la hija del cacique—, he aquí las flores de los jardines del inca. Toca estos hermosos lirios.

—¡De oro! —murmuró el aragonés con trémulo acento.

—He aquí los maizales de sus huertas con sus blondas mazorcas.

—¡De oro!

—Y los racimos de estos arbustos de anchas hojas.

—¡Perlas! Gruesas perlas, y oro, ¡oro por todas partes!

—¡Sí, todo! Desde las baldosas en que suenan con doble ruido tus espolines de acero hasta la arena en que ejercitaban sus fuerzas nuestros guerreros; desde el solio del inca hasta los guijarros con que jugaban los niños, y en que ahora tropieza tu pie, todo es oro en este inmenso recinto; pero oro sagrado del que jamás nadie extrajo el menor grano, depósito precioso sellado con la religión de un juramento que yo voy a quebrantar por ti... Pero apresurémonos. Las sombras duermen: guardémonos de despertarlas prolongando más nuestra presencia en este sitio. He aquí montones de las perlas más hermosas que producen nuestros mares; he allí cerros de las más ricas pepas de nuestros lavaderos: toma todo lo que desees, Diego, y salgamos de aquí pronto.

—¡Salir de aquí! —exclamó Maldonado con delirante acento—. Abandonar este inmenso tesoro que puede cambiar la faz del mundo, y que tú guardas enterrado, ¡estúpida india! ¡No! Quiero que sea mío. ¡Lo será!

Y Maldonado, fuera de sí, arrancó la venda que cubría sus ojos...

Deslumbrosos un campo inmenso, fulgoroso, en cuyo instantáneo espacio el aragonés vio acumuladas todas las maravillas que pudo soñar la fantasía. Templos alumbrados por infinitas lámparas; salones y galerías donde estaba amontonado el oro bajo todas las formas. Allí, en estatuas, vasos, altares; y aquí, en jardines cuyas flores eran constelaciones de piedras preciosas. Y a su lado, en fin, ataviada con ajorcas y brazaletes de perlas, la humilde india que lo había conducido allí calzaba el coturno y ceñía la banda purpúrea de las princesas peruanas.

Pero, lo hemos dicho: la mágica visión fue un relámpago. En el momento en que la venda cayó de los ojos de Maldonado, una mano de fierro se asió a su garganta, lo arrojó al suelo, volvió a vendarlo y ligó sus manos a la espalda con doble nudo. Dos fuertes brazos lo levantaron en peso, y el aragonés, arrojado sobre unos hombros sólidos, sintió que se alejaba de aquel todo que él no tuvo tiempo de ver, porque echó a andar y se lo llevó subiendo la larga escalera que él había bajado poco antes.

A pesar de lo brusco del ataque, Maldonado no perdió la cabeza; y previendo el designio de su desconocido enemigo, antes que este lo sujetara, llevó la mano al pecho, y arrancando su rosario, prenda que todo español llevaba entonces consigo, guardó las cuentas en su puño.

Su misterioso conductor subió a paso largo y sin detenerse en la inmensa escalera. Maldonado lo sintió abrir una puerta, empujar una piedra, y a poco sintió sobre su rostro el viento de la noche.

Desde ese punto el aragonés, realizando su pensamiento, comenzó a dejar caer una a una las cuentas de su rosario. Cada uno de aquellos granos era para Maldonado una letra, parte integrante del precioso itinerario que debía darle la posesión del inmenso tesoro que apenas había tenido tiempo de entrever.

Después de media hora de marcha, los brazos que sujetaban al aragonés lo dejaron en tierra. Una mano desató la venda que cubría sus ojos, y Maldonado volvió a encontrarse en la misma esquina de San Blas de donde poco antes había partido con la hija del cacique. Delante de él estaba Andrés. ¡El atleta que le había vencido y derribado era aquel niño de diez y seis años!

Sin embargo, ¿qué era esa mortificación de amor propio ante la inmensa alegría que inundaba su alma o esta idea? ¡Dejaba marcado el tesoro!

Así, cuál sería su rabia cuando, al separarse de él, Andrés, que hasta entonces no había pronunciado una sola palabra, le dijo alargándole algo entre la oscuridad de la noche:

—Señor caballero, aquí están las cuentas de tu rosario que ibas perdiendo en el camino.

—¡Indio maldito! —le gritó Maldonado al alejarse de allí—. ¡Tú me la pagarás!

Y fue a buscar al intendente, con quien se encerró largo rato.

VIII

Andrés, antes de volver a su casa, se encaminó hacia un casorio vecino y llamó a la puerta de una choza.

La puerta se abrió, y un joven al parecer de la misma edad se presentó en el

umbral.

—¡Andrés! ¡Tú a esta hora! Algo malo sucede. Mi padre dijo hoy que la *coca* estaba amarga; y ya sabes que es mala señal.

—Sí; y tú sabes también, Santiago, que cuando Saxsahuaman se vuelve negro, alguna desgracia nos amenaza. ¡Míralo cómo se ha puesto!

Un denso nublado se adelantaba tronando, y arrojaba su oscura sombra sobre aquel monte, que, como decía el indio, se destacaba negro del seno de la noche.

—¡Hallpa-mama está enojada! ¡Habla, Andrés!

—Sí, pero hablemos tan bajo que no nos oigan ni aun los espíritus que vagan en la transparencia de los aires.

Y los dos jóvenes hablaron largo rato el uno al oído del otro.

Después, el mancebo de la choza abrazó a Andrés, y este puso en sus manos un objeto que brilló a la luz de un relámpago.

IX

Aquella misma noche el cacique y sus hijos fueron asaltados en su cabaña, presos, amordazados, y ligados de pies y manos, conducidos a una casa de campo aislada que el intendente del Cuzco poseía en las Quebradas.

Cuando hubieron llegado allí los separaron, y el intendente examinó a cada uno de ellos sobre la existencia del tesoro; pero el cacique y sus hijos se encerraron en un profundo silencio; y ni promesas ni amenazas pudieron nada con ellos.

Exasperado el intendente con aquella obstinación muda y fría resolvió vencer el ánimo del padre dándole el horroroso espectáculo de la tortura de sus hijos.

Al efecto, reuniéronlos a los tres en una sala donde estaban preparados los siniestros apuestos: una venda, un torniquete y una hoguera.

Al entrar el cacique, un hombre enmascarado que esperaba de pie cerca de la puerta lo condujo ante el intendente, sentado en un sillón al otro extremo de la

sala.

—Yupanqui —dijo este—, ¿lo has meditado bien? ¿Sabes hasta dónde puede conducirte el terco silencio que guardas?

—¡Hágase la voluntad de Dios! —respondió el anciano con humilde resignación.

—Ya veremos si hablas así cuando mires a tus hijos en manos del verdugo.

El cacique se estremeció, y las canas venerandas que coronaban su frente se erizaron.

En ese momento Andrés y Rosalía entraron en la sala.

El hombre enmascarado fue a su encuentro para conducirlos ante el intendente.

La joven fijó los ojos en aquel hombre, y una viva indignación se pintó en su semblante.

—¡Traidor! —exclamó—. Apresúrate a darme la muerte; pero aquí, en presencia de Dios que va a juzgar entre tú y yo, te emplazo para hoy ante su santo tribunal.

En los labios de Andrés vagó una sonrisa siniestra al oír las palabras de su hermana, que fue a arrojarle en los brazos del cacique. El viejo la estrechó en ellos y lloró sobre las manos aprisionadas de su hija.

—¡Padre! —murmuró ella al oído del anciano—. Seca tus lágrimas; yo merezco la muerte, porque he vendido nuestro secreto.

El cacique palideció, y apartando de sí a su hija le dijo con severo acento:

—Si es verdad lo que dices, Dios tenga piedad de ti. Entretanto, cumple al menos tu último deber: calla y muere.

A una seña del intendente, el enmascarado se apoderó de Andrés, que con las manos encadenadas estaba al lado de su padre. Hízolo sentar en un banco al que se adhería un madero sólidamente clavado en el suelo. Jugó un resorte y apareció una cuerda por una incisión practicada en el centro del madero. El

enmascarado pasó aquella cuerda en torno a la frente del joven, jugó otra vez el resorte y la cuerda estrechándose más y más marcó un círculo azulado sobre las sienes de Andrés.

El intendente se volvió hacia Yupanqui.

—Mira a tu hijo —le decía—. Va a morir, ¡compadécete de su juventud! ¿Estimas, pues, más que su vida ese oro que guardas?

—Tranquilízate, padre —dijo Andrés con la sonrisa de los mártires—. Mírame morir y alaba a Dios por la fortaleza que se digna conceder a sus criaturas.

Y el verdugo volvió a mover el resorte y el joven indio, con la mirada fija en su padre, siguió sonriendo entre los horrores de la agonía.

Cuando el cacique sintió estallar el cráneo de su hijo, que expiró sin exhalar una queja, rasgó con las uñas su pecho, y volvió hacia su hija una mirada suprema.

La joven india se había desmayado.

Llegábale entonces su vez a la desventurada niña.

El verdugo asió de ella y la desnudó para ponerla en la rueda.

Al contacto impío de aquellas manos, la joven abrió los ojos y se halló desnuda ante el suplicio; pero el heroísmo había vencido al pudor y al miedo.

—¡Padre! —exclamó apoyándose con sublime ademán en el horrible instrumento—. ¡Perdóname!

—Calla y muere —repitió el viejo cacique.

La joven india sufrió el martirio con la firmeza estoica de sus mayores. A cada vuelta de la rueda se volvía al cacique y le decía sonriendo:

—¡Padre! ¿Estás contento de mí? —Y al exhalar su último aliento, despedazado su cuerpo—. Padre —repitió—, di: ¿estás contento de mí?

—¡Oh, gran *Pachacamac*! —exclamó el cacique al ver cadáveres a sus hijos—. Dios de mis padres, gloria a ti, que has dado a estos niños la fuerza necesaria para arrostrar la tortura, ¡y llevar al sepulcro el secreto de los siglos!

Y rechazando al verdugo, corrió a arrojarse a la hoguera que le tenían destinada.

—¡*Hallpa-mama!* —gritó a través de las llamas—. ¡Guarda el tesoro de los incas en lo más profundo de tus entrañas! Custodiadlo vosotras, *Cora puna Sara sara*; ¡y desplomad vuestras eternas nieves sobre el que osare buscarlo!

Un torbellino de fuego arrebató su mística plegaria...

X

El obstinado silencio de sus víctimas hizo creer al intendente que la historia del tesoro había sido un sueño de codicia; pero tenía en tan poco la vida de los desventurados indios que ni siquiera pensó en achacarse a delito el suplicio del cacique y de sus hijos.

En cuanto a Maldonado, la inutilidad de su crimen no lo desalentó. Doblemente apremiado por su ambición y por la necesidad de reintegrar las sumas que había perdido, al separarse del intendente fue a colocarse en el mismo sitio, de donde la noche anterior había perdido su guía, y empezó de allí su investigación. Dio los mismos pasos y los mismos rodeos que le recordaba la memoria, y se alejó de la ciudad sin darse cuenta de ello, deslumbrada la mente con la maravillosa visión que habían contemplado sus ojos.

Desde ese día nadie supo más lo que fue de Diego Maldonado, que desapareció como si lo hubiera devorado el abismo.

Pero desde ese día también los habitantes del Cuzco vieron en la cima del *Saxsahuaman* una inmensa *apacheta* sobre la que todo indio escupe a su paso arrojándole enseguida una piedra y una maldición. Santiago el cabrero la levantó sobre los miembros sangrientos de un cadáver.

QUIEN ESCUCHA SU MAL OYE

Confidencia de una confidencia

A la señorita Cristina Bustamante

—Cuando hemos caído en una falta —me dijo un día cierto amigo mío—, si la reparación es imposible, réstanos al menos el medio de expiarla por una confesión explícita y franca. ¿Quiere usted ser mi confesor, amiga mía?

—¡Oh, sí! —me apresuré a responder.

—¿Confesor con todas sus condiciones?

—Sí, exceptuando una.

—¿Cuál?

—El secreto.

¡Oh! ¡Mujeres ¡Mujeres! ¡No podéis callar ni aun a precio de vuestra vida! ¡Mujeres que profesais por la charla idólatra culto! Mujeres que... ¡Mujeres a quienes es preciso aceptar como sois!

—Acúsome pues —comenzó él, resignado ya a mi indiscreta restricción—. Acúsome de una falta grave, enorme, y me arrepiento hasta donde pueda arrepentirse un curioso por haber satisfecho esta devorante pasión.

I

Conspiraba yo en una época no muy lejana y denunciado por los agentes del gobierno, vime precisado a ocultarme. Asilome un amigo, por supuesto en el paraje mas recóndito de su casa. Era un cuarto situado en el extremo del jardín y cuya puerta desaparecía completamente bajo los pámpanos de una vid.

Sus paredes tapizadas con damasco carmesí tenían el aspecto de una gran antigüedad. Ha servido de alcoba al abuelo de la casa, cuyo inmenso lecho dorado, vacío por la muerte, ocupaba yo... ¡Mas de cuán diferente manera! El anciano caballero dormía —pensaba yo— un sueño bienaventurado entre las densas cortinas de terciopelo verde agitadas ahora por el tenaz insomnio que circulaba

con mi sangre de conspirador y de algo más: de curioso. Juzgue usted.

Desde mi primera noche, en aquel cuarto, oía sin que me fuera posible determinar dónde, una voz, una suave y bella voz de mujer que hablaba mezclándose a voces de hombres; después de parecer sola, leía prosa y versos como hubiera declamado Rachel, y cantaba como Malibrán los trozos más sublimes del repertorio moderno; entre ellos una serenata de Schubert cuyas notas graves tenían una melodía celestial.

Pasé varios días en investigaciones, escuchando entre las molduras doradas que ajustaban la tapicería, tentando las paredes y buscando por todas partes el sitio por donde me llegaba el eco de aquella voz.

Pareciome al fin que acercándome a un gran armario colocado en un ángulo, oía más clara y cercana la voz, y no me preocupaba. Mas era aquel mueble tan pesado que juzgué inútil el intentar removerlo yo solo; pero de ninguna manera renuncié a la idea de conocer lo que había detrás.

Así, cuando por la noche el viejo negro encargado de servirme en mi escondite me hubo traído el té, puse en su mano un doblón, y le rogué que me ayudara a cambiar de sitio aquel armario.

Al escucharme, el negro abrió grandes ojos y palideció.

—¡Ay, no, señor! —exclamó con voz sorda—. Ni por todo el oro de este mundo. La señora vieja está viva todavía; y si llegara a saber que por ahí ha pasado la infidelidad de su marido, era capaz de adivinar también que yo, ¡ay, Jesús!, que yo fui quien abrió esa puerta para que el amo, ¡pobre señor!, entrara al monasterio... ¡María Santísima! No, no, señor. Además, el armario está incrustado en la pared, y es imposible moverlo.

Costome gran trabajo para calmar su espanto, y cuando le hube prometido un profundo secreto, me refirió como la casa vecina hizo en otro tiempo parte de un convento de monjas donde su amo tuvo la temeridad de amar a una esposa del Señor, y cómo no contento con la enormidad de ese crimen, había profanado la casa de Dios con el auxilio de su esclavo albañil y carpintero, abriendo en la pared una puerta que correspondía al interior del armario.

—Así es, señor —concluyó el negro—, que desde que el amo murió, este armario es mi pesadilla. Siempre temiendo que tire el diablo de la manta, siempre temblando que una innovación de la casa descubra esta puerta y el nombre de su

artífice, pues la señora sin duda me asaría vivo.

—No temas, Juan —le dije para tranquilizarlo—. ¿Quién se lo diría? Yo seré callado como la muerte; y cuando me haya ido de aquí, el secreto se habrá ido conmigo para siempre.

—¡Ah, señor! —repuso el negro, cediendo a pesar suyo al deseo de charlar—. ¡Qué tiempos aquellos! El amor del amo duró toda la vida entera de la monjita, que por otra parte no fue larga. La pobre tortolilla (así la llamaba el amo, y así llamaban entonces los galanes a su amada), la tortolilla cautiva, amaba demasiado, y su amor, no pudiendo respirar más la mefítica atmósfera del claustro, llevó su alma a otra región. El amo estuvo primero inconsolable; pero luego hizo lo que todos: olvidó a su tórtola y fue a casa de otras que amó no menos, pero en cuyos amores no intervino ya su esclavo.

—Juan —le dije, interrumpiendo sus confidencias—, recuerda que debes ayudarme y marcharte enseguida.

Entonces el antiguo Mercurio del seductor de monjas, como quien lo entendía bien, abrió el armario; y quitando el tablero del fondo, dejó descubierta una puertecita cerrada por un postigo en el lado opuesto de la pared.

El negro me mostró el resorte que la abría, y huyó de allí con terror.

Al encontrarme solo, y dueño de aquella misteriosa puerta, mi corazón latió con violencia, no sé si de gozo o de temor. Tenía ya en mi mano la extremidad del velo que tanto deseaba levantar.

Pero ¿cómo hacerlo? ¿Con qué derecho iba yo a introducirme en la vida íntima de la persona que dormía confiada, a dos pasos de mí?

La mano en el resorte y el oído atento, dudé largo tiempo entre la curiosidad y la discreción.

De repente oí en el cuarto vecino el roce de un vestido y la voz de siempre murmuró cerca de mí:

—¡Dos meses sin noticia suya! El ingrato partió sin darme un adiós. ¿Dónde está ahora? En su helada indiferencia no ha creído necesario decirme el paraje donde mi amor podía ir a buscarlo; mas yo lo sabré. Esa ciencia cuyo poder niegan los hombres sin fe, y él entre ellos, esa ciencia me lo dirá. ¡Sí, yo lo quiero! —añadió

con enérgico acento.

Cerrose una puerta, y todo quedó en silencio.

¿Cómo resistir a la invencible curiosidad que se apoderó de mí al oír la expresión de aquel amor singular, revelado en esas misteriosas palabras? Nada puede ya detenerme; todo cedió ante el deseo de tocar con las manos los secretos de esa extraña existencia.

Con la frente apoyada en el postigo esperé un cuarto de hora. El mismo silencio: nada se movía allí. Entonces, arrojando lejos de mí todas las ideas que pudieran intimidarme, comprimí resueltamente el resorte que me había indicado el negro.

El resorte, olvidado durante medio siglo, me asustó con un agudo chillido; pero cediendo al mismo tiempo abrió un postiguillo angosto como la portezuela de un carruaje; y yo, dando un paso, me encontré en la morada de mi vecina.

II

La alcoba de una excéntrica

La pálida luz de una lamparilla, alimentada con espíritu de vino y puesta sobre un velador a la cabecera de un pequeño lecho adornado con cortinas blancas, alumbraba suavemente un cuarto cerrado y desierto. Al pie del lecho y sobre el mármol de una cómoda, había una pequeña biblioteca cuya nomenclatura, en la que figuraban los nombres de Andral, Hufeland, Raspail y otros autores, entre cráneos de estudio y grabados anatómicos, habría hecho creer que aquella habitación pertenecía a un hombre de la ciencia, si una simple mirada en torno no persuadiera de lo contrario. Y aquí sobre una canasta de labor una guirnalda a medio acabar, allí un velo pendiente de una columna del tocador, más allá una falda de gasa cargada de cintas y arrojada de prisa sobre un cojín. Unas flores colocadas con amor en vasos de todas dimensiones, el suave perfume de los estrados ingleses, el azulado humo del sahumero exhalándose de un pebetero de arcilla, todo revelaba el sexo de su dueño.

A la cabecera del lecho y al pie de un cuadro, que representaba al Niño Dios, estaba el retrato de un bello joven, y estas imágenes de las dos edades en que tanto amor se prodiga al hombre parecían presidir en aquella sencilla y pobre morada artista.

Las paredes de aquel cuarto desaparecían completamente bajo sombríos tableros de maderas esculpidas; y el misterioso postiguillo era un medallón oblongo cercado de una corona de rosas en relieve. Hallábame pues en la antigua celda de la monja, era el santuario de sus amores, templo ahora de un amor no menos apasionado. Había en esta coincidencia motivo para que la fantasía echara a volar en pos de las escenas pasadas, ante los ojos inmóviles de las robustas cariátides y los mofletudos querubines de aquella vetusta escultura. Pero yo no tenía tiempo que perder. Pues que era criminal, no quería serlo a medias y había resuelto abrir un pasaje para que mis miradas pudieran penetrar a toda hora en la morada de mi excéntrica vecina.

Fuime pues a su canasta de labor, que, dicho sea de paso, estaba en un espantoso desorden. Unos dedos nerviosamente crispados habían enredado las madejas de seda, al arrancar más bien que cortar las hebras; y más de diez agujas que se revoloteaban entre blondas y cintas me picaron los dedos al buscar las tijeras que encontré al fin, y con las que hice un agujero en el centro de una de las rosas esculpidas en el medallón.

Era ya tiempo, pues apenas cerré la puerta y me encontré en mi cuarto, saliendo del armario, mi huésped entró a hacerme la compañía ordinaria de la noche.

Confieso que nunca la presencia del ser más antipático me fue tan insoportable como la de mi amigo en aquella ocasión. Su plática tan interesante y animada, pues era un hombre de talento y de vastos conocimientos, parecíame pesada y monótona. Mi malestar creció cuando sentí que en el cuarto vecino se abría una puerta. Sin duda era ella, su misteriosa habitadora. ¿Había cumplido su designio? ¿Cuál era esa ciencia de que hablaba y que le habían revelado sus arcanos?

El silencio que sucedió me parecía de mal agüero; ¡y yo que clavado en un sillón delante de mi amigo no podía averiguarlo! Consumíame de ansiedad, y respondía a mi amigo con una distracción de que este se apercibió al fin.

— ¿Sufres? — me preguntó.

— No, de ninguna manera — me apresuré a contestar.

— Pareces preocupado. En todo caso, duerme.

— ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana! —dije con una efusión tan pronunciada que lo sorprendió y se alejó sonriendo.

Apenas me vi solo corrí a encerrarme en el armario y miré por el agujero hecho por la tijera.

Todo se hallaba en el mismo estado; pero el cuarto no estaba ahora solo. En el centro y sentado en un sillón un hombre paseaba en torno una mirada de asombro. Nada más decía esa mirada; nada tampoco la expresión de su gran boca de labios delgados y pálidos. Solo su frente ancha y elevada habría preocupado mucho a un observador frenólogo.

Abriose de repente una pequeña puerta que cubría un tapiz encarnado; y en su fondo oscuro se dibujó la figura de una mujer. Era alta y esbelta. Cubierta de un largo peinador blanco, cuyos undosos pliegues sujetaba a medio lazo un cinturón azul, con sus negros cabellos arrojados en largos rizos sobre la espalda, con su paso rápido y su ademán ligero, habríasele creído el ser más feliz de la tierra. Pero mirándola con más detención se conocía que había lágrimas tras de su sonrisa; y que *Le nuage au coeur laissait son front serein*.

Entrando en el cuarto, sus ojos posaron en los del hombre que allí se encontraba, una mirada grave, fija y profunda que lo hizo estremecer. Muy luego los ojos del joven, como fascinados por aquella mirada, permanecieron clavados en ella, mientras una extraña languidez los fue cerrando por grados hasta sombrear con el párpado la mejilla.

Entonces aquella mujer, acercándose a él, con paso lento, pero seguro, elevó tres veces sobre sus ojos cerrados la mano derecha, haciéndola descender otras tantas a lo largo del rostro y desviándola enseguida hacia el hombro para elevarla de nuevo. Después, alargando horizontalmente la izquierda a la altura de la región posterior del pecho, dijo con blando, pero imperioso acento:

—¡Samuel!

—¿Qué me quieres? —respondió el joven con voz oprimida.

Ella alzó de nuevo y repetidas veces la mano sobre su pecho, y él añadió entonces:

—¿Qué me quieres? Pronto estoy a obedecerte.

—Pues bien —dijo ella colocando sobre la frente de aquel el pulgar y el índice de su mano derecha—, penetra ahora en mi corazón y busca en él una imagen.

El joven inclinó la cabeza sobre el pecho y pareció dormir profundamente. Después una convulsión violenta sacudió su cuerpo y sus labios murmuraron un nombre. Ella sonrió con tristeza enviando al retrato que tenía enfrente una tierna mirada. Luego, asiendo la mano del dormido:

—Samuel —dijo—, penetre tu vista el inmenso horizonte en esta dirección (su mano señaló el norte) y busque a aquel cuyo nombre acabas de pronunciar.

La cabeza del hombre dormido cayó otra vez sobre su pecho; su respiración se volvió por grados anhelante, fatigosa, y copioso sudor bañó sus sienes.

La mujer de pie y con los brazos cruzados seguía con una mirada tenaz e imperiosa las emociones que rápida y sucesivamente se pintaban sobre aquellos ojos cerrados.

La hora, el lugar y los objetos que allí se presentaban, todo contribuía para dar a esa escena un carácter verdaderamente fantástico; y al contemplar aquel ser débil dominando con una influencia misteriosa al ser fuerte; al mirar a esa mujer envuelta en los largos pliegues de su flotante y vaporosa túnica, de pie y la mano extendida sobre la cabeza de ese hombre sometido al poder de su mirada, habríasele creído una maga celebrando los misterios de un culto desconocido.

La misma convulsión vino a interrumpir la inmovilidad del dormido.

—Hele allí —exclamó.

—¿Dónde?

—Los rayos plateados de la luna juegan con las olas del inmenso río que pasea su plácida corriente entre un bosque y una ciudad fantástica cual un febril ensueño. A sus pies, y sujeto por pesadas anclas, un navío suavemente mecido por blancas oleadas envía hasta las frondas de la opuesta ribera los reflejos de una brillante iluminación. Sobre su ancha cubierta, adornada con banderas y perfumadas guirnaldas, cien hermosas mujeres, vestidas de blanco y coronadas de flores, se abandonan lánguidamente en los brazos de sus compañeros de placer a las ardientes emociones de la danza. ¡Oh! ¡Cuán bellos son sus ojos! Diríase que han robado al sol de los trópicos su deslumbrante fulgor.

—¿Pero él? ¿Él dónde está?

—¡Oh! —replicó el dormido con acento suplicante—. Déjame ver el cuadro mágico de esta danza sobre las aguas y bajo un cielo de fuego. ¡Cuán hermosas son! ¡Cuán hermosas!... He allí una que se aparta del encantado torbellino. Aléjase hacia la proa con su caballero, e inclinándose sobre la borda tiende la mano para mostrarle la trémula imagen de las estrellas reflejada en el agua profunda. ¡Ah!

—Samuel —dijo ella interrumpiéndolo porque una convulsión violenta contrajo de repente las facciones inmóviles del dormido—, Samuel, ¿qué ves?

—Es él, él quien la acompaña.

—¿Y por qué tiembles?

—¡Oh! —repuso el dormido con sordo acento—. No lo preguntes... tú no debes saberlo.

—No importa: ¡quiero que lo digas! ¡Dilo!

Entonces él bajó la cabeza con pesarosa resignación; pero al hablar empleó una lengua extranjera, quizá para que sus palabras sonaran menos dolorosas al corazón de aquella a quien obedecía con tan visible pesar.

Mientras hablaba, una nube oscureció la frente de aquella mujer. Sus ojos brillaron como relámpagos de una tempestad y sus labios murmuraron palabras confusas e inarticuladas. Pero serenándose de repente:

—Samuel —dijo—, lee en el corazón de ese hombre.

El joven se reconcentró profundamente: habríase dicho que su espíritu había descendido a un abismo.

Después sus labios vertieron lentamente como gotas de plomo estas palabras:

—Ama a esa mujer.

Pero una nueva convulsión ahogó sus palabras cual si lo hubiere herido el mismo golpe que acababa de asestar al alma de aquella mujer.

Ella, sin embargo, permaneció inmóvil y silenciosa; ni un solo músculo de su rostro se contrajo; y sin la extrema palidez que cubrió su semblante, nada habría revelado el dolor en ese corazón de extraña fortaleza.

Paseose dos o tres veces a lo largo del cuarto; acercose al retrato, lo contempló largo tiempo con una mirada indefinible, y luego, cual si se arrancara un recuerdo querido, se llevó la mano a la frente, se echó hacia atrás los rizos de la cabellera, cubrió el retrato con un velo negro, y yendo a abrir una puerta enfrente de aquella por donde había entrado, volvióse al dormido tendiendo la mano y replegándola hacia sí, mientras él se levantaba y seguía la dirección que aquella mano le imprimía.

Cuando hubo traspuesto el umbral, la puerta se cerró tras él, y oí la voz de aquella mujer que decía:

—¡Samuel! ¡Despierta!

Vila después sentarse al pie del lecho y ocultarse el rostro entre las manos.

Nada tenía ya que ver ni averiguar allí; la lamparilla se había apagado, yo no veía a esa mujer, y permanecía aún pegado a aquel postigo que me separaba de ella; el silencio reinaba en torno, no obstante en mi cerebro zumbaba un ruido tumultuoso como el de las olas del mar en una borrasca. Eran los latidos de mi corazón; era una rabia inmensa, desesperada, que rugía en mi alma, era... eran los celos; era que yo amaba a esa mujer que amaba a otro con el amor ardiente que inspira un imposible; que la codiciaba para mí, en tanto que otro poseía su alma.

—*Quien escucha su mal oye* —dije yo con el aire sentencioso de un confesor.

La luz del día penetrando en su cuarto me la mostró en el mismo sitio. Ni ella ni yo habíamos cambiado de actitud...

—Pero... ¿No oye usted? —dijo mi penitente, interrumpiéndose de improviso—. ¿No oye usted?

—¿Qué?

—El pito del tren. Hoy llega el vapor del sud y debemos tener noticias interesantes de Arequipa —dijo.

Y sin escuchar mis ruegos, mis gritos, mis protestas y la formal amenaza de

negarle la absolución, el impío tomó su sombrero y enseguida la calle, embarcándose luego para Islay, de donde dirigiéndose a Arequipa se deslizó furtivamente en la plaza, batiose en las trincheras el siete de marzo, y librándose milagrosamente de la carlanca *libertadora*, pasó a Chile, donde es fama que por no perder la costumbre tomó una parte activa en la revolución que poco después estalló en aquel país. Cuando la revolución fracasó, fue a Europa; acompañó a Garibaldi en su expedición a Sicilia, siguiolo también y cayó con él en *Aspromonte*, no muerto, sino prisionero. Evadióse, y ahora anda extraviado como una aguja en esos mundos de Dios.

¡Incorregible conspirador! Guárdelo el cielo para que un día termine su confesión, y podamos saber, bella Cristina, el fin de su culpable y bien castigado espionaje.

SI HACES MAL, NO ESPERES BIEN

I

El rapto

Era la última hora de un día primaveral. El sol trasponía majestuosamente la montaña, nacarando con su postrer rayo las nieves de la opuesta cordillera, y dibujando en largas sombras la silueta fugaz de las cabras que ramoneaban aquí y allí entre las sinuosidades de los peñascos las hojas de los arbustos y la espinosa corteza de los cardos.

Todo era calma y silencio en aquellas agrestes soledades. Las torcaces solas, ocultas en los agujeros de las peñas, mezclaban su triste arrullo al rumor de la cascada, que como un lejano trueno se elevaba del profundo valle donde el Rímac precipita sus aguas.

De pronto, una voz dulce y penetrante exhaló un alegre grito.

—*Mamay* —exclamó en la lengua de los incas—, ¿ves las lindas flores color de oro que brillan allá abajo entre las piedras? Voy a cogerlas para ti.

Y una bella niña de cinco años, fresca, rosada y envuelta en un gracioso *anacco* descendió saltando alegremente uno de aquellos ásperos senderos. Al mismo tiempo detrás de un peñasco salió una joven india, gritando con angustioso acento:

—¡No, Cecilia, no, hija mía! Esas piedras están en el camino... ¡Oye las carreras de los soldados! Si vienen... ¡Ahí están! Allá viene uno... ¡Mi hija!... Hija mía... ¡Oh!

En efecto, un regimiento descendió costearo la cascada.

Al llegar al valle, de una de las últimas compañías se había separado un oficial, y llamando a un ordenanza habíale dicho algunas palabras señalando a la niña, que a lo lejos cogía flores entre las piedras del camino.

El soldado se dirigió hacia ella a galope, y llegando a su lado, inclinose sobre el estribo, y la arrebató en sus brazos. Mas al momento de enderezarse sobre la silla para colocar a la niña en el arzón, sintió dos manos de acero, que aferrándose a su garganta lo derribaron en tierra.

La india había corrido en auxilio de su hija; y teniendo la cabeza del soldado bajo su rodilla buscaba con ojos feroces una piedra para acabar de matarlo.

Arrancó, en fin, un grueso guijarro; mas en el momento que lo alzaba sobre el soldado, sintiose asida por los cabellos.

El oficial que había ordenado el rapto arrastrándola sin piedad la arrojó al fondo de un barranco.

Un gemido desgarrador, un gemido de madre salió del precipicio a tiempo que el oficial decía riendo:

—¡Vaya un maricón! Dejarse acogotar por una mujer! Felizmente llegué yo a tiempo... Mas... ¡qué chistosa casualidad!... Sí, aquí, en este mismo sitio, o muy cerca, debió ser donde aquella muchacha... Calla, chica, calla. ¡Oh! ¡Qué bonita es! Grandes ojos negros, cabellos sedosos, una boquita de coral. Un lindo obsequio para mi hermosa Pepa, esa malvada que se divierte en dar tortura a las almas... Calla, chica, que vas a ser muy feliz. Tendrás confites, bizcochos, y... bofetones a discreción de manos de aquella maldita. Mariano, tómala. Galopa hasta alcanzar a los arrieros, y di al mío que lleve esta *cholita* con el mayor cuidado, y que al llegar a Lima no vaya tontamente a entregarla en casa. Que la deje al guarda de la garita de Maravillas hasta que tú llegues. ¿Entiendes?

Y se alejó volviendo a su puesto en la marcha, mientras el soldado tomaba a galope la delantera al regimiento, llevando consigo a la niña que lloraba con un llanto desesperado. Mas sus lamentos se perdieron a lo lejos, confundiéndose luego con el gemido del viento y el ruido de las aguas, y el valle quedó en profundo silencio.

II

Los bandidos

La doble sombra de la noche y de la niebla comenzaba a extenderse sobre el Rímac, y el silencio del invierno reinaba todavía en los espesos jarales que lo cubren. Pero a lo lejos, hacia el camino que desciende de Chaclacayo, oíase cada vez más distinto el cencerro de una recua.

De repente, de la oscura masa de un matorral salió un prolongado silbido.

Poco después, tres hombres bien montados y completamente armados,

saliendo de la vecina cañada, ocultaron sus caballos tras los muros desmoronados de una *huaca* y se agazaparon bajo unas matas al borde del camino.

No de allí a mucho, diez mulas cargadas de baúles y maletas aparecieron escoltadas por cuatro arrieros en un recodo del camino.

Los viajeros avanzaban tranquilamente arriando con calma sus cabalgaduras, y mezclando las notas de un *yaraví* al ruido tardo de sus pasos.

De súbito, la enjaezada mula que servía de guía asida por una mano vigorosa detuvo a la recua entera; y los arrieros, viendo relucir en la sombra los anchos cañones de tres mosquetes, no necesitaron ver a los tres enormes negros que los empuñaban para escurrirse entre la maleza y desaparecer como sombras.

Los salteadores empezaron entonces la inspección de su presa.

—Catorce mulas —decía uno.

—Diez y ocho baúles —gritaba otro.

—Tres sombrereras militares —un tercero.

—Una cholita —el cuarto.

—A tierra la chola con las sombrereras y al monte el resto.

Dicho y hecho.

Los ladrones montados en sus magníficos caballos arrearon la recua hacia la cañada por donde habían venido, y un momento después la pobre chica, abandonada, lloraba sola al borde del camino.

III

El protector

Pasadas algunas horas, y cuando los llantos de la niña eran solo sollozos convulsivos, un jinete que, embozado en su capa de viaje y llevando una gran maleta a la grupa de su caballo descendía a galope el mismo camino que habían traído los arrieros, detúvose de pronto, y echando pie a tierra levantó en sus brazos a la niña.

—¿Quién te abandonó así, hija mía? —preguntóle cariñosamente.

Pero el viajero hablaba una lengua que la niña no entendía, y a todas sus preguntas respondía llorando:

—¡Mamá!

—¡Pobre criatura! —dijo él profusamente conmovido—. No en vano invocarás ese nombre de significación universal. Serás mi hija, y consolarás mi soledad. No sé tu nombre; ¡pero te daré el de aquella que duerme bajo las sombras *du Père Lachaise!*

El viajero estrechó a la niña en su seno, y con ella la memoria de esa hija muerta que recordaba.

Montó a caballo, abrigó a la chica bajo su embozo, y añadió como buen francés, *le petit mot pour rire*.

—Completé a fe mía mi bagaje de naturalista. Traigo en mi maleta el reino vegetal y el mineral. He aquí el animal. ¡A Francia, pues!

Abrazó otra vez a la niña, rio enjugándose una lágrima y siguió a galope a lo largo del solitario camino.

IV

Doce años después

—Papá —decía una noche al salir del teatro una linda joven a un coronel profusamente decorado—. ¿Tendré tiempo para escribir a mi hermano?

—Y de sobra, hasta mañana a las doce que zarpa el vapor.

—Escribiré esta noche para vaciar mi resentimiento y dormir tranquilamente —dijo ella, haciendo una mueca.

El coronel sonrió con sorna, y besando la linda frente de la niña diole la mano hasta la puerta de su alcoba y se retiró.

Entrando en su cuarto, la graciosa niña sonrió a su espejo, arrojó sobre un mueble su abanico de plumas, desprendió la guirnalda de rosas que adornaba su cabeza, colgola como un ex voto a los pies de la virgen que velaba su lecho,

sacudió su cabellera, y abriendo por fin un secretario escribió:

“¡Qué inmenso vacío, querido Guillermo, ¡qué inmenso vacío en mi existencia desde que tú has partido! ¡Qué horrible es esa enfermedad del alma que se llama ‘echar de menos’! Los médicos se contentan con llamarla por su nombre científico: ‘¡Nostalgia!’”, dicen ellos muy frescos. Y si es una joven quien sufre, entonces añaden sonriendo: ‘Que lleven a esta niña a Chorrillos, que se bañe, que tome el aire, que se pasee y se distraiga de todas maneras y ello pasará’.

“¡Ya! Como creen que las limeñas solo amamos el baile, el lujo, la disipación... ¡Oh, Guillermo! ¿Qué castigo merece quien así nos calumnia? Yo sé uno. Daría a su corazón el dolor que tu ausencia ha dejado en el mío. Así *sentiría* cómo sabe amar una limeña.

“¿Y tú, hermano mío? ¡Oh! ¡Tú, es diferente! Primero, y por más que digan, el que parte tiene mil motivos de distracción que lo absorben y adormecen su pena. Los incidentes de a bordo, el arribo a puertos desconocidos, los rostros nuevos que se suceden sin cesar. Y luego, yo me figuro que los hermanos jamás echan de menos a sus hermanas. ¿Qué es, en efecto, lo más frecuentemente para nosotros un hermano? Un tirano que quiere monopolizar todos nuestros sentimientos, que nos trata con el más crudo despotismo, que nos pospone a todo, que nos halla siempre feas, y tontas, y...

“Perdón. ¡Oh, Guillermo querido! ¡Confundirte a ti con esos hermanos impíos! ¡Qué atroz injusticia! Tú me amaste siempre con la ternura protectora de un padre y la galantería exquisita de un amante. Pero sabes que soy celosa de mis palabras, cuando después de dos meses desde que habitas París has olvidado a tu hermana, y la promesa de darle, cada quincena, ¡cuenta estrecha de tu persona! ¡Oh! La idea de tamaño *desacato*, por más que taches a la frase de vulgarismo, digo con rabia: ¡qué lisura!, ¡gua!

“Si un motivo serio, un amor, por ejemplo, te preocupara... Pero una fastidiosa comisión del gobierno, bailes, paseos, espectáculos, frivolidades... Guillermo, para eso no hay perdón”.

La quisquillosa hermana recibió poco después esta respuesta:

“Y bien, mi bella enojada, era un motivo serio, era un amor lo que me hacía no olvidarte ni un solo momento, sino guardar silencio antes de darte una noticia que te colmará de gozo; una noticia que nuestro padre sabía ya, y te callaba a

ruego mío. Tienes ya una hermana, buena como tú, cual tú, bella como un ángel, y que te es parecida de una manera sorprendente, extraña. Escucha.

“Paseaba yo una tarde bajo las fúnebres arboledas del padre Lachaise. El día iba a acabar. Los rojizos rayos del sol poniente atravesaban como hebras de fuego la espesa fronda. Desierto y silencioso estaba el lúgubre recinto, y las últimas ráfagas del viento de la tarde gemían como almas en pena entre las hojas de los cipreses.

“Después que hube vagado largo tiempo en la ciudad de los muertos, y visitado las tumbas de Abelardo, Ney, Lavedoyére, Foy, habíame sentado bajo el laurel que sombrea el sepulcro de Carlos Nodier. Leyendo su epitafio, recordaba el loco entusiasmo con que allá, bajo los jazmines de tu jardín, leíste su fantástica ‘El hada de las migajas’ y el crédulo empeño que le hacía correr los cerros de Amancaes en busca de la ‘mandrágora bella’.

“De recuerdo en recuerdo, tu imagen apareció al fin, tan viva en mi pensamiento que involuntariamente volví los ojos buscándote en torno de mí. Cuál sería mi asombro encontrándote, a ti, a ti misma, ahí, a algunos pasos de distancia, vestida de luto y reclinada en la pilastra de una tumba. Sin pensar en lo que hacía, corrí a palpar la realidad de aquella visión. Pero al acercarme conocí que era solo una gran semejanza, y que yo había incurrido en una grosera indiscreción. Mas la joven enlutada ni siquiera se apercibió de mi presencia. Con la mejilla apoyada en el mármol del epitafio, tenía los ojos cerrados, y sus labios se movían lentamente. Oraba.

“En ese momento resonaron a lo lejos roncós ladridos. Acordeme entonces que era la hora en que el conserje suelta los formidables mastines que guardan aquel sitio durante la noche, y estremecido de espanto a la idea del peligro que amenazaba a aquella hermosa joven, arreatela en mis brazos y atravesé a carrera la calle de ciprés que conducía a la puerta. A la brusca subitaneidad de mi acción, la joven, abriendo los ojos, dio un grito de terror y se desmayó. En la puerta del cementerio la esperaba un coche de alquiler. Coloquela dentro, y me senté a su lado para sostenerla.

“Mientras le prodigaba mis cuidados, contemplaba con amor la prodigiosa semejanza de aquel bello rostro con el tuyo, querida Matilde. Era tu imagen, tú misma, sin la florida lozanía que es uno de tus encantos. Ella, al contrario, delicada y cenceña, tenía en sus morenas mejillas esa palidez aterciopelada que se adora en Francia, y que en Lima alarma tanto la ternura de las madres. Pero esa misma

palidez añadía más brillo a sus grandes ojos negros que se abrieron por fin y me recordaron más a mi hermana, ora en su dulce sonrisa, ora en su apacible seriedad.

“Amelia es hija de un sabio viajero que consagró a la ciencia su fortuna y su vida, y murió legándole solo su nombre ilustre y su austera virtud. Huérfana y pobre, pero con un alma rica de poesía y sentimiento, Amelia repartió su vida entre las melodías sublimes de su piano y el fúnebre silencio del cementerio. Alma de temple fuerte, todas las cosas de la vida son serias para ella; y en su mirada, en su voz y en su actitud, hay una expresión de melancolía dulcísima, de meditabunda gravedad, del todo ajena a las turbulentas hijas de la Francia, y que ella contrajo, sin duda, al aspecto solemne del desierto, bajo el velo de las árabes, allá en las lejanas regiones que recorrió con su padre.

“Tal es tu hermana. ¿No es cierto, mi linda aturdida, que te alegrarás mucho de abrazarla luego?”.

V

Reminiscencias

Poco después, un día de verano, la mimada hermana de Guillermo, coquetamente vestida, como quien desea deslumbrar, abordaba en una góndola el vapor de Panamá.

No bien atracada aún la embarcación al costado del vapor, la graciosa limeña subía con pie seguro la resbaladiza escalera, húmeda con la niebla de la mañana, y se arrojaba en los brazos de su hermano, apartándose luego del fraternal abrazo para estrechar en su pecho, con arrebatos de pasión, a una bella joven, morena y pálida, pero que le era parecida con pasmosa semejanza.

La extranjera se entregaba a sus caricias con tierno abandono; mas ¿por qué a veces parecía distraída? ¿Por qué sus ojos, desviándose de la florida ribera, iban a buscar a lo lejos las azules siluetas de la cordillera?

—¡Guillermo! —dijo al fin, cuando desembarcaban—. Yo he visto estas montañas. ¿Dónde? No lo sé.

—Sin duda fueron los Alpes —se adelantó a decir Matilde.

—No, no son tan puros sus perfiles.

—Pues entonces serían los Pirineos —replicó la petulante niña, empeñada en lucir su geografía de colegio.

—Mucho menos. Sin embargo, mis pies han caminado por senderos agrestes como esos que serpentean en aquellas fragosas vertientes.

—Las has soñado, Amelia mía —le dijo Guillermo—, las has soñado en tu ardiente anhelo por América.

—¡Soñar con cerros! —exclamó la aturdida muchacha con una mueca graciosa que hizo sonreír a Amelia—. Soñar con cerros, estando ahí nuestro hermoso Rímac, sus frescas alamedas, sus perfumados jardines... El mío es delicioso. Cubierto está de rosales, jazmines, chirimoyos, suches, aromos, y a su sombra encontrarás abiertas todas las flores de Europa, que yo misma he sembrado para ti... Dame la mano, Amelia, voy a hacerte los honores de nuestro suelo, y no quiero que te disloques un pie en las carcomidas gradas de nuestro embarcadero.

La bella forastera apenas la escuchaba. Abstraída por una extraña preocupación, ni siquiera se apercibió del rápido movimiento que la conducía, y los áridos campos y las frondosas arboledas pasaron ante sus ojos como los vapores fantásticos de un sueño.

En la estación de Lima los esperaba el coronel; y Guillermo puso a su esposa entre los brazos de su padre.

El coronel amaba apasionadamente a sus hijos y Amelia fue acogida con extrema ternura. Mas ¿por qué se estremeció al sentir aquel bigote cano tocar su frente? ¡Misterio!

Muy luego, riendo de su miedo pueril, respondía con un hermoso beso filial a las caricias del coronel, y apoyaba confiada la cabeza en su pecho cargado de cruces.

Y los días corrieron para Amelia bellos como los celajes de la aurora. Espíritu de percepción exquisita, nadie como ella saboreó las delicias de esta mágica vida de Lima, en que todo halaga al alma y los sentidos; en que todo, desde el cielo hasta el suelo, es aroma, luz y armonía.

Muchas veces corriendo con su hermana bajo la fronda de los jardines, se detenía de repente para beber en dobles aspiraciones el aura suave de nuestra atmósfera; aura deliciosa y letal que anima y agosta las más hermosas flores.

Llegó un día en que Amelia, pálida y enflaquecida, pedía en vano a la brisa el aire que le faltaba a su pecho, y en que los rayos ardientes del sol de enero no pudieron ya calentar su aniquilado cuerpo.

Entonces, los graves doctores, reunidos en torno al lecho de Amelia, acordaron, y esta vez profundamente consternados:

—Que lleven esta niña a la sierra; que haga una vida de completo reposo, que tome leche de cabras, que se distraiga, ¡y Dios dispondrá lo que sea de su agrado!

Y a la mañana siguiente, Amelia, acompañada de su esposo y de su suegro, marchaba a Jauja.

Seguíanlos Matilde y una numerosa comitiva de amigos que se agrupaban en torno suyo, con esa solicitud de la despedida que nos causa un placer tan doloroso.

Todos guardaban silencio, el silencio con que se acompaña a los que van a buscar la salud por el fatídico camino de Maravillas, que tantos suben y que tan pocos vuelven a bajar.

Al llegar a las colinas que empiezan a hacer incómoda la ruta, el coronel detuvo el caballo de su hija, y dijo saludando a sus amigos:

—Caballeros, el día declina y estamos ya lejos. ¡Hasta la vista! —Y luego añadió señalando a Matilde, y como para alegrar la triste solemnidad de la despedida—: He ahí esa dama que os confío. Requerid vuestras espadas para defenderla de los ladrones que infectan estas breñas.

Al oír aquellas palabras, Amelia se estremeció. En su mente surgió de súbito un extraño miraje, esa serie misteriosa de imágenes que, cual reflejos de la eternidad, aparecen de repente al espíritu, y brillan y se apagan con la luz y la rapidez del relámpago.

Matilde, al separarse de sus brazos, dijo llorando a los que la acompañaban: —¡Amelia no volverá más! Amelia va a morir. Hay en su mirada una expresión extraña que nunca vi en ella.

En efecto, desde ese momento comenzó para Amelia una cadena interminable de alucinaciones.

Por momentos, allá en el horizonte de sus recuerdos, veía alzarse un mundo fantástico, imposible; y al fijarse en él su mirada, desaparecía para mostrarse de nuevo.

Otras veces eran extrañas intuiciones que le hacían decirse: “Detrás de aquella colina hay un gran caserío entre dos establos”. Y subía la colina con el corazón palpitante, y al llegar a su cima, quedábase yerta de asombro, encontrando el caserío y los establos, tales como los había soñado su imaginación. Y entonces esforzábese en persuadirse de que todo lo que pasaba en ella desde que salió de Lima era solo una prolongada pesadilla; porque tenía miedo, miedo de que fuera el delirio mortal de la locura.

Hubo un momento en que, pálida y con el pecho oprimido de extraña congoja, pensó:

Allí, a la vuelta de un recodo, se abre una quebrada profunda. Fórmanla dos elevadas montañas que, alzándose perpendiculares, roban la vista del cielo. En su fondo mugen las aguas espumosas de una cascada. Y ahí, al torcer el recodo, apareció la sombría quebrada en cuyo fondo rueda el Rímac sus aguas, blancas aún con la espuma de la caída.

Y Amelia, presa de un terror indecible, paseaba en torno ansiosas miradas, buscando entre los trozos de roca diseminados en los bordes del camino algún objeto que desmintiera su fantasía.

De repente, pálida y temblorosa, se dijo:

“He allí la planta de doradas flores. Una niña las cogía y después lloraba, debatiéndose contra... ¿contra qué?... ¡Dios mío! ¡Hazme acordar de lo que era ese *algo* que causa el llanto de la niña!”. Y sin saberlo, Amelia sollozaba amargamente. Su esposo y su padre la rodearon solícitos.

En ese momento, una figura extraña, una mujer envuelta en una manta negra, pálida como espectro, se alzó detrás de un peñasco gritando con lúgubre acento:

—¿Quién llora aquí? Nadie ha llorado desde aquel día... —Y mirando de repente al coronel, exclamó arrojándose a él, y asiéndose a la brida de su caballo—: ¡Por fin te encuentro! Ladrón de honras, ladrón de niños, en vano te ocultas; en vano, para disfrazarte, has puesto nieve en tus cabellos; ¡te reconozco! Salteador galoneado, ¿qué hicisteis de mi hija?

—Es la ovejera loca de Huairos —gritaron los arrieros a tiempo que el coronel, dando espuelas a su caballo, se libertaba de aquel brusco ataque.

Pero la extraña aparición los siguió a lo lejos; y al trasponer las alturas, Amelia la veía siempre a la misma distancia, caminando en pos suyo con paso lento, pero continuo.

Mas cuando llegaban al tambo, en vano la buscaron sus ojos: había desaparecido.

Aquella noche Amelia, desvelada, como todos los enfermos del pecho, había dejado su cama, y se paseaba meditabunda a la luz del fuego, en la triste sala del tumbo. Guillermo y el coronel la acompañaban, y le preguntaban inquietos el motivo de su preocupación.

La pobre joven no podía decirlo; sin embargo, estaba poseída de espanto. Sentía moverse y como despertar en ella un nuevo ser, un ser medio borrado que se identificaba con su espíritu y palpitaba en su corazón.

Y entonces, palpábase con angustia, preguntándose si era quizá un alma en pena, que se acordaba de su pasada existencia.

La rojiza llama del hogar arrojaba sobre las desnudas paredes resplandores fantásticos que añadían nuevos grados a su exaltación.

De repente una mano cautelosa abrió lentamente la puerta, y un bulto negro se deslizó en el cuarto.

Era la aparición de la *quebrada*.

La loca paseó en torno su vaga mirada, cual si buscara a alguien; y luego avanzó hasta el hogar, silenciosa, rígida y solemne como una estatua; cogió un tizón ardiendo, y sirviéndose de él como de una antorcha, se puso a buscar por todos los rincones de la sala.

Entonces, Amelia y sus compañeros vieron a una mujer joven aún, pero horriblemente aniquilada. Hondas arrugas surcaban su rostro marchito, y sus ojos tenían esa mirada fija, y por decirlo así, aérea de los cadáveres.

A su vista, Amelia olvidó su preocupación, y conmovida hasta lo íntimo de su alma, se acercó a la demente, y le dijo con dulzura:

—¿Qué buscas ahí, pobrecita? Ven a reposar, te ruego, que es ya tarde y hace mucho frío.

—Busco al hombre galoneado —respondió ella sin mirar a Amelia, y siguió impasible su camino.

Pero Amelia cogió sus manos con cariñoso afán, atrájola en pos de sí, y la hizo sentar al lado del fuego.

VI

Historia de los caminos

La infortunada se dejó conducir con triste docilidad. Cruzó las manos sobre sus rodillas, y contempló largo tiempo, pensativa y silenciosa, la móvil llama del hogar.

Poco a poco, sus apagados ojos comenzaron a animarse y resplandecer como iluminados por una luz interior; y en sus labios vagó una sonrisa juvenil que hizo brillar en la sombra sus dientes blancos como perlas.

—¡Esteban! —gritó de repente—. ¿Quién dijo que Esteban murió? ¡Mentira! Helo allí, joven, alto y ligero. Baja con las ovejas de Casa-blanca. Es él, el mismo; esos son sus ojos, esos son sus negros cabellos. ¡Me llama! ¡No! Aléjate, Esteban. El cura no quiere que pastemos juntos nuestros rebaños, porque somos todavía muy jóvenes para casarnos. Como si en cualquier edad no se pudiera amar, alabar a Dios y ser feliz. ¡Feliz! ¡Ah! Yo no puedo serlo: si el cura nos ha separado. Tú llevas el ganado a las alturas, y yo me quedo sola en el valle, sola con las cabras que, aunque saltan alegres, no pueden darme una gota de su gozo. Todo esto lo sabes tú muy bien; pero ¡ah!, tú no has sabido jamás que... ¡Se aleja! ¡No quiere oírme! Ven, Esteban, ven. Yo te lo diré ahora, ahora que el tiempo y el dolor han curtido mi rostro, y que la vergüenza no puede ya subir a mi mejilla.

He allí la peña donde yo lloraba esperando la tarde, la tarde que nos reunía a la luz del fuego, bajo los sauces de nuestro patio. De esa hondonada salió la voz del militar que me llamaba. Yo tuve miedo, y hui; pero él montaba un caballo veloz y me persiguió, me alcanzó, echó pie a tierra, luchó conmigo, y me ultrajó...

Y desde ese día, ya no quise verte, y huía de ti... Y te dije: "Esteban, no puedo ya ser tu mujer". Y entonces te amaba más que nunca. Pero debíais creerme inconstante y liviana; y al despedirte de mí me arrojaste llorando una maldición.

Después... un día mi padre púsose a mirarme fijamente y me dijo:

—Tú eres una mujer infame; has deshonrado mis canas, y manchado la casa de tu padre. ¡Vete!

Y alzando la mano sobre mi cabeza, me maldijo.

Y yo anduve errante largo tiempo, huyendo como una fiera, de valle en valle, de montaña en montaña, desnuda, hambrienta, miserable. Pero al lado de mi dolor se elevaba una santa alegría. Dios se había apiadado de mí, y en el camino de mi infortunio había hecho nacer una flor... ¡Mi hija!

Y pronunció estas palabras con un acento de ternura íntima, imposible de reproducir, y que solo se oye en las chozas de los indios.

Amelia lloraba, Guillermo se hallaba profundamente conmovido, y el coronel, pálido y sombrío, estaba absorto en una profunda meditación.

—¡Mi hija! —continuó la india—. ¡Mi hija! No me cansaba de repetir este nombre, y olvidé el tuyo, Esteban. No te enojés contra mí: así son todas las madres.

“Entonces, lejos de ocultarme, fui a pedir trabajo y pan a las haciendas inmediatas. Los pastores de Huairos tuvieron lástima de mí, me acogieron entre ellos, y me dieron una cabaña. Y yo guardaba el ganado, llevando a mi hija acurrucada a mi espalda, como un pajarillo en su nido. Contemplábala de la mañana a la noche y cada día era más feliz. Pero a medida que mi hija crecía, mi gozo se cambiaba en inquietud. Volvime huraña y recelosa, y temblaba de miedo cuando algún forastero acariciaba a mi hija, porque, ¡ay, Esteban!, las pobres indias nada pueden poseer en paz, ni aun a sus hijos.

“Dicen que nuestros padres, poderosos en otro tiempo, reinaron en este suelo que nosotros pagamos tan caro; y que los blancos, viniendo de una tierra lejana, les robaron su oro y su poder. No sé si es eso cierto, pero ahora que somos pobres, ahora que nada pueden ya quitarnos, nos roban a nuestros hijos para hacerlos esclavos en sus ciudades.

“Por eso yo guardaba a mi hijita con un miedo que se aumentaba cada día, porque cada día se volvía más linda. Nunca la dejé en casa; y aunque la pobrecita se fatigaba, lleve la siempre conmigo al campo, guiando el ganado por los parajes más lejanos de las sendas que frecuentan los soldados y los viajeros. Así, ocultándola de todos, del subprefecto, del hacendado, del cura, llegué mi hija a los

cinco años.

“Un día... —Y la india, llevando las dos manos a los ojos, se inclinó hasta el suelo, dando un gemido.

Amelia sentada sobre las rodillas, escuchaba inmóvil, muda, anhelante. De vez en cuando posaba la mano sobre su frente como para avivar un recuerdo. La india prosiguió:

—Un día faltó el pasto en las alturas, y fue preciso bajar al valle. Muerta de miedo, y llevando a mi hija en los brazos, caminaba con el ganado, escondiéndome entre los peñascos y en las hondonadas de los cerros. Pasaron las horas, y el camino estaba desierto. El sol iba a ponerse; y yo subía ya con el ganado a la hacienda. De repente mi hija vio una mata de *arirumas* al lado del camino; y soltando mi mano, bajó corriendo sin hacer caso de mis gritos.

Amelia se había levantado. Con las manos juntas, el cuerpo inclinado, y los ojos fijos en el rostro de la india, escuchaba su voz como si fuera un eco lejano.

—A ese tiempo —continuó la india— sonaron cornetas en el valle y un regimiento comenzó a desfilar por la orilla del río. Cuando saltando peñas corría yo tras mi hija, vi a un soldado que, llegando a la carrera, la arrebató sobre su caballo. Yo le quité a mi hija; pero en ese momento, un hombre se arrojó sobre mí, y arrastrándome por los cabellos, me despeñó en un barranco. Al caer vi a ese hombre. Era el oficial que seis años antes me ultrajó en esos mismos sitios, y que ahora me robaba a mi hija, mi pobre hijita que me llamaba...

La india se interrumpió de súbito. Su mirada había encontrado el rostro de Amelia. Fijó en ella los ojos con expresión de angustiosa duda, y gritó de repente:

—¡¡¡Cecilia!!!

—*Mamay* —murmuró Amelia, cayendo desmayada en los brazos de la india.

Guillermo se precipitó hacia ella, y la tomó en sus brazos. Pero Amelia, volviendo en sí, lo rechazó con terror.

—¡Desventurado! —exclamó—. Huye lejos de mí. ¿No comprendes? ¡Soy tu hermana!

El coronel, estrechando sus sienes entre las crispadas manos, huyó de allí,

dando roncós gritos.

Al siguiente día, los cabreros de la montaña encontraron su cadáver, devorado por los buitres, en el fondo de mi despeñadero.

VII

Conclusión

Poco tiempo después, un día en el convento de Ocopa, tenían lugar a la misma hora dos solemnes ceremonias.

En el templo tomaba el hábito un religioso.

En el cementerio abrían una tumba.

El prelado, al fin de la ceremonia, dijo al novicio, dándole su bendición:

—La paz del Señor descienda a vuestra alma, hermano Guillermo.

Sobre la tumba colocaron una lápida con este nombre: *Cecilia*.

El novicio, los ojos bajos, los pies descalzos, y apoyado en el báculo del peregrino, besó la mano al prelado y partió a lejanas misiones.

El sepulcro quedó solitario. Las golondrinas se posaban tranquilas sobre su cornisa de mármol, y tendían al sol sus trémulas alas. Pero cuando la noche descendía al valle, y las estrellas comenzaban a brillar en el cielo, los religiosos del convento veían una sombra que deslizándose bajo los álamos a lo largo de la alameda, entraba en el cementerio y velaba prosternada e inmóvil la tumba de Cecilia.

UNA HORA DE COQUETERÍA

A la señorita Leonor P...

I

—¡Y!

—¡Ya!

Así se abordaron, al encontrarse una noche en el portal de escribanos, dos lindas y elegantes jóvenes.

La una resplandecía con todas las galas de la hermosura y de la felicidad; la otra, más joven aún, tenía en su bello rostro una expresión de tristeza y de resignación que la hacía en extremo interesante.

Embozado sobre el paletó en un chal escocés, seguías de cerca y furtivamente un apuesto caballero.

—¿Comenzaste ya —continuó lo primera— a cumplir el terrible voto?

—Sí, hace dos días sirvo en Santa Ana, y mañana tomo el hábito de hermana de la caridad.

—Pero ¿has pensado, desdichada Amalia, en el horror de encerrar tu linda cara en ese espantoso sombrero?

—¡Qué me importa mi cara! No hay ya quién la mire.

—¿No te arredra lo *chupado* de esa túnica?

—¡Bah!

—Y sobre todo, hija, cinco años de esa vida de perros acabarían con tu belleza y desvanecerán el amor de...

—¡Oh, Elena! En nombre del cielo, ¡no desvanzcas tú mi ilusión! Tengo fe: déjame creer que lo severo de este voto hallará gracia ante Dios y me devolverá el amor de Luis. Además, conozco que soy culpable: lo ofendí cruelmente en ese baile fatal que motivó su partida; cuando proponiéndome parodiar por una hora el

manejo de una coqueta, rehusé su brazo para aceptar el de Belmonte, su enemigo. Soy culpable, y me impongo con placer esta rigurosa penitencia.

—Rigurosa, horrible en efecto, y que antes de mucho dará fin a tu delicada existencia.

—Y, sin embargo, lo ves, desde que hice ese voto, hace nueve días, me siento más tranquila; mi dolor se ha adormecido, y vivo bajo una extraña influencia. Paréceme que todo lo que ha pasado es un sueño; que Luis no ha partido; que está cerca de mí y que me ama. ¿Qué te diré? Ahora mismo, que venía al Tigre para comprar agua de Colonia y una crucecita de la joyería de Meyers, para llevar al convento, caminando así, sola entre la multitud, deslumbrada por la doble luz del gas y de las preciosidades que se ostentan por todas partes, he visto cruzar por mi mente un delicioso desvarío. Figúrome que al tomar en el Tigre mi frasco de agua de Colonia, lo vi transformarse entre mis manos en un lindo perfumero lleno de los más ricos extractos ingleses.

—¡Magnífico!

—Espera. Mi humilde crucecita sufrió también un portentoso cambio: volviöse el espléndido aderezo de una desposada.

—¡Estupendo! ¡Qué mundana está la monja!

—Y al entrar a casa, en fin, llevando a mi madre estos bellos presentes...

—¿Hallaste a Luis?

—Has adivinado. Pero ¡ay!, en ese momento te encontré a ti.

—Y muy a tiempo para decirte: Reverenda madre de la caridad, desechad hasta de aquí a cinco años esos ensueños; y para refrescar la imaginación, venid a recorrer conmigo el salón óptico. Dicen que hay vista de París. Así, tendrás el placer de llegar allí antes que tu fugitivo.

Y, en efecto, ambas se hicieron paso entre la multitud agrupada ante la puerta del salón.

II

—¡Cómo! ¿Tú aquí? —exclamó de pronto un hombre que salía del salón

óptico, deteniéndose ante aquel que seguía a las jóvenes.

—Ya lo ves, querido Santiago.

—Pues ¿no partiste para Europa en el último vapor?

—Partí fastidiado; temí que el invierno europeo convirtiese el fastidio en tedio, y el tedio en un pistoletazo; volví de Panamá para absorber un rayo de nuestro sol que me sirviera de talismán, y heme aquí de regreso esta tarde. Pero... déjame ahora, te ruego; mañana te referiré esto y muchas cosas más. ¡Adiós!

Y el joven, separándose de su amigo, se alejó presuroso, perdiéndose luego entre las arcadas del portal.

III

La futura hermana de la caridad y su alegre compañera ojeaban entretanto las vistas parisienses expuestas aquella noche a la curiosidad de los paseantes. Eran magníficas, y mostraban los más suntuosos monumentos de la gran metrópoli.

—Amalia, acércate aquí y mira.

—El *Arco de Triunfo* y los Campos Elíseos. ¡Qué sitio tan bello! Mira a esas hermosas mujeres: se diría que pasan a nuestro lado.

—¡Hum! Muy luego Luis, pasando al suyo no pensará más en ti, ni se le dará un bledo de tu *cándido* voto.

—¡Todavía, Elena! ¿Hallas placer en destrozar mi corazón? Vámonos, que tengo prisa de separarme de ti.

—¡Vaya!¿ Olvida su reverencia que debemos efectuar en el Tigre y en la joyería esas fantásticas transformaciones? Vamos, que yo también tengo prisa de ver ese milagro.

Mas muy luego la risa de la burlona se cambió en admiración, cuando en el Tigre presentaron a Amalia, en vez del frasco de Colonia que pedía, un lindo perfumero chino cargado de esencias exquisitas. Pero cuál fue su asombro cuando en la joyería, a la demanda de la modesta crucecita, el joyero, sonriendo tudescamente, puso en las manos de la novicia una caja de marroquí en cuyo fondo

de terciopelo negro brillaba un deslumbrante aderezo. Formado de perlas y diamantes, coronábalo la diadema de una desposada. Del broche de la cerradura pendía una tarjeta con el nombre de Luis.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Este es un sueño! Elena, no te alejes, ¡tengo miedo!

—¡Hola! ¿Ahora mismo no querías separarte de mí? ¡Ea! Estamos en tu casa. La mampara está cerrada. No sería extraño que quien la abriese fuese...

—¡Ay! Partió por el último vapor, ¡¡¡no hay esperanza!!!... ¡¡Ah!!!...

La puerta se abrió, y Amalia dio un grito, cayendo desmayada en los brazos de Luis.

IV

—¡Mi voto! —exclamó ella al volver a la vida.

—Sé mi esposa, amada mía —dijo Luis con voz grave, posando un beso en la frente de su novia—, y después que el sacerdote nos haya unido, cumple a Dios el voto que le hiciste, mientras yo, cumpliendo también con lo que debo a mi orgullo, desempeño en Europa la misión que acepté por alejarme de ti.

Bella Leonor, ¿has visto alguna vez bajo los anchos aleros de ese armatoste que usan las santas hijas de Vicente una frente blanca y pura, dos rasgados ojos negros, una boca formada con perlas y corales, una joven, en fin, casi tan linda como tú? Es Amalia, que expía con cinco años de tinieblas *una hora de coquetería*.

EL RAMILLETE DE LA VELADA

I

La confidencia

Era la víspera de San Juan. El día había acabado. Las nubes de occidente reflejaban los últimos rayos del sol, y las estrellas comenzaban a brillar en el azul violado del cielo. Los rebaños descendían en largas hileras los estrechos senderos de las montañas, mezclando el ruido de sus cascabeles al alegre tañido de las campanas de la vecina aldea, y a la voz de los oboes que desde el fondo del valle convidaban al baile de la velada. Los jóvenes, trayendo al hombro la azada o el fusil, acudían presurosos al festivo reclamo, mientras otros vagaban en las ásperas laderas recogiendo con ademán misterioso entre las grietas de los peñascos las hermosas flores alpestres, para arrojarlas furtivamente a las ventanas de las cabañas en ese simbólico ramillete que, al mediar de aquella noche, consagra el amor entre los montañeses y da a las muchachas la dulce seguridad de ser amadas para siempre. Una costumbre tradicional que como otras muchas se conserva entre los habitantes de esas alturas, cual las blancas nubes de las montañas a las que no alcanza viento del llano.

—¡Grizel!

—¡Señor cura!

Exclamaron a la vez un anciano venerable y una linda joven, al encontrarse frente a frente en una encrucijada.

—Hija mía —continuó el sacerdote con acento paternal—. ¿Por que te encuentras sola entre estos peñascos, mientras tus compañeras danzan en la llanura? ¿Por qué tu voz no se mezcló hoy a la suya en los sagrados cánticos?

—¡Ah, señor cura! —respondió tristemente la joven—. Para bailar y para orar, es necesario que nuestro espíritu esté tranquilo, ya con la serenidad de la dicha, ya con la paz de la resignación. Esta mañana, cuando mis compañeras de rodillas en el templo cantaban las alabanzas del Señor, yo me hallaba también entre ellas; pero mi labio estaba mudo, porque una gran inquietud se ha apoderado de mí. ¿Cuál? Me preguntaréis. ¡Ah! Yo misma no sabría explicármela. Escuchadme, señor cura; y vos que sois un sabio, vos que habéis empleado toda vuestra santa vida en curar las penas del corazón humano, podréis decirme el nombre de la espantosa dolencia que ha asaltado el mío.

La niña y el anciano se sentaron al borde del hondo sendero, y a la luz moribunda del crepúsculo la mirada del viejo sacerdote interrogó la mirada tímida de la joven.

—Habla, hija mía —le dijo—, ¿qué temes? Tu corazón estaba siempre abierto para mí, como el sacro libro del altar. ¿No tienes ya la misma confianza en tu anciano amigo?

—¡Oh! No es por mí, no, señor cura... No ha mucho al veros bendije a Dios, que os enviaba a mi encuentro para escuchar la voz doliente de mi corazón; pero ahora, llegado el momento de hablar, temiendo ser injusta, vacilo y no me atrevo a deciros la causa de mi pena.

—¿Y qué pena puede aquejar tu corazón, hija mía? ¿No te ha dado Dios todos los dones que pueden hacer feliz a una criatura sobre la tierra? La virtud, la belleza, un padre a quien amar, un novio que te ama...

—¡Que me ama! ¡Ay, señor cura, no me ama ya! ¡No me ama!

—¡Ah!

—Y, sin embargo, meditando en ello, no encontraría razón para dudar de Guillermo. Pero ¡ay!, el corazón no medita ni razona: siente; y aquí —continuó la muchacha llevando su mano al pecho—, aquí hay una convicción profunda de que ya no me ama. ¡Oh! Quiera el cielo, señor cura, que cuando hayáis oído lo que voy a deciros ¡podáis convencerme de lo contrario!

La joven suspiró amargamente, continuando luego.

—Ayer, cuando acabadas las labores del día y encerrando el ganado en los establos entré en la casa, encontré a mi padre sentado bajo el gran nogal que sombra nuestra puerta. Besome con más ternura que otras veces, y me hizo sentar a sus pies. Luego, paseando su mirada por las montañas, los valles y el lago: “Cuán melancólica es —dijo—, para aquel que se acerca al fin de la vida, ¡la contemplación de la naturaleza en su estación de verdor y de fragancia! Todo se renueva y rejuvenece, menos él. Las flores se mecen sobre sus enhiestos tallos al tibio soplo de la brisa; los árboles alzan sus copas cubiertas de nuevas flores; él solo se marchita cada día más, y más cada día se inclina hacia la tumba. Dentro de poco, mi pobre Grizel, dentro de poco el viejo tronco que te da sombra se hundirá bajo la tierra que lo llama, y aunque entonces te hallarás protegida por un brazo fuerte que reemplazará con ventaja al cansado anciano, temo mucho, ¡ay!, que no

seas feliz. Temo mucho que el orgullo acabe por pervertir el corazón de Guillermo, como ha comenzado haciéndolo abandonar las pacíficas tareas de la granja de sus padres, para entregarse a la peligrosa profesión de cazador de gamuzas, y poder así vivir apartado de nuestros campesinos cuyo trato le es enojoso. Ese joven no nació para morar entre rebaños; nuestros valles son estrechos para él, su mirada parece buscar algo más allá de nuestras montañas, y su aventurera imaginación lo arrebató tras no sé qué fantásticos horizontes. Si un día, una ráfaga de ese mundo brillante que sueña su pensamiento penetrara en su corazón... ¡Ay, Grizel! Habría sido mejor para ti preferir a Fritz el pescador... Pero yo te estoy contristando, hija mía —añadió mi padre, mirándome con ternura—. ¿Tú amas a Guillermo y crees ser dichosa con él? Pues lo serás, y Dios os bendiga a los dos. Ve ahora a descansar, que mañana es la velada de San Juan, y bailarás mucho bajo las encinas del valle”.

—Y yo me fui a acostar. Pero no pude dormir en toda la noche. Las palabras de mi padre zumbaban en torno mío; y cuando quería arrojarlas del pensamiento, su recuerdo me asaltaba de nuevo, resonando en mi corazón como una campana de alarma. Deseaba con ansia ver a Guillermo para encontrar en su noble y bello semblante un mentís al siniestro juicio de mi padre; y apenas amaneció, no teniendo paciencia para esperar su vuelta, quise ir a su encuentro. Al pie del Risco-negro encontré al viejo Hans, el esquilador, que afilaba sus tijeras en las pizarras del manantial.

—¿Dónde vas, chica? —me dijo—. ¿Buscas a Guillermo o llevas el camino del castillo? Si lo primero, espéralo aquí, pues ese muchacho no puede ya tardar. Acabo de oírlo silbar a un cuarto de milla. Si lo segundo, da media vuelta, hija mía, y regresa a tu casa, porque hay moros en la costa. La señora Brígida y el viejo Brand no son ya intendentes del castillo, que desde anteayer está ocupado por una inmensa servidumbre extranjera. Su nuevo dueño, el barón de Lamsterbach, un prusiano joven y aturdido que acaba de heredarlo, ha llegado con sus amigos, y todo es allí música y fiestas de las que es el ama una hermosa dama que ha venido con ellos, una princesa a juzgar por los rendidos homenajes de aquellos señores. Aunque yo, que la vi ayer en el parque, creí divisar, Dios me perdone, a través del orgullo de su mirada, los ojos de una bribona. Por lo demás, quizá me engañe. ¡Todas esas ilustres señoras que vienen a visitar nuestras montañas son tan livianas y desenvueltas! Por la menos libre de sus maneras, nuestra municipalidad habría expuesto a una joven en la puerta del templo...

Ahí está Guillermo. Oigo sonar en las rocas la culata de su fusil.

Una mirada

De allí a poco en efecto divisamos a Guillermo que bajaba presuroso de la montaña.

—Al verme disparó al aire su fusil en muestra de alegría.

—¡Grizel! —me dijo—. Yo sabía que eras hechicera, pero ignoraba que fueras adivina. He aquí que vienes a mi encuentro cuando yo corría hacia ti, salvando como una gamuza los anchos barrancos, ¿sabes por qué? Para llegar antes que tus primos a pedirte la primera contradanza de la velada.

Hablando así su semblante expresaba una serenidad, contento y solicitud tan ajenos del ambicioso soñador de quien hablaba mi padre que yo, a pesar mío, sentí un impulso de resentimiento achacando sus palabras a una culpable preocupación contra Guillermo; como si los temores de un padre por la dicha de su hija, aun basados en una injusticia, ¡no fueran la más palpitante prueba de su amor! ¡Ah! Con cuánta razón, señor cura, decíais el otro día en el púlpito que la ingratitud más común es la ingratitud filial; y que el hijo más piadoso antepone sin remordimiento los amores de la tierra al más santo de los afectos, aquel que trajo su alma desde el seno de Dios.

Mientras yo reposaba con delicia en el pensamiento impío que me ocupaba, un grupo de jinetes, doblando a galope el recodo de la calzada, se echó de repente sobre nosotros envolviéndonos en un torbellino de polvo. Diez caballeros rodeaban a una mujer vestida con amazona negra, sombrero y pluma del mismo color, y en la mano a par de la brida un ramillete de agavanzos. Una mujer hermosísima, señor cura, no con la belleza que conocemos en nuestras montañas, sino bella con una hermosura que yo jamás había visto; con un talle frágil como un junco, una tez pálida, unos ojos rasgados de larguísimas pestañas, y unos cabellos tan negros como la pluma que flotaba en su sombrero.

Al llegar cerca de nosotros la dama detuvo con una audaz sofrenada el fogoso potro bayo que montaba, y volviéndose a sus compañeros:

—¡Mirad qué hermoso idilio! —dijo sonriendo y señalándonos a Guillermo y a mí—. A la margen de un arroyuelo y al pie de ese sombrío peñasco, ¡una tan linda pareja! ¿Quién es esta preciosa niña? Hija vuestra sin duda —añadió la dama con pasmosa volubilidad dirigiéndose al viejo Hanz.

—Hija del ganadero de la comarca —respondió desabridamente el esquilador.

—Y vos, bello cazador, ¿cómo os llamáis? ¡Oh! Yo quisiera que os llamarais Endimion!... ¡Guillermo! ¡Hermoso nombre! ¿Guillermo Tell?

—¡Ah, señora! —repuso Guillermo con una voz que nunca había resonado a mi oído—. ¡Pluguiera a Dios renovar el pasado! Mas por desgracia aquel héroe lo hizo todo; su nombre es la gloria de la Suiza y solo quedan a los nuestros oscuridad y silencio.

—¿Y la gloria artística, bello Guillermo? Rossini, Bellini, Verdi, Meyerbeer son inmortales: sus nombres vivirán eternamente en todas las melodías de la creación. ¿No amáis la gloria artística que llama a todos a su esplendoroso templo y que ha hecho un semidiós de cada uno de aquellos hombres? —Y luego, cambiando de tono y dando a sus ojos tan bellos una expresión de burla que me llenó de asombro—: ¡Oh! ¡La armonía! ¡La armonía! —continuó—. Su influencia, Guillermo, es todopoderosa. Yo he visto un oso de las heladas latitudes del norte abandonar por ella sus sombrías florestas y... ¡conde Nodorlof! —dijo de pronto interrumpiéndose y volviéndose rápidamente.

En aquel movimiento escapose de su mano el ramillete que cayó al suelo. Un señor joven de elevada estatura y color encendido, arrojándose del caballo, corrió a recogerlo; pero su mano se encontró con la de Guillermo que se le había anticipado y, en aquel choque, el ramillete quedó deshecho.

—¡Mis agavanzos! —gritó la dama, los agavanzos que yo misma disputé al diente voraz de las cabras!... Escuchad —prosiguió ella, fingiendo la cólera juvenil de una niña y dirigiéndose a los dos hombres, que frente uno de otro cambiaban una mirada de odio—. Escuchad, vosotros que los habéis destruido. En la cima de este peñasco —y señaló el Risco-negro—, sobre la aguda roca que forma su punto culminante, he visto esta mañana con el telescopio del castillo una mata admirable de rododendro. Mecíase orgullosa al soplo húmedo de la brisa, y sus purpúreas flores, inclinándose sobre el abismo, parecían enviar una sonrisa de burla a las codiciosas miradas de la tierra. Pues bien, ¡yo las quiero! Quiero esas flores para el ramillete de la velada, como precio de mis agavanzos.

Y alzando la brida, partió a todo el galope de su corcel dirigiendo a Guillermo una mirada fija, intensa, extraña; una mirada, señor cura, que penetró en mi corazón como una luz misteriosa, mostrándome en él abismos desconocidos

de amor, de dolor y de rabia. Sentí que amaba a Guillermo inmensamente y sentí también que aquella mujer en su veloz carrera me robaba su amor: y yo, que me creía buena, yo habría querido aniquilar el mundo para aniquilar con él a esa mujer. ¿Cuánto tiempo duró esa tempestad que devastó mi alma y quebrantó mi cuerpo como una larga enfermedad? Lo ignoro, señor cura. Hace una hora, mirando de repente en torno mío, encontreme sola, lejos del Risco-negro y bajo los muros del castillo. ¿Qué había pasado en mí? ¿Cómo había venido a aquel sitio? Y al penetrar en la oscuridad de mis recuerdos la mirada fosfórica de esa mujer vino de pronto a iluminarlos. Recordé la escena de la mañana y sentí con espanto que una influencia misteriosa emanada de aquella mujer me había arrastrado allí, y me impelía hacia ella, y yo buscaba esa mirada fatal y creía verla brillar, ya en las almenas del muro, ya entre las arcadas de la galería o en las sombrías avenidas del parque, y mi oído inquieto reconocía su risa argentina entre las festivas carcajadas y el alegre choque de vasos que resonaban en el pabellón suntuosamente iluminado; y figurábame que a aquella risa respondían vagos suspiros que se elevaban de las oscuras enramadas, y entonces un sentimiento extraño me hacía estremecer y apartaba la vista horrorizada, porque temía percibir bajo el móvil follaje la sombra de Guillermo.

De repente la gozosa algazara calló como por encanto; y en el silencio de la tarde alzose una voz divina, cantando una mágica melodía. ¡Oh, señor cura! Nada habló jamás a mi alma como aquella música que, lanzada al espacio entre las sombras y el silencio, reflejaba una a una las angustias sin nombre que yo sentía sin poder explicármelas. Pareciome un gemido inmenso exhalado de mi propio corazón, y huía espantada cuando os he encontrado en mi camino. Pastor de las almas, ¿por qué la mía está triste y desolada?

El anciano, que la había escuchado en silencio, sonrió melancólicamente.

—Hija mía —le dijo—, nuestras penas como nuestras alegrías vienen de Dios. Bendigámoslas, porque lo que emana de la fuente de eterna sabiduría es para nuestro bien. El sagrado libro nos enseña que, cuando venga a visitarnos el dolor, vistamos nuestras mejores ropas y unjamos con aromas nuestros cabellos. Adórnate, pues, con tus vestidos de fiesta, corona de flores tu frente y baja al baile de la velada, danza y ríe con tus compañeras y tu tristeza se desvanecerá.

Y posando sus trémulas manos sobre la cabeza de la joven, bendíjola y la despidió.

Pero cuando el viejo sacerdote quedó solo, alzó los ojos al cielo y siguió su

camino murmurando con dolorosa expresión:

—¡Dios mío! ¿Por qué encerráis en esa hueca esponja, que se llama el alma de una coqueta, el poder divino de atraer los corazones? ¿Por qué dais a esta mortífera exhalación del cieno el brillante fulgor que extravía los pasos del viajero y lo lleva al fondo de un abismo? ¡Pobre Grizel!

III

La hija del arte

Arcelia era la más brillante estrella de la inmensa constelación artística. Su belleza deslumbraba a cuantos la miraban. Su voz, melodía divina, tenía hechizada a la Europa que la disputaba como la más espléndida conquista. Los teatros de las populosas metrópolis arrojaban a sus pies montes de oro por una sola de sus noches; los más aristocráticos salones la contaban con orgullo entre sus nobles convidados; y en la numerosa falange de sus adoradores hallábanse altos potentados que le ofrecían con su amor su nombre y su poder.

Y, sin embargo, ignorábase quién era y de dónde había venido. Pero ¿qué importaba esto a su gloria? ¿Qué blasones pueden añadir un destello más al fulgor de la aureola soberana que ciñe las sienes del genio?

Una noche apareció en la Escala de Milán bajo la druídica corona de Norma, y Milán se prosternó ante ella. Otra noche París la vio tras el velo de Desdémona; y París, el árbitro absoluto de la opinión universal, enloqueció por ella, labró las estatuas y le elevó altares. Desde entonces Arcelia reinó sin rival en el mundo artístico, y su vida fue un dorado ensueño, un sendero cubierto de coronas y sembrado de aplausos, desde las floridas riberas del Mediterráneo hasta las orillas heladas del Neva.

Pero aquella mujer cuya voz era un eco del cielo; aquella mujer que sabía interpretar también las más nobles pasiones del corazón —el amor, el dolor, el entusiasmo y la santa indignación de la virtud— tenía un alma árida, egoísta y frívola, un corazón insensible a todo otro sentimiento que el orgullo y la vanidad. Era uno de esos genios maléficos, que robando a los ángeles sus blancas alas y su celeste sonrisa, cruzan la tierra cual brillantes, pero letales meteoros, derramando en pos de sí el dolor y la muerte. Humillar a sus rivales y enloquecer a sus adoradores; hacer de la una el pedestal de su gloria, y de cada uno de los otros un mísero esclavo, he ahí su solo placer, el único objeto de su vida.

Tal era la huésped del castillo.

Arcelia había hecho las delicias de Moscú durante los quince días de la rápida primavera rusa. Hallábase allí el emperador y la ciudad estaba ultimada con suntuosas fiestas, en las que la bella cantatriz desplegó todo el poder de su brillante talento, cautivando a los fieros cosacos, como había cautivado a los fríos ingleses, a los entusiastas franceses y a los apasionados hijos de la Italia.

Una noche, que en una fiesta de la corte cantaba en el teatro imperial del Kremlin, entre la lluvia de flores que caían a sus pies, Arcelia vio brillar un ramillete formado con diamantes de pasmoso grosor.

Al tomarlo en sus manos, percibió en su centro un billete.

—¡Magnífico! —había exclamado ella al leerlo—. ¡Soberbio! —El autócrata mismo no impondría de un modo tan despótico su voluntad soberana—. ¡Ah! de mi noble consejo —prosiguió con gracioso énfasis, volviéndose a la multitud de jóvenes señores que la rodeaban—, ¿qué castigo merecería el insolente que de lo alto de un palco osara arrojarme su amor, como una pedrada o la cabeza? ¿Os admiráis? ¿Guardáis el silencio de la duda? Pues escuchad.

Y desplegando el billete enviado con el ramo de brillantes:

—“Os amo” —leyó—. “Os amo y os seguiré hasta la muerte”. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

—Merecería... —exclamaron todos a la vez.

—¡Silencio! —interrumpió ella—. Falta aún un nombre: el conde Nodorlof. ¡Qué! Noble consejo, ¿no reís ya? ¿Quién es, pues, entonces, este conde Nodorlof?

—El conde Nodorlof —dijo mezclándose al grupo un nuevo personaje, el barón de Lamsterbach— es el tártaro más feroz que bañaron las aguas del Volga; un rabioso que mata con igual facilidad de un tajo o de una puñalada. Por lo demás, el mejor mozo, el más rico, espléndido y galán de los ayudantes de campo del emperador, y el ídolo de las mujeres, aunque ídolo hurraño y déspota asaz. ¿Queréis verlo?

—¡Oh, sí!

Y Arcelia arrastró a Lamsterbach hasta el *ojo de buey*, donde el barón le mostró, en un palco de escena, a un joven alto y arrogante, hermoso en toda la

extensión de esta palabra; pero con esa hermosura de los hombres del norte tan poco poética para la imaginación de una mujer.

Arcelia se burló de él sin misericordia.

—Lamsterbach —exclamó entre dos carcajadas—. ¿Qué haré yo de ese gran adorador?

—¿No quiere seguiros hasta la muerte? ¡Y bien! Pasead por Europa esta maravilla boreal como haría con un oso un titiritero.

—Aunque será un bagaje insoportable, me gusta la idea... Sí... Y luego... ¡El ídolo de las mujeres! Es tentador el pensamiento de robar a las rusas su ídolo, su gigantesco ídolo.

—Otra idea y en gracia de su originalidad, hermosa Arcelia, acceded a mi demanda.

—Escuchemos esa demanda.

—Rechazad el propósito del tártaro, prohibidle el seguiros.

—Pero así desbarataríamos nuestros proyectos.

—Al contrario. Pero escuchad, no he llegado aún a mi demanda. Estamos al fin de la primavera. Concededme el programa de vuestro estío.

—¡Oh! ¿Cómo resistir al deseo de ver ese programa confeccionado en la destornillada cabeza del loco Lamsterbach? ¡Concedido, concedido! Solo que, estando fatigada, quiero pasar el verano en una soledad... en los Alpes, por ejemplo. Arreglaos, pues, con vuestro programa.

Y salió a la escena donde la llamaba la música; y al inclinarse ante la tempestad de aplausos que la acogía de nuevo, la infernal coqueta envió a Nodorlof una larga y ardiente mirada, estrechando contra su corazón su ramo de brillantes.

Al siguiente día la chismografía de los salones murmuraba interminables comentarios sobre la partida repentina de Arcelia, sobre la desaparición del conde Nodorlof y sobre el dolor profundo que revelaba el bello semblante de cierta princesa imperial.

Entre tanto la cantarina, rodeada de pieles y recostada en el comfortable asiento de un vagón, volvíase con frecuencia para encontrar la mirada ardiente y fija de un viajero que la seguía con tenacidad.

Al entrar en Francia, Arcelia lo perdió de vista; y cuando comenzaba a culpar al barón de Lamsterbach por la pérdida de su excéntrico adorador, violó con gran asombro suyo al llegar a Grenoble, de pie, y al parecer esperándola en un balcón de la posada en que pasó la noche. Al siguiente día de su arribo al castillo del barón de Lamsterbach, cuando abrió su ventana para respirar el aire de la mañana, el primer objeto que encontró su mirada fue el conde de Nodorlof, inmóvil del otro lado del foso y apoyado en el tronco de un árbol.

Desde ese día, Arcelia lo vio seguirla en todas las correrías y partidas de caza que Lamsterbach y sus amigos organizaban para ella; y se halló también a su lado cuando Guillermo atrajo su mirada al pie del Risco-negro.

La vista del cazador impresionó a Arcelia. Por vez primera su soberbia mirada se había posado sobre un hijo del pueblo; y ella, soberana del encantado mundo del arte, ella, que había recibido el augusto homenaje de los reyes, deseó aspirar también el agreste incienso del rudo amor que había visto brillar en los ardientes ojos del montañés. Pero las fantasías de una coqueta pasan rápidas como las olas de un torrente; y pocas horas después, Arcelia había olvidado completamente el encuentro de la mañana. Mas en la noche que siguió a ese día un extraño sueño vino a visitarla.

IV

El sueño de Arcelia

Viose tal como se hallaba, acostada bajo las cortinas de su lecho, en el suntuoso aposento que habitaba en el castillo. La calma y el silencio reinaban en torno suyo; y sin embargo una extraña inquietud agitaba su imaginación, y su oído recogía ávidamente los vagos ruidos de la noche. De repente, percibió un rumor lejano, tenue primero, como las ráfagas perdidas del céfiro de la mañana; después, progresivamente tumultuoso, inmenso, atronador, que estremeció su cuerpo e hizo saltar su corazón. Al mismo tiempo, cual a través de un telescopio encantado, las resplandecientes bóvedas del teatro italiano deslumbraron sus ojos con torrentes de luz. El genio de Bellini, cerniéndose en aquella zona ardiente y perfumada, parecía llamar con encantadas notas a su intérprete favorita; y París entero, el París aristocrático y artístico, la llamaba también con gritos de frenético entusiasmo: ¡Arcelia! ¡Arcelia! Y el tumulto acrecía, y a los gritos de entusiasmo sucedían gritos

de cólera; y Grissi y Alboni sonreían con aire de triunfo, mientras ella, sujeta por invisibles lazos, se retorció presa de una inmensa angustia.

Pero he aquí que, de en medio al horrible tumulto, se eleva una figura vaporosa y leve, como las nubecillas de la aurora. Arcelia la ve volar hacia ella. Llega, y al acercársele sonriendo, le muestra el lindo rostro de Elsler. Crisel, la aérea sílfide, dando tres vueltas en torno del lecho, rompe el encanto que la detiene; la levanta en sus brazos, desprende sus resplandecientes alas, y adorna con ellas su blanca espalda, transmitiéndole un beso su mágico poder.

Arcelia se lanza a través del espacio. ¡París! ¡París!

¡Oh! Llegará a tiempo... La orquesta repite el tercer *ritornelo*.

Y hendiendo los aires, traspone la montaña, atraviesa el valle, va a cruzar el lago, pero, al pasar sobre la inaccesible cima del Risco-negro, las purpúreas flores del rododendro atraen su mirada. Mas al bajarse para cogerlas en su vuelo, vio extenderse de los dos lados opuestos del peñasco dos manos ávidas que al arrancar las flores se encontraron, aferrándose la una a la otra con feroces crispaciones. Y dos figuras atléticas se alzaron de repente sobre la cima, siniestras y amenazantes. Contempláronse un momento cambiando una letal mirada, brillaron en la sombra dos puñales, y en un silencio más espantoso que las más espantosas imprecaciones, comenzó un combate horrible, que duró poco, terminando con un grito ahogado y un ruido sordo, semejante al de la piedra que cae en un abismo. Arcelia quiso descender a la sombría sima; pero sus ojos divisaron un grupo informe y sangriento. Temió manchar sus diáfanos alas y voló de nuevo hacia el mágico París.

V

El sueño de Grizel

En la misma hora, a una milla de distancia, en la pobre cabaña del ganadero, Grizel, después de una larga vigilia entre las lágrimas, la duda y la esperanza, oyó en fin a lo lejos en el reloj del castillo las doce campanadas de medianoche.

Al ver llegar el momento decisivo, Grizel tuvo miedo: habría deseado volver a las horas de duda y ansiedad que lo habían precedido. Un sudor frío heló su cuerpo; alzose trémula, y acercándose a la ventana escuchó con sobresalto. El silencio era profundo; y sin embargo, creyó oír los pasos de alguien que se alejaba.

—¡Guillermo! —exclamó—. ¡Guillermo me ha traído el ramillete de la velada!

Y corriendo a la ventana, abriola con gozoso ademán. ¡Pobre Grizel! Había creído oír pasos de su amante, y eran los latidos de su propio corazón, que se precipitaban como el *alud* de sus montañas. Su ávida mirada encontró el dintel de la ventana vacío, la campiña lóbrega y desierta, y a lo lejos el Risco-negro, dibujándose sombrío en el azul oscuro del cielo.

Grizel se estremeció: un siniestro presentimiento comprimó su corazón. Cerró la ventana, y recostándose vestida sobre su lecho después de haber llorado largo tiempo su perdida ventura, quedose al fin dormida, pero su sueño fue una horrible pesadilla. Soñó que se hallaba al pie del Risco-negro. Cubría su inaccesible cima una densa niebla en cuyo seno resonaba un ruido semejante al choque de dos puñales. De repente, aquella masa nublosa se convirtió en un cuerpo informe que rodó de peñasco en peñasco, y al estrellarse en el fondo de un precipicio, Grizel oyó un grito horrible, un grito de muerte que heló la sangre en sus venas y la despertó. Había amanecido, y entre el gorjeo de las aves y el alegre mugido de los rebaños, Grizel sintió esta vez, clara y distintamente, el paso tardo y acompasado de muchas personas que se acercaban. Corrió a la puerta, pero, al abrirla, un grito ahogado se escapó de su pecho, y su cuerpo inerte rodó a lo largo de la escalera hasta los pies de algunos hombres que traían sobre una camilla de ramas dos cadáveres mutilados. Entre sus manos rígidas, cubiertas de sangre y siniestramente entrelazadas, veíanse algunos pétalos destrozados de rododendro...

VI

La condesa

...Y los años pasaron.

Grizel, arrastrada por el fantástico delirio de la locura, había desaparecido un día del valle para no volver jamás. La yerba crecía sobre las tumbas del noble y del cazador, y el olvido con su ala ligera había borrado su recuerdo en la memoria de Arcelia, que más bella y coqueta que nunca habíase vuelto condesa de Nebigliano y habitaba en Nápoles, en el aristocrático palacio de su esposo.

Dichosa y adorada, como lo son largo tiempo las mujeres sin corazón, Arcelia veía a sus pies a los hombres más distinguidos de Italia, idólatras de su belleza, disputándose ávidamente una sonrisa, y rivalizando en satisfacer hasta el más extravagante de sus caprichos. Unas veces se la veía correr a caballo en las

floridas praderas de *Campagna felice*, arrastrando consigo un escuadrón de elegantes jinetes, que solicitaban a porfía el honor de ser sus escuderos; otras, negligentemente recostada en los sedosos cojines de una barca, divertíase en recorrer el golfo de la Bahía, sonriendo graciosamente a sus nobles remeros.

Al abandonar su carrera artística, no había renunciado a la embriaguez de sus triunfos. Al contrario, frecuentemente un capricho de gloria la llevaba al espléndido escenario de *San Carlo*; y en esas deseadas apariciones, anunciadas por todos los telégrafos, la Europa entera, representada por sus hombres más eminentes, corría a prosternarse a sus pies, con entusiasta adoración.

VII

Alucinación

Era una noche de estío, una de esas mágicas noches de Nápoles en que el fuego de la vida y del amor reverbera y centellea por todas partes, en las fulgorosas estrellas de su cielo, en la lava de su volcán, en las fosfóricas ondas de su golfo y en los ojos de sus hijas. Una de esas noches de extraño prestigio, en que el alma se desprende de la tierra para vagar en pos de sus recuerdos, ora volando sobre las fantásticas siluetas de las nubes, ora meciéndose en las olas impalpables del éter...

En las floridas riberas donde blanquea entre bosques de naranjos el poético Sorrento, sobre una roca suspendida entre el cielo y el mar, la *villa* de Nebigliano resplandece con una brillante iluminación. Numerosos convidados circulan turbulentamente en sus espléndidas galerías y en sus salones resuena una música deliciosa. Todo lo que la bella Nápoles encierra de distinguido en nobleza y talento, se halla reunido allí en una de esas fantásticas fiestas, en que los héroes de todos los siglos y de todas las naciones se rozan, se mezclan y se cruzan cual febriles ensueños. Allí revolotean juntos, en el torbellino de una alegre cuadrilla, el grave caftán, la noble clámide, el agreste *plaid*, la griega túnica de Aspasia y el místico velo de la virgen indiana. Polichinela saluda con una pirueta a Mahoma, y Atahualpa murmura italianas galanterías al oído de María Stuart.

Arcelia, la soberana de aquel encantado palacio, viste los blancos cendales de Norma. El manto azul de la sacerdotisa druida se abre voluptuosamente sobre su mórbido seno; y la orla de oro de su alba túnica, regazándose hasta la rodilla, descubre su torneada pierna y su piecico calzado con sandalia. Ceñía sus sienes una corona de encina, y los rizos de su negra cabellera ondulaban profusamente sobre su cuello.

A su vista, un inmenso aplauso se elevó de todas partes. Nunca había aparecido tan bella al ojo extasiado de sus admiradores, que la rodearon con gritos de frenético entusiasmo; y los músicos, arrebatados por su hermosura, ejecutaron un aire de triunfo, terminando con el dulcísimo *ritornelo de la Casta diva*.

Un silencio profundo reinó entonces en el salón y la reina de la fiesta, tornándose de repente la humilde artista esclava del público, inclinose sonriendo ante su soberano y entonó con voz maravillosa la inmortal aria de Bellini.

Una tempestad de bravos acogió sus últimos acentos.

Pero Arcelia se había quedado silenciosa, y su bello rostro palideció.

En medio de los estrepitosos aplausos parecióle oír un grito lúgubre, una voz siniestra que pronunció su nombre.

Alejose de la multitud y, avanzando hasta el extremo de una ancha galería abierta sobre el mar, arrojó su guirnalda y sacudiendo sus negros bucles entregó su frente a la brisa de la noche.

El ruido del festín y las notas de la orquesta llegaban a ella, y su mirada distraída seguía maquinalmente los grupos de exóticos personajes que cruzaban a lo lejos.

Poco a poco, aquellas escenas tomaron en su imaginación un tinte fantástico. Olvidó el sitio y las circunstancias en que se hallaba y hundiéndose por grados en un extraño desvarío, Arcelia vio de repente alzarse ante ella esa misteriosa lontananza que divisan aquellos cuyo destino va a cumplirse; y los días de su vida pasaron uno a uno a sus ojos, como las nubes que el viento de la tarde arrastra en el ocaso, tranquilos los unos, y dorados por el radiante sol de la infancia; otros de borrasca, de luchas y tormentos bajo la siniestra careta escénica, otros de espléndidos triunfos a la luz mágica del gas, ese sol de las esféricas regiones del septentrión.

Pero luego, las escenas de la primera edad volvían otra vez, fascinándola con sus plácidos cuadros de paz y de inocencia.

He allí, decía, la cabaña perdida entre las negras copas de las higueras. De su pajizo techo se alza una blanca columna de humo que se eleva en suaves espirales. El hogar arde con una alegre llama coloreando las paredes y los dulces rostros de los santos que las decoran. El sol se pone y su rayo postrero ilumina la

cabeza encanecida de una mujer que, sentada a la puerta de la cabaña, da vueltas a su rueca, mientras sus miradas siguen con amor los gozosos saltos de una niña que juega bajo los olivos del vergel. Ella es la última de sus hijos, la única que le queda porque a los otros los devoró la guerra. Los ojos de la pobre vieja, cansados de llorar, se posan con delicia en los sedosos rizos negros de aquella hermosa cabeza.

Pero el ruiseñor comienza su himno nocturno y la niña cesa de reír: huye a un ángulo del vergel, y queda allí inmóvil y pensativa. La envidia se ha despertado en su corazón y tiene celos del ruiseñor. Su alma oculta un abismo de vanidad, y quiere competir con el divino cantor; y ella también entona un himno a la noche.

Un carruaje que cruza el camino real se detiene de repente a espaldas del seto. Un hombre asoma la cabeza a través de los espinos.

—¿Cómo te llamas, linda niña?

—María.

—Y bien, preciosa María, ¿quieres ir a un hermoso país donde serás reina y cantarás en un suntuoso teatro, aplaudida por un millón de adoradores?

—¡Oh! De buena gana... Pero ¿cómo?

—Saltando este seto y viniendo conmigo.

La niña salta el seto y se va con aquel hombre que se la lleva a toda la carrera de sus caballos, mientras ella divisa a lo lejos, como una pequeña estrella, la luz de la cabaña donde su madre la espera para adormirla en sus brazos al arrullo de una plegaria.

A ese recuerdo, aquel corazón frívolo, aquella alma innatamente depravada, aquella mujer, que solo había vivido para la vanidad y que en la piadosa edad de la infancia había abandonado sin una lágrima las más santas afecciones de la naturaleza —la cuna y el regazo materno—, sintió un profundo enternecimiento y deseó, con uno de esos anhelos insólitos y vehementes de los moribundos, volver a esa época oscura de su vida y que la otra con todos sus deslumbrantes esplendores fuera solo la mentida ilusión de un sueño.

VIII

Dos mujeres

Y mientras Arcelia estaba allí inmóvil, muda, inclinada sobre el vacío y con la mirada perdida en las profundidades del espacio, un ruido extraño, que parecía venir de entre las hondonadas de los peñascos, elevábase bajo sus pies cada vez más cercano; ruido tenue, lento, pero continuo: semejante al roce de un cuerpo que escalara trabajosamente las escarpadas rocas de la costa.

Pero ella no lo percibió, absorta en su misteriosa alucinación, y de recuerdo en recuerdo, de cuadro en cuadro, llegó enfin a la lúgubre catástrofe del Risco-negro. Presentósele de nuevo el horrible espectáculo que había visto en sueños, el encuentro de los dos hombres en la cima del peñasco, la espantosa lucha y aquella caída más espantosa todavía. Y tendiendo los brazos a la tremenda visión exclamó con acento desesperado:

—¡Guillermo!

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Lo llama! —aulló una voz horrible y dolorosa. Y una figura pálida, desmelenada, y arrastrando tras sí un largo sudario, alzose de repente ante ella de lo hondo del precipicio.

Arcelia, aterrada, quiso huir, pero la extraña aparición, enlazándola con sus descarnados brazos:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! —repitió—. ¡Lo llamas!... ¿No sabes tú, que me robaste su amor, no sabes que duerme allá, en el fondo del abismo? ¿No sabes que no puede ya oír tu voz porque su sueño es tan profundo como el lecho en que reposa? Pero heme aquí, desposada de Guillermo, tú que cantabas hace poco como en aquella noche fatal, liome aquí en busca tuya para llevarte a su lado. ¡No temas! Yo he destrozado mi corazón para arrancar de él los celos y la rabia... ¡Ven! Aquel que yace entre las tinieblas está frío y tus brazos lo reanimarán y la luz de tus ojos alumbrará su tenebrosa morada...

—¡Dios mío!... ¡Socorro! —gritó Arcelia, presa de un inmenso terror, y debatiéndose entre aquel letal abrazo.

—¡Silencio!... No lo turbes con tus gritos. ¿No ves que sube a esa cumbre inaccesible? Va a buscar para ti, impía coqueta, va a buscar para ti el ramillete de la velada. Helo allí... ¿Ves en sus manos esas flores color de púrpura? Están teñidas con su sangre... ¡Te llama! ¿Por qué tardas? Vamos.

Y esta palabra se ahogó en un ruido sordo mezclado de gemidos que se renovó de roca en roca, y fue a perderse al fin entre el rumor fragoroso de las olas

que se estrellaban en la playa de Sorrento.

UNA REDONDILLA

Es fama que el rey Felipe IV de España aborrecía mortalmente el juego; y que aquella aversión había crecido hasta el punto de que sus reales nervios se crispaban al solo aspecto de un dado o de una sota de bastos.

¿Cuál pudo ser el motivo del odio en un rey tan dado a devaneos? Unos dicen que fue cierta gruesa suma que perdió una noche su majestad la reina por sacudir el fastidio en el tétrico Escorial, otros lo achacan a que las damas dieron en descuidar el amor por ansia del oro. No faltó quien dijera que...

Mas sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que don Felipe dio ordenanzas contra el juego y vedó aun con más severidad este devorante pasatiempo en el recinto de su alcázar.

Golpe mortal para damas y cortesanos, habituados en los días de servicio a ganarse unos a otros la última blanca de sus escarcelas.

Ellos, aunque murmurando, hubieron de someterse a la real voluntad, pero ellas, ¡ya!, no, y si no, ¡vedadles algo a ellas!

Desde que una mujer oye articular la palabra *prohibición*, ella formula: ¡quebranto! Si Dios no hubiera prohibido a Eva el comer la manzana, de seguro que el dichoso fruto habría pasado tranquilamente sobre el árbol al estado de orejón.

Si queréis que una mujer os ame, rogadle que os aborrezca y, lo que es más aún, si deseáis efectuar la maravilla de que guarde un secreto, exigid que os lo revele. No afirmaré que si se la lleva el río debió buscar la playa arriba; pero sí aseguro, a fe mía, que si después de ahogada le quedase a una mujer un adarme de voluntad, lo emplearía en remontar el curso del agua, tan solo por contrariarle.

Así las nobles hembras de la corte de Felipe en nada menos pensaron que en cumplir su mandato. Al contrario, amaron de tal suerte la *timbirimba* desde que la vieron desterrada, que se volvió para ellas una especie de culto; y cada noche no hubo retrete en palacio que no se convirtiera en un encierro de juego.

Abandonadas en su desobediencia por los hombres, las damas encontraron, sin embargo, entre ellos un auxiliar poderoso, si no en dinero, al menos en trazas, astucias y elementos de rebelión. ¿Mas qué mucho si era un poeta?

El poeta, ha dicho un hombre célebre, no se encuentra bien en parte alguna, ni en una sociedad democrática, ni en una aristocrática, ni en una constitucional. Y esto, añade, solo porque es un espíritu de contradicción.

Amigo poeta tuve yo que se enojaba cuando quería retenerlo a mi lado, y si lo dejaba marchar, me ponía hocico un mes entero.

Por eso el barón *** en sus memorias, trabajo inédito que verá un día con aplauso la luz pública, exclama en más de una página:

—¡Poetas!... ¡Poetas!... Indómitos potros... No hay brazo que los sujete... Proscripción con ellos... Proscripción, sí, señor... Mientras más lejos mejor... ¡Mejor!

Citada esta autoridad, por demás está decir que el prójimo aquel adolecía del antedicho resabio. Además, sus hechos hablan bien alto. Solo añadiremos por vía de esclarecimiento, que era un hombre de mediana estatura, de espaldas abovedadas, cuya roma nariz sustentaba un par de gafas tras las cuales, a vueltas de una cómica seriedad, os hacía guiños la risa.

Era feo como veis; pero requeríanlo de amores algo más de cuatro hermosas.

La reina tenía costumbre de llamarlo don Francisco; el rey simplemente: Quevedo.

Una noche, que en contravención de las soberanas órdenes muchas damas, y con ellas Quevedo, jugaban en el departamento que la duquesa de Alba, como camarera mayor tenía en palacio, de súbito el duque de Alba, que conociendo los hábitos de don Felipe IV, acechaba a la puerta de un pasadizo, corrió hasta la mitad de la cámara, exclamando con angustioso acento:

—¡El rey, señoras, el rey!

A la primera sílaba de esta voz de alarma, las damas, empuñando su oro, huyeron por todas las salidas de la cámara, dejando cargados a Quevedo y al duque con el cuerpo del delito, extendido en cuarenta y ocho piezas sobre un significativo tapete verde.

Felipe solo alcanzó a ver el extremo de sus largas colas; pero sintiendo en torno la atmósfera inequívoca de las sorpresas, paseó una mirada del duque al

poeta, y preguntó con voz breve:

—¿Qué es eso?

El duque no halló en su lengua helada ni una sola palabra, mas en cambio, oyó a Quevedo responder con increíble aplomo:

—¿Qué ha de ser, rey español?

Decir *Alba* a las estrellas:

Que se retiraran ellas para que viniera el sol.

Difícil es decir qué gustó más al de Austria: si la redondilla o la lisonja. Probablemente fue uno y otro; porque llamadas las fugitivas, Felipe se hizo su banquero y jugó con ellas hasta el amanecer.

Lima, 1862

EL NARANJO Y EL CEDRO

Leyenda bíblica

Era de la creación el cuarto día y la luz primaveral rosada y tibia se derramaba a torrentes sobre la naciente creación. Y el etéreo azul del firmamento era tan puro que dejaba ver las estrellas en torno del sol. Y los vastos mares bullían en su profunda cuenca; y la tierra se extendía en llanuras y se alzaba en montañas y se hundía en cóncavos valles.

Y el Eterno sonrió a su obra.

Y la tierra se estremeció de alegría, y los prados se cubrieron de flores; y las yerbas aromáticas brotaron en la falda de las montañas, y tupidos bosques en las cimas de ellas.

Y Dios tendió sobre su obra una mirada de complacencia.

Y las flores de los prados, y la yerba de los campos, y los árboles de las florestas, entonaron un himno de alabanza al Creador.

Y el naranjo del Edén dijo al cedro del Sanir:

¡Bendito sea el Señor! Elevó tu cima hasta el cielo; y extendió tus ramas de oriente a occidente, dotó a tu savia de sentimiento y te dio una vida inmortal. ¡Eres el rey de la creación!

Y las flores de los prados, y la yerba de los campos, y los árboles de las florestas bendijeron al Señor.

Y el cedro dijo, inclinando sus ramas hacia el árbol del Edén:

Contéplate a ti mismo y admira la munificencia del Creador. Labró tu tronco de bronce, e hizo tus hojas de esmeralda; dio a tus argentinas flores el perfume que él ama, y con el oro más puro amasó tu delicioso fruto. Eres el aroma de la creación.

Y las flores de los prados, y la yerba de los campos y los árboles de las florestas elevaron al Eterno un himno de amor.

Lima

LA FIEBRE AMARILLA

Un día, más abrumada que nunca del pesar que me roía el alma, leía yo *Lelia*. El desorden de espíritu sembrado en todas sus páginas, esa desesperación sin objeto, ese dolor de la duda, el conjunto de delirios que hacen de ese extraño libro una sombría pesadilla, produjeron en mí un efecto inaudito.

Pareciome ver elevarse de los negros renglones que recorría una niebla roja que subió a mis ojos y pasó a mi cerebro, transformándose allí en un inmenso torbellino que paseó sus ámbitos dilatándolos hasta lo infinito, e incendiándolos con soplos de líquido fuego... Y en tanto que una llama abrasadora devoraba mi cabeza, mi cuerpo aniquilado por extraña languidez se desplomaba como una masa inerte, y rodaba sin término en la pendiente rápida de un torrente cuyas olas color de azufre iban a perderse en los lejanos celajes del horizonte.

Al fin la amarilla onda que me arrastraba fue haciéndose más lenta; el aire más denso; la luz más tenue hasta perderse en profundas tinieblas... Y un mar de olvido invadió mi ser...

Poco a poco, una vaga sensación de vida palpitó en las fibras entorpecidas de mi corazón; un destello del pensamiento comenzó a colorear las brumas que oscurecían mi cerebro. Llamé largo tiempo a la memoria y vino al fin, pero tarde y por el extremo opuesto de mi existencia. Mas cuando quería llegar al tiempo presente, encontraba una valla insuperable que me detenía con más fuerza, mientras más me obstinaba en romperla. Fatigada de tanta lucha, di al fin paso a través de la mente al raudal de imágenes que venían de las oscuras regiones del pasado.

Vi a una niña rosada, alegre y turbulenta correr saltando en los floridos campos.

Vi a una joven, hermosa virgen, vestida de ligeros cendales, coronada de rosas blancas y de blancas ilusiones, dar la mano, el corazón y el destino al hombre que despedazó su destino y su corazón. Vi a una madre, pálida, con los cabellos desgredados, velar de rodillas y anegada en lágrimas a su hija moribunda. Vila con los ojos secos y el corazón henchido de sollozos, estrechar contra su pecho a su niña muerta, y depositar con sus manos el yerto cadáver en la tumba.

Vi a una mujer solitaria, abandonada impunemente por aquel que juró protegerla y amarla hasta la muerte. Vila, buscando el olvido en el tumulto del

mundo, llamar en auxilio suyo a la coquetería, a la frivolidad, y reír, procurando ahogar con locas carcajadas los gemidos de su duelo. Vila, horrorizada de los misterios de iniquidad encerrados en ese mundo que ella creyó tan bello, pedir a la ciencia un asilo contra el dolor. Vila, en fin, serena e impasible hundir su mirada en las profundidades del cielo y de la tierra, y develar en ellas arcanos que me helaron de terror y desvanecieron mi largo desvarío.

Vi entonces a uno y otro lado de mi cabecera a dos médicos tan feos que me parecieron un apéndice de mi delirio.

¡Pero no seamos ingratas! Los sabios ojos de aquellos señores descubrieron en el horrible tinte, extendido sobre mi frente, mis manos y mis labios, la presencia de la fiebre amarilla. En consecuencia, combinando sus medidas, habíanle dado un ataque tan rudo que la derrotaron completamente.

Alceme del lecho, y me encontré ágil, casi aérea. Toqué mi frente. Estaba fresca: ¡ni una sola de las negras nubes que antes la oscurecían! Llevé la mano al corazón. Latía tranquilo, y lo sentí ligero, cual si le hubieran quitado un peso enorme. El dolor que lo abrumaba, que lo comprimía con su garra de hierro, había desaparecido. La causa que lo alimentaba en el fondo del alma aparecíame lejana y separada de mí por un insondable abismo. El sentimiento poderoso que toda la filosofía humana no fue bastante para dominar ¡había sido vencido, aniquilado, por una onza de trementina y algunos vasos de tizana!

Y nosotros, metafísicos declamadores, ¡buscamos en el éter el origen de las nobles pasiones! Aquella que yo creía inmortal murió. *Requiescat in pace.*

Así hablaba yo un día al doctor P. El viejo sonrió bajo su barba cana.

—*¡Requiescat in pace!* —dijo, enviándome una mirada de compasiva indulgencia. ¿Creemos acaso en estas solemnes palabras con que despedimos a los que mueren y de las cuales nuestro cansancio quisiera hacerse una dulce esperanza? ¡No! Todos sentimos que nada de lo creado puede reposar; que su destino es la eterna agitación. Las puertas de la muerte abren a nuestro ser nuevos mundos de existencia. El alma, ese espíritu inmortal, al dejar su cubierta terrestre, vuelve al foco de luz de donde se desprendió, no para dormir inútil un sueño infinito, sino para vivir: es decir, para agitarse en la eternidad de los designios de Dios. El cuerpo en el fondo del sepulcro elabora y da vida a millares de seres, al mismo tiempo que envía a la superficie su savia creadora en plantas que a su vez esparcen el perfume de sus flores, sazonan sus frutos, maduran sus semillas, que

vueltas a la tierra continúan la eternidad de la creación.

Nuestros sentimientos, en fin, esos seres inmateriales que se agitan en el corazón, ¿mueren acaso? ¡No! Los sentimos palpitar, estremecerse, agonizar. Es que están creando otros sentimientos; y cuando se han fundido en ellos creemos que han muerto; pero solo se han transformado. “Y hallé vanidad hasta en la muerte”, dice Eclesiastes, el más sabio entre los hijos de los hombres.

Y yo a mi vez hallé que el doctor P. tenía razón; y que mi dolor se había transformado en otros sentimientos que a su turno produjeron sucesivamente gozos y dolores sin fin.

GÜEMES

Recuerdos de la infancia

Al señor general don Dionisio Puch

Amigo mío:

Al escribir estas páginas, que dedico a usted, no he pensado hacer una biografía. Ellas solo son fragmentos de *El álbum de una peregrina*. La vida de aquel a cuyo recuerdo están consagradas fue tan llena de hechos maravillosos, de hazañas inauditas, que arredrará a más de un historiador, porque, como yo, temerá a la vez ser acusado de hiperbólico por la posteridad, y de remiso, limitado y descolorido ante los espléndidos recuerdos de los viejos guerreros contemporáneos del héroe, y actores también en el maravilloso poema de su existencia. Así he querido solo que ellos sonrían y suspiren encontrando la figura gigantesca y poética de aquel a quien no olvidarán jamás, en algunas escenas de mi infancia, cuadros iluminados por la luz de la primera edad, que hirieron profundamente la imaginación de la niña, y que la mujer ha guardado con religiosa veneración en el fondo del alma a través de los pesares y del destierro, como un perfumado ramillete cogido en las riberas de la patria.

Usted mismo, amigo mío, experimentará un placer melancólico, si arrancándose un momento al torbellino de los placeres y de los negocios, sigue mis pasos en ese mundo silencioso del pasado donde todo calla y nos habla a la vez. Allí volverá usted a ver objetos muy caros a su corazón, no desfigurados por el polvo de la tumba, sino jóvenes y bellos como en otro tiempo. Allí también se encontrará usted a sí mismo, no el hombre hastiado y escéptico, sino el mancebo hermoso y poético como un arcángel. No tema usted esa comparación, que lejos de darle pesar alguno, lo hará solo sonreír de desprecio por este mundo, que cambia nuestra fe en escepticismo, y nuestra hermosa ilusión en hastío.

¿Recuerda usted que un día, viéndolo mirarse al espejo, le ofrecí uno en que se encontraría usted mejor? Pues he aquí realizada la promesa de su amiga.

Juana Manuela Gorriti

¡Orcones! Hogar paterno, montón informe de ruinas habitado solo por los chacales y las culebras. ¿Qué ha quedado de tu antiguo esplendor? Tus muros yacen desmoronados, los pilares de tus galerías se han hundido, cual si hubieran

sido edificados sobre un abismo. Apenas si las raíces sinuosas de una higuera, y el bronceado tronco de un naranjo, señalan el sitio de tus vergeles. A la ruidosa turbulencia de tus fiestas han sucedido el silencio y la soledad. Tus avenidas están desiertas, y la yerba del olvido crece sobre tus umbrales abandonados. Un día la fatalidad penetró en tu alegre recinto, arrebató a tus huéspedes desprevenidos, y los esparció en los cuatro vientos del cielo. ¿Qué fue de ellos? Unos cayeron agobiados de cansancio: los otros marchan aún en las penosas sendas de la vida. Si un día los llamaras, algunos responderían con un gemido; por los más hablaría solo el silencio de la tumba. Es fama que sus almas, bajo el blanco sudario de los fantasmas, vagan en la noche, renovando entre tus escombros el simulacro de su pasada existencia ¡Ah! Yo también, sombra viviente entre esas vanas sombras; yo también voy allí con el recuerdo a reconstruir mi vida despedazada por tantos dolores, y extraer del delicioso oasis de la infancia algunos rayos de luz, algunas flores para alumbrar y perfumar mi camino. ¡Ah! Cuántas veces, huyendo del desolado presente, he tenido necesidad de refugiarme como a mi único asilo, en las sombras del pasado, y evocar las nobles acciones de los muertos para olvidar las infamias de los vivos; asirme a la memoria de las virtudes de aquellos, para perdonar a la providencia los crímenes de estos; colocar en la misma balanza la deslealtad, la perfidia, la cobardía y la impiedad con que los unos han escandalizado y entristecido mi juventud, y la lealtad, la fe, el heroísmo y la piedad con que los otros ungiéron mi infancia, para poder decir: ¡Dios es justo! Mas ahora como entonces, apartemos nuestra mirada de los malos, esa bilis necesaria quizá, en la eterna sabiduría al equilibrio de la humanidad moral; y adorando, aun en ellos, los designios de Dios, que ha enviado esa sombra para realzar más su divina luz, volvámonos hacia este: a los buenos, y sigamos la huella de admiración y de amor que dejan en pos de sí esa aureola, preludio de la eterna beatitud.

Un día jugaba yo saltando entre las altas yerbas que crecían con salvaje desarrollo en torno de la casa. Tenía entonces solo tres años, y sin embargo, aquella escena está tan presente a mi recuerdo, cual si hubiere pasado ayer. Era una mañana de primavera. Los bosques estaban verdes, los prados cubiertos de flores cuyo perfume arrastraba la brisa en ráfagas tibias y embriagantes; y sobre las ondas de verdor y de fragancia cerníanse aéreas las melodiosas notas del canto de las aves. Innumerables mariposas de variados colores revoloteaban entre la maleza fascinando mis ojos con los matices deslumbrantes de sus trémulas alas, y arrastrándome en pos de su vagaroso vuelo, muda, anhelante, extasiada, y como siempre, entregado al solo placer de contemplar a esos deliciosos y frágiles seres. Jamás osé tocarlas; y cuando las veía tornarse en polvo negro entre la ávida mano de los niños, lloraba como después he llorado una decepción.

Así corría yo distraída, y alejándome insensiblemente, hasta que atrajo mi atención un rumor cercano de voces y pisadas de caballos. Alceme sobre la punta de los pies, y mirando hacia el camino real, vi a dos jinetes que tomaban la senda de la casa y se acercaban galopando. El uno es un joven oficial de diez y ocho años, vigorosamente abotonado en su uniforme verde galoneado en las costuras, y cubierta la cabeza con un capillo plegado a guisa de turbante, y rematado por una gran borla de oro. Era el otro un guerrero alto, esbelto, y de admirable apostura. Una magnífica cabellera negra de largos bucles y una barba rizada y brillante cuadraban su hermoso rostro de perfil griego y de expresión dulce y benigna. Vestía un elegante dormán azul sobre un pantalón mameluco del mismo color; y una graciosa gorra de cuartel hacía ondular su flotante manga a lo largo de su hombro. A su lado, pendiente de largos tiros, una espada fina y corva semejante a un alfanje, brillaba a los rayos del sol como orgullosa de pertenecer a tan hermoso dueño. Montaba este con gracia infinita un fogoso caballo negro como el ébano, cuyas largas crines acariciaba distraídamente, mientras, inclinado hacia su compañero, hablaba con él en una actitud admirable de abandono. Aun en la corta edad que yo tenía, había ya visto a los hombres más hermosos de Buenos Aires, ese país de los hombres hermosos. Los había contemplado doblemente bellos, bajo el espléndido uniforme de aquella época, blanco, azul y oro; pero jamás, ni aun en mi fantástica imaginación de niña, había soñado la brillante aparición que tenía ante los ojos, y que miraba embebida, hasta que el bizarro caballero que llegaba a galope, descubriendo de repente entre la yerba mi cabeza rubia como una espiga, casi bajo los pies de su caballo, lo detuvo con fuerte mano, alzándolo por la brida; y haciéndolo girar rápidamente sobre sí mismo, se desmontó, y levantándome en sus brazos:

—Mire usted, Fortunato —dijo a su compañero—. Mire usted la linda flor que me he encontrado en la maleza. Esta es la rubia de mi compañero; ¡qué bellísima niña!

¡Ay! Puedo decirlo ahora, que no resta ni un pálido fulgor de la aureola de belleza que coronó mi infancia y poetizó mi triste juventud.

Pero la *flor de la maleza* era huraña y salvaje como ella, y lloraba a gritos en los brazos del incógnito, mientras él, sonriendo con cariñosa mansedumbre, seguido de su corcel se dirigía a la casa.

Delante de la puerta se hallaba un grupo de hombres del campo y algunos soldados, que al verlo llegar, se precipitaron a su encuentro, gritando con delirante entusiasmo: ¡Güemes! ¡Güemes! ¡Viva Güemes! ¡Viva nuestro general! Y lo

rodearon, unos de rodillas, descalzándole las espuelas, otros besando sus manos, otros el puño de su espada. Mi madre, seguida de sus hijos, corrió a abrazarlo con la ternura de una hermana. Pero mi tía, que había acudido a mi llanto, me recibió de los brazos del viajero, fijando en su bello rostro una extraña mirada, y murmurando con el acento solemne que ella daba a sus predicciones: la niña ha llorado como si la hubiera besado un muerto... ¡Ay! ¡Ay!

He hablado ya en estas memorias del carácter fantástico de mi tía y de esa rara facultad de leer en el porvenir ¡que con frecuencia se revelaba en ella! Pero ¡ah!, sus profecías, como las de Casandra, no eran creídas hasta que tenían su fatal cumplimiento; y mi madre, y a ejemplo suyo Güemes mismo, rieron mucho de la lúgubre profetiza.

—Mi querida Juanita —le dijo él alegremente—. ¿Es posible que tan joven aún me condene usted a morir? ¡Oh! Déjeme usted al menos los días necesarios para libertar nuestra patria.

Vea yo la aurora de su gloria, ¡y entonces cúmplase en mí la voluntad de Dios! —dijo, alzando al cielo la dulce y serena mirada de un mártir.

—Heme aquí, amiga mía —continuó él volviéndose a mi madre—, heme aquí retenido todavía en el interior por esta fatal guerra civil que la mano fratricida de algunos americanos ha encendido en la hora misma en que debíamos hallarnos todos marchando juntos a paso de ataque contra los realistas, que a grandes jornadas cargan sobre nosotros. Su vanguardia está en Jujuy, y en este momento mi compañero la estará batiendo...

—¿Y mi niño? —gritó mi madre pálida y sin aliento—. Mi pobre Rafael, ¿qué habrá sido de él?

En efecto, mi padre había mandado llevar cerca de sí a uno de mis hermanitos de quien él no podía separarse. Un paso imprudente que casi costó la vida, o al menos la libertad al pobre niño, que solo debió su salud al valor de Tomás, un español antiguo y fiel asistente de mi padre, quien, ayudado por la velocidad de su caballo, lo salvó del furor de sus compatriotas.

Sin embargo, Güemes logró calmar la angustia de mi madre, asegurándole que el niño llegaría sin ningún peligro a los brazos de su padre; pues la guerra, al aproximarse a su fin, se había regularizado, y no existía ya en ella el vandalaje. Muy lejos estaba él de esa convicción que fingía para consolar un dolor que su

hermoso corazón comprendía muy bien.

Entretanto, la noticia de su presencia en Orcones se esparció con increíble rapidez; y en menos de una hora, la casa y sus cercanías estaban llenas de una multitud ansiosa que pedía con gritos entusiastas la dicha de contemplar al héroe, ídolo de los corazones y columna de la patria. Él les salió al encuentro, afable y sencillo en su grandeza, tendiéndoles los brazos y llamando a todos por sus nombres, con esa prodigiosa memoria que solo poseen los grandes capitanes, y que tan mágico poder ejerce sobre las masas populares.

Rodeáronlo centenares de hombres que habían abandonado el arado y el peal, y ciñendo el pintoresco chiripá, armados de sus puñales, le pedían sitio en sus invencibles huestes. Dioles él las gracias, alabando su resolución con palabras cuyo hechizo secó las lágrimas en los ojos de las madres, que le entregaron confiadamente a sus hijos.

De allí a poco, tres oficiales realistas enviados desde el Cuzco por La Serna llegaron a buscarlo. Eran dos capitanes y un coronel encargados de pliegos importantes, y que pidió él ser introducido inmediatamente cerca de Güemes. Mientras este conferenciaba a solas con mi madre y mi hermano, ellos se paseaban esperándolo en las salas exteriores. El coronel, que era casi un anciano, se detuvo de repente y tendiendo en torno una mirada de asombro:

—He aquí —exclamó—. He aquí el sitio en que hube de morir, y donde me salvó aquel hombre generoso. Sí, he ahí el patio sombreado de naranjos, la sala en que descansé, el cuarto mismo... ¡Oh! ¡Qué recuerdo!

Y volviéndose a sus compañeros:

—Hace doce años —prosiguió—, joven aún, era yo capitán en el ejército que perdimos en Salta. Nos encontrábamos de paso a Tucumán en el Rosario, a pocas horas de aquí, y el general me envió con una compañía a tomar el ganado necesario al consumo del ejército, en una hacienda cuyos dueños, emboscados con fuerzas considerables en el centro de las florestas, nos hacían una guerra horrorosa. El guía que me dieron, y que era un espía de los insurgentes, nos extravió en los bosques y desapareció enseguida. Completamente desorientado en las tinieblas de una noche sin estrellas, divisé de repente la oscura mole de una cosa, y a ella dirigí mis pasos. Habitábale una joven señora con sus criadas, quienes se asustaron mucho a mi llegada. Yo hice lo posible para tranquilizarlas, asegurándolas que nada tenían que temer, pues los realistas profesaban el mayor respeto a las damas;

y que nuestra presencia allí era solo debida a la traición de un guía que nos había extraviado al conducirnos a la hacienda de Gorriti; y concluí pidiendo la hospitalidad para aquella noche.

La joven palideció extraordinariamente; pero reponiéndose luego me dio lo bienvenida y se retiró ordenando a sus criadas que me sirvieran esmeradamente. Cené solo y las criadas me guiaron silenciosas al cuarto que me habían dispuesto... Era aquel —añadió, señalando uno que se abría sobre el patio de los naranjos.

Mis soldados formaron pabellones y se acostaron a la sombra de los árboles.

A pesar de mi cansancio, una extraña inquietud me impedía dormir. Por la puerta, que había dejado abierta a causa del extremo calor, veía el cielo oscuro y tempestuoso, y de vez en cuando, a la luz de lejanos relámpagos, el grupo de soldados dormidos al lado de sus armas. De repente pareciome que las negras nubes que cruzaban rápidamente el cielo descendían y se arremolinaban en sombrías masas, confundiéndose a mis ojos con los troncos y el oscuro ramaje de los naranjos. A poco percibí, y esta vez distintamente, la figura de un hombre que se paró en el umbral de la puerta, quedándose allí inmóvil. Creí que el centinela colocado a la entrada de la casa se paseaba haciendo su facción y se había detenido allí. Más luego vi acercarse a otro hombre, y sentí el choque de dos espadas que se cruzaron en las tinieblas.

—¿Quién es? —gritó con acento airado uno de aquellos hombres.

—Yo —respondió el otro, interceptándole el paso.

—¡Mi hermano! ¿Y por qué detienes mi brazo? ¡Oh! Déjame matar al sarraceno que está ahí, y que ha venido a talar los campos de nuestra patria y a incendiar la casa de nuestros padres.

—Ese hombre es mi huésped —replicó el otro—. Mi mujer le ha dado la hospitalidad, y es sagrado para mí. —Enseguida, dejando el acento fraternal para tomar el de mando—: Comandante Gorriti —añadió—, marche usted inmediatamente a nuestro campo, llevando consigo los prisioneros que acaba de hacer. —Y ambos desaparecieron en las tinieblas, quedando yo de pie con la espada en la mano detrás de la puerta donde fui a apostarme al comenzar el terrible diálogo.

Aquellos dos hermanos habían venido por distintos caminos, guiados ambos por un sentimiento generoso, el patriotismo y la lealtad, el uno a matarme,

el otro a salvarme.

A la mañana siguiente me encontraba enteramente solo, pues mis soldados habían desaparecido; y a pesar de mi vergüenza, tuve que aceptar por guía a una de las criadas de la casa, que me condujo hasta las primeras avanzadas de nuestro ejército.

El coronel se interrumpió, pues en ese momento Güemes entraba en la sala.

Los realistas contemplaron con curiosidad y admiración a aquel bizarro y tremendo adversario; y el coronel, inclinándose profundamente, le entregó un pliego sellado con las armas del virrey. Güemes lo leyó con aire impasible, contrayendo solo de vez en cuando su labio en una sonrisa de desprecio.

—Coronel —dijo, cuando hubo acabado la lectura—, ¿los veteranos españoles estiman en tan poco su honor que se encargan de misiones como esta?

El coronel se ruborizó hasta en el blanco de sus ojos; y llevando la mano al corazón, juró que ignoraba el contenido de ese pliego, que el virrey había confiado a su lealtad.

Güemes le tendió cordialmente la mano, y por toda réplica leyó en alta voz el documento que tenía a la vista.

Era una carta confidencial, en que La Serna, después de apurar todas las seducciones que pueden subyugar a un hombre, para inducirlo a abandonar, aunque solo fuera neutralmente, la causa que defendía, concluía ofreciéndole en nombre de su soberano un millón, y los títulos de marqués y grande de España.

—Y bien, señores —dijo él, dirigiéndose a los realistas—. ¿No creéis conmigo que es ultrajar a un soldado el enviarlo con una proposición semejante cerca de otro soldado?

El honor español brilló en los ojos de aquellos hombres, que cambiaron entre sí una fiera mirada, e inclinaron la frente con vergüenza y dolor.

Aquella muda protesta conmovió el alma noble y magnánima de Güemes. El héroe estrechó con efusión la mano a aquellos valientes.

—Os comprendo —les dijo—. Sois hombres de corazón, y por tanto, dignos de defender una causa mejor. Decid a vuestro virrey —añadió arrojando su carta al

suelo con ademán suave y majestuoso— que Martín Güemes, rico y noble por su nacimiento, ha sacrificado su fortuna entera en el servicio de su patria; y que para él no hay títulos más gloriosos que el amor de sus soldados y la estimación de sus conciudadanos.

Y dando a los realistas el franco y cordial adiós de un camarada, fue a buscar a mi madre, la abrazó, y partió seguido de quinientos soldados que acababan de alistarse bajo sus banderas, y que poblaban el aire con sus entusiastas aclamaciones.

El coronel lo siguió largo tiempo con los ojos, y volviéndose a sus compañeros:

—¡Cuán feliz sería nuestra España —les dijo— si un hombre como este se sentara en el trono de nuestros reyes! ¡Ah! Con tales adversarios, nuestros esfuerzos serán vanos, y la hermosa América, esta perla tan codiciada, faltará muy pronto a la corona de Fernando.

¡Palabras proféticas que Ayacucho estaba ya a punto de realizar!

Marchose también el coronel con mi séquito, no sin haber besado antes las manos de mi madre con muestras de profunda gratitud.

Por lo demás, el incidente que él recordaba sucedió en efecto tal como lo refirió. El tiempo y graves acontecimientos que siguieron sin interrupción lo borraron completamente en la memoria de mi familia. Muchos años después, cuando la muerte vino a hacernos una terrible visita, y nos dejó solos en el destierro, vimos entrar un día a nuestra casa a un anciano venerable de largos bigotes canos, que tendiéndonos los brazos, exclamó llorando:

—¿Dónde está mi libertador? ¿Dónde está? —Y volviéndose a dos bellas jóvenes que lo seguían—: Hijas mías —les dijo, echándolas en nuestros brazos—, he ahí la familia de aquel que salvó a vuestro padre. Pero él, ¿dónde está?

¡Ay! Aquel que el anciano buscaba dormía ya en la tumba, y no podía oír la expresión de su reconocimiento.

Carmen Puch

Al visitar Orcones, Güemes había traído una orden de mi padre; y pocos días después habíamos abandonado aquella tumultuosa morada, con sus belicosos

huéspedes y su tráfago guerrero, y nos hallábamos a quince leguas de distancia en un lugar solitario, aunque risueño y bellissimo, habitando un inmenso edificio de aspecto feudal, coronado de una elevada torre. He hablado ya en estas memorias de ese hermoso castillo, semimonástico, semiguerrero, monumento del poder jesuítico. El ariete revolucionario lo ha destruido, y solo queda ahora a la admiración del viajero la magnífica torre, rodeada de gigantescos montones de ruinas.

Al llegar allí caí enferma, y todo lo que vi entonces fue bajo la influencia de la fiebre. En uno de esos momentos sentí un gran ruido de carruajes y de caballos; la casa hasta entonces tan solitaria resonó con las voces y los pasos de muchas personas que iban y venían. Todos estos rumores que yo percibía a través del delirio, tomaban en mi cerebro una forma fantástica que agravó mi dolencia, sumergiéndome en un profundo letargo que duró dos días.

Cuando volví en mí, estaba sentada a mi cabecera una mujer tan hermosa, de una belleza tan celestial, que en mi simplicidad infantil volví apresuradamente los ojos hacia la virgen de las Mercedes que estaba sobre mi cama, creyendo que la divina Señora había dejado su dorado cuadro. Pero la Madre de Dios estaba siempre allí y allí también estaba aquella mujer maravillosa, bella con todas las seducciones que pudo soñar la más ardiente imaginación; con sus grandes ojos de un azul profundo, sus negras pestañas, sus dorados rizos, que ondulaban voluptuosamente en torno de su blanco cuello, mientras ella hablaba alegre y festiva, sonriendo con su celeste mirada, y haciendo con su linda boca un momito hechicero como aquel de Esmeralda. De vez en cuando volvíase a mí y posaba su mano en mi frente; y luego se dirigía a mi madre prodigándole palabras tan dulces y seductoras como el acento de su voz.

A su lado hallábase de pie un joven de diez y seis años; y si algo podía compararse a la belleza de esa mujer era sin duda la de aquel mancebo. Tenía, como ella, hermosos ojos azules, aunque de una expresión severa y varonil; los mismos rubios y rizados cabellos cuadraban su altiva frente, la misma graciosa sonrisa iluminaba su bello semblante. Parecían dos gemelos, en la semejanza de sus facciones, y en la ternura con que se contemplaban.

De repente oyose afuera un gran ruido. Voces tumultuosas mezcladas de vivas y aclamaciones resonaron en el patio: y abriéndose la puerta con estrépito, se precipitó en el cuarto un grupo de criados en cuyo centro venían dos recién llegados, dos oficiales de dragones, uno de ellos traía un pliego en la mano, y ambos gritaban con el entusiasmo de esos tiempos.

—¡Hemos triunfado! ¡Vencimos a los realistas! ¡Ni uno solo se ha escapado!
¡Viva la patria!

—¡Viva Gorriti! —exclamó la hermosa mujer que estaba a mi lado, alzándose sublime e inspirada como una sibila.

Enseguida, tomando el pliego que el oficial le presentó, quitándose el casco e inclinándose respetuosamente, leyolo en alta voz.

Mi padre había derrotado completamente la vanguardia del ejército realista, y hecho prisioneros al general Marquiegui que la mandaba con todos sus oficiales y Estado Mayor, incluso su jefe, el coronel Vigil, hoy general del Perú.

Mientras ella leía miré yo el nombre inscrito en el sobre del pliego. Carmen Puch de Güemes, articulé deletreando.

Aquella mujer, cuya prodigiosa hermosura contemplaba yo extasiada, era la esposa del propio guerrero que me había aparecido poco antes, entre los matorrales de Orcones.

Entretanto, la ruidosa algazara que zumbaba en torno mío desvaneció mi cabeza y perdí el sentido sin que nadie se apercibiera de ello. A través de la densa nube que oscurecía mis ojos y debilitaba mi oído, pareciome sentir que a los gritos de alegría sucedían de repente gemidos de dolor, sollozos convulsivos. Y cuando el sopor que me embargaba se hubo disipado, vi a la bella Carmen, antes radiante de gozo, pálida, trémula, postrada en tierra, bañada en lágrimas, y llamando a su esposo con gritos desesperados. Delante de ella, pálido y silencioso, se hallaba aquel joven oficial que acompañó a Güemes en Orcones. Mi madre, el joven de los ojos azules, y un nuevo personaje, un anciano de cabellos blancos y de noble aspecto, contemplaban de pie, mudos, inmóviles y consternados aquel supremo dolor.

Algunas veces el anciano se inclinaba hacia ella y tendiéndole los brazos, murmuraba:

—¡Carmen! ¡Hija mía!

Pero ella lo rechazaba exclamando entre sollozos:

—¡Martín! ¡Martín! Dios mío, vuélveme mi Martín.

De repente vimos abrirse la puerta dando paso a un hombre cubierto de polvo que, corriendo veloz hacia Carmen, alzola en sus brazos como a un niño y besó la frente de mi madre, abrazó la cabeza del anciano, y estrechando contra su pecho a la hermosa mujer que yacía desmayada, se alejó con ella.

Aquel hombre era Güemes, que llegaba a tiempo para salvar a su esposa de la muerte y para cambiar su dolor desesperado en éxtasis de felicidad.

¿Mas qué era lo que había sucedido? Helo aquí.

Entre los compatriotas de Güemes que tan orgullosos debían estar de su gloria, porque era la gloria nacional, había algunos que lo aborrecían por aquello mismo que debían amarlo. Aborrecíanlo por su valor heroico, por sus victorias, por el terror que inspiraba a los enemigos de la patria, por la generosidad con que cambiaba ese terror en admiración; por el amor fanático que le profesaban los pueblos y... hasta por la belleza de su persona, y por los tiernos sentimientos que esa belleza inspiraba.

Mientras el héroe recorría una senda gloriosa con la tranquila seguridad de una conciencia pura, la vil envidia minaba sordamente el terreno de sus triunfos.

Concitáronle con infames calumnias la enemistad del gobernador de Tucumán, que neutralizando la provincia de su mando negose indignamente a prestar los debidos auxilios para el sostén de la guerra de la independencia que pesaba toda sobre la espada de Güemes; y últimamente, instigado por los enemigos de este, encendió la anarquía que tantos males causó entonces a nuestro país y que echó la simiente de la larga guerra civil que después lo ha devorado.

Viendo Güemes que no alcanzaba la concordia a arreglar aquella desavenencia, y estrechado al mismo tiempo por los realistas que se precipitaban como un torrente sobre la aislada provincia de Salta, marchó sobre Tucumán.

La victoria lo acompañó como siempre; y habiendo arreglado los negocios de aquella provincia, regresó a Salta, donde sus enemigos, cegados por un odio que tocaba en el ridículo, alzaban en las plazas públicas cátedras de predicación contra él, cátedras de las que descendieron corriendo al aproximarse el héroe para ocultarse en escondrijos donde él fue a buscarlos con el abrazo del perdón.

Pero antes y en su tránsito de Tucumán a Salta, tuvo ocasión de conocer la extensión del odio de sus enemigos y la fiel adhesión de sus soldados.

Al llegar con sus tropas a Pozo Verde, Güemes ordenó un alto; y separándose momentáneamente de ellas, fue a visitar a un amigo a una hora de distancia.

Aprovechando esta ausencia, dos jefes vendidos a los rivales del gran hombre lo acusaron de ambicioso y de traidor; y mandando formar cuadro a la división, proscribieron a Güemes, y proclamaron abiertamente la rebelión.

Los soldados obedecieron, pero guardando un silencio que los traidores interpretaron favorablemente, y seguros ya en su infame designio, quisieron apoderarse de los dos edecanes de Güemes; pero ellos huyeron a tiempo corriendo el uno a dar aviso a su jefe, mientras el otro, buscando a don Manuel Puch, que al mando de una fuerza considerable debía hallarse en Miraflores, vino allí a derramar el dolor y la desolación que he descrito ya.

Cuando Güemes entendió que sus soldados se habían rebelado contra él, su noble corazón sintió un dolor inmenso, el dolor de un padre traicionado por sus hijos; y deseando morir a manos de los ingratos que lo abandonaban rompió su espada, y corriendo hacia el sitio del motín arrojose desarmado al centro del cuadro.

Al verlo llegar, los soldados prorrumpieron de repente en gritos frenéticos de alegría; y precipitándose sobre los pérfidos que habían querido engañarlos, arrastraron a los encadenados para sacrificarlos a sus pies.

El héroe los detuvo:

—Dejadlos, hijos míos —les dijo—, no manchéis vuestras nobles lanzas con sangre de traidores. Esos hombres debían morir por mi mano. Y... ya veis... Arroje mi espada porque no quería matarlos. Entreguémoslos a sus remordimientos, y corramos a prevenir el escándalo y el dolor que este incidente habrá sembrado entre los defensores de la patria.

Y dejando a esos dos hombres presa de su vergüenza siguió rápida y triunfalmente su marcha hacia Miraflores.

—Hijos de la presente generación, hermanos míos, escribo una página de nuestra historia nacional, y el culto de la verdad, única religión del historiador, me ordena consignar, a pesar mío, errores que, si influyeron fatalmente en los destinos de nuestra patria, han sido también expiados con torrentes de sangre y de lágrimas, para que los consideremos de otro modo que como una saludable

lección. Olvidemos las faltas de nuestros padres; y si las recordamos, que sea solo para redimirlas amándonos más, y dándonos en amor lo que ellos se quitaron en odio.

Al amanecer del día siguiente, el alegre son de los clarines que tocaban diana me despertó, trayendo a mi memoria el bizarro guerrero que había llegado en la noche, y pedí que me llevaran a verlo. Paseábase solo en las anchas galerías que circundaban el patio.

Su noble y hermoso semblante, siempre sereno, tenía una expresión sublime de tristeza, semejante a la de Cristo en el Huerto. ¡Ay! Sobre esa bella cabeza cerníanse también la ingratitud de los hombres, ¡y la sombra de la muerte!

Su bella esposa vino luego a distraerlo de su meditación. Acercósele risueña, enlazó con sus dos brazos el brazo de su esposo, y alzando hacia él sus hermosos ojos:

—Mi valiente caballero —le dijo—, tienes que cumplir un voto que ayer hice por ti. He ofrecido a la virgen que oirías a mi lado una misa en honor suyo.

Respondióle él con un beso, y ambos se encaminaron al gran templo jesuítico, donde el sacerdote esperaba ya revestido en el altar. Los dos se arrodillaron juntos; jamás vi orar con tanto fervor como a aquella hermosa mujer, que de vez en cuando volvíase hacia su esposo posando en él una mirada inefable de amor. En el momento de la elevación tomó la mano de este entre las suyas y elevó al cielo sus bellos ojos azules en el éxtasis de la plegaria. ¡Cuán interesante se mostraría en ese momento a los ojos de Dios esa alma tan pura y apasionada! ¡Qué gratos le serían los votos de ese corazón todo amor y piedad!

En el mismo día, al caer la tarde, púsose en marcha la tropa que había venido con Güemes, y pocos momentos después partió él mismo.

Carmen se separó llorando de los brazos de su esposo, y desapareció largo rato de entre nosotros. Cuando volvió al lado de mi madre, le dijo tristemente:

—He subido al tercer piso de la torre para ver todavía a Martín. Mis ojos lo han seguido hasta que se perdió, no en la distancia, sino entre las sombras de la noche.

—¡De la noche eterna! —murmuró mi tía desde un ángulo oscuro del cuarto—. La niña lloraba —añadió— como si la hubiera besado un muerto. ¡Ay!

¡Ay!

Pasáronse muchos días sin que en Miraflores se recibiera noticia alguna. Nadie venía de Salta, y Güemes y mi padre guardaron profundo silencio. Mi madre, devorada de inquietud, procuraba ahogar su propia pena para tranquilizar a Carmen, que entregada a crueles alarmas, pasaba los días en lo alto de la torre, de pie, inmóvil, con la mirada perdida en las lontananzas del horizonte, esperando, ¡ay!, con todo el anhelo de su alma a aquel que no debía volver más.

Una noche en que dormía yo en la cuna al lado de mi madre, me despertó de repente el sonido cauteloso de una voz varonil. Abrí los ojos, y vi a un hombre embozado en una capa militar que sentado al borde del lecho hablaba quedo con mi madre. Aquel hombre lloraba; y la voz moría algunas veces en su labio ahogada por los sollozos. Los rayos de la luna deslizándose por una ventana entreabierta bañaban el pie del lecho, y el busto del incógnito cuyos bordados brillaban en las tinieblas.

La presencia de aquel visitador nocturno, a esa hora en el cuarto de mi madre, me llenó de admiración, pero creció mi asombro cuando reconocí en él a mi padre. Mi padre ausente y no esperado. ¿Cómo se encontraba allí? ¿Y qué podía arrancar lágrimas a él, cuya gran alma era de un temple tan estoico?

—¡Lo hemos perdido! ¡No veré ya a la cabeza de nuestras filas el héroe que nos guiaba a la victoria! La patria ha perdido su más valiente campeón, y yo... ¡Ah! ¡Yo lo he perdido todo! Víctima de intrigas y calumnias, destinado por una fatalidad hereditaria a encontrar siempre la traición en la amistad, la perfidia aun en aquellos a quien me consagré con entera abnegación, volvía los ojos hacia ese amigo fiel, en cuyo magnánimo corazón se reposaba el mío con delicia, y en él lo hallaba todo: nobleza, lealtad, abnegación, ¡todo, todo! ¡Ah, Feliciano! Tú sabes si soy fuerte, y si el dolor me venció jamás, pero ignoras todavía (y plegue al cielo que ignores siempre) cuán horrible es que de dos que marchan juntos, apoyados uno en otro con una misma idea en la mente y un mismo sentimiento en el corazón, el uno caiga y el otro quede con vida.

—¡Oh, Dios mío! —dijo mi madre—. ¿Y cómo ha sucedido esta irreparable desgracia?

—Al saber Olañeta la derrotada de su vanguardia —respondió mi padre— marchó sobre la provincia con el resto de sus tropas. Al llegar a Jujuy, destacó de repente una fuerza de cuatrocientos hombres que, al mando de *Barbarucho*, y en

una marcha nocturna por sendas extraviadas, vino a ocultarse en Castañares. Aquella noche Güemes, Whit y yo campábamos con una división al linde de los bosques del Chamental. Eran las siete. Acabábamos de recibir avisos vagos de la presencia de una fuerza enemiga en las cercanías, y juntos los tres en la tienda combinábamos un plan de ataque, los centinelas dieron el *quien vive*, y poco después se presentó un mensajero enviado por la hermana de Güemes, invitando a este para que fuera a verla, pues tenía que comunicarle noticias de la más alta importancia.

Güemes amaba tanto a su hermana que asió con apresuramiento aquella ocasión de acercarse a ella; y montando inmediatamente a caballo, seguido de veinte hombres de su escolta, tomó a galope el camino de Salta.

¡Ay! ¿Por qué el corazón permanece a veces mudo y cerrado al presentimiento? ¿Por qué el mío no me avisó, siquiera con un latido, la desgracia que me amenazaba? Y yo me habría arrojado delante de mi amigo, y él hubiera tenido que pasar sobre mi cadáver, o la catástrofe fatal no se cumpliera...

Entretanto Güemes llegó a Salta, y su hermana yerta de sorpresa lo vio de repente arrojarse en sus brazos.

—¡Pues qué! —le dijo él—. ¿No me has llamado?

—¡Dios mío! ¡No! —respondió ella. Y las palabras del pérfido mensajero tuvieron entonces su verdadera explicación.

En ese momento un criado que se paseaba en la azotea vino corriendo a avisar que una numerosa fuerza enemiga ocupaba la calle y guardaba las esquinas inmediatas, cercando enteramente la casa. Al oír la hermana de Güemes este aviso, y viendo la actitud audaz de su hermano, se echó llorando a sus pies, y le rogó que huyera escalando las murallas interiores de la casa. Pero él sonrió con desdén a esta proposición de la ternura fraternal.

—¿Y estos? —dijo mostrando a los bravos que lo acompañaban—. Ellos, que jamás me abandonaron, ¿qué dirían si yo los dejara en la hora del peligro?

Y saltando sobre su veloz caballo negro:

—Vamos, hijos —les dijo—, juntos hemos vivido, ¡muramos juntos!

Y aquellos valientes respondieron con una aclamación unánime, lanzándose

en pos de su jefe, que cargó denodadamente sobre una de las columnas que le cerraban el paso. Un granizo de balas lo rechazó, matándole toda su escolta. Solo ya, y acosado en todas direcciones por el fuego enemigo, no se mostró menos grande que cuando estaba a la cabeza de su ejército, y partiendo como el rayo, se arrojó con la espada en la mano sobre una muralla de bayonetas que guardaba otro ángulo de la calle, y la atravesó de parte a parte, dejando un ancho y glorioso camino sembrado de cadáveres, y regado con su propia sangre. Sí, porque una de las mil balas que destrozaron sus vestidos, su sombrero, y hasta los tiros de su espada, había atravesado su cuerpo.

Al amanecer, pálido, cubierto de sangre, casi exánime, With y yo lo recibimos en nuestros brazos.

Los soldados, viéndolo llegar así, precipitándose en confuso tropel, lo rodearon dando gritos de dolor. Pero él, haciendo un gran esfuerzo, se puso en pie, sonriendo con seguridad y valentía; y tranquilizándolos completamente, los alejó retirándose a su tienda.

—Amigos míos —nos dijo, cuando estuvimos solos—, traigo la muerte en mi seno; pero no es ella lo que en este momento me aqueja, sino la idea de abandonar la vida sin haber cumplido la promesa de libertad que hice a la patria. En vosotros confío: sois mi espíritu y mi brazo, y llenaréis, lo sé, la misión que no me es dado cumplir en este mundo.

Después de estas palabras lo asaltó un desmayo que duró muchas horas.

Entretanto, Olañeta, que había avanzado hasta las inmediaciones de Salta, informado del fatal incidente, mas no de su terrible verdad, y subyugado por el heroísmo inaudito de ese hombre, a la vez que ansioso de aprovechar la ocasión de alejar aquel rival invencible del teatro de su gloria, le envió un solemne parlamento renovando todas las promesas hechas antes por La Serna.

Güemes mandó llamar a Whit.

—Coronel —le dijo—, marche usted inmediatamente con la división sobre el enemigo. —Y volviéndose hacia los parlamentarios—. He ahí —les dijo— la respuesta que doy a vuestro general. Id.

Cuando los parlamentarios hubieron salido, el héroe tendió la mano a Whit, con una mirada inefable de adiós, despidiéndolo enseguida; y deteniéndome a mí con un ademán:

—Compañero —me dijo—, la hora suprema se acerca: siento que comienza a embargar mis miembros un entorpecimiento precursor de la muerte o de esos largos paratismos que la preceden, y quiero que me acompañéis hasta el umbral de la eternidad. Tengo, además, que recomendaros la patria, mis soldados, mis hijos, ¡mi Carmen!... ¡Oh! Ella vendrá conmigo, porque no querrá habitar sin mí la tierra; y morirá de mi muerte, como ha vivido de mi vida. Pero mis gauchos, esos valientes soldados cuya adhesión por mí llega a la idolatría... Esos niños: Martín... Luis... Ignacio...

Aquí su voz se apagó en un profundo letargo; y poco después no quedaba más del héroe que un yerto cadáver.

—¡Oh! —continuó mi padre, después de un triste silencio—. ¿Quiénes fueron los traidores que lo vendieron a los enemigos de su patria?

—No queramos saberlo —interrumpió mi madre—. La misericordia infinita los perdone. Nosotros inclinémonos ante los decretos de Dios; y cuando nuestro labio no pueda decir: ¡gracias, Dios mío!, digamos al menos: ¡bendita sea tu voluntad!

—Sí —replicó mi padre—, plegue a Dios, que prohíbe la venganza, acallar la convicción que eleva en mi alma su lúgubre clamor, pronunciando los nombres de...

Mi padre prosiguió; pero la hora en que yo escribo estas líneas es una hora de concordia. Olvidemos; y digamos como entonces dijo mi madre: “¡Bendita sea la voluntad de Dios!”.

A un movimiento que yo hice, mi padre calló y quiso acercarse a mí; pero mi madre lo detuvo, y ambos hablaron aun largo tiempo en voz baja, sin que yo pudiera ya oír más que el nombre de Carmen pronunciado con frecuencia entre ellos. Después, mi padre salió, y a poco oí los pasos de su caballo alejarse a galope.

Mi madre se levantó entonces, y todas las veces que desperté en el resto de la noche, la oí pasearse llorando en el cuarto.

Pero a la mañana siguiente la encontré serena, al lado de Carmen, sentadas ambas en una ventana y hablando entre sí tranquilamente. Y cuando comenzaba a creer un sueño la visita misteriosa de mi padre y su fúnebre revelación, oí a la bella Carmen decir fijando una mirada triste en el horizonte:

—¡Cuántos días sin saber nada de Martín! Él, que siempre me escribió diariamente, ¿por qué calla, Dios mío?

Pero luego, con esa viveza incomparable que le era propia, batió las manos y dijo radiante de gozo:

—¡Ah! Ya sé... ¡Ya sé! No ha escrito porque quiere sorprenderme él mismo. ¡Y no caía yo en ello! ¡Y he pasado tantos días dolorosos y largos como siglos! Anoche lloraba desvelada, cuando entre las doce y la una oí el galope de un caballo, y mi corazón palpité de esperanza, pero luego conocí que no era el Negro. Martín no hubiera venido en otro caballo. El jinete se apeó cerca de la torre; y a poco oí sus pasos en el patio. ¿Quién sería?

—Era mi padre —dije yo de pronto, con esa ansia de dar noticia peculiar a los niños.

Carmen fijó una mirada suprema, indescribible, en el inmutado rostro de mi madre, exhaló un grito que todavía resuena en mi corazón, y cayó al suelo cual si el rayo la hubiera herido.

Al volver en sí, se halló en los brazos de su padre que lloraba amargamente. Pero cuando el noble anciano temblaba por los extremos a que el dolor llevaría a su hija, la vimos alzarse pálida y serena como los bienaventurados, y elevar al cielo sus hermosos ojos con una mirada de esperanza y de beatitud.

—Dios mío —exclamó—, ¿tú lo has llamado a él a tu seno? Pues a mí también me llamas. ¡Gracias, Señor! Adiós, mísera vida, tan llena de dolores, aunque tan corta. Yo no podía vivir sin mi Martín, y Dios me llama cerca de él.

Y sin escuchar a su padre ni a sus hermanas que la rodeaban llorando, cortó su espléndida cabellera, cubriose con un largo velo negro, postrose en tierra en el sitio más oscuro de su habitación, y allí permaneció hasta su muerte, inmóvil, muda, insensible al llanto inconsolable de su anciano padre, a las caricias de sus hermanos, que la idolatraban, a los ruegos de sus amigos y a los homenajes del mundo; alzando solo de vez en cuando su luctuoso velo para besar a sus hijos: cual una sombra que, apartando las nieblas de la eternidad, volviera un momento a la tierra, atraída por el amor maternal.

Un día llamó a su padre, y echándose en sus brazos, lo besó y acarició con la dulce efusión de otro tiempo. El anciano miró a su hija lleno de gozo y de esperanza; pero ¡ay!, sus ojos vieron radiar en aquel bello rostro una luz que no era

de este mundo; y el degradado padre sintió que su corazón desgarrado murmuraba un *de profundis*.

Poco después, la hermosa Carmen Puch yacía recostada en su lecho mortuario. Vestida de blanco como una mártir y tan blanca y transparente como el sudario que la envolvía, no parecía ya una mujer, sino un ángel dormido, y sonriendo al arrullo de los cantares del cielo. Su deseo se había cumplido: había ido a reunirse con su esposo.

Y dos años pasaron. El luto había desaparecido del uniforme de mi padre, pero no de su corazón, donde vivía siempre, como una antorcha cineraria la imagen del héroe que yacía bajo los bosques del Chamental.

La guerra languideció por entonces en nuestro país; pues las fuerzas realistas, concentrándose para reforzar el ejército que pereció en Ayacucho, se habían retirado al interior del Perú.

Mi padre, que entonces era capitán general de la provincia, aprovechó esta tregua para cumplir un deber caro a su alma.

Hizo con un mes de anticipación una solemne convocatoria a todos los amigos de Güemes para que vinieran a rendirle los últimos honores. Preparose todo para la lúgubre ceremonia; y el día prefijado, mi padre, seguido de todos los empleados y de los militares que se hallaban en la ciudad, montó a caballo, y salió de la casa de Gobierno.

En la calle y en todo el tránsito lo esperaba una inmensa multitud que lo siguió en silencio las cinco leguas que median entre la ciudad y el Chamental. Llegados al fúnebre sitio, mi padre, apartando la señal que su mano había colocado sobre la tumba del héroe, cogió la azada y levantó él mismo la tierra que cubría sus sagrados restos, que abrazó él primero y que después rodeó la multitud de rodillas, y elevando al cielo un inmenso gemido.

Todavía recuerdo el magnífico espectáculo de aquel cortejo fúnebre que vi atravesar las calles de Salta, conducido por mi padre y por Whit, que, vestidos de luto, y la cabeza descubierta, llevaban con una mano las cintas del ataúd, y con la otra a dos niños, Martín y Luis Güemes, que acompañaban llorando el féretro de su padre. Detrás venían dos bellos corceles en arneses de duelo. Veíase a uno de ellos volver tristemente la cabeza como si buscara a alguien. Era aquel Negro, testigo de tantas glorias y compañero del héroe hasta la muerte.

Después del fúnebre grupo venía una inmensa muchedumbre, pueblos enteros, que de largas distancias habían venido para tributar al gran hombre sus ofrendas de lágrimas y plegarias.

La ciudad guardaba un profundo y doloroso silencio, interrumpido solo por el clamor de las campanas, las preces de los sacerdotes, y los sollozos de la multitud.

La fúnebre procesión pasó ante mis ojos como una visión mística, perdiéndose en el pórtico y las profundas naves de la catedral, donde sepultaron las reliquias del héroe al pie del tabernáculo.

Mi padre salió del templo llevando en su pecho la llave de aquel ataúd que encerraba lo único que le restaba de su amigo.

A la puerta lo esperaba un grupo de soldados pertenecientes a las guarniciones de Humahuaca y Río del Valle.

—Señor —dijo uno de ellos, adelantándose cabizbajo—, hemos desertado para venir a ver otra vez a nuestro general, para acompañarlo hasta su última sepultura, y llevarnos estas reliquias tuyas.

A estas palabras, cada uno sacó de su seno un rizo de los negros cabellos de Güemes.

Mi padre contempló enternecido a esos hombres leales y les dijo, enjugando furtivamente una lágrima:

—Id en paz, amigos míos, y referid a vuestros compañeros lo que habéis visto, y cómo llora la patria a sus héroes.

Desde ese día, muchos años han tendido sus luctuosas horas sobre nuestra bella patria; torrentes de sangre la han bañado, arrastrando en montones de cadáveres la generación de entonces con sus creencias y sus tradiciones; pero el nombre de Güemes ha quedado inmortal; su recuerdo es una apoteosis, y en el silencio de las noches se oye siempre resonar nuestros bosques con la voz de los bardos campestres, que cantan en su sencillo y poético lenguaje:

¿Dónde estás, astro del cielo?

¿Quién tu carrera cortó?

Largas y sentidas trovas, que deifican y perpetuarán de generación en generación la gloria y las virtudes de aquel héroe, honra de nuestra patria.

Grandes de la tierra, que osais llamaros tales, porque os habéis hecho una púrpura con la sangre de vuestros pueblos, un trono de sus osamentas; miserables falsificadores de la gloria, a quienes la posteridad en el día de la justicia marcará con el hierro candente de la infamia, ved aquí la verdadera grandeza: un hombre cuya tumba está en los corazones de una nación entera, y cuya memoria es un culto.

Lima, 1858

EL GENERAL VIDAL

Este denodado soldado de la independencia ha estrechado ya entre sus brazos a los generales que le enseñaron el camino de la gloria. La huesa en que descansa está al ras de la tierra; pero su nombre se alza al cielo donde todos los que consagran su vida a las causas justas encuentran el galardón, que acá en la tierra les disputa la envidia.

Por fortuna, para el bravo general, el día de sus funerales es el de su apoteosis; un alma inspirada, capaz de comprender todo lo que es bello y generoso, ha trazado su biografía, tomando de la gran epopeya de la independencia el sentimiento, y de su rica imaginación el colorido.

Delante del cadáver dejaremos correr las lágrimas, pero por amor a su memoria callaremos para que hable el genio.

*¡Oíde!*³

El general Vidal Apuntes para su biografía

Quien recorre los fastos de la grandiosa epopeya de nuestra independencia encuentra frecuentemente, y en contraposición a nombres execrados, nombres gloriosos que brillan como fúlgidos lampos en el lejano horizonte de la historia.

Después, a medida que a la ilíada sucede la odisea, y a las sublimes proezas de la guerra sagrada las fechorías de la guerra fratricida, los ilustres nombres desaparecen del terreno prominente, y en vano se les buscaría en primer término sobre esos oprobiosos cuadros, sino como vivas protestas cada vez que una mano liberticida se alza contra las instituciones de la patria que ellos fundaron.

La mirada los busca con devoto anhelo en las doradas filas de nuestros ejércitos; pero ¡ah!, cuán pocos se encuentran allí. De los más solo queda una inscripción sobre el mármol de un sepulcro. Los otros, objetos de envidia, de animadversión y de perpetuo recelo para la generación ingrata que libertaron, viven como las águilas, alejados y solitarios. Sencillos en su grandeza, ajenos a los mezquinos manejos de la ambición, habitan los campos, y riegan con sudor la tierra que antes regaron con sangre.

No los busquéis en los palacios de los ricos, ni en las antesalas del poder; buscadlos en los días de alarma, cuando la patria está en peligro, y los veréis

empuñando el sable de Maipú, de Pichincha y de Junín, el cabello encanecido, pero el alma llena de marcial ardor, acudir allá donde los llaman el honor y el deber.

Entre esa noble falange, reliquia de una época de grandeza, hay un hombre cuya hoja de servicios es por sí sola un poema, un poema palpitante de interés, sembrado de incidentes variados y de heroicos hechos. Allí se halla en toda su magnífica plenitud la vida del soldado, ora sobre las ondas del océano, al asalto de una nave, con el puñal en los dientes y enarbolada el hacha del abordaje; ora escalando los muros de una fortaleza; ora a caballo, cargando lanza en ristre, al frente de una columna, o ya oculto en una floresta flanqueando al enemigo con un nutrido fuego. Al leerla, toda alma americana se sentirá arrebatada de entusiasmo; y la hija del antiguo guerrillero que vengó la tregua rota en Guaqui con la terrible emboscada de las Piedras, aspirando con delicia el humo de la pólvora mezclando al perfume de gloria que esas páginas exhalan, todavía se propuso extraer de ollas algunos rasgos prominentes, en tanto que llegue el día en que la pluma del biógrafo consigne en el libro de la historia los hechos de nuestros ilustres próceres.

Un día, en 1818, un mancebo imberbe, casi un niño, arrancándose a los brazos de los suyos, al mimo materno, abandonaba las playas del Perú.

El heroísmo bullía en su alma, e iba a alistarse en las filas de los libres, bajo el lábaro azul que traía San Martín del otro lado de los Andes.

Poco después, en la bahía de Valparaíso, el almirante Cochrane, próximo a partir con su escuadra para la primera expedición al Perú, recibía a su bordo al alférez Vidal: no sin sonreír al aire de intrepidez que respiraba en las facciones de aquel niño.

Pero muy luego aquella sonrisa debió trocarse en admiración, cuando en el curso de esas campañas que sembraron de gloria las aguas y las costas del Pacífico, el almirante vio siempre que el joven Vidal era el primero que acometía el peligro, y su nombre el que sonaba más alto entre las aclamaciones del triunfo.

Llegada la escuadra a las costas del Perú, el joven alférez, que, como hijo de aquel litoral lo conocía palmo a palmo, se hizo el mensajero y el portador de todas las comunicaciones entre Cochrane y los patriotas.

Después de un brillante estreno en los primeros combates que trabó la escuadra con los buques españoles surtos en la rada del Callao, Vidal, comprometido con lord Cochrane a traer y llevar de Lima en treinta horas una

comunicación importante, desembarcó acompañado de algunos hombres, entre una roca cerca de Supe. Ocultó allí a su gente; deslizose como una sombra entre la guarnición española que bordeaba la costa; corrió a una hacienda inmediata perteneciente a un amigo de su familia; pidióle un caballo cuya velocidad le era conocida, saltó sobre él y desapareció.

Treinta horas después, desempeñada su comisión y de vuelta entre los peñascos donde lo esperaban los suyos, en vez de embarcarse, mandó solo las comunicaciones a lord Cochrane, escribiéndole algunas palabras con lápiz sobre la cubierta del pliego. La repuesta del almirante fue enviarle un destacamento de cuarenta hombres.

Vidal condujo aquella fuerza a la vera de un camino, y la apostó entre las sinuosidades de una hondonada.

De allí a poco un convoy de dinero que el virrey mandaba embarcar en Guambucho cruzaba el camino custodiado por una fuerte escolta.

Vidal se arrojó sobre ella, la deshizo y apoderado del tesoro lo llevó a bordo del almirante.

Luego, Cochrane, dándose a la vela hacia aquella caleta, envió a Vidal de registro a bordo de un bergantín francés, de donde extrajo sesenta mil pesos y muchas municiones de guerra, uno y otro pertenecientes a los españoles.

Como se ve la aventurosa excursión del joven alférez, a través de tantos peligros, había sido fecunda en resultados.

En esos días, de vuelta a Supe, batiéndose en tierra a las órdenes de Miller con una fuerza realista que fue deshecha, arrebató el estandarte español de las manos de un colosal abanderado; anudó en la lanza su faja azul, divisa de los libres, y continuó el combate cantando una canción de triunfo, con la alegría del niño y la serenidad del héroe.

La bulliciosa valentía de aquel rapazuelo impuso de tal modo al enemigo que el comandante Camba, llegando con una fuerza considerable en auxilio de los suyos, no se atrevió a atacar a los patriotas, y los dejó alejarse llevándose con un botín valioso la bandera española y el honor del combate. ¿Qué es el poder de la fuerza material ante el poder sublime del espíritu?

Así, viendo siempre aquella figura de niño, ya a bordo, ya en tierra, agitarse

en lo más rudo de las refriegas, los españoles que llamaban a Cochrane *el diablo* apellidaronlo a él *el diablillo*. Y con este nombre aprendieron a estimarlo; porque el diablillo, bravo como un paladín, era humano y generoso en el triunfo.

En la toma de Pisco, cuando los patriotas avanzaban entre un mortífero fuego, Vidal, viendo caer a su jefe mortalmente herido, lo levantó en sus brazos y siguió el combate con imperturbable serenidad.

Poco después, en las aguas de la Puna, cuando Cochrane, yendo en busca de una vela enemiga, se halló al frente de otras dos y las atacó, el pequeño alférez, impacientado con la dilación, fiel a su costumbre e infringiendo la severa disciplina marítima, se puso a cantar en todos los tonos de la escala cromática: “¡Abordaje! ¡Abordaje! ¡Abordaje!”. Y fue el primero que, a la voz del almirante, echó el garfio y saltó al puente del *Águila*.

Enseguida a esta captura, encontrándose la escuadra exhausta de víveres, ordenó el almirante al capitán del *Lautaro* que fuese a tomarlos en Balao, un pueblo situado entre bosques sobre una de las bocas del Guayas, y ocupado por una fuerza de quinientos realistas que, atrincherados en fuertes parapetos, rechazaron a la guarnición del Lautaro.

Pero al mismo tiempo que este marchó sobre Balao, Vidal, al mando de cincuenta hombres, desembarcaba en las raíces de un manglar, a diez cuadras de aquel punto.

Por lo bajo del bosque se extendía una red de enmarañados matorrales, de lianas y troncos derribados que, embarazando la marcha, la hacían imposible. Pero Vidal no se detuvo ni vaciló ante aquel obstáculo. Formó su gente, le ordenó seguir su ejemplo, y dando la voz de *¡adelante!*, asiose a las ramas de un mangle, y escaló el bosque como hubiera escalado una muralla, desapareciendo con su tropa entre las copas de los árboles.

Los realistas, confiados en su excelente posición y ufanos con el buen éxito de su resistencia, estaban lejos de sospechar la proximidad del aéreo enemigo que, cayendo de repente de lo alto del tupido ramaje, se arrojó sobre ellos y los dispersó.

La escuadra pudo entonces proveerse de víveres frescos para emprender su expedición a Valdivia.

Un día, 3 de febrero, Cochrane, con una fracción de su escuadra, llegaba a

las costas de Valdivia y entraba en un canal erizado de fuertes.

Anocheía. El mar estaba borrascoso y el fuerte *inglés* lanzaba torbellinos de metralla sobre tres esquifes que, desafiando sus fuegos y los de doscientos cazadores españoles que guarnecían la playa, avanzaban intrépidos entre el tumulto de las olas que amenazaban estrellarlos contra las rocas.

Del primero que toca la arena saltan cuarenta hombres que se arrojan a la bayoneta sobre los realistas, que huyen despavoridos. Síguenlos; los acuchillan, acaban de dispersarlos, y avanzan hacia el fuerte por una senda escarpada.

Miller, que manda aquel puñado de valientes, tiene necesidad de quedarse a esperar el desembarque del resto de la tropa. Reemplázalo un joven oficial listo y turbulento, que saltando de peñasco en peñasco se adelanta sonriendo.

—¡Tambor! —gritó—. ¡Paso de ataque! —Y viendo al volverse que la caja había sido llevada por una bala—: ¡No importa! —añadió. Y tarareando el paso de carga llegó bajo los fuegos del enemigo; arrojó su gorra a lo alto del fuerte enviándole una amenaza en esas palabras de heroica puerilidad que después pasaron a proverbio (*Adonde mi gorra vaya, allí voy yo*), y desapareció con su gente entre las sombras de la noche, al mismo tiempo que el almirante llegaba allí con el grueso de sus fuerzas y recibía, devolviéndolo, un granizo de fuego.

De repente oyose a espaldas del fuerte la detonación de una descarga seguida de tumultuosas aclamaciones. Las puertas del fuerte se abrieron con violencia, y su guarnición se precipitó afuera, huyendo espantada hacia los otros fuertes.

Era que el joven oficial había cumplido su promesa: para reunirse a su gorra había escalado el fuerte, sorprendido a los españoles, puéstoles en derrota, y ahora los persigue acuchillándolos de fuerte en fuerte, segundado ya por sus compañeros.

Así, al cabo de algunas horas, los patriotas se habían hecho dueños de toda aquella línea de fortificaciones.

Cochrane abrazó al joven.

—Diablillo de las costas del Perú —le dijo riendo para ocultar su emoción—, cantorcito de las refriegas, héroe de las marchas aéreas sobre los manglares del Guayas... ¿Cómo has hecho para escalar este inexpugnable fuerte?

El joven sonrió con modestia, aunque bien pudiera responder como en la leyenda del fundador de Alba: “Trepamos como gatos; peleamos como leones...”

En nuestro tiempo esa hazaña habría puesto la pluma blanca en la cabeza del joven y un millón a sus pies. Pero tuvo una recompensa más digna de él. Desde ese día, el fuerte que tomó con tanto denuedo se llamó *Fuerte de Vidal*.

Después del asalto de Chiloé, donde hizo prodigios de valor, incorporado al ejército de los Andes, Vidal fue presentado a San Martín, que entusiasta de sus hazañas había pedido su ingreso entre las huestes que mandaba.

Héroe en toda la sublime acepción de esta palabra, nadie supo apreciar mejor a aquellos que se le parecían. Su mirada de águila se fijó con curiosa admiración en el semblante del joven oficial: estrechó la mano en silencio con la confraternidad instantánea que se establece entre valientes, y llevándolo aparte habló largo tiempo con él a solas.

Por resultado de esta conferencia, Vidal con otros tres compañeros se embarcaban al día siguiente, y hacían vela para las costas del Perú.

Su misión era preparar con los patriotas el desembarque de la expedición libertadora; y a este efecto traía comunicaciones importantes, y proclamas que debían esparcir en todo el litoral.

A la altura de Huarmey, la balandra que los conducía descubrió una línea de agua que pocas horas después la echó a pique. Los pasajeros escaparon en una balsa; pero el mar estaba grueso y la volcó a tres millas de la costa.

Vidal, que previó la catástrofe, no quiso esperarla; y cargando consigo las cajas selladas que contenían la correspondencia de San Martín, se arrojó al agua y nadó hacia la costa.

Grande era la distancia; pero él, que sabía mantenerse con igual seguridad sobre la cresta de una ola que en el lomo de un caballo, después de cuatro horas de lucha con las terribles rompientes de la costa, tocó al fin la arena; desnudo y fatigado, pero trayendo siempre el depósito que se le había confiado.

Hallábase en una playa desierta, bajo un sol de fuego, sin agua ni recurso alguno. Sin embargo, Vidal no se desanima. Entierra las comunicaciones al pie de un cerro, señala el sitio y se marcha tierra adentro. Encuentra una cuadrilla de bandidos que lo rodean, lo auxilian y le preguntan quién es. Dase por un marinero

escapado del naufragio. Interesa al capitán que le propone enrolarse en su banda.

La perspicaz imaginación de Vidal vio en esta idea un mundo de recursos para el desempeño de su comisión. Aceptó pues, pero a condición de que se le dejaran hacer sus excursiones solo y sin tomarle cuenta del modo ni del tiempo que empleara en ejecutarlas.

Difícil era aquello; pero el mismo sentimiento que había inspirado a San Martín la vista del joven, se hizo también lugar en el alma del bandido. José Cerrano consintió en todo. Lleváronlo a su guarida; tiñeron su rostro con el jugo de un arbusto; caláronle como peluca la lanuda piel del cráneo de un negro; vistiéronlo de jerga, hiciéronlo, en fin, a su imagen y semejanza, y el héroe de Valdivia comenzó la más extraña de todas sus campañas.

A pocas leguas de Guarmey, una rica hacendada, tía de Vidal, tenía su residencia en una de sus posesiones.

Una noche, hallándose sola en su cuarto, la buena señora vio entrar un negro mal entrazado que, echando el cerrojo a la puerta, vino hacia ella y la estrechó en sus brazos. Llena de miedo iba a gritar pidiendo auxilio. El negro la llamó por su nombre, y la dama reconoció a su sobrino, que le explicó los motivos que lo obligaban a vestir aquel disfraz. La señora, que como toda la familia de Vidal era patriota hasta el fondo del alma, entró gozosa en todos los planes de su sobrino.

Desde ese día, y durante dos meses, Vidal hizo frecuentes visitas al cerro de Tamboreras. Desenterraba comunicaciones, les ponía fechas según las instrucciones de San Martín, traíalas a Lima o a otros puntos, y volvía a casa de su tía, donde esta le llenaba los bolsillos de oro, que él llevaba a José Cerrano como fruto de sus correrías.

Así, robándose a sí mismo, pues era heredero de su tía, logró proporcionarse un asilo seguro, y los medios de desempeñar su comisión aun más allá de las esperanzas de aquel que lo había enviado.

Todo eso no pudo hacerse sin que los realistas sospecharan, en las ráfagas de rebelión que soplaban en torno suyo, la presencia de un poderoso agente. Diéronse órdenes severas, y pusieron subido precio a su aprehensión. Pero el ser misterioso que buscaban se deslizaba de entre sus manos siempre invisible.

Un día los ladrones no vieron volver más al activo colaborador de las

auríferas presas. Creyeronlo muerto y hubo duelo en el aduar. Era que cumplidas las instrucciones que había recibido, reunidos de concierto con los patriotas todos los elementos necesarios al arribo y desembarque del ejército de San Martín, preparado todo para la libertad de su patria, y sabiendo que la expedición libertadora se hallaba ya en Ancon, Vidal había concebido y puesto en ejecución una empresa atrevida, verdaderamente digna de él.

Hallábase en Supe reuniendo caballada un escuadrón de dragones de 180 plazas. Había ya completado el número y se disponía a marchar a Huaura para reunirse allí al batallón Burgos. Vidal tomó consigo a diez jóvenes, amigos suyos de infancia, valientes como él, y como él resueltos, y diose a vagar en torno al cuartel.

Era esta una casa de altos paredones dividida en dos patios. En el primero, habiendo ya tocado la botasilla, estaban los caballos listos; en el segundo, los soldados tomaban su rancho alrededor de la gamella.

Vidal aprovecha este momento: arrójase sobre el centinela y lo desarma. Enseguida corre a cerrar la puerta que conduce al segundo patio, dejando a los dragones desarmados y en completa incomunicación. Sorprendidos y creyéndose atacados por una numerosa fuerza, se rinden, entregando a su jefe y oficiales.

Vidal, apoderado de ellos y de la caballada que llevaban consigo, marchó a reunirse con San Martín, que había desembarcado en Huacho.

Desde entonces la existencia de Vidal fue una serie de combates y de triunfos. Nunca la causa americana debió tanto al brazo de un hombre solo. La imaginación se fatiga siguiendo su huella en esa campaña de seis años, palenque cerrado en que no pasó un día sin pelear y vencer. Impetuoso hasta la temeridad, centuplicándose en todos los sitios donde había peligros que desafiar, siempre a caballo, empuñada la lanza o la espada, se le ve ora arrojar sobre unos pocos soldados sobre un batallón vencedor, poniéndolo en vergonzosa fuga, como en Huampani; ora flanqueando al ejército enemigo apresarle su retaguardia como en la retirada de La Serna; ora entrando casi solo en Lima ocupada por numerosas fuerzas realistas, sorprender sus centinelas y arrebatarse sus patrullas, dejando en pos de sí sangrientas señales de su paso.

No hay un solo palmo de nuestro territorio, desde Tumbes hasta el otro lado de los Andes, que no sea testigo de alguna de sus hazañas: uno solo cuyos ecos no repitan su nombre.

San Martín le había dicho al hacerlo capitán: “Camarada, usted es el primer soldado del Perú”. Vidal fue más allá: fue el primero de sus campeones. ¡Sí! Porque habiendo combatido como nadie para cimentar su libertad, como nadie también se consagró a defender sus instituciones. Centinela avanzada del orden y de las leyes, jamás transigió con los que osaron amenazarlos.

Llegados los días luctuosos de la invasión boliviana, cuando el auxiliar se convirtió en conquistador y que el sagrado pabellón bicolor fue cruzado con una bastarda barra; mientras aquellos que provocaron la catástrofe buscaban en el extranjero los honores del ostracismo en una cobarde deserción, abandonando a la patria moribunda, Vidal se quedó en su seno, espiando lleno de fe el primer rayo de la aurora de Yungay para salvarla. Y en las terribles peripecias de la guerra civil, donde sucumbieron el honor y la conciencia de todos, él, sofocando muchas veces las afecciones del corazón, desde la Garita de Moche hasta los campos de la Palma, consagró siempre su brazo y su espada al gobierno constitucional; sin que pudieran falsear su severa integridad las simpatías del alma ni las seducciones de la fortuna.

¡Dichosos los que pueden retemplar su patriotismo y sublimar su nombre en el crisol de una guerra nacional! Dichosos todos los que hallaron la senda del deber en el terreno de la gloria.

3. Palabras de *El Comercio*, diario de Lima, donde falleció el héroe de este escrito.

A LOS LECTORES

Amigos y admiradores de doña Juana Manuela Gorriti. No pretendemos hacer la crítica de las novelas y artículos literarios que componen sus obras completas; no encontraríamos sino luz, no alcanzaríamos a distinguir las sombras y en vez de crítica habríamos hecho un pálido elogio.

Por esto creemos servir mejor a la gloria de la eminente y tiernísima escritora, reproduciendo todo lo que la prensa periódica ha dicho sobre sus escritos o con referencia a su persona: el juicio de los periódicos argentinos formará el pedestal del monumento que la presente edición levanta a la celebridad de esta compatriota.

Donde quiera que lleguen estos libros desde que haya sensibilidad en el lector, algunas lágrimas derramará como debido tributo al talento desgraciado, cuando en las gratas horas de solaz abra estas páginas para aspirar a raudales los suaves perfumes de las auras americanas. Corazón de mujer sacudido rudamente por la desventura, ha dejado estampada la huella profunda del dolor en todas sus obras, y su lectura es conmovedora y melancólica.

Faltaríamos empero a nuestro deber de leales amigos de la señora de Gorriti, al terminar la tarea que nos impusimos de dirigir esta edición, si no tributásemos nuestro agradecimiento al bello sexo que tan noble y generosamente ha contribuido a honrar a la compatriota ausente. La notable lista de suscripción que publicamos, compuesta de las más distinguidas matronas y señoritas de esta capital, es el más elocuente testimonio del interés que han tomado para honrar el mérito, y una prueba de la nobleza y la bondad de la mujer argentina: apenas iniciamos el pensamiento de reunir y publicar todas las obras de la señora de Gorriti, poniendo la edición bajo el amparo del bello sexo, cuando el éxito más cumplido coronó nuestros esfuerzos. La edición es costeadada por las argentinas, a ellas pertenece el honor de haber perpetuado el nombre de la ilustre escritora, contribuyendo a hacer inolvidable su memoria en los anales literarios de la República Argentina.

En nombre también de nuestra distinguida amiga, damos las gracias a las señoras que tan benévolamente se han suscripto, y así lo hacemos en virtud de su especial recomendación.

Vicente G. Quesada

Noviembre de 1865

LA PRENSA ARGENTINA Y LA SEÑORA DE GORRITI

Juicio sobre sus obras y noticias referentes a su persona

Lejos del hogar

A la señora doña Juana Manuela Gorriti

I

Desde la orilla del río que los indios llamaron en su poético lenguaje *pariente del mar* —Paraná—, sin duda por su magnificencia y el caudal de sus aguas correntosas que se dirigen al océano, he visto muchas veces descender el sol iluminando con sus últimos rayos las nubes que lo acompañaban en su adiós, dejando al ocultarse la luz tan dulcemente melancólica del crepúsculo de nuestro país: de esa hora de inefable y serena hermosura, precursora de las noches argentinas, tranquilas y despejadas. ¿Las habéis olvidado? ¿Os acordáis, señora, de esa luz crepuscular, alumbrada por la cual jugaríais sin duda siendo niña, cuando habitabais en vuestro hogar? Dicen que allá, en vuestra provincia natal, son bellísimas las tardes, perfumadas las auras, celeste el cielo, transparente la atmósfera, ¡los niños aman tanto aquellas escenas! Y los que tienen vuestra alma, vuestro talento, vuestra inteligencia, deben haber amado aun más en sus juguetes infantiles los bellos espectáculos de la naturaleza. ¿Los habéis olvidado? Vuestros libros responden por vos; los recordáis aún, puesto que los describís hermoseándolos.

Cuando escuchéis el murmullo del Rímac, cuando contempléis el ocaso del sol, cuando las brisas rocen vuestra frente inspirada, señora, pensad que fue a orilla de uno de los ríos de vuestro país donde un compatriota vuestro leyó por primera vez vuestras obras.

Era la tarde, el sol descendía rodeado de nubes que en extrañas y fantásticas figuras se agrupaban, separándose al soplo de las auras para dejar lucir sus últimos y dorados rayos en su ocaso. Era una despedida amorosa de las nubes de su amante el sol, que les enviaba cariñoso su moribunda luz. Contemplaba extasiado aquel magnífico espectáculo: el Paraná corría murmurando entre los árboles de las islas, lamiendo el pie de las barrancas, y en el horizonte la silueta azul de los montes empezaba a envolverse en la húmeda atmósfera de las aguas al caer el día. ¿De dónde venían tan tijeras esas aguas que tan rápidamente pasaban para confundirse en el seno inmenso de su pariente el mar? ¿Cuántas miradas se

habrían detenido sobre esa superficie suavemente ondulada y correntosa, que anda, anda y no cesa en su curso, sino mezclándose con las embravecidas olas del océano?

Señora, yo tenía en las manos un libro, su título decía: *Recuerdo de la infancia*, era una hoja del álbum de un peregrino. Ese libro pintaba con coloridos tan maestros los cuadros como naturales eran las sombras y brillante la luz; había tanta ternura en esas páginas y *un no sé qué tan profundo* de tristeza que volví preocupado con la lectura de aquel libro y la contemplación de aquella tarde.

La autora de ese libro erais vos, señora. Las aguas que jugueteando corrían presurosas me recordaron las escenas de la niñez que corren tan veloces para confundirse después en el inmenso dédalo social, agitado, terrible, ¡mezclado de tormentas y de lágrimas! Yo estaba como vos, señora, ¡lejos del hogar de mi niñez! Como vos, a los recuerdos de la infancia se mezclaba el santo recuerdo de las tumbas: como a vos esos recuerdos sacudían rudamente mi corazón ¡para avisarme la ausencia eterna de mi padre!, ¡de mis hermanos! El hogar estaba triste ya para no alegrarse nunca; porque donde quiera que mis recuerdos de niño me llevarsen, sombras amigas me tendían las manos, ¡pero eran sombras! Porque, ¡ay!, algunas tumbas encierran ya el despojo de los míos.

Lejos del hogar lloraba al recordar mi infancia, recuerdo que avivó la sentida descripción que hacéis de la vuestra: vos me conmovisteis, pues, y mis lágrimas cayeron sobre las bellísimas páginas de vuestro libro.

II

¡Recuerdos de la infancia! Escenas placenteras y seductoras que pasasteis veloces para no volver y que estáis ahora mezcladas con las agitaciones de la vida. ¡Adiós! Recuerdos evocados por la lectura de vuestro libro, reminiscencias inolvidables de la primera edad, ¡refrescad mi frente preocupada por la narración seductora de las vuestras!

Ayudada por vuestra memoria y a la triste luz de la lámpara del proscrito, habéis reconstruido el Chamental, sus edificios derruidos, sus arboledas, sus jardines, y habéis evocado los recuerdos que quedaron grabados en la ardiente e impresionable imaginación de la que entonces era niña: al hacerlo se han levantado para ayudar vuestra memoria la sombra de los muertos, y vuestras reminiscencias están empapadas en lágrimas, ¡escritas a la sombra melancólica de las tumbas!

Cada una de esas páginas encierra una ternura tan profunda, la luz de los cuadros está mezclada de medias tintas tan propias que al leer vuestros *Recuerdos de la infancia* parece sentirse el aire que mecía las arboledas que describís y distinguirse la suave luz de la luna en los corredores del Chamental, y la ilusión fascina: impresionáis, señora, con vuestras descripciones. Hay sin embargo en la suave melodía de vuestro lenguaje y en el giro espontáneo de vuestros pensamientos, un no sé qué de melancolía que se asemeja al canto triste del bardo.

¡Escribís lejos del hogar! Ya no tenéis a vuestro lado a los que os amaron en vuestra niñez, a los que os acompañaron en vuestros juegos; ya no miráis aquellas arboledas, aquellas flores, aquellos matorrales y aquella hermosísima campiña de vuestro país, ¡el Chamental no existe! Algunas tumbas han ido quedando en el camino de la vida, ¡amigos y compañeros que fatigados duermen el sueño de la muerte!

También yo escribo lejos de mi hogar; ¡también duermen el sueño de la muerte aquellos que alegraron mi niñez! Los recuerdos de la infancia que habéis evocado, señora, en vuestro precioso libro, despertaron en mi memoria el recuerdo de la mía. El ángel de la muerte me pareció que se levantaba desplegando sus alas a la luz moribunda del crepúsculo, para decirme: “Tu hogar está desierto”. ¡Ay!, señora, vuestro libro ha sido para mí ¡la evocación terrible de los espíritus del mundo, de los sueños y de las visiones!

III

A pesar de la ausencia no olvidáis la patria. Vuestros libros están llenos de recuerdos de la tierra natal; recuerdos embellecidos por el santo amor del peregrino, engalanados por vuestra poesía, vivificados por vuestros sentimientos. *El guante negro*, los *Recuerdos de la infancia*, *El lucero del manantial*, son preciosas producciones que encierran suavísimos perfumes y vagas armonías, que revelan que sufrís *el mal del país*, ¡la nostalgia! Ese dolor misterioso de los que viven lejos de la patria y de sus lares. Es imposible leer vuestros libros sin sentirse engraido al reconocer argentina: porque las escenas son argentinas y argentinos los héroes de vuestras novelas.

En vuestros libros se encuentra naturalidad en el argumento, verdad sostenida en los caracteres, fuego y colorido en los cuadros, moralidad consoladora en las tendencias, y un espíritu tranquilo dirige el desarrollo de los detalles: el conjunto halaga el corazón. Vuestras novelas merecen ser analizadas: habéis aprendido a contemplar lo bello en las obras de Dios y dais a las vuestras una

originalidad tan natural como sencilla.

Hay en la delicadeza de los sentimientos que pintáis y en las escenas que describís, ese exquisito tacto que revela el corazón de la mujer: la lectura de vuestros libros produce el efecto de las brisas perfumadas, embelesan y encantan.

Habláis de la patria con entusiasmo, amáis la libertad como un culto, y en vuestros libros palpitan estos sentimientos de un modo fascinador.

Vuestros escritos enriquecen las letras americanas y honran la patria de vuestro nacimiento; no desmayéis, señora, en vuestra brillante carrera de escritora. ¡Adelante! ¡Adelante! El porvenir es vuestro y la celebridad recompensará vuestras tareas. Desde las orillas del Paraná, lejos como vos, señora, del hogar paterno, tributo entusiasmado el homenaje debido a vuestro talento.

Vicente G. Quesada

Paraná, 1861

(Revista de Buenos Aires, t. I, p. 88)

Sueños y realidades

Edición de las obras completas de la Sra. doña Juana Manuela Gorriti

La escritora no olvida a la mujer, la literata recuerda siempre que es cristiana, y por eso sus novelas y sus crónicas son recreativas, morales, y pueden sin recelo ponerse en manos de las vírgenes y entrar por la puerta principal en el hogar de la familia que más dada sea a la práctica de la virtud.

(J. M. TORRES CAICEDO, *Biografía de la señora de Gorriti*)

Ruego a usted que la edición con que va a honrarme

tenga por título Sueños y realidades.

(JUANA M. GORRITI. Carta al autor de estas líneas)

I

A pesar de que los trabajos literarios no producen lucro en América, sin embargo la literatura cuenta en estos países con notables y fecundos ingenios. La pobreza que casi es el único lauro que se recoge en estas lides pacíficas de la inteligencia, no ha desanimado a los aficionados, que a veces tienen que abandonar sus tareas para procurarse en otras ocupaciones medios de vivir. Causa verdadera pena conocer la historia de muchos escritores, viviendo pobres, pero trabajando con fe.

A la indiferencia del público por estos trabajos, mézclase con frecuencia la culpable desidia de los gobiernos: el literato no tiene entre nosotros ni estímulos ni provecho. ¿Por qué escribe entonces? Porque obedece a una ley superior a las necesidades físicas, porque satisface una necesidad del espíritu transmitiendo sus ideas; porque los frutos de la inteligencia se producen fatalmente, como las flores, obedeciendo a leyes inviolables. Y este movimiento es entre nosotros cada día más activo y más fecundo.

Mientras tanto, si fuese posible comprender el origen de muchos trabajos descubriríamos quizá profundos dolores, necesidad de olvidar la vida real en el mundo del sentimiento y de la razón: esa vida intelectual tiene sus evoluciones fatales que se cumplen a pesar de todos los obstáculos. El poeta canta porque siente, y además por que tiene necesidad de dar expansión a su alma, porque la inspiración es superior al cálculo. En efecto, cantando vive aun cuando sufra privaciones físicas. Y así como el poeta obedece a una exigencia de su organización exquisita, el escritor obedece también a una ley superior que lo impulsa a transmitir sus ideas; aprende para escribir, porque escribiendo vive el espíritu aun cuando perezca el físico. Y bien, ¿por qué entonces tanto egoísmo entre los mismos aficionados a las letras? ¿Por qué no cooperar por todos los medios a crear en el público la necesidad de consumir esas producciones, convirtiendo lo que hoy es improductivo en una ocupación honrosa y lucrativa? El día que entre nosotros la literatura sea una profesión de dinero es indisputable que la sociedad habrá ganado en cultura y civilización, porque solo en los pueblos verdaderamente civilizados los escritores pueden adquirir fortuna con sus trabajos. Y en verdad, el consumo de un artículo prueba una necesidad satisfecha, y un pueblo que no compra las producciones literarias, históricas y científicas es porque no tiene esas necesidades, es decir, porque carece de verdadera civilización. En los Estados Unidos, sobre todo, el pueblo no puede vivir sin leer, leyendo compra libros y esa lectura ha dado un desarrollo fabuloso a la república. En Francia el escritor que se distingue adquiere gloria y fortuna, en Inglaterra sucede lo mismo, y en Alemania

centenares viven con holgura del fruto de los trabajos intelectuales. En España la fortuna sonrío ya a las letras y las numerosas ediciones de los escritores favoritos del público auguran la fortuna al hombre de talento y de labor.

Este es un hecho: si este hecho no puede ocultarse al economista que estudia los medios de producir la riqueza, ¿cómo se explica la indiferencia culpable del gobierno? Porque en vez de abaratar los elementos indispensables para el escritor, la materia primera, si se nos permite hablar así, se recarga con impuestos aduaneros crecidos y absurdos el papel de imprenta, los tipos y los útiles tipográficos, aumentando así los costos del libro impreso en el país? Ya no es solo la falta de protección al escritor, sino que se grava con impuestos los medios de poner en circulación y hacer vendible el trabajo intelectual. ¡En vez de estímulo son obstáculos! En vez de tratar de crear una industria lucrativa en el libro impreso en el país, en beneficio del escritor y del público, abaratando las materias que forman la base de ese producto, exonerando de impuestos el papel de imprenta y los útiles tipográficos, por una parte; y estimulando por otra, con recompensas honoríficas al talento, vemos que la autoridad encarece ese producto y desdeña al escritor, porque es desdeñarlo el olvidarse de él.

Y sin embargo, hoy somos testigos de un hecho que preocupa a los espíritus pensadores: jamás Buenos Aires ha tenido un número mayor de periódicos literarios y de revistas; el movimiento tipográfico del último año ha sido notable, como puede juzgarse por el artículo del doctor Gutiérrez que publicamos en el número 10. ¿Cómo se explica este fenómeno? ¿Son productivas esas empresas? Casi podemos asegurar que la mayor parte apenas dan para los gastos, y a pesar de eso los escritores aumentan. Necesario es entonces que la autoridad fije su vista sobre este hecho que se realiza a los ojos de todos, y cuide de darle prudente dirección. ¿Cómo?, se dirá. Lo hemos ya dicho: recompensando con premios honoríficos al escritor de talento, según su mérito, facilitando la circulación del libro impreso en el país, exonerándolo de todo impuesto, lo mismo que al papel de imprenta y a de los útiles tipográficos. Es decir, protegiendo al escritor y al industrial, que ambos concurren a dar vida y poner en circulación el trabajo de la inteligencia: el libro impreso o el periódico.

Pero si la autoridad cruza indiferente los brazos o desdeñosa sonrío ante las angustias del escritor, ¿qué haremos los individuos? Nuestra opinión es que debemos trabajar sin descanso, sea que la autoridad proteja al escritor, sea que lo hostilice. Es decir, con ella, sin ella, a pesar de ella. Es preciso crear una posición al hombre de letras a toda costa, de cualquier modo: es indispensable dignificar al que escribiendo consagra con buenos fines su tiempo y su talento.

Somos de aquellos a quienes no falta la fe cuando el propósito es bueno, y confiamos siempre en el buen sentido del pueblo: porque somos republicanos y pensamos que la razón se encuentra en las mayorías, cuando estas se forman libremente, sin el artificio y amaños de los falsos demócratas: y creemos que el pueblo rara vez es sordo cuando se le hace comprender la verdad.

Poco podemos hacer, pero queremos hacer lo que podemos; por eso vamos a dirigir la edición de las obras completas de la señora doña Juana Manuela Gorriti, en beneficio exclusivo de tan distinguida escritora, cubiertos que sean los gastos de impresión, el líquido que quede le pertenecerá. No poseemos sino nuestra voluntad y nuestro tiempo, y ambos vamos a consagrarlos en provecho de aquella argentina. Si esta edición no produce a la autora lucro, producirle al menos honra y gloria, pues la colección de sus obras es un monumento que elevamos a su talento.

Y para esta empresa no cuenta el editor, que lo es don Carlos Casavalle, ni con la cooperación oficial, ni con el auxilio de los amigos; se fía y cuenta con el bello sexo, con las nobles, espirituales y bellas hijas del Río de la Plata. Nosotros participamos de igual esperanza, tenemos la misma fe, y no dudamos de que señoras y señoritas inscribirán sus nombres entre las suscriptoras de *Sueños y realidades*. Innecesario creemos prevenir que estamos plenamente autorizados por nuestra distinguida amiga, para esta edición.

II

La señora Gorriti, a quien pedimos permiso para hacer en honor y provecho suyo una edición de sus novelas y escritos literarios, nos decía en una carta datada en Lima a 26 de febrero de 1863, lo siguiente:

“Doy a usted las más expresivas gracias por su amable, galante y bondadosa oferta. Si usted cree que mis escritos merecen los honores de una edición, nada habrá tan lisonjero para mí como el que esta se haga allá, en la patria hermosa que los ha inspirado, y al amparo del amigo ilustrado y generoso que se dignó siempre alentar mi timidez con sus expresiones de benévola aprobación.

En el temor de que se repita la escandalosa sustracción que un mal intencionado hizo de las tres remesas de manuscritos que envié para *La revista del Paraná*, voy a buscar un conducto seguro para mandar a usted todo lo que tengo escrito, así inédito como publicado. Quiera Dios que encuentre en mis compatriotas la generosa y fraternal acogida que usted se ha dignado darle”.

La señora Gorriti nos autorizó plenamente para esta impresión. “Ruego a usted —nos dice en carta del 5 de octubre de 1863— que la edición con que va a honrarme tenga por título *Sueños y realidades*.” He ahí por qué hacemos la edición bajo este nombre.

Como el editor no aspira sino a cubrir sus gastos, y nosotros solo dirigimos la edición como amigos de la autora, el precio de suscripción será sumamente módico. Cada semana se repartirá una entrega de 16 páginas en 8, en excelente papel, esmeradísima impresión, con un tipo nuevo y elegante, y costará *tres pesos moneda corriente*. Esta obra la dedicamos al bello sexo bajo cuya protección la ponemos, y a fe que hasta ahora nadie ha apelado en vano a la nobleza y la bondad de la mujer en nuestro país. Oportunamente se anunciarán los parajes donde queda abierta la suscripción.

La autora de estas novelas, la simpática y distinguida señora de Gorriti, merece que sus compatriotas le demuestren por una numerosa suscripción la estimación que ha despertado su constante laboriosidad. Esta argentina vivía en la ciudad de Lima con el producto de diez horas diarias que consagraba a la enseñanza, mientras en sus ratos de ocio dejaba correr su pluma bajo la inspiración de sus preciosos cuentos, de sus espirituales narraciones y de sus ingeniosas novelas; hoy reside en La Paz, en Bolivia. El juicio que de sus obras ha publicado *La Revista*, debido a nuestro amigo el señor Torres Caicedo, hace el más cumplido elogio de esta escritora, cuya fecundidad es verdaderamente sorprendente.

Si la acogida del público corresponde a nuestras esperanzas, tendremos la grata satisfacción de probar a nuestra inteligente compatriota que ni la distancia ni otras ocupaciones más apremiantes nos hacen olvidar lo que debemos al mérito y al verdadero talento. Honrando a esa escritora estimulamos a los que se consagran a las letras, demostramos que la asociación es el medio más eficaz para levantar a los que trabajan y esperan.

Si cada uno en su esfera se empeñase en alentar a los que con empeño consagran su tiempo al cultivo de las bellas letras, seguros estamos de que se cambiaría pronto la situación insegura del escritor americano y se haría una profesión que diese gloria y provecho. Entonces muchos talentos podrían consagrar su tiempo a las tareas del espíritu y la sociedad ganaría, porque el más seguro medio de saber cuál es el estado de cultura de un pueblo es por su literatura. Esta no germina en las sociedades incultas, ni florece sino al sople vivificante de la paz y de la libertad.

Las novelas de la señora Gorriti se distinguen por sus tendencias morales, de manera que pueden sin peligro ser leídas por la familia “que sea más dada a la práctica de la virtud”. Este carácter de moralidad las hace una joya digna de estimación, y bueno es que se conozcan como contra veneno a la lectura corruptora de algunos novelistas franceses, cuyos escritos preparados para *loretas y grisetas* es pernicioso que se introduzcan en el hogar de las familias, derramando verdadero veneno en el inocente e incauto corazón de las vírgenes.

¡Oh! ¡Cuán grato sería para nosotros anunciar a nuestra amiga que sus compatriotas le tienden la mano y la recompensan de este modo en su vida de continua tarea! Decirle: “¡Vuestra esperanza está cumplida! Las hijas de Buenos Aires saben amar todo lo que es noble y grande, y se complacen en contar entre sus compatriotas a la inspirada escritora del Rímac”.

La señora Gorriti no conservaba sus escritos y ha tenido que hacerlos copiar hasta en la Biblioteca de Lima.

“Como no he querido publicar aquí —nos dice en carta del 6 de setiembre de 1863—, nada de explícitamente íntimo, sino a más no poder y cuando ya no me ha sido posible excusarlo, le envío a usted en borrador los capítulos que ligan el romance *Gubi Amaya* con el que se titula *Un drama en el Adriático* y que hacen una serie.

“Agradezco a usted en el alma la molestia que se toma por su amiga, y le prometo hacerme digna del afectuoso interés que me consagra.”

Un mal genio ha impedido que antes de ahora hubiésemos llenado nuestra oferta, porque los manuscritos que en tres distintas ocasiones nos envió nuestra amiga se perdieron.

“Respecto a los manuscritos —nos dice en una de sus cartas—, quédanme los borradores; y aunque ellos, como usted sabe, solo son el plan de los romances, me es fácil rehacerlos ayudada de la memoria y de esa coincidencia infalible en la inspiración.

“Casi todo cuanto envié a usted es inédito, incluso *La hija del mashorquero*, de la cual solo se publicó un capítulo, por haber desaparecido con su editor, a causa de persecución política, el periódico que la daba en su folletín.

“Todas estas novelas las guardo para enviárselas a usted cuando realice el propósito de hacer revivir la *Revista* bajo el bello cielo de Buenos Aires.”

La autora ha cumplido su promesa: están en nuestro poder las novelas anunciadas, ahora es el público con quien debemos contar para honrar a aquella argentina, tan desgraciada, tan inteligente, tan laboriosa.

Cónstanos que, de todas las novelas escritas por la señora de Gorriti, la que más estima por el recuerdo íntimo y verídico es *Gubi Amaya* y la serie de *Fragmentos del álbum de una peregrina*. Esas novelas son una historia de una peregrinación misteriosa que en 1842 hizo la autora en su provincia natal. “Días de encanto y de dolor que dieron a su frente de veinte y dos años las únicas canas que tiene aún.”

III

Nos encontrábamos días pasados en un círculo íntimo de amigos de las letras, y hablábamos nosotros con entusiasmo de los escritos de esta argentina: ¡coincidencia singular! Entre los que allí estaban, un caballero la había conocido: he aquí cómo nos refirió aquel encuentro cuyo recuerdo fresco en la memoria evocó sin esfuerzo.

Estábamos, nos dijo, en la provincia de Salta, y tuvimos que visitar a la familia de Gorriti que residía en Orconet, su hacienda favorita, en la florida estación del estío. Galopábamos aspirando con avidez el aire cargado de los perfumes de aquella campiña magnífica.

El sol terminaba su curso diario, y descendía rápidamente a su ocaso. De repente detuvimos el caballo: al pie de un árbol, vestida de blanco y con un libro en la mano, estaba sentada una mujer hermosa en la plenitud de la palabra. La juventud, con todos los seductores encantos de la primera edad, la adornaba de un modo fascinador, sus grandes ojos, dulces, pero de mirar profundo, detuviéronse sobre nosotros. Esa joven era doña Juana Manuela Gorriti. ¡Cuán bella era entonces! ¡No la olvidaremos nunca!, nos dijo.

Quién diría que la hermosa lectora de aquella tarde, que la encantadora virgen de aquel sitio, llegaría a ser, andando el tiempo, ¡la escritora distinguida! Cuando el viento de la desgracia asoló el hogar y el dolor marchitó las mejillas de aquella mujer, surgió la inspiración, y es en el seno del pesar profundo y del amargo llanto ¡que esas novelas han sido concebidas!

Parece cumplirse a su respecto la terrible sentencia de Madame D’Abrantés: *Les grands talents de toutes les âges n’ont acquis leur génie qu’au sein de la douleur*. Pero

la señora Gorriti sabe perfectamente bien que la injusticia tiene un término, y paciente y resignada devorando su dolor, ha sabido dominar las tribulaciones y las angustias, escribiendo páginas palpitantes de vida, bellas y consoladoras.

Toutes les natures éleveés, les organisations les plus supérieures ont eu à souffrir de l'abandon et de l'oubli des hommes. Il semble même que ce soit un droit de plus pour les trahir, et que l'orgueil d'être quelque chose au dessus des autres doive les consoler du malheur de n'être plus rien ;dans le coeur qui leur était cher! (D'Abrantés, Blanche).

Quiera Dios depararle días de bonanza y de dicha, sirviéndole de consuelo la favorable acogida que sus novelas encuentren entre sus compatriotas, como la prueba de la estimación que le profesan. Tal es nuestro deseo.

IV

Al terminar la edición publicaremos la lista de suscripción, el contrato con el impresor y el producto líquido que la autora reciba en obras o en dinero.

Vicente G. Quesada

Julio de 1864

(Revista de Buenos Aires, t. 4)

Sueños y realidades

La quena

Tomamos la pluma bajo la impresión vivísima que nos ha producido la lectura de una novela. No escrita por Alejandro Dumas ni por ninguno de los privilegiados de la imaginación, que hasta ahora tienen el derecho exclusivo de despotizar nuestra sensibilidad. No es una producción del Viejo Mundo, donde, agotada ya la fuente de la originalidad y vulgarizadas las situaciones, a fuerza de repetirse, caen los autores en la exageración, en los excesos, y por consiguiente en lo absurdo. No es fruto de la pluma de George Sand, ni de la inspirada habanera, madre intelectual de Guatemozin y de Espatolino; y sin embargo, la novela que acaba de proporcionarnos deliciosos momentos nos recuerda a cada momento, y sin poderlo resistir, las dotes más relevantes de estas dos famosas sirenas de la literatura contemporánea. ¿Y cómo pudiera ser por menos, si el autor a que nos referimos es del mismo sexo de estas dos últimas escritoras, si siente como una

madre y como una esposa y toma sus colores de artista en esa paleta rica y brillante como el iris, que Dios coloca de cuando en cuando en la imaginación fecunda del bello sexo?

La quena, tal es el nombre de esa novela; y Juana Manuela Gorriti es el nombre de su autora. Una tradición bien conocida del Perú es el asunto. Pero ¿qué importan el cuadro, la tela o el lugar de la escena? Todo esto desaparece ante la magia del pincel, bajo los estremecimientos delicados de la sensibilidad de la mano que la guía, bajo la nube de emanaciones ardientes y profundas que cargada de amor y de lágrimas se extiende sobre los cuadros y las escenas. ¡Qué sentimiento de la naturaleza americana! ¡Qué profunda adivinación de los secretos más recónditos del alma humana! ¡Qué estilo tan maestro! ¡Qué novedad y qué frescura de expresión!

Al fin hemos leído una cosa nueva y flamante entre ese diluvio de novelas en que, según nuestros hábitos a la moda, ahogamos las horas de descanso. Al fin gozamos la sensación de una fragancia que nos viene, sin *contrafaçon*, de las selvas verdaderas del Nuevo Mundo. Al fin con la lectura de esta novela podemos lisonjear al mismo tiempo la imaginación y el sentimiento patrio, considerando que quien nos causa tan cultas y dulces emociones es una hija de este suelo rico en virtudes sociales, pero pobre todavía en productos de la inteligencia y del estudio.

La quena tiene un encanto particular para el hombre que la lea. En cada una de sus páginas hay pedazos de un corazón de mujer, olvidado en ellas como listas de oro sobre una piedra de toque; allí pueden estudiarse la ley y sus quilates, y el inmenso valor de la sensibilidad femenina; su manera de sentir los afectos y las modificaciones especiales que estos experimentan dentro del generoso pecho destinado a abrigar y alimentar al hombre en la cuna.

Hemos creído que si callábamos nuestras impresiones, teniendo como tenemos la pluma de periodistas en la mano, cometeríamos un acto de egoísmo. Creemos más, que como argentinos estamos obligados a pedir una protección especial (en nombre de lo bello y del crédito de nuestra cultura) para la hermosa y correcta edición de las obras de una argentina de genio, bella, desgraciada, y que desde los países más risueños tiene, fijo su pensamiento, como en el ideal de lo más perfecto social, en esta ciudad de Buenos Aires en donde ella deseara pasar la vida. Creemos que en el costurero de una señora porteña cuadraría tan bien un ejemplar de las obras de doña Juana Manuela Gorriti, como un vaso de flores. En la biblioteca de un hombre de gusto pueden ocupar un lugar al lado de las mejores producciones de la literatura americana, y los extranjeros todos pueden encontrar

en las páginas de la señora Gorriti cuadros y escenas americanas más exactas que las que hasta aquí hayan podido estudiar en narraciones de viajeros.

El editor de esta obra reciba nuestro parabién y nuestro agradecimiento por el valioso presente que nos hace. La ilustre escritora dígnese a admitir la expresión sincera de nuestra simpatía y admiración.

(*La Tribuna*, 9 de junio de 1865)

Bibliografía

En dos de las secciones de este diario se ha dado cuenta de la publicación de las obras literarias escritas por la señora doña Juana Manuela Gorriti.

Con tal motivo creímos innecesario agregar una sola palabra a las vertidas en justa admiración de las dotes literarias que han hecho célebre el nombre de esa ilustre americana.

La carta que nos dirige el distinguido doctor Quesada, director de aquella publicación, nos impone el deber de mencionarla recomendándola a la protección de los amigos de las bellas letras.

En nuestra opinión, los *Sueños y realidades* de la señora de Gorriti forman la más bella diadema a que puede aspirar un novelista en el siglo XIX.

Por lo que respecta a la parte que tiene el doctor Quesada en la presente edición, nada nos toca decir después de insertar al pie de estas líneas la rectificación que se ha servido hacer a un hecho local de *El Pueblo*.

Su noble desinterés le honra altamente.

Su reconocida dedicación en bien de la literatura americana es uno de los timbres que ostenta su inteligencia.

He aquí la carta a la cual nos referimos:

Las obras de la señora de Gorriti

Rectificación

Señor redactor de *El Pueblo*:

Acabo de leer en su ilustrado diario un hecho local bajo el título que encabeza estas líneas, en el cual se me juzga benévolamente, suponiéndoseme empero *empresario* de la edición de las obras de la señora de Gorriti, y como este es un error, ruego a usted quiera publicar esta rectificación.

Dirijo la edición de *Sueños y realidades* como amigo de la ilustre escritora, en honor y provecho exclusivamente de ella, no tengo ni quiero ningún interés pecuniario en la empresa, sino el crédito y la celebridad de una argentina tan inteligente como tristemente desgraciada. Empleo, pues, mi tiempo como amigo, desinteresadamente, en utilidad de ella.

El verdadero empresario, el que ha expuesto sus capitales y su imprenta con una generosidad que mucho le honra, es el editor don Carlos Casavalle. La señora doña Juana Manuela Gorriti, mi ilustre amiga, no podía costear la edición, yo no me encontraba tampoco en situación de hacer desembolsos pecuniarios, a pesar del profundo cariño que le profeso. Entonces celebré, como apoderado de aquella señora, un contrato con el señor Casavalle, quien se obliga a entregar a mi representada *la mitad de la edición, en obras o dinero*.

No soy por tanto *empresario*, soy simple representante de la señora de Gorriti y me he comprometido a dirigir y corregir la edición *gratuitamente*.

Poseedor de todas las novelas de la señora de Gorriti, inéditas y publicadas, remitidas por ella para *La Revista del Paraná* y después para la de *Buenos Aires*, quise hacer una edición especial de sus obras completas para lo cual le pedí autorización y poder. Ella me lo confirió amplísimo pidiéndome que llevase por título *Sueños y realidades*. Dos objetos tuve en esto: 1) levantar a aquella argentina un monumento a su indisputable talento, estimulando así el verdadero mérito; 2) mejorar en lo posible su infausta situación, pues entonces vivía en Lima dando lecciones, y hoy reside en Bolivia, sufriendo una afección al corazón tan grave como alarmante. Mi objeto y mi propósito no es el de un empresario, sino el resultado del afectuoso cariño que ella me inspira, del profundo respeto que tengo por su talento y de la simpatía que siento por sus amarguras y sus lágrimas.

Cuando anuncié en el tomo V de *La Revista de Buenos Aires* esta edición, dije bien explícitamente:

“No poseemos sino nuestra voluntad y nuestro tiempo, y ambos vamos a

consagrarlos en provecho de aquella argentina. Si esta edición no produce lucro a su autora, le producirá al menos honra y gloria, pues la colección de sus obras es un monumento que elevamos a su talento”.

Hago esta franca declaración, señor redactor, porque no soy empresario de esta edición, no pretendo *lucrar* con las novelas de la mujer a quien mucho estimo, de aquella por quien he tenido un vivo y sincero interés y cuya celebridad la miro como gloria nacional; mi objeto y mi propósito es otro, si hay *lucro* es para ella.

Deseo por esto que los lectores de su ilustrado diario sepan que yo intervengo y dirijo esta edición como representante de la señora doña Juana Manuela Gorriti, *gratuita y amistosamente*, y que al dirigirla no he tenido el menguado intento de utilizar en provecho mío el talento de mi amiga, la más querida y apreciada para mí.

Tengo el honor *etc.*

Vicente G. Quesada

(*El Pueblo*, 2 de junio de 1865)

Juana Manuela Gorriti

Artículo comunicado

Hijas del plata, ángeles guardianes de ese edén sembrado de tumbas y entregado por tanto tiempo a matanzas espantosas, nada hay comparable a vuestra evangélica caridad, a vuestra sublime abnegación. Vosotras olvidáis vuestros infortunios para consolar a los que sufren: madres y esposas desoladas, sofocáis los sollozos de vuestro propio duelo para dirigir suaves palabras de esperanza al prisionero; y aun proscritas y sin hogar, vais sobre los campos de batalla a arrebatar de entre las garras de los buitres al moribundo, cuyas heridas vendáis con los velos de vuestro casto seno. Dios os bendiga.

Juana M. Gorriti, *Gubi Amaya*

I

Si algo se necesitase para probar la exactitud de este juicio y la noble generosidad de las argentinas, bastaría señalar como un testimonio la protección que dispensan a la edición de las obras completas de la autora de las palabras que sirven de epígrafe a estas líneas. El bello sexo se ha apresurado a contribuir a la impresión de *Sueños y realidades*, como una protección a la argentina ausente. Y no podemos menos que repetir con esta: ¡*Dios os bendiga!*

La señora de Gorriti, cuya celebridad proclama la prensa de esta capital, reside en estos momentos en la ciudad de la Paz, en Bolivia, donde, como ella dice, la rodea *un círculo de fuego y respira la atmósfera mefítica de las catástrofes*. Allí se encuentra de pie sobre las barricadas, acompasada del pueblo que la aclama, para vengar el asesinato perpetrado en su marido. Quizá en estos momentos el humo de la pólvora ha sahumado su sedosa cabellera, y para que nada faltara a la aureola prestigiosa que la circunda, tal vez el ángel de la victoria reserve una corona para sus sienas.

La vida de esta mujer extraordinaria pertenece a la historia literaria del país; su talento encontró demasiado estrecha la modestia del hogar, y ha conquistado la gloria en medio de los desastres y de las lágrimas de su existencia dramática y desgraciada. *Ha profundizado todos los abismos del sufrimiento*, y como ella dice, *puede disertar hasta lo infinito sobre esa terrible ciencia cuyo estudio termina solo en el sepulcro*. La vida de tal mujer no puede menos de interesar al público, como interesa todo lo que es excepcional, porque no es solo su talento lo que atrae y seduce, ¡son también sus angustias, sus dolores, sus esperanzas! Todo lo que la dé a conocer, lo que sirva para juzgarla, lo que revele su mérito y las peripecias de su existencia, no puede quedar en el misterio de la vida íntima, y debemos darla a conocer a este público, en el cual tantas y tan generales simpatías se ha conquistado, sin temor de que se nos vitupere de indiscretos.

Ayer reconocimos su letra en una carta que estaba sobre la mesa de uno de sus mejores amigos y, lo confesamos, no pudimos resistir a la tentación de leerla, y leyéndola vamos a revelar al público la actitud asumida en la Revolución boliviana por aquella heroína. Nuestro amigo ha de perdonarnos este abuso de confianza, al dar a la prensa lo que estaba escrito para la intimidad. Si cometemos una falta, es en el interés de la celebridad de nuestra compatriota. Leed y juzgad.

II

“El 27 de marzo, dice, dos días después de la fecha de la carta de usted Belzu, mi marido, el hombre que enlutó mi destino entero, vencedor en un combate en que el pueblo derrotó al ejército, fue asesinado por el general que mandaba este.

“Vinieron a decirme que Belzu había caído atravesadas las sienas de un balazo; y yo corrí en medio del combate, llegué hasta donde yacía el desventurado ya cadáver; lo levanté en mis brazos, y en ellos lo llevé a casa: ¡a ese hogar que él había abandonado tanto tiempo hacia! Con mis manos lavé su ensangrentado cuerpo, y acostándolo en su lecho mortuorio, lo velé, y no me aparté de él hasta que lo coloqué en la tumba.

“La misión de la esposa parecía ya acabada; mas he aquí el pueblo, que me rodea y me pide más: me pide que lo vengue. Sí: lo vengaré; pero con una noble y bella venganza, haciendo triunfar la causa del pueblo que era la suya.”

1 de junio

“Amigo querido: el 25 del pasado cuando escribí a usted las anteriores líneas, fui interrumpida por los clamores del pueblo que se había levantado en masa y me pedía a gritos unirme a él. Hemos levantado de nuevo barricadas, y en este momento esperamos al enemigo.”

III

¡He ahí la mujer argentina en toda la nobleza de su carácter! Víctima de los disgustos domésticos, cuyos misterios no nos es dado profundizar, olvida las ofensas para levantar al caído, lavar la sangre de sus heridas, depositar el cadáver en la tumba, y volar a las barricadas para esperar de pie, como las heroínas de la Antigüedad, al enemigo que quizá en estos momentos ha tomado por asalto la ciudad defendida por el pueblo. ¿Qué se propone esta mujer? Vengar los inanes de su esposo, haciendo triunfar la causa popular.

Poco interiorizados en la historia de las sangrientas luchas bolivianas, no podemos apreciar los motivos que hayan producido esta revolución: ignoramos si el pueblo en las barricadas de la ciudad de La Paz defiende la causa de la justicia; o si las tropas del Gobierno van a sostener el principio de autoridad contra las masas insurreccionadas.

Lo único que nos hemos propuesto es mostrar este rasgo de la literata

argentina, que ha abandonado la pluma de la escritora para recoger la bandera empapada con la sangre de su esposo, y defenderla contra los que intentan arrebatársela al pueblo.

(*Nación Argentina*, 19 de julio de 1865)

Sueños y realidades

Hemos leído el primer volumen de las obras completas de la señora doña Juana Manuela Gorriti, y hemos sido seducidos en la lectura por esa melodía de atracción infinita, que es un rasgo que caracteriza las producciones de esta señora. No vamos a hacer la crítica de sus novelas, porque nos falta tiempo y espacio; queremos únicamente decir algunas palabras para recomendar su adquisición.

La quena fue juzgada tan favorablemente hace algunos meses en un artículo bibliográfico en *La Tribuna* que todo cuanto pudiéramos decir sería pálido ante aquellas sentidas y elocuentes apreciaciones.

El guante negro tiene escenas bien delineadas; pero es demasiado espantosa la que pasa entre la madre y su esposo.

Gubi Amaya o *Historia de un salteador* tiene páginas bellísimas. "Una ojeada a la patria" está impregnada de sentimiento, de ternura profunda, de dulcísima y serena melancolía. Esas páginas son una verdadera joya literaria.

En cuanto al fondo de la novela, el argumento es de buena ley. La historia del bandido es dramática y terrible como es suave y simpática la de ella, peregrina que volvía a los sitios donde pasó su niñez para encontrarlos poblados solo de sombras, de tumbas y de lágrimas, mientras la naturaleza se ostentaba hermosa siempre y espléndida en sus galas. Solo el hombre pasa sobre la tierra sin dejar sino recuerdos en algunos corazones. Aquel espectáculo y aquellos recuerdos están descritos con una maestría inimitable.

Al recorrer las páginas de esta novela, deseamos conocer el fin del salteador, pero se pierde entre las nieblas de los Andes, y el lector queda descontento de su extraña desaparición. ¿Y ella? Ella también se borra nebulosamente después del cuento del fantástico italiano, aquel viajero melancólico, que narra esas historias venecianas con acentuado colorido; pero el italiano aparece como una sombra, dice su narración y desaparece como un fantasma. Lástima es que la señora Gorriti no

haya dado a esta preciosa novela una terminación más acabada, para que el lector no quede en suspenso y como deseoso de saber el fin de los tres personajes más importantes de la historia.

Pero, en cambio, ¡cuánta ternura en aquellas descripciones! ¡Qué sentimiento tan exquisito en los diálogos! ¡Qué belleza de colorido! ¡Qué luz y qué sombras en los paisajes!

A veces es difícil contener las lágrimas que del corazón vienen a los ojos al leer aquellos cuadros tan naturales, tan sencillos, y a la vez, tan tristes. La escritora, que conmueve con la intensidad con que lo hace la ilustre argentina, ha recibido de Dios el fuego sagrado, la santa inspiración, que solo es dado poseer al *genio*.

Un drama en el Adriático es el cuento que narró el italiano, ese ser fantástico que deja en el lector un sentimiento mezclado de simpatía y de dolor, simpático como la pasión verdadera, doloroso como el misterio devorado en el silencio e impregnado de lágrimas. El italiano es un amante, o al menos así se lo imagina el lector, que inspira una de esas pasiones inolvidables en el corazón de una mujer ardiente, al solo acento de su voz, a su sola presencia; magnetismo sublime de dos almas, que el amor eleva hasta Dios, ¡para entregarlas después al remordimiento de haberse amado tanto!

La novia del muerto es una historia que pasa en Tucumán, en el Jardín de la República, en los días de gloria y de desastre, en que la juventud militaba para libertar al país de la tiranía de Rosas. El argumento no es nuevo: dos seres se aman a pesar de pertenecer a los partidos que luchaban.

Después que el sacerdote bendice la unión al celebrar la misa, el amante tiene que combatir para defenderse de una sorpresa de los enemigos. Confía su secreto al sacerdote que lo confiesa antes de ser fusilado, y este, indigno de la santa misión que ejercía, toma el anillo nupcial y aquella noche en un beso de fuego arrebató a la virgen su honra. Ella, que creía haber sido poseída por su esposo, encuentra al siguiente día su cadáver en la plaza de Tucumán, y pierde la razón.

Esta novela está bien acabada y hay preciosas y exactísimas descripciones de los encantadores paisajes de Tucumán.

La hija del mashorquero no puede ser más interesante. Clemencia es una criatura angelical, la providencia de los que sufren, el consuelo de los que lloran. Su padre, Roque, degollador infame, se ocupaba de aquellas matanzas cobardes y

de esas venganzas espantosas de que fue víctima esta ciudad. Su hija descubre por casualidad el fatal secreto, y llega a tiempo de salvar a una familia a cuyo jefe había degollado el cobarde mashorquero. La escena en que aparece Clemencia en la casa de la viuda es de una ternura desgarradora: se ve a la pobre madre moribunda, se siente el aire húmedo de la pieza, se oyen las palabras de los niños que piden pan, porque tienen hambre; y sin embargo, ¡la madre no tiene otro pan sino su llanto y su terrible angustia! Entonces aparece Clemencia como un ángel enviado por Dios para dar alimento a aquellos pobres niños, para consolar a aquella mujer, casi moribunda. Y esto es tanto más dramático cuanto Roque, el padre de Clemencia, era el autor de esas desventuras por haber degollado al jefe de aquella familia honrada y laboriosa.

Y no bastando esa constante abnegación para la malhadada virgen, llegó un día en que para salvar a otra mujer tiende dócil su cuello para que el cuchillo del asesino lo separe; y, ¡oh!, ¡justicia del cielo!, el mismo padre asesinó a su propia hija. ¿Qué castigo más terrible y qué lección más cruel?

“Pero la sangre de la virgen, dice la autora, halló gracia delante de Dios, y como un bautismo de redención, ¡hizo descender sobre aquel hombre un rayo de luz divina que lo regeneró!”

Una apuesta es un precioso cuento en que figura Eleonora de Olivar, duquesa de Alba.

El lucero del manantial, juzgado favorablemente y reproducido en la prensa del Pacífico, en *El Correo de Ultramar* y varios periódicos argentinos, ha hecho popular el nombre de la señora de Gorriti, a pesar de ser falso el hecho histórico que le sirve de argumento.

Una noche de agonía es un episodio de la guerra civil argentina cuyo mérito más relevante es el *color local* en todas las descripciones, caracteres y escenas de la novela.

El lecho nupcial encierra una tremenda lección para las coquetas ávidas de lujo. Elisa amaba a un caballero, pero presentósele otro cuya fortuna podía darle carruajes, joyas, telas y el boato que deslumbra a los pequeños. Ella dijo entonces a su bien amado: “Dadme un suntuoso lecho nupcial, ¡y seré vuestra!”.

Él no podía dárselo, pero la amaba; empero, cuando la coqueta le dijo aquella frase, él le respondió con un ademán de despedida: “Está bien... ¡os lo

daré!”.

Una noche un lujoso carruaje conducía al novio y a Elisa, pero en el camino de Miraflores, un hombre al escape del caballo alcanzó al coche, derribó al cochero, abrió la portezuela y desapareció.

“En la cima de la colina de arena y en el borde del barranco, el caballo se detuvo de pronto con un movimiento brusco que sacó de su letargo a la mujer desmayada.

“Dadme un suntuoso lecho nupcial —dijo con lúgubre ironía aquel que la tenía en sus brazos—. Dádmelo, y seré vuestra... ¡Hele ahí, Elisa...!”

El mar se extendía por delante con la impasibilidad de la muerte. El amante vendó al caballo, *aplicole las espuelas y el fúnebre grupo rodó en el abismo.*

La mujer que sacrificó su corazón al oro, iba a morir entre las olas mansas del mar Pacífico, porque en este mundo el egoísmo tiene siempre su castigo.

Fáltanos espacio para continuar. Solo tenemos entusiasmo para admirar a aquella mujer, y sentimos latir con más fuerza nuestro corazón al pensar que es argentina la distinguida autora de *Sueños y realidades*.

La edición es esmerada y correcta y hace honor a la imprenta que la da a luz.

(*El Pueblo*, 20 de setiembre de 1865)

«Encadenada como todo lo que existe a ese orden eterno llamado fatalidad, siento llegar la desgracia, sin poder evitarla; conozco su aproximación en el aire, en la luz, en las sombras; pero ignoro de dónde viene, y el momento en que me herirá.»

Juana Manuela Gorriti fue una de las primeras escritoras argentinas que pudieron gozar de reconocimiento y prestigio en un mundo poblado de varones. Con su imaginación incansable, creó un universo entre fantástico y memorialista que toca los temas candentes de su época. Las luchas políticas, el pasado nacional y su propia vida atraviesan sus relatos. *Sueños y realidades* —publicado por primera vez en 1865— es la consagración de Gorriti como una de las escritoras latinoamericanas más inclasificables y transgresoras del siglo XIX.

«Para Gorriti el rol de la mujer no es el de la educadora civilizada: es un rol político. La mujer, como integrante de una comunidad más amplia, es capaz de trascender los bandos, crear vínculos y proponer salidas pacíficas. Por eso, también, hace una relectura particular del gótico: la casa es, para ella, como para la literatura gótica, una prisión femenina. Por eso sus mujeres quieren escaparse y lo hacen.»

Mariana Enriquez

Juana Manuela Gorriti nació en 1816 o 1818, según las diversas fuentes, en la provincia argentina de Salta, más exactamente en Horcones, donde se encontraba la hacienda de su familia, la cual cumplió un papel protagónico en la vida política, militar y cultural de la región, especialmente durante las luchas por la Independencia. Esa zona del norte del país fue el escenario de muchos relatos de Juana Manuela, algunos de ellos incluidos en *Sueños y realidades* (1865), y también de escritos de viaje, como *La tierra natal* (1889). Hacia 1831, los enfrentamientos políticos con los federales obligaron a los Gorriti a exiliarse en Bolivia, donde se vincularon con la elite social de su tiempo. Allí, Juana Manuela no solo profundizó su interés en la literatura aprovechando la biblioteca paterna, sino que conoció a su futuro esposo, Manuel Belzú, quien tras un intento frustrado que lo llevaría al destierro en Perú junto con su familia, lograría derrocar al gobierno y convertirse en presidente del país en 1848. Juana Manuela, sin embargo, se estableció en Lima, separada ya definitivamente de su esposo. Ese es el momento en que empezó a dedicarse, por completo y por diversas vías, a su carrera literaria: escribió relatos y novelas cortas, publicó en la prensa, fundó periódicos, mantuvo correspondencia con otros escritores y otras escritoras, llevó adelante unas célebres tertulias literarias. Su obra comenzó a publicarse en libro a partir de mediados de la década de 1860 y fue cada vez más prolífica: el voluminoso conjunto de relatos *Panoramas de la vida* (1876), la novela por encargo *Oasis en la vida* (1888), la recopilación de recetas *Cocina ecléctica* (1890), entre otros textos. En 1874, para acceder a una pensión otorgada a los descendientes de héroes de la Independencia, fijó su residencia en Buenos Aires. Siempre interesada en poder vivir de la literatura, ya sea por subvenciones del Estado o por cobrar sus publicaciones, Juana Manuela Gorriti llevó adelante una carrera profesional como escritora en tiempos en los que, especialmente para una mujer, eso parecía casi imposible. Transgresora para su época, independiente y tenaz, falleció en Buenos Aires en 1892 dejando testimonio de su vida en *Lo íntimo*, que se publicaría póstumamente.